



- Serie Sphere -

Una historia de
amor que te
dejará sin
aliento

AMOR Sin CONCESIONES

UNA PASIÓN QUE ROMPE
TODOS LOS SECRETOS

- Serie Sphere España -

MAGGY MCANDREW



Amor Sin Concesiones

Una pasión que rompió secretos - Serie Sphere España-

Maggy McAndrew

Derechos de autor © 2024 AMM

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Versión en castellano

-Serie Sphere España-

A mi esposa.

Capítulo 1

Domingo 6 octubre

Jacqueline

"Uno más", pido, levantando en el aire el vaso vacío.

"¡Ve con calma!" A pesar del comentario, deposita frente a mí un vaso de gin y se apoya en la barra, acercando su rostro al mío. "No es que esté contando, pero es el tercero". Después de tantas noches, Marcus se ha convertido en un amigo, un confidente. "¿Ha pasado algo? ¿Estás bien?"

"¡Siempre!", ironizo.

"¿Trabajo?", interroga, apoyando el codo sobre la barra, "¿Amor?"

"Ni uno, ni otro. Nostalgia. No le des importancia, es domingo. ¿Quién es aquella?", pregunto, sacudiendo la cabeza como si sacudiese los rizos que no tengo, girando ligeramente el cuerpo apuntando en dirección a una de las mesas pegadas a la pared.

"¿Cuál de ellas?"

"La rubia".

"No tengo ni idea".

"¿Y la otra?"

"Tampoco. Creo que nunca las he visto", profiere con un aire reflexivo, como buscando estar seguro de lo que acaba de decir.

"¿Entonces para qué la pregunta?!", exclamo, irritada por la falsa expectativa.

"Quería saber en cuál de ellas estabas interesada", dice riendo mientras se aleja en dirección a un cliente que acaba de llegar.

Sentadas una al lado de la otra, si no fuera por la mirada y la complicidad de las manos posadas una sobre la otra, encima de la mesa, se podría imaginar que eran madre e hija. Hablan y gesticulan, pero a esta distancia es imposible percibir sobre qué conversan. La joven rubia se inclina y deposita un beso sobre los labios de la mujer que está a su lado, que de inmediato se desvía impidiendo otro intento de contacto. No desvío los ojos. Mientras la otra se levanta, la más joven permanece sentada, aparta el cabello amarillo pálido, que le cae sobre la cara, tapándola casi por completo, y en un gesto nervioso y repetido, enrolla en los dedos un mechón rosa, ligeramente más largo.

En medio del ruido de la sala, consigo finalmente percibir algunas frases proferidas en tono áspero, aunque contenido, "¡Basta! Nada de esto es lo que acordamos. Estoy cansada de tus escenas. Para problemas bastan los míos". Fijo aún más la mirada, como si eso me permitiese oír mejor. La mujer que se levantó coge un abrigo largo que estaba posado en el respaldo de la silla, se lo coloca sobre los hombros, se detiene por un momento, y se aleja en dirección a la puerta, sin volver a mirar atrás.

Hago girar mi taburete hasta quedar de espaldas a la mesa. Cierro los ojos, y le doy un trago al gin, agarrando con más fuerza de la necesaria el vaso entre las manos. Vuelvo a abrir los ojos, tengo una imagen completa de la mesa, reflejada en el espejo colgado en la pared frente a mí. La joven rubia, se cubrió el rostro con las manos. Con el cabello en completo desorden preso entre los dedos cruzados, parece muy joven, no debe ser tanto caviló, sin dejar de notar que no lleva alianza.

La veo enderezarse en la silla, pasar las manos sobre el rostro y parpadear varias veces, fijando a Marcus que se acerca a pasos largos. Sin nunca perder su pose rígida, deposita un vaso de whiskey sobre la mesa, retirando las cervezas, aún sin terminar. Ella frunce las cejas sin esconder la sorpresa. Casi de inmediato él hace un gesto con la mano en mi dirección.

Durante un lapso no pasa nada. Marcus retoma su actividad y camina de un lado a otro entre las mesas y la barra, yo me concentro en el gin, y ella se queda sentada, sin tocar el vaso que permanece frente a ella.

No sé cómo, pero no me doy cuenta de que se levantó y me pilló por sorpresa su llegada, cuando se sienta en el taburete libre a mi lado y posa el vaso sobre la barra.

"¿Por qué?", enuncia sin mirarme.

"Me pareció que lo necesitabas".

"¿Es tan obvio?" Finalmente levanta la cabeza, y bebe un trago generoso, mirándome con una mirada penetrante de unos ojos color avellana.

"¿Y tú? ¿Qué es lo que necesitas?"

No dejo de notar que el semblante cambió. Las arrugas en la frente desaparecieron, la mirada parece más ligera, y los labios esbozan casi una sonrisa. "Que sea lunes", respondo sin pensar.

"Es inevitable..."

"¿Qué?"

"Que tu deseo se cumpla", termina riendo. "¿Estás hospedada aquí en el hotel?"

"No", respondo, "Pero podría estarlo, si eso fuera importante", añadido. No será la primera vez, pienso, recordando noches, en que por cansancio o exceso de alcohol acabé por quedarme en vez de ir a casa.

"No es importante, pero podría ser interesante..."

"¿Siempre hablas así?"

"¿Así cómo?"

"A medias palabras...", la miro y no termino la frase. El rostro vuelve a cerrarse, los maxilares se contraen y la arruga entre las cejas vuelve a hacerse presente.

"Disculpa", inicia, interrumpiendo enseguida para terminar el whisky que queda en el fondo del vaso. Abro la boca para intentar decir algo, pero ella hace un gesto con la mano y no lo permite.

"Tampoco soy fan de los domingos, y éste fue particularmente complicado. Ya he hablado mucho, lo que debía, y sobre todo lo que no debía. Debe ser por eso que ahora me cuesta encontrar palabras. Disculpa".

"¿Tu amiga?" Sé perfectamente lo peligrosa que es la pregunta.

"También. Creo que no la volveré a ver..." Hace una pausa más, pero esta vez no me atrevo a interrumpir, "Es una pena. ¿Bebes uno más?" pregunta, haciendo un gesto en dirección a Marcus, que se acerca.

"Creo que ya he bebido suficiente"

"Concuerdo", se entromete él, "Un agua con gas y un whisky más", afirma no dando margen para ser contrariado.

Cuando se aleja, vuelvo a insistir, "¿Se pelearon?"

"No. Creo que la decepcioné. Las personas nunca lo entienden, dicen que no, pero en verdad esperan que en cualquier momento todo se transforme en algo diferente de lo que es, y siempre será".

Ella continúa hablando pausadamente, pero por más que lo intente no consigo entender adónde quiere llegar. No entiendo ni siquiera a qué o a quién se está refiriendo. Embriagada, me quedo mecida por el tono ronco y cálido de su voz, sin preocuparme en dar sentido a lo que está diciendo. Veo a Marcus mirar en nuestra dirección, y le hago una señal, que sé que reconocerá. Minutos después, él posa la llave de una habitación al lado de mi vaso.

El movimiento no pasa desapercibido. Ella mira la llave, después a mí, y enseguida a él. Vuelve a mirarme fijamente, "¿Estás hospedada aquí en el hotel?", pregunta, cargada de sarcasmo.

"Lo estoy", respondo, no hurtándome al juego. "¿Quieres subir? Podemos beber algo allá arriba". "¡Buenas noches!", no deja de decir Marcus, esbozando una sonrisa, cuando pasamos por él en dirección a los ascensores.

La alfombra sofoca el ruido de los pasos. En el recorrido hasta la habitación, caminamos lado a lado, en silencio, si no fuera por el sonido de una balada que suena bajito.

Confirmo el número mirando de reojo la llave y abro la puerta, dejándola entrar delante de mí, no sin antes ser invadida por un mar de dudas.

Ella se quita el abrigo, posándolo sobre el sofá y se acerca a la ventana, atraída por el brillo de las luces de la ciudad que se extiende por muchos kilómetros frente a nosotras.

Contemplo la silueta a contraluz. No sé cómo se llama, pienso por un instante. Avanzo lentamente hasta dejar que mi cuerpo toque su espalda en una especie de abrazo, presionándola contra el vidrio. Apoyo la boca en su cuello, aparto el cabello cortado recto a la altura de los hombros, y la beso sintiendo el calor y la suavidad de su piel en mis labios. Sin permitir que se gire, deslizo las manos a lo largo de la camisa, de los jeans, notando el relieve de los músculos de un cuerpo bien entrenado. Ella permanece inmóvil, respirando, aquí y allá, con mayor intensidad. Sin conseguir ver lo que estoy haciendo, dejo que las sensaciones me guíen. Paso una de las manos por su pecho y desabrocho los botones, tocando la piel con la punta de los dedos. Con la otra mano, vuelvo a agarrar un mechón de cabello, que con la luz de la calle parece blanco, dejándolo después escurrir entre los dedos. A medida que la acaricio, siento los músculos contraerse y la respiración se hace más presente. El cansancio desapareció, y soy invadida por una ola de deseo que va aumentando, alimentado por la sensación de que ella va a permitir todo aquello que yo quiera.

La jalo hacia mí, haciéndola girar, y por primera vez quedamos frente a frente. Ella vuelve a mirarme a los ojos con la misma intensidad que depositó cuando me encaró en el bar. Ninguna de nosotras dice nada, aparentemente no son necesarias palabras. Me descalzo, me quito el suéter, y me quedo con los pantalones y el sostén. Inmóvil, ella permanece de pie con los ojos fijos en mí. Voy a dejarla desnuda, y tomarla en mis brazos, poseerla en mis dedos, hasta que no pueda más y se pierda en un orgasmo sin fin, pensé, sintiendo los labios secos y el corazón acelerado.

Doy un paso en su dirección, y toco su rostro, desviando el mechón de cabello rosa que se empeña en caerle sobre los ojos. En un movimiento inesperado, ella extiende la mano y agarra la mía. No dejo de notar un pequeño tatuaje en la cara interna del brazo, '¡...5,6,7,8!' ¿Qué será? Toco con el índice sobre los números, dibujándolos uno a uno, pero ella permanece de nuevo inmóvil, en silencio. La envuelvo en un abrazo, al mismo tiempo que jalo por la camisa abierta, que sin esfuerzo se desliza hasta caer al suelo. En un gesto rápido y eficaz desabrocho el sostén de encaje negro, dejando sus senos expuestos a mi merced. Los rodeo con ambas manos, en una caricia suave, que se va intensificando, a medida que ella suelta un gemido. Tiene la cabeza inclinada hacia atrás, los ojos cerrados y los dientes presos en el labio inferior. Me inclino y toco con la lengua uno de los pezones. Pillada por sorpresa, ella no contiene un suspiro, agarrando mi cabeza con ambas manos. Hace cuánto tiempo no me sentía así. Necesito acelerar este juego, la quiero mía, quiero sentirla toda, entera, en mi piel, en mi boca. Consigo imaginarla rendida sobre las sábanas inmaculadamente blancas. Interrumpiendo mis devaneos, siento sus manos en mis hombros, y antes de ser capaz de reaccionar, es ella quien me empuja sobre la cama, dejándose caer sobre mí. Con el cuerpo debajo del suyo, siento el calor que emana de su piel. Sus manos recorren ahora mi cuerpo, palpando literalmente cada centímetro, no deteniéndose ni por la tela del sostén que aún permanece en su sitio ni por los pantalones, que sin yo percibir cómo,

consiguió casi desvestir.

"¿Qué estás...?" Con la mano me tapa la boca no permitiendo que concluya. "No puedes...", intento decir, siendo nuevamente impedida por su mano.

"Shh", murmura junto a mi oído. Antes de conseguir recomponerme, o volver a pronunciar lo que sea, siento sus dedos en el interior de mis muslos. Se deslizan sin pedir permiso, como si conociesen el camino, como si ella supiese exactamente de lo que necesito. En un último esfuerzo por retomar el control, ergo el torso, tomándola en un beso profundo, al mismo tiempo que me desvío de su mano, colocando la mía entre sus piernas. No le doy tiempo de pensar, mucho menos de hablar y la penetro profundamente en movimientos progresivamente más rápidos. Rendida a las olas de placer, ella se deja ir. Mi cuerpo se estremece, hace cuánto tiempo...

Capítulo 2

Lunes 7 octubre

Elizabeth

"¡Mierda! ¡Joder! ¿Cómo es que la alarma no sonó? ¡Justo hoy! Siempre es así, en el peor día, en el peor momento, ¡parece imposible!"

"¡Deja de gritar!" Gloria abre la puerta de la habitación de golpe, con el cabello completamente revuelto y cara de pocos amigos, vistiendo apenas unas bragas de encaje rosa y una camiseta por encima del ombligo. Sería cómico, si no fuera trágico. "Son las seis y cuarenta, ¿qué te pasó?", pregunta, frotándose los ojos con ambas manos.

"Eso es, ¡son las seis y cuarenta! Y la sesión empieza a las siete y media. No puedo llegar tarde, no hoy".

"Deberías haber pensado en eso ayer. ¿A qué hora llegaste? ¿A las tres? ¿A las cuatro? Deja de gritar, yo tengo que dormir. Por cierto, ¿adónde fuiste ayer?" Sin dejarme responder, ni darme oportunidad de volver a reclamar, cierra la puerta con el mismo ímpetu con que la abrió, provocando un estruendo en el silencio que aún se hace sentir.

Corro al baño e intento, en vano, retomar la calma. En realidad, no hay nada que pueda hacer sino acelerar. Me lavo metódicamente los dientes frente al espejo, y alisto mentalmente lo que tengo que hacer. Reviso el contenido de la mochila, el camino hasta el centro de prácticas, el programa, y sólo no rezo para que no haya tráfico porque no soy de creer, y no tengo dudas de que Dios tendría cosas más importantes de las que preocuparse.

"¡Buena suerte!", oigo la voz de Gloria a lo lejos, cuando atravieso el pasillo.

La voy a necesitar, pienso esbozando una sonrisa para mí misma. "¡Gracias!", respondo, evitando gritar, pero teniendo mis dudas de si me oye.

Abro la puerta tan despacio como me es posible, sujetando con fuerza el pomo, pero no evito que las cabezas dentro de la sala giren en mi dirección, en un movimiento sincronizado. Me siento en la última fila, poso la mochila en el suelo, e intento entender lo que está pasando. La sala es relativamente grande permitiendo que las cerca de veinte personas presentes estén dispersas en pequeños grupos. Algunos toman notas, otros miran atentamente hacia el frente, bebiendo cada palabra.

Un hombre, en la casa de los cincuenta, de piel tan oscura que parece tener un reflejo azul, y cabeza rapada, gesticula, describiendo en una voz firme y pausada lo que me parece ser el plan de actividades para esta semana. En la pantalla están proyectados horarios de sesiones teóricas y entrenamientos prácticos.

Estoy segura de que lo conozco, pero no consigo recordar de dónde. Poco a poco recupero algo de serenidad, saco el cuaderno y una pluma de la mochila, y me permito mirar alrededor. Son muchos más hombres que mujeres, constato, volviendo a enfocarme en lo que él está diciendo.

"Ustedes tienen que ser conscientes de su responsabilidad. Fueron los mejores de todos los que postularon a este Programa, y fueron más de trescientos".

De repente se hace la luz en mi cerebro, ¿cómo es que no lo he reconocido? Es el Capitán Grassi. Nada más y nada menos que uno de los mejores ortopedistas de trauma del país, un especialista en medicina de catástrofe, con una impresionante carrera de médico militar. Nunca lo había visto personalmente, pero estoy segura de que es él. Sonríe discretamente, satisfecha conmigo misma.

"Como saben, el Programa dura seis meses. Al final, algunos de ustedes serán integrados en una misión de élite o pasarán a integrar el equipo del nuevo Centro de Trauma Complejo. El CTC abre puertas en menos de un año y, ese día, hará la diferencia entre la vida y la muerte, entre el

atleta que gana el oro Olímpico, y aquel que tiene que renunciar a sus sueños". El Capitán Grassi suspende momentáneamente lo que está diciendo, no sé si para recuperar el aliento, o para crear un momento dramático. "Aquí hay cuatro equipos trabajando en conjunto: médicos de varias especialidades, enfermeros, psicólogos y, periodistas y fotoperiodistas. Mézclense, intégrense, pues no lo conseguirán unos sin los otros. Si piensan que son más importantes que sus colegas, no se equivoquen, van a necesitarlos para sobrevivir en terreno. La mitad del grupo va a ser invitado a abandonar el Programa en las próximas semanas. Para los otros, comienzan las pasantías fuera, comienza la vida real. Depende de cada uno, saber si tiene lo que es necesario para ser uno de los elegidos".

Así que termina, mis colegas salen apresuradamente de la sala, pareciendo saber exactamente qué hacer. Me quedo en mi lugar, y guardo el cuaderno de nuevo dentro de la mochila, sin haber escrito una sola palabra.

"Meyer, supongo", dice acercándose a mí y extendiendo la mano en un saludo firme.

"Mis disculpas por el retraso. No volverá a suceder, Capitán Grassi".

"Estoy seguro de que no", dice sin sonreír "Durante esta semana estás conmigo. Periodismo, ¿correcto?"

"Sí. Fotoperiodismo, en realidad", respondo ya fuera de la sala, siguiendo tras él por el pasillo, casi corriendo para poder acompañar su paso largo.

Son casi las cuatro de la tarde. Estoy exhausta, pero contenta. La cirugía fue asombrosa, nunca había visto nada así. Imaginé mil planes para la cámara, mil preguntas que quería hacer y, sin embargo, todo lo que puedo hacer es observar a distancia. Me hizo sentir nostalgia. Evito el pensamiento, encojo los hombros y respiro profundamente, mientras camino hasta el comedor, siguiendo la señalización amarilla en las paredes.

El espacio es amplio y bien iluminado, así que entro reviso algunos de los rostros que estaban en la sala esta mañana. Por la voracidad con que comen deduzco que, al igual que yo, deben haber estado trabajando hasta ahora. Atravieso lentamente la barra del autoservicio, a pesar de la hora tardía no faltan opciones. Pongo en la bandeja mucha más comida de la que sé que al final voy a conseguir comer. Sigo concentrada y me dirijo a una mesa vacía.

"¿Adónde vas? Siéntate aquí", oigo a alguien decir, percibiendo que las palabras son para mí.

"Esta mañana nos presentamos, pero tú aún no habías llegado. Yo soy Camila, de orto, estos son Rafael de neuro y Paul, psicólogo...", dice apuntando con la mano a medida que habla.

"Yo, soy Mia", se presenta una chica pelirroja, de ojos muy verdes, interrumpiendo a Camila. Tiene un aire cómico, con una rebanada de pizza en la mano y una gota de salsa en la nariz.

"Me retrasé", digo constatando lo obvio. "Soy Eli..."

"Elizabeth Meyer, periodista" interrumpe Rafael, haciendo una reverencia teatral. "Fuiste presentada, incluso sin darnos el honor de tu presencia. Deberías intentar compensar tu falta, el Capitán no parecía satisfecho. Nada que no consigas resolver...", dice dejando la frase en suspenso, mirándome de arriba abajo, hasta fijar la mirada en el escote de la camiseta del traje de bloque, claramente dos tallas por encima de la mía.

"¿Qué quieres decir con eso?", pregunto aturdida, intentando entender a dónde quiere llegar.

"Tú sabes", profiere mirando a Paul, y guiñando los dos ojos de forma teatral, "No vas a tener problemas".

"No le hagas caso...", responde este último, dando una palmada en el brazo de Rafael.

"¡Idiota!" interviene Camila.

"Idiota, pero uno de los mejores", concluye el propio, soltando una carcajada que contagia a los demás.

No añado nada más y finjo estar concentrada en la hamburguesa, dando varias mordidas en secuencia, hasta quedarme con la boca tan llena que casi no consigo masticar. Empiezo a arrepentirme de haberme sentado aquí.

"Hablando de cosas serias, ¿quieres hacer grupo conmigo?" pregunta Mia, que entre tanto terminó la pizza y se limpió la cara.

"¿Qué grupo?"

"Realmente deberías haber llegado a tiempo", vuelve a entrometerse Rafael. "Ven, vamos a buscar cafés, que yo te hago un resumen de esta mañana". Su voz suena más suave y, sin darme oportunidad de rechazar, me jala del brazo.

Mientras nos alejamos oigo a Camila decir: "Es estúpido y engreído, pero un genio en el bloque. Trabajamos juntos en la pasantía". Él se detiene por un instante y se gira hacia atrás, haciéndome rotar también la cabeza, a tiempo de verlo asentir con la cabeza. Ella sonríe y encoge los hombros.

§

"Disculpa por esta mañana", digo cuando entro en casa, incluso antes de cerrar la puerta de la calle. Gloria está echada en el sofá, concentrada en el móvil, con una botella de cerveza posada en el suelo.

"¿Qué tal ese primer día, chica? Por lo menos sobreviviste".

"Mal", asiento, arrastrándome lentamente hasta la nevera y volviendo con dos botellas más. De forma atolondrada le cuento el resumen del día, terminando en una descripción pormenorizada de la conversación en la cafetería. "¡Es insostenible! Tú, no lo aguantarías ni cinco minutos". Mi irritación es vencida por el cansancio, interrumpo las quejas y bebo la mitad de la cerveza, poniendo los pies encima del brazo del sofá donde ella está echada.

Instantáneamente todo parece menos preocupante, y me dejo envolver por la sensación de confort de estar en casa, en mi casa.

Conocí a Gloria en una exposición de fotografía, poco tiempo después de haber terminado con Kate. Entré por mero azar en una galería, y ella estaba allí. Acabamos quedándonos a conversar, una cosa llevó a la otra, y nos hicimos amigas. Pasadas algunas semanas estábamos compartiendo un apartamento. De las mejores decisiones que ya tomé. Yo echada en un sofá, ella en el otro, una cerveza en la mano, el ruido distante de la televisión y muchas horas de conversación es un componente fundamental para dar algún equilibrio a mi vida.

"¿Lo vas a conseguir?"

"¿Sobrevivir a Rafael?"

"No, ¿sobrevivir a ese Programa? No te entiendo. Tenías una propuesta, la revista es óptima y pagaba bien, ¿por qué esto? ¿Ya pensaste qué pasa si no eres elegida?"

"No puedo pensar en eso ahora. Un día a la vez. Yo guardé dinero durante todos estos meses", interrumpo y suspiro, concluyendo "y además voy a mantener el club".

"¿¡En serio!?"

"Nadie lo va a descubrir. Quieren exclusividad, yo lo entiendo, pero no es a esto a lo que se refieren".

"¿Hay algo que entender? ¡Exclusividad es exclusividad!"

"No puedo dejar de bailar, me volvería loca. Y gorda..., y pobre" afirmo levantándome del sofá de un salto. Levanto los brazos sobre la cabeza, dando vueltas en piruetas, hasta chocar con la mesa y caer sentada en la alfombra, riendo a carcajadas. "Espectáculos los fines de semana y ensayos los martes y jueves".

"Parece un plan locamente perfecto".

"Para con eso", intervengo, viendo la sonrisa irónica estampada en su cara.

"A Kate le va a satisfacer", afirma con sarcasmo, "¿Ya compartiste tu nuevo horario?"

"No".

"¡Lo va a odiar! Esa tampoco conoce el concepto de exclusividad..., nunca va a dejar de intentar controlarte".

"¡Para con eso!", repito, esta vez de forma más incisiva.

Pienso en Kate, y soy transportada a Múnich, otros tiempos, otra vida. Kate es lo que siempre fue, una bailarina excepcional, completamente dedicada y tal vez por eso mismo, totalmente auto centrada. Una estrella alrededor de la cual todos gravitan, incluyéndome a mí.

Gloria no parece dispuesta a parar y prosigue, "No, claro que no es ella, tú es que nunca encuentras a la persona correcta, desde que ustedes se separaron. Es que sólo pasaron tres años", concluye, manteniendo la ironía.

"Nuestra presentación en el club es un éxito, y ella es la gran responsable por eso, el resto son cosas de tu cabeza. ¿Vamos a comer, o te alimentas de cerveza?", pregunto forzándola a cambiar de tema.

Debe tener hambre. Sin replicar, se levanta y se encamina a la cocina, apenas a algunos pasos de distancia. "Una cena especial para tu primer día. ¿Pizza?", pregunta de forma retórica, encendiendo el horno y abriendo el cajón del congelador.

Sentadas frente a frente en los taburetes de la barra que separa la sala de nuestra minúscula cocina, ni el olor delicioso que se hace sentir parece ser suficiente para frenarla, sin darme tregua dice entre dientes. "¿Son sólo los espectáculos los que vas a mantener?"

Levanto la cabeza y la miro directamente, sonrío y no respondo.

Capítulo 3

Viernes 11 octubre

Jacqueline

"Es un grupo interesante, lástima que no estés con nosotros. Esta mañana hicimos la primera evaluación. Aparte de unas chicas más flojitas, pobrecitas, los demás son buenos. Estas chicas de hoy, no entiendo...", afirma Grassi, sacudiendo la cabeza para enfatizar sus palabras. "Una fue madre hace unos meses, no entiendo qué le pasa por la cabeza para postularse a un programa como este..."

'Él no es mala persona', '¡él no es mala persona!', repito internamente, intentando abstraerme de lo que estoy escuchando. "Cambiando de tema, ¿viste las imágenes del accidente de esta madrugada?", pregunto, bebiendo un sorbo de mi cerveza.

"Las vi, no sé cómo salió vivo."

"Viva, era una mujer. Tuvo suerte. Seis horas en el quirófano, algunos meses de rehabilitación y se recuperará por completo. Motos..."

"El problema no son las máquinas, son las personas. No sé qué les pasa por la cabeza", repite otra vez, dejándome anticipar que viene otra crítica. "Chicas que ni siquiera tienen fuerza para sostener una bicicleta creen que pueden conducir motos como estas. Falta alguien que las cuide." Encoge los hombros, se pasa la mano por el mentón y luego vacía su vaso de cerveza de un solo trago, mientras estira sus largas piernas al lado de la mesa, dominando por completo el espacio que nos rodea.

Este tampoco es un buen tema, reflexiono, decidiendo volver atrás en la conversación, "¿Y el grupo? Quiero saber más, quiénes son, qué quieren hacer."

"Era lo que te estaba diciendo, aparte de esas chicas que ni siquiera deberían haber sido seleccionadas, los demás tienen potencial. Cuatro ortopedistas del Hospital Universitario, muy bien preparados, y dos más de cardiotorácica, por cierto, una de ellas es una chica muy guapa, si sabes a lo que me refiero" dice riendo, haciendo un gesto con las manos. "¿Rafael Pérez, lo conoces? Trabajé con su padre, un hombre como pocos, y uno de nuestros mayores simpatizantes. El chico es de neurología, un joven muy inteligente. Tienes que conocerlo, será una gran ventaja. Luego hay más enfermeros, algunos psicólogos y tres periodistas. Esos se las ven apretadas para no caerse hacia un lado en el quirófano. No entiendo por qué la organización insiste con eso de los psicólogos y los periodistas, esto es trabajo de médicos y enfermeros. Los demás solo estorban, unos cuantos más a los que cuidar. Esta semana tuve conmigo en la sala a una chica, fotoperiodista, ya el primer día tuvimos una fractura múltiple de tibia y peroné. Tengo que admitir que lo hizo mucho mejor de lo que anticipé. Tiene un aire raro, pero tal vez aguante." Son más de las siete, y Grassi no parece tener ganas de terminar la conversación. Hace señas hacia el mostrador y pide dos cervezas más.

"Es la última", afirmo, mirando de reojo el teléfono, que sobre la mesa da señal de otro mensaje, "Tengo que irme."

"Claro. Aún vas a viajar, ¿no? Eso no es para mí. Media hora en medio del tráfico y es suficiente para que desista de ir a casa."

"Te acostumbras, entre unas canciones y unas llamadas, cuando me doy cuenta ya he llegado." No voy a dar explicaciones, no quiero que Grassi sepa nada más de lo estrictamente necesario.

"¿Y él? ¿No le importa? Un día de estos tenemos que quedar para cenar los cuatro. Yo hablo con mi mujer, le encantará. Al final nunca llegué a conocer a tu marido."

"Durante la semana tiene sus clases y sus cosas. Creo que hasta prefiere que yo esté allá solo los fines de semana", respondo con una risa forzada, encogiéndome de hombros. La verdad es que es

más o menos eso lo que pasa, la mayoría de los días de semana acabo quedándome en el hospital o en el pequeño apartamento que mantengo justo en el centro de la ciudad.

Sobre la mesa las cervezas se estremecen con la vibración del teléfono que suena.

"Contesta, por favor, no te detengas por mí", dice Grassi levantándose y mirando directamente a la pantalla donde se lee 'Sanches'. "No lo hagas esperar, dile que ya vas en camino. A los hombres no les gusta esperar", termina con una carcajada pasándose la mano por la cabeza como si se arreglara un cabello que no existe.

§

Llego a casa pasados quince minutos de las nueve. Ni siquiera es necesario entrar para saber que tenemos invitados, o no sería Olga, y hoy no sería viernes.

"¡Mira quién llegó!", afirma en el momento en que abre la puerta, apoyando sus labios en los míos en un beso rápido de buenas noches. "Ven querida, deja las cosas ahí en la entrada. ¡Vamos!", insiste, "Estamos hambrientos."

Por lo que puedo ver, me esperaron para comer, pero no para beber. Olga me extiende una copa de vino tinto y encamina al grupo hacia la mesa. Son los de siempre, y avanzan sin ceremonia.

"El accidente de esta madrugada fue feo. ¿Fuiste tú quien operó? ¿La chica se salva?", cuestiona Antonio, a modo de interrogatorio, entre bocados.

"Fui yo, fui yo. Salió bien. Es todo lo que te puedo decir."

"Ya sabes cómo es, ¡gente importante!", últimamente Olga no pierde oportunidad.

"Confidencialidad", pronuncio entre dientes, conteniendo la irritación. Después de todos estos años, está cansada de saber, pero eso nunca impide los comentarios sarcásticos. Afortunadamente la conversación ya derivó hacia la crisis en el gobierno y la política educativa, un tema consensual en esta mesa. A medida que me relajo percibo que también yo estoy hambrienta. Una cosa nadie puede negar, ella cocina magistralmente.

"Deberías haber estado aquí en los años de Carl", comenta Antonio, que claramente ya ha bebido de más.

"¡Antonio!", interviene Olga en tono de advertencia, "No empieces."

"Deberías haber visto a tu mujer."

"Es verdad, yo soy testigo", afirma Carl, poniendo su mano sobre la de Olga, un gesto que no me pasa desapercibido.

"Están exagerando. Bebí un poquito y me apetecía bailar", dice con una carcajada estridente.

Antonio pone su mano sobre mi brazo, "¡Y tenía calor!", dice manteniendo los ojos en ella, "Deberías haberla visto. Hace mucho tiempo que no la veía así. La Sanches de los viejos tiempos", prosigue riendo, insistiendo en contar detalles.

Gracioso, pienso, mirando alrededor, Carl no solía formar parte de este grupo. Recuerdo que cuando él entró en la escuela, Olga decía que era un perezoso, escondido detrás de una cara de galán. Parece haber cambiado de opinión, reflexiono.

"Voy a pasear a Ben", anuncio.

"¿Ahora? Ven con nosotros a fumar un cigarrillo, vas después", dice Olga levantándose y poniendo la mano sobre mis hombros.

"¡Yo no fumo! Voy ahora, después ya no tendré ganas. Lo extraño." Sin darle tiempo a decir nada más, me levanto, atravieso la cocina y salgo por la puerta trasera. Inmediatamente Ben aparece dando saltos vaya uno a saber de dónde. Me agacho, pero antes de conseguir hacerle una única caricia, es él quien me inunda de baba, casi haciéndome caer hacia atrás, tal es su felicidad. Es tan adorable y juguetón como torpe. Adoro a este perro, pienso, abrazándolo con fuerza.

Caminamos despacio, lado a lado, por las calles casi desiertas. Es bueno estar lejos del bullicio

del centro de la ciudad, medito mirando las ventanas iluminadas de las casas bajas que bordean la calle. Veinte minutos después estoy frente a la casa que solía ser la mía, cuando era niña. Ya está todo apagado. Camino unos cuantos metros más y me detengo frente a la casa de mi hermana. Allí dentro es posible ver movimiento a través de las finas cortinas que cubren las ventanas, está en la cocina.

La iluminación suave de unos cuantos candelabros junto al suelo deja ver el césped cuidadosamente recortado y las flores exuberantes que bordean el corto camino de piedras blancas que se extiende hasta la puerta principal. Con Ben sorprendentemente bien comportado a mi lado, avanzo hacia la puerta y golpeo la madera con los nudillos, evitando tocar el timbre.

"¡Jack!", dice como si necesitara confirmar que soy yo, mientras me envuelve en un abrazo, para luego ponerse de rodillas, colocar los brazos alrededor del cuello de Ben y esconder la cara en el pelo castaño cobrizo.

De espaldas a mí, puedo ver cada vértebra. La fina camiseta que lleva puesta deja poco espacio a la imaginación y no esconde el relieve de los huesos. "Estás más delgada cada día que pasa... Mañana almorzamos juntas. No, no hace falta que pongas esa cara, está decidido, ¡vamos a almorzar solo las dos!", digo sin dejarla hablar.

"No puedo. Voy a almorzar a casa de mis suegros", contesta, esforzándose por dar algo de normalidad al tono.

Sé que tengo razón, mi preocupación no es en vano, cualquier báscula confirmaría mis palabras. Está pálida, con los ojos hundidos, y cada movimiento parece exigir un esfuerzo demasiado grande.

"¿Cómo están los señores tus suegros?", pregunto, mientras recorremos el camino entre la puerta de entrada y la cocina. Con una casa tan grande, acabamos inevitablemente en la cocina. No sé qué es, pero las cocinas traen una intimidad difícil de igualar. Acepto otro café y me siento cómodamente en una de las sillas azules simétricamente dispuestas alrededor de una mesa de un rojo vivo. "Todavía no logro entender, no tiene ningún sentido que vayan a vivir a casa de ellos.", comento, recordando nuestra última llamada telefónica. "No te puede hacer bien. Además, no veo cuál es la ventaja, ellos viven a la vuelta de la esquina."

"Tú sabes que yo detesto la idea, pero ¿cuál es la alternativa? Thomas ha insistido. Él viaja cada vez más, mis ensayos van a empezar en menos de un mes, alguien tiene que quedarse con Amy. Ellos pueden tener muchos defectos, pero como abuelos, son los mejores del mundo", respira hondo, buscando energía para continuar, "Thomas tiene razón."

"¿Razón en qué? Y, a propósito, ¿dónde están?" Miro alrededor, la casa está en silencio, el único ruido además de nuestras propias voces es la respiración pesada de Ben que se quedó dormido echado a mis pies.

"Amy ya duerme desde hace horas, y Thomas tenía una cena."

"Genial, así podemos hablar tranquilas", afirmo sin ceremonia. "Responde a mi pregunta, ¿él tiene razón en qué?"

"Tiene razón en insistir que después de todo lo que luchamos para tener a Amy no tiene sentido ahora dejarla con una empleada. Él dice que ya que yo no voy a quedarme en casa, entonces debemos aprovechar a sus padres", Carol suspira y encoge los hombros, cambiando súbitamente de tema, "Tengo que contarte algo, deberías haber venido aquí el fin de semana pasado, fue la cena del colegio..."

"No lo entiendo", interrumpo, de forma ruda, ignorando su intento de alterar el rumbo de la conversación "...¿él quería qué? ¿Que tú te quedaras en casa cuidando de ella? ¿Estás bromeando?"

"¡Claro que no! No es eso. Él sabe que yo tengo que volver y la invitación que me hicieron es irrechazable, tengo que recomenzar ahora", se apresura a responder, para no dejar que esa posibilidad pueda tomar forma. A veces es necesario borrar las palabras del aire antes de que se vuelvan presentes, y por un instante puedan ser verdad. Ella vuelve a respirar profundamente, y sé que esta vez el tema terminó. "¿Vas a casa de mamá?", pregunta como si fuera la secuencia normal de la conversación.

"Hoy no."

"¿Hace cuánto tiempo que no vas? ¿Un mes? ¿Dos? Sabes que la casa está aquí al final de la calle, ¿no?"

"No es relevante, ella no se va a acordar de todos modos, entonces ¿cuál es el interés?"

"¿No la extrañas?"

"¿Qué? ¿A ella gritándome, hablando mal de todo lo que yo hacía? No, no la extraño. ¿Cómo ha estado?"

"Igual. No reconoce a Amy, y el otro día no se acordaba de Thomas. No sé si él volverá a ir allá..." Carol suelta una carcajada, no sé si por lo que pueda haber pasado, si simplemente para aligerar el ambiente.

"Mándame las cuentas" es todo lo que consigo responder.

Ella parece haber agotado el tema de mi madre, y retoma la conversación anterior, "La semana pasada mi suegra propuso que nos quedáramos todos a vivir allá en su casa hasta el verano, por lo menos durante la semana. Puede ser la mejor solución, para que Amy no ande de aquí para allá. Ella tiene razón, las apariencias son importantes, al fin y al cabo el proceso todavía no está completamente concluido", veo sus ojos inundarse de lágrimas. Disimulando, se pasa la mano sobre el rostro y sonríe.

"¡Te va a hacer mal!", repito con frialdad, desviando la mirada hacia Ben que duerme plácidamente.

"Basta de hablar de mí y de mis problemas. ¿Y tú? ¿Cómo estás?", me pregunta mientras se levanta para poner las tazas vacías en el lavavajillas. "Tienes un aspecto estupendo, ¿trabajo o sexo?", concluye, como si fueran las únicas alternativas.

"¿Estás bromeando? No dejes que Olga te escuche decir eso", digo, sin poder evitar una sonrisa.

"Ya veo. ¿Quién es?"

"No lo sé. No es nadie."

"¡Cuéntame! No te resistas, siempre me lo cuentas todo", dice, sacudiendo la cabeza y sonriendo, mostrando una hilera de dientes muy blancos.

"Es verdad, no lo sé." En pocas palabras y evitando los detalles, le describo lo que pasó.

"No lo puedo creer. El tiempo pasa, ¡y tú sigues siendo la misma de siempre!" Por primera vez desde que llegué, se echa a reír con ganas.

"¿De qué te ríes?"

"Estaba pensando que un día..., un día te vas a enamorar, hermanita", concluye con ironía.

Capítulo 4

Sábado 12 octubre

Elizabeth

Las luces se apagan y cierro los ojos, aunque no haya diferencia en mantenerlos abiertos. Se escuchan los primeros acordes. Siento en la madera del suelo la vibración de la mano de Kate golpeando suavemente, marcando el ritmo. El foco de luz blanca se abre sobre nuestras cabezas y, en un movimiento único, todas nos levantamos. Estiro los brazos en una línea recta, desde el hombro hasta la punta del dedo meñique, y los dejo rotar en círculo alternativamente cada vez más rápido, acompañando las notas del piano. Libre en un vuelo pleno, atravieso el escenario, tomo impulso, ampliando el movimiento a medida que giro, hasta saltar tocando con la punta de los dedos de los pies en un movimiento suspendido en el aire. Aterrizo a la perfección, cambio de posición con Kate, y sigo en sincronía con el resto del grupo. Ella ejecuta a la perfección su momento a solo, atravesando el escenario en diagonal, en una sucesión de piruetas, para luego rodar en el suelo y levantarse justo detrás de mí. Un do mayor es mi señal para el salto final. Sostengo el aire dentro de los pulmones, miro hacia adelante, fijo un punto y salto en el vacío. El aplauso es inmediato. Cuando las luces se encienden, puedo, por primera vez, ver a la audiencia. El club está lleno, y nos aplauden de pie.

Volvemos cuatro veces antes de finalmente retirarnos a nuestro camerino improvisado.

"¡Echo de menos los escenarios de verdad!", exclama Kate, quitándose el maillot y poniéndose una camiseta sin preocuparse por ponerse sujetador.

"Vas a volver", responde una de las chicas más jóvenes, que está con nosotras desde hace poco más de dos meses, "Estás en la lista para ese nuevo musical, ¿verdad? ¿Cuándo salen los resultados?"

"Ya no debe faltar mucho. Pero las posibilidades son pequeñas. Me estoy haciendo vieja..."

"¿Vieja, con 34 años?", no puedo dejar de decir, sabiendo perfectamente que tiene razón.

"¿Salimos a comer algo?", pregunta mirando primero hacia mí y luego hacia las demás. Es su forma de mostrar que no quiere seguir hablando sobre el tema.

"Hoy no puedo", respondo instantáneamente como si anticipase la pregunta.

"Claro, hoy es sábado, ¿no?", responde de forma cáustica, sacudiendo el largo cabello castaño que le cae ahora suelto sobre los hombros.

Pasaron más de quince años desde que vi a Kate por primera vez. Lo recuerdo como si fuera ayer. Mis padres me habían dejado pasar el fin de semana en casa de una compañera del instituto y su madre nos llevó al Ballet de Múnich. Nunca había visto nada así, Kate parecía un pájaro, volaba, giraba, con una ligereza que daba la sensación de que el cuerpo se sostenía en el aire por más tiempo del que la gravedad podría permitir. Movimientos amplios, absolutamente perfectos, en una silueta fina, marcada por un traje blanco brillante que le cubría integralmente el cuerpo y la cabeza.

Yo tenía 16 años. Era una adolescente, no por ello muy problemática. Siempre había sido lo que mis padres esperaban que fuese, y vivía tranquila con eso. Durante unos años había hecho ballet, pero poco a poco se volvió inconciliable con el fútbol. Bailar más en serio no era una opción, al fin y al cabo yo era la única hija de una de las jugadoras de fútbol más destacadas de la selección alemana en la década de los 90. Mi madre dejó de jugar cuando se quedó embarazada y no pudo volver. Acabó siendo invitada para ser seleccionadora de las categorías inferiores. Mi padre no tenía nada que ver con el mundo del fútbol, ni tampoco con el de la danza. Es un hombre reservado, cirujano plástico, que siempre adoró lo que hacía. Para ellos no había dudas, yo iba a

jugar al fútbol y estudiar medicina. En realidad, desde siempre mi destino estuvo trazado.

Yo nunca disfruté particularmente jugando, pero nunca tuve el coraje de admitirlo. Ironía del destino, era una excelente centrocampista, pequeña y flaca, pero muy rápida y flexible. ¿Cómo podía, en aquel entonces, decirles a mis padres que quería bailar en vez de jugar al fútbol?

Después de aquella ida al Ballet de Múnich, renuncié a las meriendas de la escuela durante un mes, pero valió la pena, a cambio, convencí a mi compañera para que me llevara al estudio donde ensayaba y me presentara a los profesores, una vez allí, no fue difícil persuadirlos de dejarme bailar, incluso sin poder pagar. Entrené así, a escondidas, durante más de dos años. Al mismo tiempo, claro, jugaba al fútbol, y jugaba cada vez mejor, hasta ser convocada para la selección principal. Hice lo que se esperaba, y entré en medicina. Poco a poco empecé a bailar cada vez menos, pero no podía dejar de ir al estudio, era mi refugio, mi puerto seguro.

Un día, en un verano, me invitaron a participar en un espectáculo de demostración. Al final, vino a nosotros nada más y nada menos que Kate Stein. Habló conmigo como si yo fuera alguien importante y, sin preámbulos, me invitó a ensayar con su grupo durante el resto de las vacaciones. Era una oportunidad que no podía, y no quería, desperdiciar. Mi madre estuvo fuera en una concentración con su selección, y mi padre iba muy temprano al hospital y solo volvía por la noche. Yo inventaba una excusa aquí, otra allá, y salía de casa todos los días para bailar. Cuando el fútbol se reanudó se dio la coincidencia de que los entrenamientos no coincidían. Fueron meses perfectos, andaba exhausta, pero feliz. Hasta que se reanudaron las clases y los exámenes, y las cosas se volvieron imposibles.

Unos días antes de Navidad, tuve una de las conversaciones más difíciles de mi vida, y abandoné el fútbol. Mi madre quedó devastada y Kate eufórica.

Miro el reloj, son casi las once, ni me di cuenta de que todos se fueron, reflexiono, constatando que estoy sola. Voy al lavabo, pongo las manos en forma de cuenco y sumerjo la cara en el agua fría.

Vuelvo a la sala del club, que se mantiene repleta. En el escenario donde bailamos está ahora un pianista. Parpadeo, intentando adaptarme a la penumbra, y finalmente vislumbro a la persona que buscaba. Sentada en una de las mesas al lado de la barra, enfrascada en una animada conversación, gesticula pareciendo querer convencer a las dos mujeres que están con ella de algo. Creo que nunca las vi antes, reflexiono.

"Ya estaba pensando que hoy no nos darías el honor de tu presencia", es lo primero que dice cuando me acerco. No puedo dejar de notar que, al contrario de lo habitual, no sonrío.

"Disculpa, tardé un poco allí dentro" respondo, intentando con una sonrisa forzada aligerar el ambiente, al mismo tiempo que saludo a las otras dos mujeres con un beso en la mejilla.

"Nosotras nos vamos" dice casi inmediatamente una de ellas, poniéndose de pie, "Luiza insistió en que esperaríamos para conocerte. Bailas maravillosamente, pero debes oír eso todos los días", remata, encogiéndose de hombros, restándole valor a su propio elogio. "Nadie puede negar que tienes buen gusto, Luiza".

No sé exactamente qué es lo que quiere decir, pero no me gusta el comentario. Sin dar explicaciones, voy hasta el mostrador a buscar una cerveza, tal vez ayude, o tal vez debería simplemente irme, Gloria tiene razón, yo no necesito esto. Hace unos meses, Luiza me vio bailar aquí, empezó a venir todos los fines de semana, siguió un elogio, una copa de champán, una nota en un sobre dejado en el camerino. No es la primera, y no será la última en vivir un matrimonio de fachada.

"Ella tiene razón, hoy estuviste mejor que nunca. No recuerdo haberte visto bailar tan bien, debe ser proporcional al mal humor", afirma Luiza, ya a solas, cuando regreso.

Por un segundo cierro los ojos, y recuerdo el domingo pasado. La discusión, los insultos, ella levantándose, cogiendo el abrigo y saliendo del bar del hotel sin mirar atrás. El whisky, aquella mujer...

La voz de Luiza interrumpe mis pensamientos, en el exacto momento en que me transportaba al resto de esa noche. "¿Nos quedamos aquí? ¿Quieres salir?", pregunta haciéndome una caricia cariñosa en el brazo.

"¿En serio? ¿Se te pasaron las dudas?", no puedo dejar de decir, apartando el brazo de un tirón.

"Deja eso. Te pido disculpas. No sé qué me pasó."

"¿Culpa?" Todavía no estoy lista para seguir adelante, necesito prolongar un poco más su incomodidad. Oírla pedir disculpas, aunque sepa que no son sentidas.

"¡Disculpa! ¿Volvemos al hotel? Reservé nuestra habitación."

Caminamos en silencio las dos manzanas que nos separan del hotel. Nos sentamos en la misma mesa donde estuvimos la semana pasada, pero esta vez ella pide vino en lugar de cerveza. La conversación gira por varios temas, hasta centrarse en Kate.

"Me acuerdo de verla bailar, hace muchos años. Estaba con mi marido en Berlín y acabamos yendo al ballet. Ella era genial. Se decía que sería la próxima gran estrella, pero después de la lesión nunca más fue la misma.", comenta Luiza con un tono demasiado ligero frente a la importancia que el tema tiene, al menos para mí.

"¿Tú crees? En mi opinión, sigue siendo extraordinaria." Ni yo creo en lo que estoy diciendo. La caída, las cirugías de rodilla, le destruyeron la carrera.

Levanto la cabeza sorprendida por la aproximación de Marcus, ¿será que me reconoció? Cuando miro mejor, veo que trae en la mano un vaso de whisky. Inmediatamente giro la cabeza y recorro la sala con los ojos, buscándola a ella, pero la barra está vacía.

Marcus deposita el whisky frente a mí y la copa de vino frente a Luiza. Cuando se inclina para dejar el vaso, susurra con los labios casi pegados a mi oído, "¿Pensé que podrías necesitarlo!", ante mi mirada de asombro, esboza una sonrisa casi imperceptible, y se aleja.

"Ni me di cuenta de que habías pedido otra bebida", comenta Luiza, frunciendo el ceño, "¿Whisky? Nunca te vi beber whisky."

Subimos en el mismo ascensor donde subí el domingo pasado. Ella se acerca más y entrelaza sus dedos con los míos, cierro los ojos y me obligo a pensar en el presente, en el aquí y ahora, no permitiendo que una cascada de recuerdos se apodere de mí.

§

Llego a casa de madrugada. Lo que quiero es tomar una ducha y dormir. Giro la llave despacio para no despertar a Gloria, pero mi preocupación es infundada. Ella está sentada en la mesa de la sala con un sinnúmero de fotografías esparcidas por todas partes. Me descalzo los zapatos junto a la puerta, y piso la alfombra con cuidado desviándome de las imágenes que cubren el suelo casi por completo, hasta que puedo sentarme en la silla a su lado.

"¡Es tarde! ¿Qué estás haciendo? ¿De quién es?", pregunto cogiendo una fotografía que tiene tanto de inquietante como de magnética.

"Nadie lo sabe."

"¿Cómo que nadie lo sabe?" Miro la imagen y veo una firma indescifrable escrita a mano en una de las esquinas.

"Tenemos una posibilidad..., es remota lo sé, pero tenemos la oportunidad de tener un original en la próxima exposición de la galería. ¡Sería de otro mundo!" Gloria sonríe y se gira en la silla hasta quedar frente a mí, "Son casi las tres. ¿Puedo preguntar qué anduviste haciendo, o no querré saberlo?" cuestiona con ironía, dando un sorbo a la Coca-Cola.

"¡No querrás saberlo!", respondo sin sonreír, mirando el teléfono para ver la hora. Un mensaje aparece en la pantalla, '¡Gracias!'

"No te entiendo, ¿por qué? No tiene sentido", declara en su tono tranquilo, posando su mano sobre la mía.

Le robo el vaso y bebo lo que queda del líquido, "Tú sabes, durante el programa no puedo trabajar."

"No lo necesitas. Tienes los ahorros, y además me tienes a mí. ¡No lo necesitas!"

"Deja de decir lo mismo, sé que no lo necesito. Pero me hace sentir bien, me hace sentir útil."

"Es muy tarde para psicoanálisis. Tienes que buscarte un nuevo amor, en eso te deberías concentrar."

"Sí, ya lo había pensado, voy por ahí a buscarlo.", respondo sacudiendo la cabeza y echando hacia atrás el pelo que me cae sobre los ojos.

"¡No seas idiota!", responde dándome una palmada en el brazo, mientras empieza a guardar las fotografías esparcidas. "Tal vez dejar de ver a Kate todos los días podría ser un primer paso."

"Hace años que no estamos juntas. Además, ella tiene compromiso. Hoy mismo me estuvieron contando que su novia anda insistiendo en que se casen."

"Desde que te conozco ustedes no están juntas, y Kate está acompañada, pero ni una cosa ni la otra impiden que sigas presa, y que ella alimente tu obsesión. A ella le encanta eso, te da un beso, un orgasmo, y tú nunca te alejas."

"Yo no estoy enamorada de ella. Ya lo estuve, mucho y por mucho tiempo, ¡pero se pasó!"

"Genial. Si de verdad te lo crees, ya es un primer paso."

Capítulo 5

Domingo 13 octubre

Jacqueline

No vale la pena insistir, sé que no voy a conseguir volver a dormir. Miro el reloj, siete y media, afuera el cielo comienza a despertar, hay esa luz blanca que solo las mañanas de otoño pueden tener. Me levanto sin hacer ruido, y tomo una ducha rápida, antes de salir de la habitación doy un último vistazo a Olga que duerme profundamente con la boca abierta, roncando ligeramente. Debería beber menos, pienso, recordando la noche de ayer. Otra vez el mismo grupo, otra cena. Siempre es igual, cada fin de semana, cena el viernes y el sábado, no es que no me guste, o no me gustara, pero con el tiempo fui perdiendo la paciencia para las mismas conversaciones, los mismos chistes, no sé si son ellos o soy yo, pero ya ni su comida me da el mismo placer.

Ayer ya pasaban de las dos de la mañana cuando finalmente se fueron. Terminé de levantar la mesa y arreglar la cocina. Cuando entré a la habitación, Olga ya estaba durmiendo. Me quedé parada mirándola, acostada sobre la cama, sin nada encima, a excepción del camisón. Qué bueno que ya está durmiendo pensé. Cuando nos conocimos, todos los momentos a solas parecían pocos, ahora ella se da la vuelta y duerme.

Preparo el desayuno y abro la puerta, sentándome en la mesa del porche. Hace frío, constato apretando la chaqueta que me puse sobre la ropa. Indiferente a la hora, Ben aparece corriendo y se lanza literalmente sobre mí en cuanto cruzo la puerta. Dejo la taza y trato de proteger la chaqueta de la baba que sé que será inevitable.

Agarro el periódico que Olga dejó sobre la silla, y acomodo las hojas hasta lograr que vuelva a parecer un periódico. Tanto tiempo juntas e insiste en dejarlo así, sabiendo cuánto me irrita, pienso. Lo voy hojeando sin prestar mucha atención, mientras Ben, ya completamente despierto, corre detrás de una pelota.

Ya leí el periódico, ya comí, y hace demasiado frío para seguir sentada aquí, medito, viendo que pasa poco de las ocho. A pesar de la temperatura el sol brilla en el cielo, es un día fabuloso. Vuelvo a la habitación para cambiarme los zapatos, y Olga levanta la cabeza de la almohada, apoyando el mentón en la mano. No puedo evitar sonreír al ver los rizos totalmente despeinados que, con voluntad propia, la hacen parecer un dibujo animado.

Cruzo hacia el otro lado de la cama y le doy un beso en la mejilla, "¿Quieres un café? Voy donde mi hermana."

"¿Vas donde tu hermana?", pregunta, "¿A esta hora?"

"Sí. No cuento con que vengas conmigo, si esa es la pregunta. Yo voy en bicicleta", respondo en un tono más áspero de lo necesario.

Con Ben corriendo adelante repito el recorrido de anoche, ahora teniendo que apartarme de algunos niños que corren y ríen, sin ninguna noción de que están en medio de la calle.

"¿Aquí? ¿A esta hora? ¿Pasó algo?" Carol abre la puerta con la sorpresa estampada en el rostro.

"También me alegra mucho verte. ¿Estás bien? Te ves mejor."

"¡Ven! No sé qué te pasó, pero qué bueno que estás aquí", dice tirando de mi manga, al mismo tiempo que se agacha para acariciar a Ben.

"¿Amy?"

"Se fue al parque con Thomas, no sé cómo no se cruzaron, salieron justo ahora", dice apuntando con la mano hacia la puerta, como para demostrar lo que acaba de decir.

Nos sentamos inevitablemente en la mesa de la cocina, sin preguntarme nada, ella prepara dos vasos de leche con café y llena otros dos con agua fría, dando varios sorbos de uno de ellos, antes de empezar a hablar.

"Qué bueno que viniste, anteayer iba a contarte algo importante, pero después la conversación dio un giro y acabé no diciéndote." Por la sonrisa casi imperceptible que le curva la línea de los labios ligeramente hacia arriba, percibo que lo que sea no puede ser malo.

"Tuvimos la cena, la cena anual del colegio, ¿sabes?", comienza. Es verdad que ella iba a decir algo sobre eso, y yo corté la conversación, pienso recordando la noche del viernes.

"¿En serio?", profiero más como forma de incentivarla que por tener alguna duda.

"¿Vas a decir que no recibiste la invitación?"

"Debo haber recibido, no sé.", respondo quemándome al mismo tiempo con un sorbo de leche.

"Deberías haber prestado atención. Y deberías haber ido a la cena."

"¿Por qué? Yo nunca voy. Tú sabes, detesto esas cosas."

"No me parece...", dice, dejando la frase suspendida, por el simple placer de ver aumentar mi curiosidad.

"Es horroroso. Gente estirada, muy creídos. Conversaciones tontas, vidas tontas, padres aún peores que los hijos. No gracias, ya basta el tiempo que anduvimos allí." Recuerdo el edificio en una de las calles laterales de la plaza principal, con su muro blanco y el portón de hierro verde oscuro, los uniformes, las conversaciones y el alivio de finalmente salir de ahí e ir a la facultad.

"Estás siendo malvada, al final heredaste algo de mamá.", responde con sarcasmo, "Déjate de los demás, ¿no vas a adivinar a quién encontré? Nunca había venido a ninguna cena..., pero este año apareció así, de la nada.", hace una media sonrisa y coloca el vaso de leche frente al rostro, fingiendo esconderse mientras espera mi respuesta.

"¿Quién?" Trato de recordar a nuestros compañeros, los míos y los de ella, tratando de imaginar quién podría causar tal impacto en Carol. "¿Manuel?" Manuel fue de mi clase los últimos dos años, y mi hermana se enamoró perdidamente de él. Ella nunca se lo dijo, y hasta donde sé, él nunca lo sospechó, al final ella tenía once años y él casi dieciocho.

"No..., nunca más supe nada de ese tipo. No tengo idea de qué le pasó.", responde sin dejar traslucir ninguna emoción adicional.

"Entonces, ¿quién?"

"Anna", dice, bajando el vaso y mirando directamente hacia mí, esperando una reacción.

"¿Anna?" No esperaba este nombre, y me demoro unos segundos en lograr volver a hablar. "¿No está en el extranjero?" Hace años que nadie me hablaba de Anna.

"Está. O sea, estaba, volvió hace unos meses. Está trabajando aquí. Está en Barcelona, en el centro de investigación molecular. Me pareció un proyecto importante, pero ella casi no habló sobre el tema..."

Sin lograr contener mi curiosidad, enredo las palabras, hablando al mismo tiempo que Carol,

"¿Qué dijo? ¿Estaba sola? ¿Cambió mucho? ¿Preguntó algo sobre mí?"

"¡Uh...! Ya veo...", profiere lentamente, con una sonrisa mordaz.

"¡No empieces! No es nada de lo que estás pensando, solo me parece raro que vuelva y aparezca así de repente." No logro entender exactamente qué estoy sintiendo. Claro que Anna no me es indiferente, pero pasaron tantos años.

"Estuvimos conversando más de una hora, de hecho, terminó siendo la única persona con la que realmente hablé. No perdió cualidades, sigue linda y con el mismo sentido del humor. Habló sobre Alemania, los alemanes, y lo que había hecho por allá. Parece que, después de terminar la carrera, se integró a un equipo que estudia mutaciones en enfermedades raras, en medio me enteré de que ganó montones de premios, y por lo que entendí hasta estuvo en Italia. Nunca entendí por qué de un día para otro decidió sacar la carrera allá. Siempre pensé que ustedes iban juntas a la facultad. Preguntó por ti", termina como si fuera la conclusión lógica.

"¿En serio? ¿Por mí? ¿Anna preguntó por mí?" No sé si estoy asombrada o si solo necesito tiempo para procesar la información.

"¡Preguntó! ¡Eres una persona que no se olvida!", replica irónicamente, prosiguiendo en un tono más ameno, "No sé qué ya sabía, pero fue insistiendo tanto, que acabé haciéndole un resumen de lo que has estado haciendo, y le dije que eres una de las mejores. Le conté esa historia del CTC, que estás empezando un proyecto nuevo y eso, pero, en cierto punto, me di cuenta de que no era exactamente sobre trabajo que ella quería hablar."

"¿No?"

"¡No! Preguntó si estabas bien, si estabas con alguien, ese tipo de cosas. Resumí un poco la historia de tu vida. La vuelta de Nueva York, el tiempo en Italia, Olga, mamá... No entré en detalles, pero dije lo suficiente para que se ponga al día."

"¿Y ella?" Sin darle tiempo a una respuesta, me pongo de pie, "Vamos a salir de aquí, ¿vamos afuera? Necesito tomar aire..."

Nos sentamos en los escalones y Ben viene inmediatamente a echarse a nuestros pies. La temperatura aumentó y el sol brilla bien alto, dándole un brillo acogedor al pequeño jardín.

Sin esperar que vuelva a preguntar, Carol reinicia su relato, "Cuando le hablé de Amy, Anna me mostró una foto de Lucas. ¿Sabías que se casó y tiene un hijo? El chico se parece mucho a ella, tiene 15 años."

Siento un nudo en la garganta y controlo una lágrima, el 'matrimonio de Anna'..., el 'hijo de Anna'..., 'mi Anna'. No digo nada, únicamente porque soy incapaz de hacerlo. Carol no lo ve, o finge no ver lo que, estoy segura, queda bien patente en mi rostro.

"Me dijo que hace unos años estuvo a punto de volver, terminé no entendiendo por qué fue que no pasó."

Yo sé por qué Anna no volvió. Un día, en una tarde de lluvia recibí un email de ella. No hablábamos hace años. Yo no sabía por qué se había ido, sin explicaciones, sin despedirse. Teníamos todo preparado para ir a la Facultad de Medicina en Barcelona, ya sabíamos dónde íbamos a quedarnos, habíamos hecho mil planes, y de repente, de repente ella desapareció, de un día para el otro dejó de atender mis llamadas. Fui a su casa, claro, pero todo lo que su madre me dijo fue que había tenido una invitación para estudiar en Múnich y había aceptado. Y no, no había dejado ningún recado para mí, nada. Busqué de todas las formas que estaban a mi alcance saber qué había pasado, pero nadie parecía saber, o por lo menos nadie me decía nada. Cuando el año lectivo comenzó me mudé sola al centro de Barcelona, y seguí el camino que habíamos planeado en conjunto.

Yo no sabía dónde estaba o qué había hecho. Me explicaba en pocas palabras que vivía en Múnich y que quería volver a Barcelona, decía que por más que trataba no había logrado olvidar, y que tal vez era el momento de repensar las decisiones y tomar las riendas del destino en nuestras manos. No entendí qué quería decir exactamente, o decidí subconscientemente no entender. Yo estaba en Milán, había entregado el doctorado y los exámenes estaban programados para dentro de dos meses. Era la más joven jefa del centro de cirugía robótica y tenía todo arreglado para ir a hacer una pasantía en Nueva York. Era lo que "tenía que ser", lo que "debía ser". Y, una vez más, venció la hipocresía. No tuve coraje para decirle. Alimenté el intercambio de emails durante semanas, vi sus sentimientos a través de las palabras que escribió, y fui cobarde, tan cobarde al punto de nunca decirle nada, nada de verdaderamente importante, nada de verdaderamente íntimo, solo palabras sueltas.

Mi hermana sigue hablando, y me doy cuenta que no escuché la mayor parte de lo que está diciendo. Capto una frase a la mitad: "...en cierto punto Anna me pidió ver una fotografía de

Amy, le mostré varias y terminé pasándole el teléfono para que viera con calma. Cuando me di cuenta, estaba inmóvil mirando la pantalla, donde brillaba una foto tuya tomada aquí en casa el año pasado. Se puso nerviosa cuando notó que yo estaba mirando. Disimuló, se rió y comentó que estabas igual. No sé igual a qué. ¿Hace cuántos años que ustedes no se ven?"

"Más de treinta."

"¿En serio? ¿Nunca más se vieron, desde el liceo?"

"No. No sé qué puede estar igual, pero, en fin, quién soy yo para discrepar.", profiero entre dientes.

"¿Quieres ver una foto de ella? Nos sacamos una selfie."

No estoy preparada para ver una fotografía de Anna, pero no tengo alternativa. Carol saca el teléfono que tenía en el bolsillo y lo coloca frente a mis ojos, con una fotografía de ella misma al lado de una mujer que tengo que esforzarme por identificar como Anna. Los ojos son los mismos, la expresión del rostro, la boca, sí está todo ahí, treinta años más vieja. Es innegable lo bonita que es. Tal vez bonita no sea el mejor de los adjetivos para Anna. Es innegable lo atractiva que es.

"Me pidió tu número, y yo se lo di, ¿hice mal?", pregunta Carol volviendo a guardar el teléfono.

"No, creo que no. No sé qué podemos tener para decírnos la una a la otra después de todo este tiempo, pero ok, si ella quiere llamar, voy a atender. ¿Tienes su número?"

"Tengo, ¿quieres?"

"Solo para saber que es ella, si me llama."

§

Sentada en el bar del hotel, miro a mi alrededor con la esperanza de encontrarla. Hoy es más temprano y casi todas las mesas están vacías. Sin darme cuenta, Marcus coloca suavemente un vaso de whisky frente a mí, "¿Cómo estás?", pregunta retóricamente, sin darme tiempo a responder. "Ella estuvo aquí ayer".

"¿Quién?"

"La mujer que buscas".

"¿Cómo se llama?"

"No tengo ni idea. Para mí es 'Pink'", afirma con una sonrisa. "Me acordé de ti y le llevé un vaso igual que ese", dice señalando mi whisky. "Hizo el mismo movimiento que acabas de hacer, levantó la cabeza y te buscó con la mirada, lástima que no estuvieras aquí".

"¿Estaba sola?"

"No".

Cuando, pasadas algunas horas, apoyo la cabeza en la almohada y cierro los ojos para dormir, pienso primero en Anna, luego en 'Pink', la mujer de la que ni siquiera sé su nombre.

Capítulo 6

Domingo 13 octubre

Elizabeth

"Qué bueno que terminamos", dice Kate con un suspiro de alivio cerrando la puerta del estudio y dirigiéndose al casillero.

"¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Estuviste desconcentrada toda la noche, ni siquiera parecías tú. En el descanso todas estaban alrededor del teléfono y tú ni siquiera te quejaste, sólo puedes estar enferma".

Me río mientras saco la toalla y los botes de champú de la bolsa. De espaldas a Kate, sólo veo que se sentó en el banco y escondió la cara entre las manos cuando finalmente me doy la vuelta.

"¿Qué pasó? ¿Qué sucedió?"

Antes de que ella pueda responderme, el resto del grupo vuelve de la zona de duchas haciendo mucho ruido, ocupando el espacio a nuestro alrededor. No hago más preguntas y Kate en silencio vuelve a concentrarse en el interior del casillero. No pasa mucho tiempo hasta que todas se despiden y nos dejan a solas.

"¿Vas a decirme qué pasa o quieres que adivine?", pregunto de pie con la espalda apoyada en el armario y la toalla en equilibrio alrededor del cuello.

"Echo de menos lo nuestro. Echo de menos Múnich".

Nada podría ser más inesperado. ¿Qué quiere decir con 'echar de menos lo nuestro'? Gloria tiene razón, las leyes del Universo juegan con nosotras y no hay forma de escapar. No es que lo crea, pero no puedo dejar de pensar en las cartas que insistió en sacar para mí, 'una mujer va a cambiar tu vida'. Por supuesto que lo hará, le dije en ese momento bromeando, ¡tú!

"Echo de menos bailar en serio, las noches en vela cuando venías a los ensayos y nos quedábamos conversando hasta el amanecer".

"No recuerdo que conversáramos tanto...", bromeo, intentando aligerar el ambiente.

Kate me toma del brazo y me hace sentarme a su lado, apoyando la mano sobre mi pierna.

"No echo tanto de menos Múnich...", profiero, suspirando profundamente, sin terminar la frase.

"¿Tu madre? ¿Volviste a hablar con ella?"

Kate me conoce demasiado bien. "No. Hablamos por teléfono en Navidad, y es porque mi padre insiste mucho. Ella nunca va a entender, nunca me va a perdonar, nunca".

"Su selección está en semifinales, tienen posibilidades de ganar. ¿Viste el partido?"

"No, no lo vi. Nunca los veo", respondo mintiendo. Me gustaría no importarme, no querer saber, pero es mentira. Jugaron bien, son buenas chicas y ella hace un trabajo extraordinario. "Deja lo de mi madre, y Múnich, ¿qué te pasa a ti? ¿Salieron los resultados?"

"Todavía no, deben faltar unas dos semanas. Estoy vieja".

"Deja de tenerte lástima, no combina contigo. Eres genial, y lo sabes, no importa qué edad tengas".

"Ella me dejó... Ayer por la noche llegó tarde, muy tarde. Yo ya había bebido un poco y disparaté. Lo sé, no debería haber dicho ni la mitad, pero me conoces, sabes que digo las cosas sin pensar y después se me pasa".

Es verdad, la conozco, pero eso nunca impidió que me lastimara profundamente cada una de las veces que decidió 'decir cosas sin pensar' sólo porque estaba enojada, sólo porque podía. No digo nada y ella prosigue, "Le pregunté dónde había estado, con quién. Primero no respondió, pero después de que insistí mucho, me dijo que había estado con una colega del trabajo, en su casa, en su cama..., están juntas hace meses. Quiere separarse, quiere irse de casa".

"¿Y tú? ¿No quieres que se vaya?" No sé por qué estoy preguntando esto, pero tengo la

sensación de que Kate no está bien desde hace mucho tiempo.

"Ella me traicionó, eso está mal..."

"Lo sé". Por supuesto que lo sé, pienso, recordando el día en que Kate me dijo casi las mismas palabras, con la desventaja de que como era yo la que vivía en su casa, tuve que ser yo la que se fuera, para que ella pudiera vivir su nuevo amor. "Vamos a ducharnos, ya es tarde". No hay nada más que pueda decir sobre este asunto.

Entro a la ducha, cierro la puerta de vidrio esmerilado y dejo que el agua caliente caiga sobre mi cabeza, intentando sólo sentir y no pensar en nada. Cierro los ojos, me sumerjo en el dulce aroma del champú y recuerdo los partidos, las canchas, los goles, los vestuarios. ¡Yo podría haber sido buena, era buena! Veintidós goles en las selecciones juveniles. Mi madre nunca me va a perdonar. Que yo jugara en la selección mayor era lo único que podría haber aliviado su frustración por haber dejado de jugar cuando quedó embarazada, y yo... Cambié el fútbol por la danza, por Kate.

Paso las manos por los ojos, limpiando el agua que corre. Miro el vidrio y veo el movimiento de la sombra del cuerpo de Kate. Sigue hermosa. Para mi sorpresa me doy cuenta de que tiene la mano en la puerta de mi ducha, sin permitirme razonar, la abre y entra. No puedo evitar recorrer su cuerpo desnudo con la mirada. Siento el corazón acelerarse, pero no me muevo. Ella da un paso y se coloca bajo el agua caliente que cae del techo, pasa las manos por el cabello y apartándolo de la cara, me mira a los ojos, a través de las gotas de agua.

Se acerca y yo no me aparto. Es como si los años retrocedieran y todo fuera normal otra vez. Con los brazos musculosos me envuelve en un abrazo, dejando que su pecho toque el mío, que su cadera se pegue a la mía, haciéndome estremecer de deseo. Paso los brazos alrededor de su cuello y me pierdo en el delicado toque de sus dedos que se deslizan a lo largo de mi espalda.

En un movimiento impetuoso, que no me es desconocido, me da vuelta, y yo apoyo la frente y las manos contra la pared. Con una pierna separa las mías, y sin preámbulos se arrodilla, tocando con la lengua entre mis muslos, abriéndose camino con las manos y dejándome expuesta no sólo a sus caricias sino también a la fuerza del agua.

"Más espacio. No voy a poder aguantar...", murmuro, esperando que pueda oírme.

Las palabras surten efecto y ella vuelve a ponerse de pie. Sin permitirme girar, apoya el vientre en mi espalda en un movimiento provocativo que tiene casi el mismo efecto que su lengua dentro de mí.

Quedamos ambas bajo el agua durante unos minutos más, hasta poder recuperar el ritmo de la respiración. Ella es la primera en salir, y la reencuentro ya medio vestida sentada en el banco junto a los casilleros. Paso junto a ella, y dejo caer la toalla, quedando desnuda frente a ella.

Sin dudar me toma y me besa con el mismo ardor que siempre pone en cada beso. "¿No fue suficiente?" es más una constatación que una pregunta.

"¿Tú qué crees?", profiero mordiendo mi labio inferior con los dientes delanteros.

"Lo estás pidiendo" afirma con semblante serio, tirándome hasta hacerme acostar boca arriba en el banco de madera en medio del vestuario ahora vacío. Pienso en la puerta abierta, en la posibilidad de que entre alguien, y en las muchas noches en tantos otros lugares. Mi excitación aumenta. Es Kate, ella tiene este poder sobre mí y lo sabe.

Hago exactamente lo que me pide. Siento sus dedos, sus manos, su lengua, hasta dejar de saber lo que estoy sintiendo, hasta perderme en una sucesión de olas de placer tan inmenso que tengo la sensación de que mi cuerpo va a explotar en mil pedazos, disolverse en el aire.

§

Entro a casa pasada la medianoche, muerta de hambre y de cansancio. Gloria está, como siempre

en los últimos días, sentada a la mesa de la sala, rodeada de fotografías, en una multitud de contrastes de caras y cuerpos.

"Terminó tarde el ensayo hoy. Tienes comida en el plato, en el microondas, sólo tienes que encenderlo".

"No sé qué haría sin ti".

"Serías gorda. Comerías porquerías, sólo por la pereza de cocinar", responde riendo y levantando la cabeza, mirándome por primera vez. "¡Wow! ¿Qué cara es esa? ¿Qué pasó?"

"Dame un minuto. Ya te cuento, pero primero tengo que comer, si no me voy a caer aquí mismo en el piso".

Sin decir nada más, avanzo hacia la cocina y pongo el microondas a funcionar. Gloria tiene muchas cualidades, pero la paciencia no es una de ellas. Aparta las fotografías, apilando algunas en un montón y me sigue hasta la cocina.

"Vamos, no hagas suspenso, ¿qué pasó?"

"La novia de Kate la dejó".

"¿Y?"

"Y estaba necesitada".

"¡No lo puedo creer! ¿Otra vez?! ¿Dejaste que pasara otra vez?"

"Esta vez fue diferente", respondo entre dos bocados de arroz, pensando para mí misma que, tal vez por primera vez, realmente haya sido diferente.

"¿Diferente cómo?"

"Un buen orgasmo, y ya".

"¿Estás bromeando?!"

"Ok, tal vez no haya sido sólo uno", afirmo con una carcajada.

"No era eso a lo que me refería. ¡Y en realidad no quiero saberlo! Por favor, ahórrame los detalles".

"Tienes razón, ¡siempre tienes razón! Tal vez sea hora de seguir adelante", profiero mientras mastico lentamente.

"Cierto. Bien por ti. También tengo novedades..."

"Perdón. Ando demasiado auto centrada, perdón. ¿Cómo va la preparación de la exposición?"

"La curadora cree que va a conseguir una fotografía original de aquel fotógrafo del que hablamos. Su agente habló con ella por teléfono y parece que él tiene interés en exponer en Barcelona. ¡Vaya uno a saber por qué!"

"Debe ser un americano excéntrico".

"Excéntrico sin duda, pero genial".

"¿Nadie sabe realmente quién es?"

"No. La agente es de una empresa de Nueva York y es todo lo que se sabe. No hay ni una pista de cuándo empezó a fotografiar, qué edad tiene, dónde vive, nada. Las mujeres fotografiadas tampoco nunca fueron identificadas. En verdad, nunca se ve nada, ningún rostro. Por mí, hasta me hace gracia la situación. Si quiere exponer en nuestra galería lo recibo con los brazos abiertos, aunque imagino que nunca va a entrar por la puerta".

§

Llego diez minutos antes de la hora, pero por extraño que parezca la mayoría de mis colegas ya están aquí, y muchos incluso ya uniformados. Avanzo a paso acelerado, intentando coordinar los movimientos, lo que a esta hora de la mañana y después de pocas horas de sueño, se vuelve claramente difícil. Odio los lunes, pienso, dejando que ese sentimiento de furia invada mi mente. El briefing lo realiza el capitán Grassi, que habla alto, en el centro del semicírculo en el que nos

dispusimos aquí afuera en el patio. Varias ambulancias están estacionadas lado a lado, en una simetría perfecta. Daría una fotografía perfecta, reflexiono, ¿qué escenario es este? Tienen personas adentro, eso es seguro, pero nadie da muestras de ninguna actividad, están simplemente aquí paradas.

"¡Buenos días! Es bueno verlos de vuelta. Pensé que algunos iban a desistir, me van a hacer perder dinero", dice con una carcajada.

"¿De qué está hablando?", le pregunto en voz baja al colega que está a mi lado.

"Apuestas".

Vuelvo a prestar atención a las palabras del capitán Grassi, "Esta mañana, hubo una tormenta de nieve que alcanzó varias pistas, hiriendo a algunos turistas. Se desarrollaba una prueba de élite y también hay atletas involucrados. Veinte ambulancias vienen hacia aquí, y en minutos estarán estacionadas aquí. Allí adentro...", continúa, apuntando con el dedo hacia el edificio central, que noto ahora tiene las puertas abiertas de par en par, "...allí adentro, tienen las salas de simulación todas abiertas, urgencias, reanimación, quirófanos y recuperación. Cuando lleguen las ambulancias, los paramédicos que hicieron el transporte harán un resumen de la historia de la persona que está dentro. Divídanse y trabajen en equipo. Tienen todo el día por delante, hagan lo mejor que puedan. No olviden que también tienen que preparar la comunicación, es un evento muy mediático, tenemos que ser nosotros quienes controlemos la narrativa". No sé si es impresión mía, pero siento sus ojos fijos en mí a medida que va pronunciando las últimas palabras.

Cuando vi por primera vez el anuncio de que este programa iba a abrir, no tuve dudas de que tenía que postularme, parecía hecho a propósito para mí, juntaba todo aquello que más me gusta, la adrenalina de estar en primera línea, los escenarios más críticos, y al mismo tiempo, poder hacerlo como fotoperiodista. En las entrevistas de selección reforzaron varias veces la importancia de tener periodistas con suficiente formación para poder ayudar en situaciones extremas, al mismo tiempo que aprenden a no impresionarse en escenarios de accidentes con heridos y a resistir el estrés. Según ellos, sólo así se conseguirá una cobertura mediática humanizada y de excelencia. No tengo duda de que tener un curso de medicina, incluso sin que nadie lo sepa, me va a ayudar en el proceso.

Cuando Grassi termina, escucho, proveniente de una de las extremidades del grupo, la voz inconfundible de Rafael, "¿Tenemos más personal médico allá adentro?", pregunta como si hiciera estos ejercicios todos los días.

"¡Excelente pregunta, Pérez!", comenta el Capitán mostrando una de sus raras sonrisas, "Allá adentro están profesionales con los que pueden contar, pero recuerden que son ustedes quienes deciden, si no lo hacen habrá personas que van a morir, habrá sueños que serán destruidos".

Capítulo 7

Lunes 14 de octubre

Jacqueline

Me acerco al grupo, e incluso a la distancia consigo escuchar claramente las palabras de Grassi. Los candidatos están tan absortos por sus palabras que nadie se da cuenta de mi presencia hasta que Grassi mira en mi dirección, interrumpiendo una frase a medias.

"¡Vaya, vaya, Doctora Jacqueline Brun! ¡Sea muy bienvenida!" Mientras habla avanza hasta mí, dándome dos besos y abrazándome. Sin darme tiempo a respirar me arrastra hasta el centro del patio, haciendo que todas las miradas se fijen en mí.

"¡Buenos días!", exclamo de inmediato, dirigiendo una sonrisa forzada al grupo. "Quiero disculparme por no haber podido juntarme con ustedes hasta ahora, pero estoy segura de que el Capitán Grassi los mantuvo ocupados".

"Gracias. Bienvenida, es un honor tenerla con nosotros". Miro al chico que habla, pero no lo conozco. "Es Rafael Pérez, te hablé de él el otro día, el hijo de Josep", interviene Grassi, percibiendo mi duda.

"¡Claro! Gracias, Rafael. No quiero interrumpir lo que estaban haciendo. Por favor, Grassi, continúa".

Me quedo escuchando las explicaciones de Grassi y las innumerables preguntas que se suceden. Discretamente, voy mirando la hoja que tengo en la mano e intentando identificar a cada uno de ellos. Rafael Pérez, Mia Costa, Paul Santiago, Elizabeth Meyer... ¡No, no puede ser! Miro otra vez la fotografía, y luego a la mujer uniformada con el equipo del Programa, parada unos metros a mi derecha. Ojos entrecerrados, cabello rubio cortado a la altura de los hombros, y un mechón rosa sujeto detrás de la cabeza con una horquilla de metal. Parece más joven, es todo lo que consigo pensar durante esos instantes que se transforman en un lapso. ¡No puede ser! No puede ser, ¡pero lo es! Es ella.

¿Será que ella sabía quién era yo cuando estuvimos juntas? No... fui yo quien le ofreció una bebida. ¿Y ahora? Seguramente ya me reconoció.

"Brun, ¿quieres quedarte con cuántos grupos? ¿Brun? ¿Está todo bien?"

Cuando tomo conciencia de la voz de Grassi, me doy cuenta de que ya debe haberme llamado varias veces. "Disculpa, dormí mal. Necesito un café antes de empezar".

"Que no sea por eso. Vayan comenzando que nosotros ya nos unimos", afirma sin dar margen para ningún tipo de argumento, y, sin más, me agarra del brazo y me conduce adentro del edificio, caminando hasta el bar.

Ya estamos sentados con dos tazas de café humeante frente a nosotros, cuando él vuelve a hablar. "¿Está todo bien? Te ves pálida".

"No es nada. Una noche mal dormida", respondo sin agregar nada más, revolviendo el café en un intento de que se enfríe más rápido.

"¿Problemas en casa? ¿Tu marido?"

"Nada que no se resuelva", suspiro, recostándome en la silla, "Vamos a lo que interesa", digo tajantemente, cambiando de tema, "¿Cómo nos quieres dividir? Hoy es simulación, ¿cierto?"

"Hoy sí. El resto de la semana van a estar haciendo rotaciones en el quirófano. Hoy tenemos seis escenarios, más el tuyo y el mío, así que cada uno de los instructores se queda con tres de ellos. Estaba pensando mantener equipo con un médico, un psicólogo o un enfermero, y un periodista. No siempre lo vamos a conseguir porque hay más médicos que de los otros, pero vamos distribuyendo, ¿te parece bien?" No debe pretender que responda, pues prosigue, casi sin tener tiempo para respirar, pasándose la mano por la barbilla. "La semana pasada Mia Costa, de

neurocirugía, me pidió si podía quedarse contigo. De lo que entendí conociste a su madre cuando estuviste en Italia, o algo así. Te digo, la chica es genial. Creo que es una de las que lo va a lograr".

"Por mí está bien. No sé quién es su madre, pero estoy segura de que voy a tener tiempo para descubrirlo", respondo, forzando una sonrisa y bebiendo un sorbo de café.

Volvemos al patio donde instructores, candidatos y simuladores se mezclan de forma indisociable. Se escuchan gritos de alarma y pedidos de ayuda para reanimación, no hay duda de que parece real.

"Tu equipo es aquel", dice Grassi señalando a Mia que, de rodillas en el suelo, intentando intubar a un hombre, sobresale por el brillo de su cabello pelirrojo.

Me acerco, a su lado está un chico que no conozco. "¿Necesitas ayuda?", pregunto en voz baja, inclinándome sobre su hombro.

Sin perder el control, y asumiendo la simulación como si se tratara de la más pura realidad, responde "Sí, el paciente necesita un acceso central, ¿puede ponerlo? El colega no lo está logrando", dice, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al chico, que se aparta para darme espacio para actuar.

Sin más preguntas hago lo que me pide. No sé exactamente cuánto tiempo pasa hasta que logramos estabilizar la situación lo suficiente para poder transportar a nuestro paciente adentro del edificio.

"Meyer, ven, trae al niño, vamos adentro", la escucho decir cuando se levanta. Casi simultáneamente veo salir de la ambulancia a Elizabeth Meyer trayendo en brazos un simulador infantil, un muñeco que fácilmente se podría confundir con un niño de dos o tres años. Sin nunca desconcentrarse de su papel, Mia continúa "Doctora Brun, la colega Meyer es fotoperiodista, se quedó adentro con el hijo de este señor, el niño debe tener el brazo roto, pero estaba en pánico, creímos que era mejor que ella se quedara adentro con él".

"Hicieron mal", respondo secamente, evitando mirar a Elizabeth. "¡Hicieron mal! No es momento para estar consolando niños. ¿Y si el niño tiene algo más, cómo va a saberlo una periodista? Definitivamente hicieron mal. Deberías haber llamado más ayuda, y más temprano".

"Doctora Brun", escucho por primera vez su voz, y un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies, "No estoy de acuerdo. Mia tenía la situación bajo control. El niño está bien, sólo está aterrorizado".

"Tal vez, ¡pero eso es lo que tenemos que ver! No creo que una periodista pueda ser de gran ayuda. Tu papel es fotografiar y escribir", el tono de mi voz es más áspero de lo habitual, pero no puedo evitarlo. "Vamos, tenemos que llevar a este hombre adentro, para ir al quirófano a estabilizar las fracturas", afirmo dirigiéndome a Mia.

Avanzamos juntas hasta la puerta del edificio, Mia ventila al paciente con un ambú, mientras el chico, que ahora me doy cuenta es enfermero, empuja la camilla suavemente. Detrás de nosotros Elizabeth continúa cargando al niño en brazos.

Entramos al centro de simulación y nos detenemos junto a las puertas que dan acceso a los quirófanos. Elizabeth deposita su maniquí en una de las sillas y avanza hasta nosotros, posicionándose del otro lado de la camilla. "¿Qué crees que estás haciendo?", pregunto bruscamente.

"Vamos al quirófano, ¿cierto?", responde casi en un susurro.

"Vamos, yo, la doctora Costa y el enfermero. Tú te quedas afuera. Cuida al niño", afirmo señalando al simulador depositado inmóvil sobre una silla. Mia esboza una respuesta, pero intervengo sin permitir que pueda hablar, "¿Tú también te vas a quedar cuidando al niño, o

vienes conmigo adentro?"

"Voy, por supuesto", responde casi murmurando.

"En cuanto a nosotras, doctora Elizabeth Meyer, nos vemos mañana. Si eres capaz, lleva al niño a rayos X y ve si el brazo necesita ser inmovilizado. Es bueno que los profesionales de la comunicación puedan ver todas las etapas del proceso", termino con sarcasmo. Antes de pasar por las puertas giro la cabeza, Rafael está ahora junto a ella con el brazo sobre sus hombros, parece susurrarle algo al oído. "¡Vamos! Rápido, ¿a qué esperas?" Mia me mira con cara de asombro dado lo cortante del tono y, tal vez, hasta su inadecuación, pero no deja de acelerar el paso.

Ya dentro de la sala de simulación quirúrgica, Mia muestra tener un desempeño muy por encima del promedio, no dejando de sorprenderme. Pasados los primeros momentos de enorme timidez, el joven enfermero asume su parte en el desempeño del escenario y, él también, es fantástico. No me importaría trabajar con estos dos en contexto real, reflexiono. Poco a poco recupero la sangre fría, e intento no pensar en lo que pasó hace poco. Elizabeth Meyer, ese es el nombre de 'Pink'

"Terminamos", constata Mia.

"Es verdad", confirmo, "Y con enorme éxito, debo decirles. Me gustó verlos trabajar. Me gustó el abordaje técnico y la forma en que colaboraron. Les va a ir bien".

Qué bueno que terminó, necesito salir de aquí. Creo que voy directo a mi apartamento, quiero estar sola e intentar entender cómo voy a manejar esta situación, si es que hay algo para manejar. Contrariando mis intenciones, Mia me espera a la salida, "Doctora Brun, me gustaría hablar con usted". Inmediatamente recuerdo que Grassi dijo algo esta mañana sobre que su madre había trabajado conmigo, ¿quién será?

"¿Puedo ofrecerle un café, o un té?"

Aunque fuera un whisky pienso sin evitar sonreír, para luego responder "Claro, vamos al bar".

Apenas nos sentamos, con dos jarras de té humeante, Mia comienza a hablar. No son necesarios ni dos minutos para que me acuerde perfectamente de su madre. Estuvimos juntas durante unos meses en Milán, hace muchos años. Ella era médica militar, era neurocirujana, estaba integrada en una misión, había estado en Mozambique y de Milán seguía otra vez para África. Lo que nunca supe fue que después de haber salido de Milán y partido para Sudán, el hospital donde estaba fue atacado, ella resultó herida y terminó no resistiendo. Era una mujer pelirroja, hablaba y reía alto, contagiándonos a todos. Mirando bien, Mia se parece a ella.

"Mi madre hablaba mucho sobre usted. En aquella época hablábamos por teléfono casi a diario, yo le contaba mi día a día, y ella compartía sus aventuras. Mirando hacia atrás creo que inventaba la mayoría, pues sus historias terminaban siempre con un final feliz. Recuerdo que se refería a usted como 'mi amiga de Milán'". Mia va bebiendo el té mientras habla. Y yo me pierdo en recuerdos. Me acuerdo con particular nitidez de una noche en que, después de unos cuantos vasos, nos mostró fotografías de una joven de trenzas y pecas, dejando caer algunas lágrimas, para luego volver a encarnar su personaje siempre fuerte, siempre alegre. Ese momento abrió un espacio de intimidad entre nosotras. Yo vi sus lágrimas y me permití compartir las mías. Durante los pocos meses que ella se quedó en Milán nos volvimos cercanas. Ella fue la única persona que supo de mi duda en dejarlo todo e ir detrás de Anna. Poco después ella dejó el hospital. Me escribió dos o tres veces y luego nunca más.

Tal vez sea por la intensidad del momento, pero cuando me doy cuenta ya hice la pregunta "Oye Mia, cuando tu madre murió ¿qué edad tenías?"

"Dieciocho. Acababa de empezar la carrera".

"¿Y ella te habló de mí? ¿De Milán? ¿Por qué?"

"¿Ella nunca se lo dijo?"

Capítulo 8

Viernes 18 de octubre

Elizabeth

"Meyer. ¡Meyer! ¡Doctora Elizabeth Meyer!"

Escucho mi nombre, interrumpiendo mis pensamientos distantes. Levanto la cabeza y me encuentro con la mirada de Jacqueline fija en mí, más allá de las risas de todos que parecen divertidos con la situación.

"¿Todavía está durmiendo, doctora Meyer? Quizás tenemos que cambiar el horario de estas sesiones, ¿empiezan muy temprano?", prosigue con sarcasmo. "Puede venir aquí", dice señalando un simulador de un habitáculo de automóvil, en el cual yo aún no me había fijado.

"Disculpe", murmuro de forma casi inaudible.

"Pérez, Mia Costa, Camila Russel, vengan acá. Camila, puede sentarse ahí dentro y ponerse el cinturón de seguridad. Nosotros cuatro somos el equipo de extracción."

"No tiene vértigo, ni se marea, ¿verdad?"

"No", responde Camila con una sonrisa entusiasmada, entrando al simulador. "Tengan cuidado con lo que hacen, no me dejen aquí dentro, ni me maten", bromea, guiñándole el ojo a Rafael.

"Genial. Ese habitáculo va a rotar lentamente hasta quedar de lado, como si el carro hubiera volcado. Cuando eso suceda, Camila, le voy a pedir que no se mueva, va a quedar sujeta al asiento por el cinturón y nuestro equipo de extracción la va a sacar del vehículo", prosigue Jacqueline tomando un control remoto, "Estaban haciendo una carrera callejera, este carro se salió de la vía y quedó así". Mientras habla empuja el joystick que tiene en la mano y la cabina empieza a moverse, girando lentamente hacia el lado derecho hasta quedar a 90 grados.

Camila suelta un grito, cuando queda con la cabeza apoyada en el vidrio de la ventana y el cuerpo apoyado entre el asiento y la puerta, parece casi no poder moverse.

Jacqueline, sin interrumpir, prosigue dando más información, "La conductora está inconsciente, tiene pulso fuerte y regular y respiración mantenida. No sabemos cómo ocurrió el accidente, por lo que no tenemos idea de las fuerzas que sufrió, por eso, hasta que se demuestre lo contrario puede haber lesión de columna".

Rafael es el primero en acercarse al carro, entrando de inmediato en su personaje "No tenemos ángulo de acceso, no hay entrada, necesitamos que abran el lateral. ¿Tenemos apoyo de bomberos?"

Me acerco lentamente junto al carro, "Tal vez sea más fácil el acceso por el parabrisas delantero. Deberíamos evaluar mejor los signos vitales", digo, tratando de recordar las clases teóricas y prácticas que tuvimos sobre este tema. Como dice el Capitán Grassi todos tenemos que saber qué hacer ante una situación como esta.

"Excelente. Vamos a pedir que saquen el parabrisas y nos den acceso, a partir de ahí vemos si tenemos que abrir el lateral. No hay bomberos, pero tenemos algo aún mejor". Volviendo al control que tiene en la mano, Jacqueline presiona varias teclas, haciendo que el parabrisas delantero se deslice, retrayéndose por completo. "Siéntanse contentos, tienen acceso y ni siquiera tienen que preocuparse por la posibilidad de cortarse con fragmentos de vidrio", dice con una risa seca. "Puedes avanzar Meyer".

Me deslizo boca abajo hacia dentro del carro. Camila mantiene la pose de persona inanimada y no interactúa. Evalúo el pulso y confirmo "Ritmo regular y fuerte. Respira". Tal vez pueda quitar el cinturón y jalar el asiento hacia atrás liberándole las piernas, pienso, mientras intento soltar el cinturón de seguridad con una mano, al mismo tiempo que, con la otra, busco la palanca que hace que el asiento se deslice hacia atrás en un intento de ganar espacio de maniobra.

"¡Para! ¡Para, Meyer! ¡Sal!", grita Jacqueline, en un tono profundamente irritado. "¿Cómo se te ocurre mover el asiento? ¿Y tratar de quitar el cinturón? ¡Podrías haber matado a la conductora! No se necesita un curso de medicina para saber la regla básica, ¡no mover a la víctima!"

Jacqueline tiene razón. Yo sabía que no la podía mover, pero es como si todo aquello que aprendí se hubiera evaporado de un momento a otro.

"Tiene que salir inmovilizada en conjunto con el asiento", oigo la voz de Rafael.

"Exactamente Pérez. Parece que, por lo menos, hay alguien que se preocupa por estudiar. No sabemos qué pasó, si hay lesiones internas, si hay lesiones de columna. Hay que evaluar signos vitales, canalizar vena, y sacar lo más rápido posible a la conductora y el asiento, en bloque".

Jacqueline está roja y su voz suena áspera. "Puedes salir, la sesión terminó para ti. Tal vez sea buena idea que estudies algo y llegues a tiempo mañana. Cada vez dudo más de esta idea de tener acá personas de comunicación. No están preparadas, no saben lo básico".

Camino hacia los casilleros apretando los maxilares. ¿Quién es esta mujer? ¿Qué es lo que quiere conmigo? Si tan solo me conociera, si supiera algo, por poco que fuera sobre mi vida, entendería lo equivocada que está. Yo estudio, yo me preocupo, y más que eso, yo soy periodista es cierto, y es en esa condición que estoy aquí, pero, en otra vida, en otro espacio y en otro tiempo, yo completé el curso de medicina.

Me siento en el banco corrido, en medio de la sala vacía y recuerdo una sala muy parecida a esta, en Múnich. Fueron años difíciles, después de haber abandonado el fútbol mi madre prácticamente dejó de hablarme. Vivíamos todos en la misma casa, pero era como si yo no existiera. Kate por su lado, quería hacerse cada vez más presente, quería que yo saliera de casa, que abandonara la carrera. No podía. Había entrado a medicina, ya había hecho dos años, no iba a dejar la carrera a la mitad, por más que la quisiera. Yo sabía que ella tenía una carrera como bailarina, pero yo no. Yo nunca iba a ser lo suficientemente buena para subsistir de la danza, la elección segura era completar la carrera.

§

Meto la llave en la cerradura, pero la puerta se abre sin que yo tenga tiempo de girarla.

"Qué bueno que ya llegaste", dice Gloria de pie frente a mí en la entrada de la casa, "¿Tienes show hoy? Puedes venir conmigo a la galería".

"¿Qué pasa, parece que vas a salvar a alguien?", inmediatamente me arrepiento de haber proferido esta frase, viendo frente a mis ojos el rostro colérico de Jacqueline.

"Voy a salvar a alguien, o mejor, alguna cosa, mi empleo. Cámbiate de ropa y ven conmigo. ¿Qué tienes, no te ves bien? ¿Y por qué llegaste tan temprano? ¿El Programa no termina solo en la noche?"

La misma Gloria de siempre, saltando de un tema a otro, preguntas y más preguntas sin espacio en medio para las respuestas. "La exposición es en un mes, ¿no? ¿Pasó algo grave?"

"¡Grave, quieres más grave que eso! Ni lo digas, ¡un mes! Un mes es ya y parece que todo está por hacer. Y como si todo no fuera suficiente, la curadora sigue insistiendo en que se deje un espacio abierto para dos fotografías".

"¿Cómo así, un espacio abierto para dos fotografías?", repito, "Una exposición de fotografías tiene decenas de ellas, ¿no?"

"¡Tiene! Sabes qué fotografías son, de quién son, y cuentas una historia. Tú sabes, ese es el valor de la exposición, es la historia que cuenta. ¿Cómo puedo contar esta historia si hay un capítulo que no conozco? No sé si es drama, si es comedia, o terror. Por ahora es misterio". Gloria parece haber encontrado ánimo y suelta una carcajada.

"¿Por qué eso?", pregunto caminando hacia la habitación.

Ella me sigue y abre la puerta de mi armario, lanzándome unos jeans y un suéter, como si yo no supiera escoger mi propia ropa. Ni voy a comentar, cuando ella está así, lo mejor es no contrariarla.

"No tienes idea de lo que este fotógrafo está causando. No sé si son las fotografías en sí, o el misterio a su alrededor. Vamos apúrate, vístete, no puedo llegar tarde".

"¡Claro, jefe!", ironizo, apurándome a cambiar de ropa. "Voy contigo, pero quiero estar en el club a las ocho, hemos descuidado los ensayos y eso se nota. Se nota en los shows y se nota en mi falta de forma".

"Cuando tú tengas falta de forma, no sé qué podrá decirse de mí", responde Gloria, ya a medio camino entre la habitación y la puerta de la calle.

La curadora de la exposición es una mujer italiana, ya en la casa de los setenta. Es por lo menos una persona peculiar. Dura e introvertida a primera vista, es profundamente conocedora de todos los temas del mundo artístico, pero también de la economía y la política mundial. Según dice Gloria, ella conoce gente en todas partes. Tal vez por eso, no sea tan inverosímil que pueda realmente traer las fotografías de ese hombre misterioso.

"Elizabeth, cuánto tiempo", me saluda cuando entro. La galería está vacía, llena de cajas, escaleras, pinceles y otro material de las obras necesarias para la instalación.

"¡Wow! Está irreconocible".

"Estuviste aquí en la exposición de fotoperiodismo, ¿no?", pregunta sonriendo, mientras nos conduce a través del espacio.

"Estuvo fantástica. Me encantó. Después de eso hasta hice un curso el año pasado".

"También me gustó. Y más importante, a la crítica también le gustó. Esta vez, va a ser diferente. Son casi todos artistas desconocidos. Temas polémicos. No sé si la crítica nos va a aplaudir".

"¿Estás diciendo eso por causa de aquel fotógrafo que nadie conoce? ¿Vas a tener esas fotografías aquí realmente?", pregunto avanzando con cuidado para no pisar nada importante, en medio de los muchos papeles que están en el piso.

"¿Viste las fotografías?", pregunta.

"Las vi, Gloria me las mostró. Son asombrosas".

"Es verdad, pienso lo mismo. Hace mucho tiempo que no me cruzaba con nada tan disruptivo, tan perturbador y tranquilizador como dos lados de una moneda".

"Si alguien puede es ella", interviene Gloria dándole una palmadita en el hombro, "¡Tú no conoces el poder de esta mujer!"

"No exageres, a veces basta con conocer a la persona correcta en el lugar correcto, es una cuestión de alineamiento", dice riéndose, jalando hacia atrás la punta de la bufanda que tiene enrollada alrededor del cuello.

Por instantes, me desconecto de la conversación y me quedo presa en aquellas palabras 'es una cuestión de alineamiento'. Lo contrario de lo que ha sido mi vida amorosa.

Capítulo 9

Sábado 19 de octubre

Jacqueline

"Esa porquería de ese Programa es mil veces peor que tu trabajo en el hospital. ¡Nunca estás! ¡Nunca puedes! Llegas cansada, sales a pasear a Ben, creo que él tiene más tiempo tuyo que yo". No es nada habitual que Olga se queje, hasta porque siempre supo aprovechar muy bien mis ausencias. Mucho menos si pensamos que aún no son las nueve de la mañana.

"¿Qué pasó?", pregunto frotándome con fuerza los ojos, sentándome en la cama, intentando mantener la calma y el tono.

Ayer cuando llegué ella ya estaba acostada. No había invitados, cena, nada. Me sentó bien tener la casa solo para nosotras, pero debería haber sospechado, Olga nunca cena sola un viernes.

"¿Qué pasó, al final?", cuestiono no logrando esconder algo de irritación.

"Nada. O mejor, ¡todo! Si estuvieras acá, si al menos hubieras llamado, ya sabrías".

Me levanto sin hacer más preguntas, necesito una ducha y un café bien fuerte antes de entrar en esta conversación, sea cual sea el destino. "Ven, vamos. Vamos a desayunar en el jardín, te va a hacer bien. Ponte algo de ropa y deja el resto conmigo", digo calmadamente cuando reingreso a la habitación, aún frotándome la cabeza con la toalla, algunos minutos después.

La estrategia parece haber dado resultado. Ella está más calmada, bebe su café y come con voracidad un yogur con granola, mientras yo me deleito con una rebanada de pan untada con dulce de fresa, cosas completamente excluidas de su eterna dieta.

"Al final, ¿qué pasó? Seguro que no estás así de irritada porque yo haya estado fuera. ¿Por qué no estaban aquí anoche?"

"Nadie tenía ánimo para fiestas. Mira cómo son las cosas, cómo el mundo se puede poner de cabeza en un abrir y cerrar de ojos. Anteayer por la tarde llamaron a Carl a la dirección de la escuela. Una conversación blanda, un ir y venir que él no entendió nada de nada. Después de horas en eso, la directora, esa tonta que pusieron en el puesto, y que anda tan hinchada que parece que va a reventar, le dice que una alumna lo acusó de hacer comentarios racistas. ¡Mira si puede! ¡Comentarios racistas! Como si estos chicos supieran siquiera lo que significa esa palabra. Debe haber visto algún video en internet y pensó que podía ganar unos puntos en la nota, seguro que fue eso".

"¡Espera! Espera un poco", pido, tragando el pan que tengo en la boca y dando un sorbo al café "Estás yendo demasiado rápido para mí".

"La chica tiene quince años, él dice que ella anda tirándosele desde hace meses, y claro está, él no le hizo caso, ¡ahora esto, increíble! Pero, más increíble, es esta tipa, esa directora haciéndose la lista, tomarse esto en serio".

"¿Estás segura?", pregunto mirándola.

"¿Segura de qué?" Olga devuelve la pregunta posando la cuchara y fulminándome con la mirada.

"¿Segura de que él no hizo comentarios racistas?"

"¡Ni sé por qué me tomo el trabajo!" Se levanta y tira la silla de tal forma que esta se balancea y cae al piso.

Respiro hondo, bebo el resto del café que aún tengo en la taza y la dejo salir, sin decir nada más. Minutos después oigo la puerta del frente cerrarse con estruendo, y a lo lejos su voz exuberante, hablando con alguien por teléfono. Con el ruido Ben se escondió. Como en una imagen en cámara lenta, lo veo caminar paso a paso, viniendo de atrás de las cajas que están apiladas al fondo del jardín, esperando el día de ser guardadas o tiradas a la basura, y no puedo dejar de sonreír.

"Ven acá, amigo. Todo está bien. Es solo mal humor". digo haciéndole caricias en la cabeza. "Vamos, vamos a dar una vuelta".

Caminamos durante más de media hora, sin un destino definido, hasta que me doy cuenta de que estoy frente a la casa de mi madre. Miro por entre las tablas de madera del muro, y la veo sentada en la silla mecedora en el patio trasero, con algo en la mano, tal vez una revista. Oigo la voz de una de las señoras que está con ella, y que va manteniendo una conversación, a pesar de las pocas palabras de mi madre. Tomada por un impulso empujo el portón, que como siempre está apenas entornado, por lo que se abre sin dificultad.

"Hola mamá", digo simplemente, como si la visita no fuera más que habitual.

"Doctora Brun, ¡cuánto tiempo! ¿Cómo está? Estaba aquí conversando con su madre sobre estas cosas que están pasando con el gobierno. Es siempre lo mismo, todos iguales. Siéntese, por favor. ¿Puedo traerle un café? ¿Quiere comer algo?"

La señora, de cuyo nombre no me acuerdo, habla sin parar. Entiendo por qué mi madre se mantiene callada, basta ella para mantener una tarde de conversación, reflexiono, dirigiéndole una sonrisa. "Un café, está genial".

Después de unos cuantos minutos de conversación y dejando sobre la mesa el dicho café, un vaso con agua, y un plato con galletas, 'no vaya a tener hambre', según sus propias palabras, se retira hacia adentro y nos deja a solas.

"¿Cómo estás? Sé que debería haber venido antes, pero sabes cómo es". Voy bebiendo el café, sin coraje para enfrentar su mirada. En realidad no tengo idea de qué decir. Según Carol hay días en que parece no vivir en este mundo y otros en que es como si todo estuviera bien. Ben se acostó a sus pies, y por el rabillo del ojo, veo que le acaricia la cabeza.

"¿Qué pasó? ¡Tienes esa cara!", dispara viniendo de la nada.

"¿De qué estás hablando, mamá? Estoy cansada, estuve fuera durante la semana, debe ser eso. Empecé un nuevo programa de pasantía". Voy dando excusas y explicaciones sin saber a qué se puede estar refiriendo.

"¿Quién es ella? Puedes contarme".

"¿De quién estás hablando? ¿De Olga?" Aprieto el vaso de agua entre los dedos, es una situación imposible. Pídanme que opere un fémur destrozado, el más complejo de los traumas, pero no me pidan que tenga esta conversación, reflexiono ganando fuerza para proseguir. "Sabes que vivo con Olga, ¿no? Ella está bien, debe estar en casa esperándome para almorzar".

Mi madre se endereza en la silla y me mira con sus penetrantes ojos azules. El brillo está igual a lo que recuerdo cuando era niña y suspiraba con pena por no haber heredado ese rasgo de su fisonomía. "Jack, ¿crees que no sé que no es Olga quien te pone con esa cara? ¿Quién es? Por momentos me hiciste pensar en Anna. Hace unos años hablé con su madre. He pensado muchas veces si tomamos la decisión correcta en aquel entonces", se inclina y le hace una caricia en la cabeza a Ben. "Los tiempos eran otros. Pensamos que era lo mejor que podíamos hacer. Que ustedes iban a olvidar y seguir con sus vidas. Pero, a lo largo de los años tuve mis dudas".

Nunca hablamos sobre Anna, o sobre lo que sea que pasó aquel verano. Nunca nadie habló, nunca hubo preguntas, mucho menos respuestas. Me di cuenta de que mi madre había encontrado nuestras cartas, pero no sé qué le dijo a mi padre, a los padres de Anna. ¿Por qué esta conversación ahora? ¿Qué se me está escapando?

"Tu hermana me contó que estuvo con ella, con Anna. Tiene un hijo, ¿sabías?"

"Carol también me lo contó", digo sin saber qué más añadir.

"Deberías hablar con ella. Hay conversaciones que debemos tener mientras tenemos el lujo del tiempo. No dura para siempre".

Me olvido de donde estoy, de la demencia, de las conversaciones sin sentido, y avanzo, si ella supiera cuánto necesito esta conversación, "Tal vez tengas razón, pero ¿qué voy a decir?"

"¿Te olvidaste? ¿Volviste a enamorarte?"

Antes de responder veo la imagen de Elizabeth en mi mente. "No, creo que nunca me enamoré".

"No es verdad. Anna fue una pasión, pero volví a ver esa mirada, esa expresión, la primera vez que volviste después de ir a Milán. Francesca, ¿no?"

¿Cómo es posible que mi madre consiga hacer esta lectura de sentimientos que escondí de mí misma? "Tú nunca conociste a Francesca", replico sólo para tener algo que decir.

"No era necesario, tú hablabas de ella y yo veía tu rostro, la sonrisa, hasta el tono de tu voz. ¿Cómo está ella?"

"¡Genial! Francesca siempre será Francesca. Rompe corazones, despierta pasiones, conquista amistades y sigue sola. Hablé con ella hace pocas semanas, está en Nueva York".

"Jack, me estoy cansando", dice recostándose de nuevo en el respaldo de la silla.

"¿Necesitas algo?"

"Cuéntame quién es ella. Lo más probable es que dentro de unas horas ni me acuerde de que esta conversación existió, así que, compláceme".

"Me involucré con una mujer sin saber quién era ella. Fue una casualidad. Debería haber sido una noche, sin consecuencias, sin compromisos".

"Pero no lo fue".

"No. No sé explicar, ella es mucho más joven y al mismo tiempo parece tener el peso de la edad, de historias acumuladas, un aura de misterio aliada a la levedad de la juventud", ahora que empecé no puedo parar, "Lo peor no es eso. Lo peor es que ella es mi alumna en este nuevo programa de entrenamiento que estoy haciendo. No puedo tener una aventura con una alumna. No puedo, de verdad".

"¿Estás convenciéndome a mí o a ti?", dice, brindándome con una sonrisa. "Tienes razón, no puedes tener una aventura con una alumna, pero puedes enamorarte. Contra eso no tienes cómo luchar. No hay "no puedo" que te salve".

"No puedo, mamá. Ella es mi alumna, y tiene, por lo menos, 20 años menos que yo. Por más que me haya gustado aquella noche, no puede volver a suceder".

"¿Viniste a almorzar aquí la semana pasada? ¿No puedes volver?" mi madre sacude la cabeza y desvía la mirada. El azul de sus ojos se volvió opaco de repente, agarra la revista que estaba olvidada encima de la mesa y empieza a hojear aparentemente sin ningún objetivo.

"¡Mamá! ¡Mamá! Yo estuve fuera, no vine a almorzar, ¿recuerdas? Yo no venía aquí hace algún tiempo. Estábamos hablando de mi alumna".

"¿Eres profesora? ¿No era tu hermana que era profesora? ¿Tú también?" La mecedora, antes inmóvil, se agita ahora hacia adelante y hacia atrás. Tengo ganas de gritar, de pedirle que pare, que vuelva, pero sé que no es posible.

"¿Tu padre viene a almorzar? Ya debe haber vuelto, ¿no? Salió tan temprano que ni lo vi esta mañana. Estoy cansada, creo que voy a dormir mientras él no llega. Puedes quedarte ahí si quieres..." Con estas palabras cierra los ojos y parece entrar en un sueño profundo, dejando la revista caer sobre el regazo. Ben, que hasta entonces había permanecido acostado a sus pies, se levanta empujándose con el hocico, mostrando que se quiere ir.

De vuelta a casa, encuentro a Olga en la cocina, aparentemente recuperada de la escena de esta mañana. El almuerzo tiene un aspecto genial y está listo. Empezamos a comer sin volver a lo que pasó. Ella reclama contra el gobierno, habla de la precariedad de los profesores, y de la falta de dinero.

"¿Fuiste a ver a tu hermana?", pregunta en lo que parece ser un cambio de tema un tanto brusco.
"No".

"¿Entonces a dónde fuiste? Estuviste horas fuera de casa".

"Anduve por ahí con Ben. Nos hace bien, a mí y a él", respondo sin dudar. "El pescado está genial, ¿qué le pusiste?"

"¿Desde cuándo te interesan las recetas? Tu hermana sí que tiene suerte, está en casa hace meses, recibiendo lo bueno, sin hacer nada. Debería hacer lo mismo. Podrías darme un certificado médico".

"Estás diciendo tonterías. Carol tiene a Amy, tiene derecho..."

"¡Tonterías! La niña llegó hace casi un año y ustedes siguen hablando como si fuera ayer, además Amy tiene tres años. Enfermedades de gente rica".

"Para con eso. ¿Estuviste bebiendo?", inquiero sin saber cómo interpretar todo este disparate.

"No es de tu incumbencia", responde no escondiendo el nerviosismo, al mismo tiempo que lleva la copa de vino a la boca y bebe una cantidad generosa.

"Es la una y media de la tarde. Es un poco temprano, ¿no?"

"Lo dice quien tuve que cargar a la cama varias noches. ¿Te olvidaste?"

Sería imposible olvidarlo, aunque quisiera.

"¿Necesitas dinero?", se me ocurre preguntar de repente. Tal vez sea esta la clave, pienso.

"Por ahí deberías haber empezado. Tenemos cada vez más gastos aquí en casa, no estás aquí no sabes. Transfiere ya para unos meses, si no andamos siempre con esta conversación". Para un instante para respirar y vacía la copa, "Te gusta esto, ¿no? Te gusta mostrar que siempre te estoy pidiendo dinero".

Olga empuja la silla hacia atrás y se levanta sin que yo haya encontrado las palabras correctas para responder. Noto que dejó el pescado prácticamente intacto en el plato. Permanezco inmóvil y oigo cerrarse la puerta del frente, se está volviendo un hábito. No es normal, o por lo menos no era habitual. Creo que, en todos estos años, es la primera vez que tenemos una conversación como esta. ¡Extraño!

Capítulo 10

Domingo 20 de octubre

Elizabeth

"¿Qué hora es? ¿Por qué no me despertaste? ¿Pasó algo?", pregunto de una sola vez, mirando a Gloria que entreabrió la puerta de mi cuarto y me extiende una taza de café.

"Parece que ya te recuperaste de la noche de ayer. ¿Dónde te metiste? Me quedé preocupada".

"Era sábado", afirmo como si fuera una explicación suficiente.

"¿En serio? ¿Por qué?"

"¿Por qué no? A ella le gusto, necesita compañía, y yo puedo dársela".

"Tú sabes que eso tiene otro nombre", responde Gloria, sentándose en el borde de la cama, mientras yo me enderezo entre las almohadas, dando un largo sorbo al café.

"La verdad es que no tengo mejores opciones".

"¿Estás hablando de Kate?"

"También", respondo, pensando de inmediato en Jacqueline.

"Vamos, por favor, tengo demasiado sueño para enigmas".

"Hizo las paces con la novia. Al final la otra no se quiere separar. De lo que entendí, cuando le contó a Kate que salía con otra persona, la magia desapareció y decidió que quería intentar otra vez".

"¿Y Kate aceptó?"

"Por lo visto. Ayer llegó contenta, casi eufórica. Por eso creo que sí, tiene un nuevo viejo amor".

"¿Cuándo vas a salir de esa película? Ella te traicionó. Te usa cada vez que se siente sola, solo porque puede, solo porque estás ahí, siempre lista, siempre disponible. ¿Qué tiene que pasar para que puedas avanzar?"

"Yo ya avancé", respondo entre dientes.

Ni sé si Gloria me oyó, pero es verdad, de repente yo avancé. Avancé en el momento en que me di cuenta de que estar con Kate ya no me provoca aquello que solía sentir, aquello que extrañé cada día de estos casi tres años. Avancé en el momento en que sentí algo muy diferente y al mismo tiempo igual, en otros brazos, en otras manos. Pero nada de eso importa, porque la verdad es que avancé hacia algo que no puede, ni va a suceder.

§

Acompaño a Gloria hasta la galería y acabo por pasar la tarde allá. Después de algunas horas bien pasadas, hago el recorrido a pie hasta el club. Cuando entro, las otras ya están calentando.

"Ahora llegas siempre tarde, se está volviendo un hábito", comenta Kate, sin siquiera mirar hacia mí.

"No molestes. Estoy aquí, ¿no?" respondo no escondiendo la irritación. Ostensivamente le doy la espalda y sigo hacia el vestuario. Estoy casi vestida cuando me doy cuenta de la presencia de alguien. La novia de Kate está apoyada en la pared, unos metros adelante. Cuando nuestras miradas se cruzan, da dos pasos en mi dirección "A ver si la dejas en paz. Ella está conmigo y no me gusta compartir lo que es mío". El tono de voz es chillón, y el dedo apuntándome en el aire frente a mi cara es tan patético que no evito una carcajada.

"Kate y yo somos colegas, nada más. Puedes estar tranquila, si no lo crees pregúntale", respondo, terminando de arreglar el resto de las cosas. Ahora sí que voy a llegar atrasada. Salgo rápidamente, sin darle tiempo para poder continuar. Traigo en la mano los ganchos que deberían estar sujetando el cabello que se empeña en escaparse de la liga.

"¿Ahora ella también es parte de los ensayos?", le pregunto a una de las más jóvenes a quien le

pido ayuda para sujetar el cabello, apuntando a la novia de Kate que, viniendo de uno de los lados del escenario, se acerca y le da un beso.

"Ya ayer estaba acá, ¿no la viste?"

No, ayer llegué sobre la hora y después del espectáculo Luiza insistió en que saliéramos de inmediato, estaba imparabile, pienso recordando la noche pasada.

"Hoy llegaron juntas. No se despegan del lado de Kate ni por un minuto. Qué asco", dice encogiéndose de hombros y frunciendo la nariz en un gesto que confirma sus palabras, "Andan por ahí a los besos y abrazos, solo falta la música y las mariposas volando alrededor. Creo que la separación les hizo bien".

"¿Quieres decir, los cinco días de separación?"

Sin dar tiempo para más conversación, las luces parpadean y se apagan, cierro los ojos, y me concentro en la música. Los pensamientos se suceden sin rumbo, pero rápidamente desaparecen hasta extinguirse por completo. Bailamos durante casi una hora, la rutina que hemos presentado en los últimos meses. No se puede negar que además de gran bailarina, Kate es una buena coreógrafa. Terminamos bajo una lluvia de aplausos, y volvemos al escenario una y otra vez. Los domingos la sala no siempre está llena, pero hoy parece no haber ni un lugar libre. Con las luces ya completamente encendidas, voy girando lentamente la cabeza, y mirando alrededor. Agradezco y saludo, cumplimentando a todos los que no se cansan de aplaudir. De repente mi corazón casi deja de latir. Entrecierro los ojos, procurando enfocar la imagen y estar segura de lo que estoy viendo. Sentado en uno de los bancos de atrás, apoyado en la barra, está Rafael Pérez. Me retiro a los camerinos sabiendo que tendré que enfrentarlo. Seguro que no está aquí por casualidad, reflexiono. Del mal el menos, por lo menos hoy Luiza no está, según entendí de lo que me dijo ayer, iba a acompañar a su marido a una cena.

Me ducho lentamente y me visto con la misma parsimonia, haciendo que el tiempo se estire con la esperanza de que eso cambie los hechos. Acaba por ser inevitable mi entrada a la sala. Cuando me acerco, Rafael me extiende un vaso de cerveza, "Debes estar con sed", dice con una sonrisa sarcástica.

"¿Qué estás haciendo aquí?"

"Adoro la danza, ¿no lo sabías? Ustedes son geniales, deberían ser profesionales, ¿o será que ya lo son?"

"Puedes parar. Estoy cansada. Es tarde, y no me apetece discutir".

"¿Discutir? ¿De qué estás hablando?", pregunta dando un sorbo con el cual termina el resto de cerveza que aún tenía en el vaso.

"¿Qué quieres? Vamos, aquí no tienes público, puedes ir directo al asunto", profiero, dando también yo un sorbo a mi cerveza, aunque sé que no debería estar bebiendo.

Sin que yo lo espere, acerca su rostro al mío y toca con los labios levemente mi boca. En un movimiento brusco me hago hacia atrás, no consigo evitar el gesto de limpiarme los labios con el dorso de la mano. "¿Qué crees que estás haciendo?", pregunto casi a gritos.

"Te gusta hacerte la difícil. Y a mí me gustan las mujeres así".

"¡Para! Di de una vez qué es lo que quieres". Instintivamente miro alrededor, confirmando si alguien nos está mirando.

"Creo que no te gustó que haya asistido a tu show. ¿Por qué? Bailas bien. O no es eso. Tal vez el compromiso con el Programa. No te preocupes por mí, nadie se va a enterar de nada. Pero deberías tener cuidado, puede haber más gente a la que le guste la danza". Mientras habla bebe casi de un solo trago la otra cerveza que había pedido. Por el tiempo que pasó, y por la velocidad con que vacía los vasos deduzco que ya debe haber bebido bastante.

"Tal vez yo pueda olvidar. O no, y volvernos amigos. Amigos que comparten secretos y se ayudan. En el fondo, somos muy parecidos..."

"¡No somos parecidos en nada! ¡Y nunca seremos amigos! ¿Estás haciendo chantaje?", interrumpo no consiguiendo contenerme.

"Intercambio de favores entre amigos", responde levantándose. Deposita un billete sobre la barra y me mira a los ojos, "Tú me necesitas y yo a ti, es así".

"Rafael, a ver si entiendes, a ver si aceptas, no todas las personas caen en tu discurso, en tus palabras melosas, no todas se enamoran de ti", de a poco recupero algo de calma, respiro hondo, y gano algo de control sobre la situación. "A ver si creces. Pareces un niño. Mírate al espejo. Conmigo siempre fuiste un cretino, pero a creer en lo que dicen, eres genial en el bloque, tienes todo para ser uno de los elegidos, ¿para qué toda esta escena? ¿Qué ganas con esto?"

"Vamos a tener examen de comunicación, mañana".

"¿Y crees que me olvidé? Estudié más estos días de lo que me acordaba que era posible en muchos años". Es la más pura verdad, creo que desde la facultad que no estudiaba tanto. "Pero para ti debe ser fácil, al final tú eres Rafael Pérez. Debo decirte que no entendí bien qué esperan de nosotros. Parece que cada pregunta es un desafío más a nuestra velocidad de integración de los hechos, de comunicación y de liderazgo. Debe ser por eso que el examen es igual para todos", constato, mirándolo.

"Yo anduve investigando sobre ti", dice como si fuera la cosa más normal del mundo en medio de nuestra conversación.

"¿Qué quieres decir con eso?"

"En el programa solo había cuatro personas que yo no conocía, un enfermero, una psicóloga, y dos periodistas, uno de los cuales eres tú. Fui a investigar".

"¿Estás loco? Borracho, tal vez", sacudo el cabello y me muevo incómoda en el banco.

"¡Adoro ese cabello rosado!", exclama haciéndome una caricia en la cabeza.

"Saca la mano, o me voy y no vuelvo para oír tus tonterías".

"De acuerdo. Sé que tienes notas de excelencia, por eso, eres la elección perfecta. Mañana te sientas frente a mí y me pasas la clave con tus respuestas".

"Oye Gloria, después de que él se fue me quedé ahí, apoyada en la barra, tan perdida que cuando me di cuenta el bar estaba vacío. No entiendo qué es lo que quiere, ¿las respuestas? ¿Él? Da la idea de que tiene algo, un secreto, no sé. Una cosa es segura, es mucho más que un tipo tirándoseme".

Cuando llegué a casa, ella estaba enfocada en su tarea de los últimos meses, escoger fotografías. Me senté en el sofá y solté todo lo que había pasado.

"Increíble. No importa qué es lo que quiere. Tienes que hacer una denuncia".

"¿Y voy a decir qué? ¿Que me persigue? ¿Que pone las manos donde no debe? ¿O que, cuando le puse un alto, me hizo la vida imposible por días? ¿O tal vez que tiene un plan para copiar de mí mañana en el examen?", apoyo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos. "Nadie iba siquiera a creer. Él es el hijo del doctor Pérez, y yo, yo no soy nadie. Empiezo a pensar que no me debería haber inscrito en este Programa. Tal vez lo mejor sea ser eliminada y volver a mi vida. Además, si él le cuenta a alguien que me vio bailar en el club, me echa fuera".

"Esa persona no eres tú. Tú nunca desistes de nada, y mira que ya pasaste por cosas mucho más difíciles".

"No sé...", profiero entre dientes, desviando el cabello de la cara, "¿Te acuerdas que al final de esta semana empieza esa porquería de la pasantía? Tres días enteros aguantándolo, a él y a sus patéticas acciones".

"¿Estás segura de que el problema es realmente Rafael?"

Capítulo 11

Lunes 21 de octubre

Jacqueline

"Los exámenes fueron duros, mejor así. Tenemos que quedarnos solo con doce, los otros salen", comenta Grassi, mirando la pantalla de la computadora donde se alinean filas de números correspondientes a las calificaciones de las varias pruebas. "Estos ocho están muy por debajo del nivel promedio. Pero es lo que ya se esperaba, ni para ellos va a ser sorpresa".

Miro la pantalla, voy siguiendo los nombres que él apunta con la punta del lápiz. La verdad es que con no haber estado acá la primera semana, todavía hay personas que ni sé bien quiénes son.

"Tenemos que seleccionar, y cuanto más pronto mejor, menos tiempo se pierde", digo encogiéndome de hombros.

Pasó poco más de dos semanas desde el inicio del Programa, mañana es día libre, y el miércoles partimos para la primera pasantía. A partir de ahora comienza la verdadera selección. Conseguí evitar cruzarme con Elizabeth, no tanto por elección mía, sino porque ella cambió de grupo. Hoy hizo dupla con Rafael. Por la actitud de él, deduzco que deben estar de novios o algo así parecido. Mia volvió a quedarse conmigo.

La potente voz de Grassi interrumpe mis pensamientos, "Los otros dos que están en posición de salida son Mia y Paul. Es una pena, creo que tienen calidad, pero el desempeño en la prueba fue malo".

"¡Mia no puede salir!", respondo, elevando la voz, para luego darme cuenta de cuán inapropiado sonó mi comentario. Grassi me mira, como buscando encuadrar lo que acabo de decir. "O sea, hay una explicación para que su nota sea tan baja", invento en el momento.

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Yo requerí a Mia para hacer turnos de urgencia conmigo la semana pasada y ella no debe haber tenido coraje de decirme que necesitaba estudiar", continúo, buscando encontrar argumentos.

"¿En serio? No me lo habías dicho. Y ella tampoco, qué extraño. Los turnos de urgencia dan derecho a medio punto de bono. ¿Por qué ella no puso eso en el formulario?" Grassi abre y cierra pantallas en la computadora buscando encontrar alguna información que se le pueda haber escapado. "Nada, ella no escribió nada", dice incrédulo. "La suerte de ella es que tú estés aquí y te hayas acordado. Si fuera excluida, después ya no habría nada que hacer", me mira y pasa la mano sobre la cabeza, "¿Cuántos turnos hizo al final?"

Intento, en vano, acordarme de las calificaciones. Cierro los ojos, pero nada, no sé de cuánto necesita. "Estuvo conmigo tres veces, dos durante la semana y una el fin de semana".

"Dos puntos, el fin de semana cuenta doble", responde secamente, fijando los ojos en lo que está haciendo. "Así, sube a la novena posición, ¿ves?"

No debería haber dicho esto, yo ni siquiera estuve aquí el fin de semana. Muy tarde.

Grassi vuelve a mostrarme la tabla de calificaciones. Muy por encima de todos los demás está Rafael Pérez. Anticipando mi pregunta, de inmediato aclara, "Pérez tuvo buena nota en la prueba y además estuvo conmigo cinco días en la urgencia".

Extraño, pienso, no me acuerdo de que Grassi se haya quedado tantas veces. No me gusta este Rafael, reflexiono, mientras Grassi concluye lo que está haciendo, presionando fuertemente una tecla, "Está completo".

Estar en los Pirineos me trae buenos y malos recuerdos. Carol y yo aprendiendo a esquiar aquí. Mi madre siempre quejándose de todo, y mi padre fingiendo que se divertía, cuando en realidad lo que más quería era volver a su hospital y a su rutina. No venía acá hace más de treinta años. Vamos a pasar tres días en uno de los centros de alto rendimiento. El objetivo es entender cómo funciona y diseñar el plan de actuación en caso de accidentes graves como el que sucedió hace menos de un mes. Grassi está con un grupo de ocho en los Alpes y yo vine con estos cuatro.

"Tienen estos tres chalets. Las llaves están en las puertas", informa el team manager que nos acompaña, "aquellos de allá del otro lado son los de nuestro equipo aquí del centro. Los edificios de allá enfrente", dice apuntando con la mano, "son el centro de entrenamiento y el comedor. Si necesitan algo vengan con nosotros, si no, nos encontramos para cenar", concluye despidiéndose, después de sacar de la camioneta nuestras mochilas.

Durante unos instantes nos quedamos parados, con las mochilas apoyadas en la nieve, mirando las pequeñas casas de madera frente a nosotros.

"¿Mia y Elizabeth se quedan juntas? Yo y Camila podemos compartir una casa y la doctora Brun se queda en la otra". Afirmo Rafael, como si le correspondiera liderar el grupo.

"No sé si a tu novia le va a gustar esta disposición", dice Mia en un tono tan serio, que me quedo en duda si estará bromeando.

"Conmigo, ella puede estar completamente tranquila", afirma perentoriamente Camila. "Ya vi todo lo que este tipo puede hacer, y soy inmune", prosigue dándole un empujón leve con el hombro.

"Eso aún está por demostrarse", responde él, entrando en la broma, al mismo tiempo que me doy cuenta que mira directamente al escote de Elizabeth, que se desabotonó la chaqueta.

"Muy bien. Está distribuido, ¿alguna pregunta?", cuestiono haciendo notar mi presencia. "Si no hay preguntas, tenemos dos horas hasta la hora de cenar. Aprovechen, a partir de mañana no vamos a tener ni un minuto de descanso".

Entro al chalet, compuesto por una única habitación con una cama de un lado, y una especie de sala del otro, con una mesa y un sofá. Me quito el abrigo y las botas y me dejo caer sobre el edredón, acurrucada por la suavidad del toque. Agarro el teléfono para ver los emails, aprovecho y le envío un mensaje a Olga, que, como es su hábito, me responde de inmediato. Entre emoticones y palabras sueltas, informa que van todos a cenar allá a casa esta noche. Quién formará parte de "todos" pienso, pero no pregunto. Envía dos o tres pedazos de texto más, reafirmando cuánto me quiere. Y como siempre, yo respondo solo al último mensaje, escribiendo "también te amo".

§

Jueves 24 de octubre

Me despierto con dolor en el cuello y una sensación extraña, entre hambre y náuseas. Miro alrededor, y no entiendo de inmediato dónde estoy. Poco a poco me voy acordando. La montaña, la pasantía, la cena... ¿Qué hora es? Agarro el celular apoyado a mi lado, cuatro de la mañana. Me dormí, constato, frotándome los ojos y sentándome al borde de la cama. Solo me queda esperar hasta que sea de mañana, en realidad tengo que levantarme en dos horas, lo mejor es tomar un baño, cambiarme de ropa y responder los emails, lo que terminé por no hacer anoche.

Llego al comedor antes que todo el mundo. Nunca un café con leche y pan me supieron tan bien. De a poco van llegando las personas de aquí del centro y también mis alumnos. Nadie hace preguntas sobre mi ausencia en la cena y yo no doy justificaciones.

Nos juntamos en la sala de reuniones del centro de entrenamiento y comienzo el día con una

conferencia sobre las lesiones más frecuentes y las más graves. Son un público interesado y diferenciado. Las preguntas y las dudas se suceden durante más de una hora después de que termino.

"Ahora basta, tenemos que pasar a los ejercicios, o nos vamos a quedar aquí toda la mañana", digo con una sonrisa. "Pérez, Mia, ustedes vienen conmigo para la sala de trauma. Meyer y Camila ustedes van a la farmacia. Hagan el inventario de todo lo que hay disponible. Les va a ocupar probablemente hasta el fin del día, pero es fundamental para que mañana podamos actuar en las simulaciones que están previstas".

"¿Vamos a quedarnos todo el día en la farmacia?", pregunta Elizabeth, en un tono ronco. Ahora que oigo su voz me doy cuenta de que ella todavía no había dicho nada desde que llegamos.

"Sí, Meyer, ¿por qué? ¿Algún problema? ¿No es lo suficientemente interesante para ti?"

"Claro que no, doctora Brun", se apresura a responder Camila. "Lo que Beth quería preguntar es si tenemos una hora fija para ir a almorzar".

"Pueden ir cuando quieran. Ahora vamos, Pérez, Mia, ¿están listos?"

Sin habernos dado cuenta del paso de las horas, estamos nuevamente reunidos, esta vez en la mesa de la cena.

"No imaginaba lo que era posible hacer con esa sonda de eco. No entiendo cómo todavía ponemos catéteres de otra manera", afirma Rafael. Él pasó gran parte de la tarde practicando, cada vez en situaciones más difíciles y cada vez con mayor agilidad. Grassi tiene razón, él es dotado, y engreído y petulante, agrego para mí misma.

"¿Y en la farmacia? ¿Ordenaron las cajas por colores? ¿Qué tal Meyer, dio para hacer un reportaje? Últimamente pareces cansada". Rafael no parece dispuesto a dar tregua a Elizabeth, que intenta en vano ignorarlo mirando el teléfono.

"Oye, niña, no se juega con el celular en la mesa, ¿no enseñan eso allá en Alemania?"

"¿Quieres parar Rafa?", interviene Camila, fulminándolo con la mirada. "Déjala en paz. Todos aquí sabemos perfectamente lo que tú quieres".

"Hasta podría querer, pero ella parece más interesada en otro tipo de personas", dice con ironía soltando una carcajada.

"¿Puedes repetir?", interviene Elizabeth a los gritos. "Vamos, repite lo que dijiste, si tienes coraje", continúa poniéndose de pie.

"¿Cuál es el drama?", Rafael se mantiene impasible. Agarra el vaso y bebe un poco de agua, "Si te gustan las mujeres, por mí todo bien. Debe ser de ahí que viene tu cansancio, ellas nos agotan".

Ya fuimos demasiado lejos, estoy con ganas de que, por momentos, se hayan olvidado que estoy aquí. Sin dejarlo continuar, intervengo: "Pueden parar inmediatamente". Tenía razón, la discusión se calentó y se olvidaron de mi presencia. En un segundo se hace el más completo silencio y todas las cabezas giran en mi dirección.

"Es hora de que vayas a descansar Pérez, fue un día largo. Camila, tal vez debas hacerle compañía, solo para que tengamos la seguridad de que él queda bien", profiero en un tono seco. Estoy plenamente convencida de que no se atreverían a una escena como esta en presencia de Grassi, y eso me irrita aún más.

"Doctora Brun, mis disculpas. No debería haber dicho aquello que dije", afirma Rafael antes de salir.

"Vete. Mañana hablamos", respondo con dureza.

"Doctora Brun", inicia Mia luego de que ellos desaparecen por la puerta, "Él a veces se excede, parece un niño, pero es un gran cirujano".

"¡Basta!", exclamo, no dando espacio para que diga nada más. Hago una señal al empleado y pido más agua. Durante largos minutos ninguna de nosotras dice nada, yo voy girando el agua en el vaso y bebiendo pequeños sorbos, como si se tratara de vino. Mia pidió un café y lo revuelve aunque no le haya puesto azúcar, y Elizabeth volvió a concentrarse en el teléfono.

Viniendo de la nada el sonido de mi teléfono interrumpe el silencio, haciéndonos saltar. Un número que no conozco, casi a las once de la noche, qué extraño, pienso instantes antes de atender.

"Doctora Brun, es del centro de entrenamiento, disculpe molestarla a esta hora, pero es urgente. Llamaron de la protección civil. Hubo un accidente esta tarde, estaban desaparecidos desde las cuatro, dos hombres y un niño, que supuestamente estaban en las pistas de aprendizaje".

"¿Qué?", digo no conteniendo el espanto y enderezándome en la silla y haciendo que Mia y Elizabeth me miren.

"La protección civil los localizó ahora. Están vivos, no están lejos, pero el acceso es difícil. Aparentemente los adultos están heridos. No conseguimos determinar la gravedad, pero pensamos que podría ser útil acompañarnos. Vamos a salir con el carro, y con el helicóptero de rescate".

"Diez minutos. ¿Necesitan material?"

Cuelgo el teléfono, respiro hondo y hago lo que sé hacer, asumo el mando. "Meyer, prepárate para asistir una evacuación y emergencia. Dos adultos y un niño, vivos, pero con heridas e hipotermia. Están hace horas allá afuera. Mia, ¿estás bien? Quédate en el centro de trauma y prepara todo para la llegada. A esta hora el helicóptero solo viene hasta aquí, después de estabilizarlos siguen en ambulancia".

"Antes de eso voy a pasar por la farmacia. Traigo sueros, y material de punción. Los estabilizadores están en el heli". Sin darme tiempo a reaccionar, Mia se levanta y corre hacia fuera de la sala.

Hacemos un trayecto de poco más de diez minutos en total silencio. Aterrizamos en un espacio abierto y caminamos lentamente en la nieve detrás de la protección civil. Siento el corazón latir apresurado, la respiración jadeante y cada pierna parece pesar cien kilos. A mi lado Elizabeth, aun con la mochila a cuestas, parece no tener ninguna dificultad.

Al final el acceso no era tan difícil como parecía, en un declive de terreno, pocos metros abajo del nivel del camino, vislumbramos las siluetas de dos adultos sentados en la nieve.

"Están vivos, respiración estable. Niña sin heridas". Se oye la voz de la paramédica que descendió antes de que llegáramos.

"Voy a evaluar al de la izquierda, Meyer mantente cerca". Ella asiente con la cabeza.

Me acerco a un hombre en los cuarenta años, con la iluminación de los focos consigo ver que está pálido y sudado. "Tensión y frecuencia cardíaca, aquí, por favor", le pido a uno de los enfermeros que está con nosotros.

"No consigo vía periférica", dice un colega que está a mi lado.

"Voy a poner un catéter yugular", afirmo intentando no asustar aún más al paciente que se retuerce de dolor. "Voy a darle morfina, va a ayudar, es solo un segundo más. ¿Cómo se llama?"

"Marcus", responde en un tono débil.

"El nombre de un gran amigo mío", comento, introduciendo el catéter y poniendo inmediatamente a correr el suero y el analgésico. "Dirijan la luz hacia aquí", pido, mientras procedo a la observación de los miembros inferiores. Los reflejos están disminuidos y el dolor es intenso, pero hay sensibilidad y movimiento.

"Probablemente una fractura en libro abierto. Debe estar perdiendo sangre hacia dentro del

abdomen".

"Voy a buscar la inmovilización, conseguimos hacerlo aquí mismo", responde el enfermero. Me doy cuenta que, mientras tanto, Elizabeth se colocó junto a mí. "Allá está todo controlado. Debe tener una rotura total del cruzado anterior de la rodilla izquierda, y tal vez una fractura del brazo, pero va a estar bien".

"¿Y el niño?"

"Es una niña. Traje chocolates de la cena, ya le di algunos, y mejoró mucho", responde en un tono serio que me hace mirarla, apenas para constatar la sonrisa en su rostro.

"¡Touché!", exclamo, no sin antes pensar cuán extrañas suenan las respuestas de ella "¿Rotura total del cruzado anterior"? Ella es periodista.

Capítulo 12

Viernes 25 de octubre

Elizabeth

Hacemos en silencio el camino entre el centro de trauma y los chalets. Siguiéron para el hospital en ambulancia, Mia se ofreció para acompañar, y solo vuelve mañana.

Paramos frente a la puerta de Jacqueline, que se dirige a mí en un tono suave que hace mucho no oía, seguramente no cuando estamos juntas en este Programa. "Buen trabajo Meyer. Estuviste bien. Esta noche valió bien por un mes de entrenamiento".

"Gracias".

"¿Por qué?"

"Por haberme llevado con usted", respondo, llevando la mano al bolsillo del abrigo, primero a uno después al otro, al bolsillo del pantalón, "¡Rayos!"

"¿Qué pasó?", pregunta.

"Mia se quedó con nuestra llave. Cuando salimos para la cena ella se olvidó el teléfono y volvió atrás, debe haber puesto la llave en el bolsillo". Me inclino hacia adelante y apoyo las manos sobre las rodillas. "Voy a volver al centro de trauma, improviso un lugar para dormir y mañana temprano se resuelve. No se preocupe, yo me las arreglo, ya dormí en lugares mucho peores", afirmo con una risa forzada.

"Nada de eso. Te quedas conmigo. No tiene sentido que vayas al centro de trauma, ni despertar a Camila y a Rafael. Te quedas aquí conmigo, tengo mucho espacio. A no ser que no quieras, claro".

¿Dormir en el chalet de Jacqueline? ¿En el cuarto de Jacqueline? No era exactamente lo que había previsto para esta noche.

Entramos juntas. Me quedo parada en medio de la habitación, sin saber hacia dónde ir.

Ella suelta una carcajada, "¿Vas a quedarte ahí de pie toda la noche?"

"Si no le importa puedo dormir aquí en el sofá. Saco una de las almohadas de la cama, y pongo el abrigo encima, está perfecto". A medida que hablo, hago aquello que describo. Me acerco a la cama, agarro una de las almohadas y la coloco en el sofá. Me saco las botas y el abrigo y me acuesto. "Está fantástico", remato, dándome vuelta de espaldas y cerrando los ojos.

Oigo lo que deduzco que es el ruido de Jacqueline desvistiéndose y el agua corriendo en el lavabo del baño.

"Buenas noches", me dice antes de apagar la luz del techo, dejando la habitación apenas iluminada por la luz débil de la lámpara de la mesa de noche.

Debería estar cansada y dormirme fácilmente como siempre sucede después de una noche de show, pero esta vez es diferente y por más vueltas que dé, no hay forma de conseguir conciliar el sueño.

"Elizabeth, no sirve de nada, no vas a conseguir dormirte ahí. Y, a este paso, tampoco me vas a dejar dormir. Acuéstate aquí, la cama es lo suficientemente grande para las dos. Trae la almohada y acuéstate aquí". Jacqueline habla en el mismo tono que usa en las clases, y no da margen para grandes vacilaciones. Más por no tener alternativa que por la voluntad de compartir la cama con ella, acabo por hacer lo que sugiere.

No me puedo acostar toda vestida dentro de la cama, reflexiono. Me saco el pantalón y la camiseta y me acuesto de espaldas a ella, lo más al borde del colchón que consigo.

Con las luces apagadas lo único que consigo ver son las rendijas de la ventana iluminadas por la escasa luz del exterior. Cierro los ojos y vuelvo a intentar dormir, debe ser tarde. Mi cuerpo pide descanso, pero el cerebro no parece estar de acuerdo.

Recuerdo el olor y el toque de Kate en la ducha la semana pasada, y salto a otra noche muchos años antes. Habíamos terminado un show en uno de los principales teatros de Múnich, yo demoré más de lo habitual, y acabé quedándome sola en el camarín, o por lo menos así pensaba. Confirmé que la puerta estaba cerrada con llave, me saqué el vestuario, entré al baño, me duché, y salí envuelta en la toalla. Avancé hasta junto al armario donde estaba mi ropa y dejé deslizar la toalla hasta el piso. Sentí a alguien atrás mío, los brazos a mi alrededor y una mano sobre mi boca, justo a tiempo de impedir un grito. "Soy yo", oí a Kate decir con los labios pegados a mi oreja. Pasó la mano sobre mi cabello mojado, me abrazó otra vez, y me besó, sin decir nada más. Fue mi primera vez. Fuimos novias durante ocho años. Hasta, hasta que ella se enamoró de otra bailarina y me dejó de un día para el otro.

Me froto los ojos buscando con eso alejar el dolor que se empeña en no pasar a pesar del tiempo. A mi lado, la respiración de Jacqueline se volvió regular. Debe estar durmiendo. Por más que no quiera acabo por darme vuelta, tengo calambres en el brazo y necesito cambiar de posición. Giro lentamente para no despertarla. En la penumbra consigo distinguir los contornos del cuerpo debajo del edredón. Tiene el rostro impávido, y una sonrisa en los labios. Pocas veces la vi sonreír, pienso.

Algo dentro de mí despierta, sacándome del sopor que se había instalado. Siento el corazón acelerar, los labios secarse y el estómago revuelto. Soy transportada al bar, al ascensor, recuerdo la puerta del cuarto, mis manos contra el vidrio de la ventana, el toque, el olor. Parece que fue hace mil años atrás, parece que fue con otra persona.

Sin darme cuenta de eso acerqué mi cuerpo al de ella. Siento el aire caliente de la respiración tocar mi cara. Asustándome, ella mueve un brazo y deja la mano posarse sobre mi pierna, que está casi pegada a su cuerpo. Fijo la mirada procurando ver mejor en la penumbra del cuarto, por lo que consigo vislumbrar tiene los ojos cerrados y parece dormir tranquilamente.

Ya casi no me acordaba del poder del toque de esta mano. Aun así de leve apoyada sin destino, me provoca un escalofrío, un calor interior, difícil de contener. Me doy cuenta del olor del perfume del que ya no me acordaba, pero que de un momento a otro parece formar parte de mí. Contraigo los muslos intentando evitar lo inevitable, siento el pulsar entre las piernas, paso la lengua por los labios secos y respiro profundamente. ¿Qué estoy haciendo? Todo lo que no debería, no quería, pero que el deseo vuelve apremiante. Me muevo lentamente, hasta apoyar mi mano sobre la pelvis, pasando los dedos por debajo del elástico.

Cierro los ojos con fuerza y dejo correr la imaginación, sin restricciones, sin censura. Consigo sentir los labios de Jacqueline pegados a los míos, la lengua girando dentro de mi boca, sus ojos fijos en mí, con una sonrisa casi imperceptible. Me doy cuenta de que también yo sonrío en la oscuridad, sin pudor acelero los movimientos y entro en una dimensión paralela, a medida que el placer inunda todos mis poros.

Muevo nuevamente la mano y me doy cuenta de los dedos de ella junto a los míos. No, no puede ser. Abro los ojos, pero no consigo ver nada. Ya bien despierta, muevo otra vez lentamente los dedos. No es imaginación, la mano de ella toca la tela fina de mis bragas. Intento descifrar el rostro de ella, pero la oscuridad no me permite percibir si abrió los ojos. Quería decir algo, pero tengo miedo de arruinar el momento.

Como si pudiera oír las palabras que no digo, ella jala mis bragas delicadamente hacia abajo, forzándome a sacármelas. Al mismo tiempo se da vuelta, dejando el cuerpo a centímetros del mío. Me toca el rostro haciendo una caricia y aparta algunos cabellos que me caen sobre la frente. Pasa los dedos sobre mis labios, apoyando el índice, en un gesto que pide silencio. No sería necesario, en este momento no consigo pronunciar una única palabra.

Con una de las manos empuja mis brazos hacia arriba, colocándolos sobre mi cabeza y me dejo ir, siguiendo su voluntad. Me quedo tan inmóvil como consigo, estremeciéndome apenas con la posibilidad de un toque más. Mis rodillas se separan con voluntad propia, como si el cuerpo no fuera mío. Las manos de ella están más calientes que mi piel lo que aumenta el ardor de las sensaciones, los dedos se deslizan libres sobre mi cuerpo. La camiseta que tengo puesta ya no cubre casi nada y Jacqueline desafía literalmente todos mis sentidos. Traza una línea de besos a lo largo de mi pecho, entre uno y otro pezón, tocando ora con los labios ora con la punta de la lengua, sin nunca desviarse. Al mismo tiempo que deja el peso de su cuerpo sobre el mío, permitiendo que nuestras piernas se entrelacen en un abrazo, mientras balancea levemente la cadera. No es por la intensidad del movimiento, que de tan suave es casi imperceptible a los ojos, ni por el contacto de la piel, ya que ella permanece vestida en su pijama que, por el toque, puedo deducir que es de satén, sino que la fricción tiene el poder de hacerme rendir por completo, de quebrar la última línea de resistencia que yo aún pudiera tener sobre lo que está pasando.

Me dejo llevar en las sensaciones, dejo de intentar controlar, de intentar pensar, y siento aproximarse una ola de placer. Como anticipando lo que sigue, Jacqueline deja el cuerpo rodar hacia el colchón. Siento la falta de ella encima de mí, como si hubiera quedado expuesta, aún más vulnerable. En un gesto automático muevo los brazos, que continuaban inmóviles sobre mi cabeza, y toco con la palma de la mano en el cuerpo de ella. Con una de las manos, intento abrir los botones de la camisa del pijama que continúan cerrados, mientras paso la otra por dentro del pantalón. Necesito sentir la piel, el calor del cuerpo en mis dedos.

Recuerdo la noche en el hotel, Jacqueline atrás mío contra la ventana, su cuerpo casi desnudo acostado sobre la cama, mi mano en el interior de sus muslos, la resistencia, y el cambio del juego. Recuerdo la sensación de placer, de ser completamente comprendida en lo más íntimo de mis necesidades, y por momentos me doy cuenta de que ella no se dejó verdaderamente tocar.

Jalo su pantalón hacia abajo y ella me facilita el movimiento, ayudándome a sacárselo. Es un toque liso y sedoso, que combina con el satén del propio pijama y con la delicadeza de todos los movimientos. Intento girar para quedar encima, dejando los dedos entre sus muslos. Mismo a través de la tela de las bragas puedo sentir su excitación, lo que solo contribuye para dejarme casi al borde del éxtasis. No dura mucho mi momento, ya que ella consiguió inmovilizarme una de las piernas entre las suyas, y giró el cuerpo hacia el lado de tal forma que su mano tiene ahora libre acceso a mi espalda. Siento los dedos deslizarse provocativamente sobre las nalgas, no se detienen y avanzan hacia el interior de mis muslos. Es el momento en que sé que no hay nada más que pueda hacer. No sé si ella me penetra, o simplemente me toca, pero es suficiente para que mi cuerpo se derrita en ondas de placer, no conteniendo el grito de un orgasmo que de tan intenso parece diferente de todos los otros, como si por primera vez tuviera un placer absoluto.

Incapaz de pronunciar una palabra, o de moverme, nos quedamos acostadas lado a lado, en la oscuridad, durante minutos. Ninguna de nosotras dice nada, probablemente porque no hay palabras lo suficientemente intensas para poder ser dichas en este momento.

Quebrando el silencio, y haciéndome estremecer, se oye un ruido seco. Antes de tener tiempo de percibir lo que es, Jacqueline salta fuera de la cama, se pone los pantalones del pijama, jala el edredón hacia arriba cubriéndome completamente y avanza hasta la puerta.

Eso es, es el sonido de alguien golpeando a la puerta. Sin coraje para destapar la cabeza no consigo percibir lo que pasa, pero tengo la seguridad de que todavía no amaneció, ¿qué podrá haber sucedido? A lo lejos oigo una voz conocida, es la voz de Rafael: "Disculpe molestar, pero yo y Camila oímos ruido, parecía un grito, y ella no descansó hasta que me obligó a venir a ver si estaba todo bien".

"Entra Rafael..." ¿Qué está haciendo Jacqueline? ¿Entra Rafael?

"No, Doctora Brun, voy a dejarla descansar, solo quería saber realmente si estaba bien. Hace un rato, oímos ruido afuera y nos dimos cuenta que debería haber sucedido alguna cosa, y ahora, Camila se despertó otra vez y se quedó preocupada. Por favor, vuelva a la cama y disculpe, una vez más."

Capítulo 13

Viernes 25 de octubre

Jacqueline

Estaciono el auto en la calle, sin tomarme el trabajo de abrir el portón del garaje. Antes mismo de abrir la puerta, consigo ver el hocico de Ben espiar por entre los barrotes. Abro cuidadosamente el portón, no permitiendo que él salga. Casi instintivamente dejo el bolso y doblo atolondradamente el abrigo por encima, intentando evitar que sea alcanzado por el mar de baba que ahí viene.

"También tengo nostalgia tuya", le digo junto a la oreja, dejando que él me lama las manos. Como si pudiera percibir mis palabras, suelta un ruido ronco. Por la ventana veo que están todos sentados alrededor de la mesa. Miro el reloj, casi nueve, deben haber comenzado ahora a cenar. El sonido de la conversación y de las carcajadas es lo suficientemente alto para hacerse oír aquí afuera. Impresionante, cómo consiguen tener tema y ganas para tantas cenas, tanta conversación. Gano coraje, que sé que voy a necesitar, y abro la puerta de la cocina, atravesando hasta la sala.

"¡Buenas noches!", profiero en un tono no muy elevado, pero suficiente para que instantáneamente todos paren de hablar.

Olga, sentada al lado de Carl, se levanta como si fuera movida por un resorte, y viene hasta mí. "No sabía que venías hoy. ¿No estabas en los Pirineos?", dice, apoyando los labios en los míos en un beso automático. "Siéntate. ¿Ya cenaste? No. Voy a buscarte un plato".

Mientras ella va hasta la cocina, Antonio se corre, dando espacio para una silla más. "Volví más temprano. Hubo un accidente, tuve que ir al hospital hoy de mañana y ya no volví al Centro de entrenamiento", respondo, no teniendo la seguridad si Olga me oye.

Poco a poco, ellos retoman los temas anteriores, y yo voy saboreando cada bocado, manteniéndome como espectadora. Antonio ríe de tal forma que hace bambolear peligrosamente el vino, en el vaso que tiene en la mano. Olga, que se mantuvo sentada al lado de Carl mira la pantalla del celular que él coloca frente a su cara.

"Es fantástico", la oigo decir.

"¡Es repugnante! Esto no es arte, es activismo. Ese tipo está perturbado." Afirma Carl, meneando la cabeza.

"¡Tú lo dices! Ha hecho furor. Solo se conocen cuatro fotografías. Oí decir que va a exponer", interviene una de las amigas de Olga que más me gusta.

"¿Va a exponer dónde? ¿Acá?"

"¿Crees? No se sabe ni dónde, ni cuándo."

Me inclino, intentando vislumbrar el celular, curiosa por saber de qué están hablando, pero estoy demasiado lejos.

"¿Ya viste? ¿Qué es lo que piensas?", pregunta Olga, dándose cuenta de mi movimiento, y extendiéndome el aparato.

En la pantalla una fotografía de dos mujeres desnudas a excepción de los hijabs que les cubren la cabeza. Sentada en el piso, de espaldas a la cámara, el cuerpo de una de las mujeres, se superpone al cuerpo de la otra, que, a su vez, esconde el rostro en su cuello. La fotografía no permite ver nada, pero deja imaginar todo.

"¿De quién es?"

"Nadie sabe", responde Antonio, que poco a poco consiguió parar de reír.

"¡¿No?! Pero, si nadie sabe quién es, ¿por qué Carl asume que es un 'tipo'?"

"Tiene que ser un hombre" afirma perentoriamente, dirigiéndome una mirada condescendiente.

"¡Claro que es un hombre! ¿Ya viste bien las fotografías?", reitera Olga, volviendo a agarrar el

celular, para extendermelo luego con otra imagen. Una tela blanca, enorme, de aquellas que se usan en estudios de fotografía, marca el escenario, contrastando con un fondo de árboles de un bosque cualquiera. Sobre la tela estirada en vertical, que se continúa como una alfombra sobre el piso, están acostadas, una sobre la otra, dos mujeres. Los rostros quedan escondidos bajo una cascada de rulos oscuros de la joven que está encima. El contraste del color de la piel se superpone a todo el resto, impidiéndonos desviar la mirada. Una vez más, se imagina todo, pero no se ve casi nada.

Felizmente hoy todos parecen cansados, e incluso Antonio, que es el último en irse, se va antes de la medianoche. Ni yo ni Olga tenemos coraje de ordenar nada, por lo que los platos tendrán que esperar para mañana.

Ya estamos acostadas cuando me acuerdo de que no volví a saber nada sobre la historia de la alumna que acusó a Carl. "¿Hubo más novedades?", pregunto, introduciendo el tema.

"Si quieres que te diga no sé. Él pidió que no habláramos sobre eso. Y yo respeto. No quiere hablar no se habla, ya basta lo que está pasando".

Abro la boca para decir que tal vez valdría la pena considerar la posibilidad de que la chica esté diciendo la verdad, pero la cierro sin decir nada, acordándome de la reacción de ella en nuestra última conversación. "¿Cuál es la historia de Carl? Yo me acuerdo de que a ti ni te gustaba él cuando vino para acá.", acomodo la cabeza en la almohada y me doy vuelta para poder verla de frente, aguardando la respuesta.

Puede ser impresión mía, pero tengo la sensación de que los ojos de ella brillan cuando comienza a hablar "Tienes razón. Él es muy tímido, y yo pensaba que era por ser arrogante. Nada de eso, es un hombre encantador. No habla mucho, es verdad, pero tiene opiniones fuertes y conoce todo". No consigo conectar aquello que ella está diciendo a la figura de Carl con quien cené una docena de veces. Me parece desbocado y hasta un tanto rudo, nunca vi cualquier especie de timidez, al contrario, pero debo ser yo que estoy viendo mal. No la interrumpo y ella prosigue, sin necesitar aliento.

"Carl es una persona fantástica. Tuvo una vida difícil de niño, ¿sabes? Nunca tuvo facilidades. Perdió a la madre y tiene una relación difícil con el padre. En realidad, de lo que yo sé la única persona en quien confía es el hermano".

"¿No es casado?", interrumpo.

"No". La respuesta es monosilábica y no me parece que ella quiera decir nada más sobre este tópico en particular.

"¿Y la chica?"

"Va a salir de la escuela. Pidió transferencia. Ves lo que te decía, pensó que podía tener algún beneficio e inventó una historia. Ahora que llega la hora de la verdad, ni da la cara, se va", la mueca de desprecio está bien patente en la cara de Olga.

"Estás hablando de una chica".

"Saben más que nosotros, estas chicas, si tú las vieras".

Por mí ya basta de hablar sobre Carl, la escuela y las opiniones prejuiciosas de Olga. Finjo un bostezo y estiro el brazo para apagar la luz de la lámpara de la mesa de noche.

"Buena idea", oigo a Olga decir, sin percibir inmediatamente qué es lo que quiere decir con estas palabras. Casi al mismo tiempo apaga la luz de su lámpara y sumerge el cuarto en la oscuridad.

Me doy vuelta de lado para dormir, o por lo menos intentar. Siento la mano de ella en mi espalda, y me doy vuelta, intentando percibir si necesita algo. Soy sorprendida por un beso. Pega los labios en los míos y fuerza el paso de la lengua, girando dentro de mi boca. Cierro los ojos y concentro toda la atención en el beso. Siento el calor de la lengua, el sabor ligeramente ácido con

un gusto a gin y otro a tabaco, la pierna que coloca encima de las mías, y la mano que se desliza hasta entrelazar los dedos en los míos.

"Para. Estoy cansada. Me quedó doliendo la cabeza, debe haber sido del viaje", digo, despegando los labios, alejando el cuerpo y soltándome de su abrazo.

"¿En serio?! ¡A veces creo que andas con alguien! ¿Hace cuánto tiempo? ¿Semanas? ¿Meses?"

"No dramatices, solo estoy cansada", digo, haciéndole una caricia en el rostro. En un gesto seco sacude mi mano.

"Ni sé por qué continuas viniendo acá todas las semanas", se levanta y sale del cuarto dando un portazo. Oigo los pasos alejándose y percibo que habla con alguien, probablemente Carl, pienso.

§

Sábado 26 de octubre

"¿Estás hablando en serio? ¿Eso está en ese punto?", mi hermana me mira con un aire incrédulo. Olga salió anoche y por lo menos hasta que yo salí de casa, ahora después del almuerzo, no dio señal de vida. Tengo la seguridad de que no sucedió nada, debe estar donde Antonio, o tal vez con Carl, quién sabe.

"Si piensa que le voy a llamar está muy equivocada. Voy a volver hoy a la ciudad, es bueno porque así puedo cambiar los turnos y hacer urgencia mañana, sabes cómo es, siempre es difícil conseguir gente para hacer domingo, me van a agradecer", digo riendo más de nervios que de otra cosa.

"No vas a poder ignorar para siempre".

"Para siempre tal vez no, pero hoy puedo".

"¡Amy, no hagas eso!" interrumpe Carol con un grito y una cara de horror, que luego se transforma en una carcajada. Miro hacia atrás, inclinando la silla. Consigo ver la sala a través de las puertas de vidrio abiertas de par en par, Amy le puso un gorro en la cabeza a Ben que corre alrededor de la mesa atolondrado, intentando librarse de él, sin conseguirlo. Ella corre atrás riendo y dando pequeños gritos de alegría. Me levanto en socorro del pobre perro, pero no puedo dejar de admirar la audacia de esta pequeña criatura que aún no tiene tres años. Antes de retirar el gorro de pompones rojo de la cabeza de Ben, llamo a Amy y les tomo una fotografía.

De vuelta a sus dibujos animados, ella nos da tregua para poder retomar la conversación. No dejo de reparar que Ben se acostó debajo de la mesa de la cocina cerca de los pies de Carol y lo más lejos posible de mi sobrina.

"Si no quieres hablar más de Olga, déjame contarte de mi show. Encontramos la bailarina que faltaba. Ya estaba desesperando, vi más de una decena, y ninguna tenía ese 'qué', pero ahora encontramos. Con eso el equipo está completo. Bueno, menos mal", Carol interrumpe un instante, pero apenas el tiempo suficiente para respirar y beber agua, "Menos mal porque comenzamos los ensayos la próxima semana, estaba viendo que avanzábamos con el cuerpo de danza incompleto. Fue realmente un hallazgo".

"¿Alguien conocido?", indago, apoyando los codos en la mesa y el mentón entre las manos.

"No. Tuvo protagonismo hace unos años, pero ha estado recuperándose de una lesión. De lo que entendí, la lesión fue grave y no tuvo el acompañamiento que debía. Todos facilitaron, ella inclusive, pensando que quedaría óptima, pero no quedó. Solo ahora, y pasaron años, consigue tener un nivel parecido".

"Genial", digo, ya sin prestar mucha atención.

"¿Qué pasó, hermanita? ¿En qué estás pensando? No estás oyendo nada de lo que te estoy diciendo, ¿no?"

"Sí estoy, estoy oyendo. Menos mal que encontraste la bailarina que necesitabas", respiro profundamente y me levanto dando unos pasos en dirección a la ventana. "He estado pensando en lo que me contaste sobre Anna".

"Ah, estaba viendo que nunca más volveríamos a ese asunto", responde con un semblante pretendidamente serio, que deshace en una sonrisa cómplice. "¿Quieres su número?"

"¿Tienes el email?"

"¡Estás bromeando! ¿El email? No, no tengo. Llámala". Sin más argumentos agarra el teléfono, presiona la pantalla, y completa "Ya te envié el número, ¡llámala!"

Capítulo 14

Domingo 27 de octubre

Elizabeth

Kate está eufórica y su novia aún más irritante que de costumbre. Cuando llegué me di cuenta de inmediato que algo había pasado, pero no era momento de preguntar. El regreso de los Pirineos me dejó exhausta, llegamos ya tarde, y todo lo que conseguí fue dejar la mochila en casa y correr para acá.

Antes de entrar a escena, recuerdo por un instante la noche de anteayer, el éxtasis en su cama, y el despertar sola. Cuando salí para el desayuno estaba amaneciendo. Apparently, Camila y Rafa aún no se habían despertado y Mia todavía no había regresado. No había señales de Jacqueline. Me vestí, con prisa de salir de ahí antes de que alguien pudiera verme y casi corrí hasta el comedor. Cuando llegué vi, sentada en una de las mesas, sola, a Mia. Masticaba un sándwich y bebía un vaso de leche, con cara de quien aún no había dormido.

"¿Estás bien? ¿Ellos quedaron bien? ¿Viste a Jacqueline?", pregunté de una sola vez, así que llegué lo suficientemente cerca de la mesa.

Mia suspiró cansada antes de intentar responderme. "Ellos están bien. El niño tiene el brazo fracturado. Uno de los padres tiene una clavícula fracturada y una rotura del cruzado anterior. La situación del otro es más grave, pero la estabilización funcionó. Era una fractura en libro abierto. Perdió mucha sangre, pero llegó consciente. Fue operado y está bien. Al final de todo el niño vino a buscarme y pidió para darle este dibujo a la doctora de los chocolates. Él pensó que eras médica", terminó, buscando en el bolsillo una pequeña hoja que me extendió.

"¿Y tú?"

"Exhausta, pero bien", me respondió, "Es una sensación buena. Sensación de misión cumplida. ¿Me estabas preguntando por la Doctora Brun? Pensé que sabías, al final volviste con ella".

"¿Sabía qué?", pregunté sin entender a dónde quería llegar.

"Esta mañana, muy temprano, ella fue al hospital. Si quieres que te diga no entendí exactamente por qué, pero dijo que iba a seguir directo a Barcelona, y que vendría a encontrarnos aquí al centro uno de los otros cirujanos que operó anoche".

Paso y repaso la escena en mi cabeza, pero hasta ahora no consigo encontrar un hilo conductor. Rafa golpeando a la puerta, la reacción de Jacqueline, y después su silencio. Me acuerdo de luchar contra el sueño, hasta acabar siendo vencida y dormirme. Cuando desperté estaba sola, ni una palabra, ni un mensaje, nada.

El show transcurre con normalidad, a pesar de que Kate parece diferente. Cuando terminamos se forma un semicírculo alrededor de ella en el vestuario.

"¿Qué pasó?", le pregunto a una de las más jóvenes de quien me aproximé en las últimas semanas, nos une el hecho de que ella detesta tanto a la novia de Kate como yo.

"¿No sabes? Kate fue elegida para el show".

Tengo la seguridad de que el asombro queda estampado en mi rostro sin que lo pueda evitar. Las sensaciones son varias y contradictorias. Estoy feliz por ella, por tener la oportunidad de volver a actuar en "escenarios de verdad" como suele decir. Pero por otro lado, eso quiere decir que va a dejar de estar aquí con nosotros, conmigo.

"Comienza ya la semana que viene. Tenían todo listo, creo que solo les faltaba realmente atribuir este lugar. ¡La coreógrafa es increíble! Ella era bailarina..." Kate habla rápido y va saltando de un pie al otro, sin conseguir mantenerse en el mismo sitio.

"¡Tú eres lo máximo, amor! Todos lo saben. Es lo que mereces, y en el próximo vas a ser la

bailarina principal, escribe lo que te estoy diciendo".

¡Qué irritante! Solo dice disparates, pienso, mientras me fuerzo a mirar para otro lado, incómoda por los besos que ella le da a Kate. No entiende nada de nada. Kate no volverá a ser bailarina principal, pero conseguir volver a bailar en un show de estos es mucho más de lo que se podría anticipar.

Vuelvo a enfocarme en la conversación. Las otras llenan a Kate de preguntas y ella no se excusa de responder a cada una de ellas, disfrutando su momento.

"Carol, Carol algo. Wais creo yo. Debe ser nombre artístico. Tiene cuarenta y pocos años. No entendí bien la historia, y como ustedes imaginan, no podía estar ahí haciendo mil preguntas. Creo que tiene una hija pequeña, o algo así".

"Debe haber sido por eso que dejó de bailar. Un embarazo arruina cualquier carrera", dice una de nuestras colegas, encogiéndose de hombros y haciendo una mueca de desdén, como si el embarazo fuera algo terrible.

"No, nada de eso. De lo que una de las asistentes comentó, ella no estuvo embarazada, creo que adoptó a la niña".

La conversación prosigue y nadie parece tener prisa de irse. Yo, por mi lado, tengo que apresurarme. Luiza estaba sentada en una de las mesas del frente. A esta altura ya debe estar poniéndose furiosa.

Después de muchas disculpas, y unos besos forzados a modo de compensación, consigo arrancarla del club y avanzamos hasta el hotel, no sin mojarnos, pues ni el paraguas consigue evitar las gruesas gotas que se hacen sentir.

El bar del hotel tiene mucha más gente que la semana pasada. Miro el reloj, es casi medianoche. Estoy cansada. Suspiro de forma de evitar que ella pueda notar, y le doy un trago al vaso de cerveza. No puedo beber mucho, o me voy a dormir aquí mismo encima de la mesa, reflexiono. Al contrario, Luiza parece ya haber bebido su cuenta en el club, y continúa a buen ritmo. Le hace señas a Marcus y pide un gin.

"¿Gin? ¿Desde cuándo bebes gin? ¿Ni cerveza, ni vino, gin?" pregunto manifestando mi extrañeza. Creo que, en tanto tiempo, nunca vi a Luiza beber otra cosa que no fuera vino o cerveza. "¿Pasó algo?"

"¿Eso te interesa?", pregunta rudamente, lanzándome una mirada cargada de hielo.

Por primera vez la miro verdaderamente esta noche. Tiene ojeras marcadas y arrugas alrededor de los ojos. El cabello no está tan cuidado como habitualmente y la postura corporal es rígida. Hace un rato no le di importancia, pensé que estaba molesta por no haber ido a saludarla antes del show y por haber demorado una infinidad hasta conseguir salir. Pero ahora, que la miro, me doy cuenta de que alguna cosa más grave debe haber pasado. "Claro que me interesa. Disculpa, estoy cansada, solo volvimos hoy, y la pasantía fue dura".

"Tienes razón".

"¿Razón en qué?", cuestiono sin entender.

Marcus se aproxima y apoya un vaso de gin frente a ella. Por un instante me mira a los ojos, y parece sonreír.

Así, que él se aleja ella da un trago generoso, y suspira profundamente, soltando un silbido cuando libera el aire, "Deberías estar con personas de tu edad. En la pasantía, en el club, aquí..., no deberías perder tiempo conmigo".

"Para con ese disparate", intervengo haciéndole una caricia en el rostro.

Ella no se desvía, agarra mi mano y deposita un beso en la palma, sostiene el índice y lo coloca dentro de su boca, en un movimiento provocador que me deja incómoda.

"Yo sé que tengo atributos que te satisfacen", afirma solemnemente con ironía, "Tal vez más en la billetera que en el cuerpo".

"Estás siendo ruda y ordinaria", respondo entre dientes, asombrada. Luiza puede no ser la mujer más dulce, o la más simpática, pero nunca actuó así. "¿Qué pasó?"

"No es importante, querida. Estamos aquí para divertirnos, no para hablar de problemas, ¿te acuerdas? El otro día me acusaste de estar cansada de mis "escenas", dijiste alto y claro que no era eso lo acordado, pues bien, tienes razón".

Las palabras de ella me transportan inmediatamente a aquel día, la discusión, la salida repentina, el whisky, las palabras de Jacqueline "Pensé que lo necesitabas". Cómo yo precisaba que las cosas fueran diferentes en este momento.

Fragmentando mis conjeturas, Luiza parece querer poner en práctica lo que acaba de decir y coloca la mano sobre mi pierna, apretándola entre los dedos. Aproxima su cuerpo al mío, pone la mano en mi nuca y me da un beso. Sería arrebatador, si no fuera forzado, creo incluso que de ambas partes. Cuando despego la boca de la de ella y me alejo un poco, me doy cuenta de Marcus inmóvil del otro lado de la barra, con los ojos fijos en nosotras. Como si alguna cosa me atrajera miro un poco más a la derecha, sentada en un banco alto, a pocos centímetros de Marcus, está nada más y nada menos que Jacqueline. Sostiene en la mano un vaso de whisky, y tiene la mirada clavada acá.

Ajena a la situación Luiza mira también ella, en dirección a Marcus, levantando la mano y pidiendo una bebida más. "¿No crees que ya es suficiente? ¿Vamos a subir?", digo. Ella seguramente va a acabar sintiéndose mal, y por otro lado, cuanto más rápido salgamos de aquí mejor.

"Lo que faltaba, no poder beber lo que quiero", responde sin encararme, encogiéndose de hombros.

Ninguna de nosotras dice nada más, hasta que Marcus se aproxima. Él retira los vasos vacíos y deja otro balón de gin encima de la mesa. Me doy cuenta de que esperaba que trajera también un whisky, pero no. Vuelvo a girar la cabeza en dirección a la barra, Jacqueline desapareció. El banco está vacío y el vaso casi lleno permanece encima de la barra.

Subo con Luiza hasta el cuarto, y permito que haga aquello que quiere, intentando corresponder lo suficiente para no provocar roce. La cantidad de alcohol que ella bebió juega a mi favor, y la situación no se prolonga por mucho tiempo. Cuando termina, ella se acuesta a mi lado. Nos quedamos desnudas acostadas boca arriba mirando el techo sin proferir palabra. Continúo sin saber lo que pasa, pero no es el momento de insistir.

Algún tiempo después ella se levanta, va al baño, y cuando sale está completamente vestida.

"¿Te vas?" pregunto sorprendida, viendo que no pasó ni una hora desde que llegamos.

"Sí. Puedes dormir acá, si quieres". Sin más, sin despedidas o justificaciones sale cerrando la puerta sin ruido.

Me mantengo inmóvil, desnuda sobre la cama. Jalo el edredón hasta el cuello y aprecio el contacto suave del algodón contra la piel. Evalúo mis opciones, puedo tomar una ducha e ir para casa, Gloria todavía debe estar despierta, en medio de sus fotografías. Podría intentar encontrar a Jacqueline, deberíamos conversar, tal vez Marcus tenga algún contacto. O entonces, puedo simplemente cerrar los ojos, y hacer aquello que mi cuerpo pide, dormir.

Despierto, sin saber qué hora es. Agarro el teléfono, pasa poco de las tres de la mañana, en realidad solo dormí media hora. Me levanto, tomo una ducha y bajo. Cuando estoy atravesando el hall, ya cerca de la puerta, decido ver si el bar todavía está abierto. Me detengo súbitamente y doy media vuelta avanzando decidida. La sala está desierta y Marcus arregla alguna cosa atrás de

la barra. Está agachado, con la cabeza hacia abajo, por lo que no me ve aproximar, dando un valiente salto cuando se pone de pie y se da de cara conmigo.

"Disculpa, no quería asustarte".

Él sonríe, y se frota vigorosamente el codo, que con el movimiento repentino chocó con la madera de la barra.

"Esa debe haber dolido" digo riendo, "Tal vez una bebida pueda ayudar".

Marcus ríe conmigo, y sirve dos whiskys en unos vasos pequeños, que nunca había visto. "Solo para acabar la noche y aliviar mi dolor de codo", dice continuando sonriendo.

Me siento en uno de los bancos y él se apoya en la barra. Tengo la seguridad de que él sabe lo que pasa, pero felizmente no hace ninguna referencia a Luiza y yo tampoco digo nada. Me gustaría preguntarle sobre Jacqueline, pero no sé cómo comenzar. Como si leyera mi pensamiento, es él quien avanza. "Ella viene acá muchas veces. Los domingos siempre".

Ni él ni yo hacemos ninguna referencia explícita a la persona de quien se habla porque tenemos la seguridad de que ambos sabemos.

"Me hubiera gustado haber hablado con ella".

"Estabas acompañada", dice a modo de constatación, como si fuera necesario.

"Lo sé".

"¿Eres bailarina?"

"Entre otras cosas", respondo admirada, esperando que el tema no evolucione. ¿Cómo llegó a esta conclusión?

"Ella es ortopedista".

"Lo sé..."

Capítulo 15

Lunes 28 de octubre

Jacqueline

Me despierto temprano, demasiado temprano. Aprecio el silencio de mi pequeño apartamento, mi refugio, en realidad, mi hogar. Me levanto, me estiro y camino lentamente hacia el baño. Me miro en el espejo y me cepillo los dientes con la misma lentitud, como si fuera una extensión del sueño, resistiéndose a dejarme despertar. Bajo el agua tibia, el letargo se desvanece, dando lugar a una energía más que bienvenida. Dejo que mis pensamientos divaguen y soy invadida por retratos dispersos e inconexos, mi hermana, Olga, Marcus, el bar anoche. La imagen de Elizabeth besándose se niega a desaparecer y tiene el poder de irritarme profundamente. Siento que mi corazón se acelera y una opresión en el pecho difícil de entender. ¿A mí qué me importa? No la conozco, ni quiero conocerla. Es una alumna, un ligue de una noche como tantos otros cuyo nombre ni siquiera sabía. ¿Qué importa si tiene otra mujer o mil?

Cierro el agua y me froto vigorosamente el cuerpo con la toalla, como si la fuerza de los gestos pudiera calmar los devaneos de la mente.

Llego al hospital poco antes de las ocho. El colega al que vengo a relevar me informa que todo está tranquilo, casi demasiado tranquilo, según él mismo, nadie ingresó en nuestro bloque durante la noche, y los pacientes que ya habían sido operados están estables. Nada como una noche de calma para predecir un día de tormenta. Durante varias horas no tengo tiempo de pensar en nada más que lo que sucede a mi alrededor. Hubo un accidente en la autopista y llegan varias ambulancias. Poco después, una adolescente víctima de una caída de caballo. Corro de un lado a otro, entrando y saliendo, con una tranquilidad que me invade en estos momentos y me permite dar lo mejor de mí.

Son las cinco y media de la tarde cuando finalmente me siento en el bar para almorzar. La tormenta parece haber dado una tregua. Me como la sopa ávidamente, dándome cuenta de que no he comido desde el desayuno, hace muchas horas. Saco el teléfono del bolsillo de la bata y reviso los mensajes. Uno de mi hermana que quiere saber cómo estoy, otro del colega al que relevé esta mañana con un mensaje sobre un antibiótico que le prescribió a una paciente, y nada más. Ni un mensaje de Olga. No es que tenga un punto de comparación para poder decir si esta es una actitud normal o no después de una discusión, porque nosotras no discutimos. En todo este tiempo no recuerdo ninguna situación similar. Me meto en la boca la última cucharada de gelatina y la dejo rodar en la lengua sin masticar. Finalmente, la trago, saboreando el dulce con una sonrisa.

Parada en la fila para el café, decido llamarla, sé que me sentiré mejor si sé que está bien. Presiono sobre su nombre y el teléfono da señal de llamar. Suena seis o siete veces y nada. Cuelgo y vuelvo a llamar. Esta vez la llamada es rechazada con un mensaje automático "ahora no puedo atender". Al menos está viva, pienso, volviendo a guardar el aparato en el bolsillo, molesta por su arrogancia. ¿Qué pretende?

La calma dura poco, y antes de terminar de beber el café escucho mi nombre siendo llamado a urgencias, a través del equipo de sonido del hospital. Recorro el camino a paso acelerado, incluso corriendo en algunos pasillos. Entro en la sala y me encuentro con Mia, está de guardia en neurocirugía, qué buena coincidencia, pienso.

"Dra. Brun", el tono es a la vez un saludo y una interjección por lo que viene a continuación, "Tenemos que llevar a esta niña al quirófano, ahora. Se subió a un árbol y se resbaló. En el camino hacia aquí perdió la conciencia en la ambulancia. Debe tener una hemorragia intracraneal presionando el cerebro. La madre está en pánico, dice que no sentía las piernas..."

"Calma, Mia, calma. Vamos al quirófano ahora. ¿Quién va de neurología?"

"Mi jefe y yo."

La cirugía es complicada, pero va transcurriendo sin sobresaltos. Drenan la hemorragia con facilidad, después de todo no es tan grande como parecía en las imágenes. Tiene una fractura en L3 y L4 que necesita estabilización, pero no parece haber otras lesiones. Creo que lo vamos a lograr. Paso a paso, con cuidado, voy avanzando en la fijación, y conversando con mi colega. Él lleva años en el hospital, es un aficionado del Barça, por lo que el tema es siempre el mismo. Intercambiamos bromas y nos reímos de nuestros propios comentarios.

De la nada se escucha la voz de Mia: "Va a entrar en colapso. La tensión está cayendo en picada y el pulso se disparó". Mia habla tan rápido que la colega de anestesia no tiene tiempo de reaccionar primero, y cuando lo hace, no dice nada más que repetir lo que Mia acaba de decir. Por encima de las voces se escuchan los pitidos de las alarmas, que se disparan todas al mismo tiempo.

La conversación se corta, las risas son quebradas por el hielo del momento.

"No es de la columna. Yo ya terminé y el campo está limpio. ¿Volvió a sangrar dentro del cráneo?"

"El drenaje no tiene nada".

Nos miramos unos a otros, en lo que parece una eternidad, pero en realidad no son más que unos pocos segundos.

"Bazo", se oye a Mia, "Sólo puede ser una rotura de bazo, que se nos escapó".

No hay tiempo para exámenes, ni para llamar a alguien de general. "Debes tener razón, ¿avanzamos?" La pregunta es para mi colega.

"¿Avanzas y yo te asisto?"

"Sí. Una unidad de sangre corriendo".

Los momentos que siguen son de estrés, pero poco a poco, todos vuelven a respirar. Lo más difícil es tener ángulo de abordaje, ya que la posición es poco o nada convencional para una esplenectomía.

"Bazo fuera. Arterias ligadas. No veo pérdidas", digo en voz alta.

"Tensión normalizándose, pulso a 140 latidos por minuto. Ritmo regular", informa la anestesista.

"Lo logramos. ¿Ya habías hecho esto?", pregunta él, pidiendo que le limpien el sudor que gotea de la frente.

"Sí. En misión no tenemos cómo hacer diferente, somos pocos, y acabamos haciendo lo que hay que hacer", respondo sin extenderme. "Felicidades, Mia. Tu atención le salvó la vida a esta niña", digo mirándola a los ojos.

"Sí, Mia, felicidades. Cada día me recuerdas más a tu madre", dice él, dirigiéndole una sonrisa.

"La madre de Mia y yo fuimos compañeros de facultad y de internado. Conocí a Mia aún bebé, ¿quién diría que íbamos a estar juntos dentro de un quirófano?" Lo miro y veo que tiene los ojos llorosos, contrastando con la sonrisa que muestra.

Salimos cerca de las once de la noche, la mayoría del equipo se va dispersando y acabo quedándome sola con Mia. "Un final feliz. ¿Comemos algo para celebrar?", pregunto.

"Claro, me estoy muriendo de hambre", responde sin pensar, "Quiero decir, claro que acepto".

"Tu madre también estaba siempre muriéndose de hambre", devuelvo con una carcajada.

Volvemos al bar, ahora casi vacío. Saco otro tazón de sopa y otra gelatina de fresa, reproduciendo la comida anterior. Mia es una oyente interesada y no deja de hacer preguntas primero sobre la cirugía, después sobre mis misiones, hasta que la conversación llega

inevitablemente a su madre.

"¿Qué le pasó a tu abuela? ¿Aún vive?"

"Murió hace dos años".

"¿Reaccionó a la muerte de tu madre?", sé que probablemente no debería hacer este tipo de preguntas, pero es más fuerte que yo, y a Mia no parece importarle hablar de esto.

"Durante un tiempo no le dijimos. Mamá estaba fuera, ellas casi no se veían, y asumimos que no notaría la diferencia. Unos meses después, yo estaba allá en casa, como hacía muchas veces y ella me preguntó directamente "¿Cómo murió tu madre?" Imagina mi shock con esa pregunta viniendo así, de la nada".

"¿Cómo lo supo?"

"No sé, nunca pudimos entenderlo. No sé si escuchó alguna conversación, si lo intuyó, no sé".

"¿Y tú? ¿Qué le dijiste?", dejo de comer y clavo la atención en cada movimiento de Mia, cada mirada, cada expresión en su rostro.

"La verdad", responde, dejando que se instale un silencio. "Le conté exactamente lo que había pasado, con todos los detalles que sabía. No la ahorré porque entendí que ella no quería, no podía, ser ahorrada".

"¿Y ella?", interrumpo sin contener la ansiedad. Escucho a Mia hablar de la abuela, y en cada frase veo la imagen de mi madre.

"Ella escuchó y habló con una lucidez que no recordaba que existiera. Durante más de dos horas me habló sobre mi madre, contó historias de infancia, reflexionó sobre lo que había sido su vida, y la forma en que se había alejado. Me dijo que la enfermedad había sido mucho más dura para mi madre que para ella misma, con una conciencia de los hechos difícil de imaginar. Realmente no sabemos nada sobre esta enfermedad".

"Es verdad", constato, asintiendo levemente con la cabeza. "Estamos muy lejos de entender qué pasa o cómo pasa", murmuro para mí misma.

"Después de esa tarde, hubo muchos días en que preguntaba por mi madre como si ella fuera a entrar por la puerta, sin ninguna noción de la realidad, sin ningún recuerdo de nuestra conversación. Pero, a lo largo de los años, también hubo momentos en que habló conmigo con total clarividencia, y esos valieron por todos los demás. En las conversaciones con ella me permití sufrir y llorar, compartí lo más íntimo que tenía con la noción de que sólo existía ese momento, el presente. Ella murió hace dos años, y siento su falta todos los días", deja rodar una lágrima y se apresura a limpiarse la cara con la mano.

"Gracias por haberme contado", digo sin saber qué agregar.

Mia volvió a neurocirugía y yo a urgencias. Las cosas siguen tranquilas, y creo que voy a poder dormir algunas horas. Cerca de la una entro en la sala de descanso, cierro la puerta, me quito la bata y me acuesto vestida encima de la cama. Si me necesitan me llaman por teléfono, pienso cerrando los ojos. Vuelvo a abrirlos enseguida. Voy a llamar a Anna, tengo que hablar con ella. La urgencia surge sin que me dé cuenta de dónde. ¿La conversación con Mia, las palabras de mi madre, la discusión con Olga? No sé, sólo sé que tengo que hablar con Anna. Agarro el teléfono y veo el número que mi hermana me envió. Presiono en la pantalla y lo grabo, escribiendo simplemente "Anna", nunca habrá otra.

Me quedo mirando los números sin valor para hacer la llamada. ¿Qué le voy a decir? Miro la hora, es tarde, debe estar durmiendo. Me invento excusas suficientes para impedirme llamar, y opto por enviar un mensaje. Escribo y borro mil veces antes de enviar, pero al final acabo tomando valor y presionando la tecla.

Acomodo la manta y trato de dormir. Minutos después el teléfono vibra y mi corazón se dispara.

Agarro el teléfono con ambas manos y cierro los ojos antes de abrirlos y encarar la pantalla. Es mi hermana. Un mensaje preguntando si estoy bien, si tuve noticias de Olga. Suspiro desilusionada, pero acabo respondiendo, al final ella no tiene ninguna culpa. Poco después, nuevo mensaje informándome que esta tarde se cruzó con Olga en la calle, aparentemente ella no la vio, o fingió que no vio, pero parecía estar bien. Mejor así, pienso, enviando otro mensaje, esta vez sólo con un emoji.

Me despierto con la luz del día llenando la habitación. ¿Qué hora es? Siete. Estiro las piernas y los brazos, desperezándome, antes de poner los pies en el suelo. Aprovecho la tranquilidad para bañarme y ponerme un traje lavado. Me voy de aquí en una hora, pero nunca se sabe cuándo surgen las emergencias. Cruzo la puerta, afuera ya empezó otra mañana de trabajo. Los enfermeros hacen el cambio de turno, por lo que no interrumpo, haciendo apenas un gesto, para indicar que voy a comer algo y ya vuelvo.

Esta vez opto por no ir al bar, y me siento en la sala del comedor, saco un café de la máquina y un paquete de galletas del armario. Voy masticando lentamente y de forma automática miro el teléfono, no sé a qué hora tengo que estar en el Programa hoy. Un sobre en la esquina de la pantalla indica que hay nuevos mensajes. Sin reflexionar presiono para leer.

"¡Qué sorpresa! Claro que sí, hablamos cuando quieras. Estoy viviendo en Barcelona, aquí arriba, junto a la Caixa Cosmo. Dime cómo y cuándo quieres combinar". "Me gustó recibir tu mensaje. Espero que estés bien. Tuve la esperanza de encontrarte en la cena del Colegio, pero veo que hay cosas que no cambian". Dos mensajes de Anna. Para cuando tomo conciencia de lo que estoy leyendo, ya los leí. Es como un chapuzón en el mar sin preparación, las emociones surgen ya después de haber pasado el shock del agua fría.

Ella respondió. Quiere encontrarse conmigo. Pensaba que iba a estar en la cena del Colegio. Poco a poco voy repitiendo para mí misma las frases que escribió, intentando asimilar su significado.

"¿El miércoles por la tarde en el café de Caixa Cosmo?", pregunto, enviando el mensaje, esta vez sin borrar y sin reflexionar.

La respuesta surge inmediatamente, "De acuerdo, estoy allí a las cinco. ¿Crees que me reconocerás?" La pregunta es retórica, pero me recuerda quién es Anna, o era.

Capítulo 16

Martes 29 octubre

Elizabeth

La semana parece no pasar. Entro en la sala diez minutos después de las ocho, y claro, la sesión ya comenzó.

"Cuando tienen múltiples víctimas lo primero que hay que hacer es determinar las prioridades, el nivel de inversión, y nunca se olviden, llamar a toda la ayuda disponible." Jacqueline va hablando en su tono pausado y asertivo, gesticula mientras se detiene en explicaciones más detalladas sobre uno u otro tema. Está pálida y tiene ojeras como alguien que no durmió. En la pantalla pasan fotografías de una carrera de velocidad cualquiera. Una masa de coches casi irreconocibles de tan abollados esconde cuerpos humanos.

Aparentemente no se dio cuenta de mi entrada. Suspiro aliviada y me siento en la fila de atrás. Error craso pensar que no me había visto, o que me va a facilitar la vida.

"Para los periodistas presentes en la sala", comienza, haciéndome sentir inmediatamente profundamente incómoda. ¿Qué habrá dicho antes de que yo entrara? ¿Cómo voy a ser capaz de responder cualquier cosa? "¿Qué piensan de las fotografías? ¿Expresan lo que pasó? ¿Son útiles? ¿En qué contexto?"

"Son sensacionalistas", responde Rafael, aunque la pregunta no es para él.

"Tal vez, Pérez. Tal vez esté de acuerdo contigo. O tal vez no. ¿Qué tienes para decir, Meyer? ¿Este fotoperiodista hizo un buen o mal trabajo?"

Las imágenes son impactantes y aterradoras, pero parecen verdaderas. "Si ocurrió debe ser mostrado", es lo primero que se me ocurre decir, y que verbalizo sin mucha reflexión.

"¿En serio!? ¿Así que vale todo? ¿Exponer identidades? ¿Chocar a las familias? ¿Es eso? ¿Para mostrar la verdad pasamos por encima de todo?"

"No, no fue eso lo que quise decir."

"Pero fue exactamente lo que dijiste. Tal vez deberías empezar a pensar antes de hablar."

Creo que el comentario no tiene nada que ver con la clase, pero me queda intentar defenderme lo que pueda.

"Tal vez me expresé mal. Creo que no me detuve el tiempo suficiente para ponderar mis palabras."

"En misión, hay poco tiempo para reflexiones. Tienen que aprender a confiar en sus instintos, y a reaccionar rápido. Al mismo tiempo, su equipo tiene que saber que puede confiar en ustedes. No hay tiempo para disculpas, no hay segundas oportunidades."

Quisiera tener el coraje para levantarme y salir de la sala, pero sé que es un camino sin retorno. Respiro hondo, recuerdo las técnicas de meditación que usábamos antes de los partidos, e intento calmarme, la conversación está lejos de haber terminado.

"Vamos Meyer, una segunda oportunidad, ¿estas fotografías son un buen o mal trabajo?", Jacqueline me mira directamente, y siento el calor invadir mi cara y cuello. Sé que todos me observan, lo que me deja aún más incómoda, si es que eso es posible. Hay otros dos periodistas en la sala, pero parece que la conversación ni es con ellos, y se remiten al más profundo silencio.

"Depende del contexto, de la perspectiva", balbuceo sin convicción.

"Pareces un político", interviene Rafael con una risa mordaz.

"Silencio, dejen terminar a Meyer", se hace oír Jacqueline que, mientras habla, pone un dedo delante de los labios, en un gesto correspondiente a sus palabras.

"De verdad depende del contexto. Si esas imágenes fueran para la televisión, o para la portada de un diario son malas. Son sólo impactantes. Pero pueden ser útiles como aprendizaje, permiten

hacer escenarios, planear abordajes. Lo que nos estaba explicando."

"Creo que no escuchaste nada de lo que estaba explicando, después de todo llegaste tarde. Como siempre, por cierto", agrega antes de proseguir. "No podemos juzgar las imágenes según el contexto. La persona que las tomó estaba allí, agarró la cámara y disparó, fijó el momento. O estamos de acuerdo o no lo estamos, no hay margen para tal vez. Un día van a ser ustedes los que estén en el terreno, decidiendo o no apretar el botón, no va a haber tiempo para dilemas."

"Siendo así, creo que debemos concluir que no deberían haber sido tomadas", murmuro entre dientes.

"Puedes hablar más alto, no te escucho."

Las cabezas vuelven a rotar en mi dirección. "No se deberían haber captado esas imágenes", digo ahora en un tono audible.

"¡Claro que debería! Forman parte de la historia, reflejan una realidad dura, pero no por eso menos verdadera. La cuestión no es fotografiar es lo que editamos, la forma en que dejamos que los demás vean nuestro trabajo", Jacqueline prosigue explicando la diferencia entre captar las imágenes, editarlas y divulgarlas, y todos los cuidados necesarios. Si no me sintiera tan profundamente ignorante, y, al mismo tiempo, tan expuesta, me hubiera parecido extraña la forma técnica como ella habla sobre fotografía, sobre ética y sobre las dos cosas mezcladas.

Llega la hora del descanso y me quedo sentada, esperando que todos salgan, con la expectativa de poder hablar con ella. Ella atraviesa la sala y pasa a centímetros de mi mesa, sin nunca mirar hacia mí. Me levanto, doy unos pasos rápidos en dirección a la puerta e impido su paso: "Tenemos que conversar", aparto el cabello que insiste en caer sobre mis ojos y la encaro.

"¿Conversar sobre qué, Meyer? No recuerdo que tengamos ningún asunto. Si me permites un consejo, no deberías llegar tarde, vas a terminar siendo penalizada. Ahora discúlpame, pero no tengo tiempo para charlas. Quiero ir a tomar un café", se desvía de mí y sale hacia el pasillo.

Vuelvo a sentarme en mi silla, cruzo los brazos sobre la mesa y apoyo la cabeza, escondiendo la cara. No pasa mucho tiempo hasta que siento una mano posada sobre mi hombro. Me levanto sobresaltada. "¿¡Rafael!?"

"¿Esperabas a otra persona?", pregunta inmediatamente como si ya tuviera la frase preparada.

"No. Me asustaste."

"Ven, vamos a tomar un café. Yo invito. Necesito hablar contigo."

"Ahora no. Tengo que preparar una cosa antes de que reiniciemos. Hablamos después."

"No lo estás entendiendo. ¡Quiero hablar contigo, ahora! Vamos a tomar un café". Rafael empuja mi silla hacia atrás, y me obliga a levantar.

"¿Qué estás haciendo? ¿Cuál es la prisa?" Si ya no estaba bien, ahora estoy verdaderamente furiosa. ¿Quién se cree que es este tipo?

A pesar de mis comentarios en el camino hacia el bar, él no vuelve a proferir palabra hasta que ya estamos sentados.

"¿Necesito tu ayuda?", dice en un tono más ameno.

"¡Bonita forma de pedir ayuda a alguien! ¿Qué quieres? Que yo sepa ya no hay más ninguna prueba de comunicación, ¿o me perdí algo?" Antes de darle tiempo para responder, continúo, en el mismo grado de irritación "¡No entiendo por qué tú, el gran Rafael Pérez necesita copiar de alguien como yo!" Sacudo la cabeza, expresando mi contrariedad "¡De verdad que no lo entiendo!"

"Gracias, sabía que podía confiar en ti.", responde como si fuera un tema perfectamente banal.

"Esta vez necesito algo diferente. ¿Sabes de la cena, de este sábado a las ocho?"

"Claro, pero yo no voy.", afirmo inmediatamente. "Es una escena toda elegante, y además tengo

otro compromiso."

"Me imagino. Pero no vas a poder bailar. Tienes que venir a la cena."

"¿Por qué eso ahora?", pregunto sorprendida.

"Vienes conmigo, como mi novia."

Me atraganto y con la tos hago salpicar gotas de café sobre la mesa. "¿¡Qué!?" No puedo haber entendido bien sus palabras. En el momento poco elocuente de mi ataque de tos, Jacqueline cruza la sala pasando detrás de la silla de Rafael, y no deja de brindarme una mirada reprobatoria.

"Eso mismo que te dije, mi padre va a estar en la cena, y quiero que te presentes como mi novia. Es importante que todos lo crean, por eso, lo mejor es que empecemos ya." Pone la mano sobre la mía y acerca la cara a mi cuello, susurrando, "Es sólo una farsa, no te preocupes."

Sin moverme, miro por encima de su hombro, y encuentro a Jacqueline sentada a algunas mesas de distancia, con la mirada fija en nosotros.

Me aparto lo suficiente para poder mirarlo. "¿Qué pasa al final? ¿Me vas a explicar o crees que voy a hacer una estupidez como esa, así, sólo porque sí?"

"Lo vas a hacer porque somos amigos, ¿te acuerdas? Creo que en la ida a la montaña nos hicimos aún más amigos, si es que me entiendes.", dice mirando fugazmente en dirección a Jacqueline.

§

Llego a casa temprano, aún no son las siete. Raramente tengo la casa para mí sola. Aprovecho el silencio, lleno la bañera y me acuesto en el agua caliente intentando olvidar cada minuto de este día. Dejo que los músculos se relajen y poco a poco consigo respirar más despacio. Tal vez debería abandonar el Programa. Probablemente nunca seré seleccionada para nada, entre la falta de empatía de Grassi, y el odio de Jacqueline, no tengo ninguna oportunidad. Me deslizo hacia abajo y dejo que el agua me cubra la cara, conteniendo la respiración. De niña solía jugar así, intentando quedarme más y más tiempo bajo el agua.

Cuando vuelvo a la sala, ya vestida, con los pies metidos en un par de medias de lana y el cabello mojado, veo que Gloria no sólo ya llegó, como está en la cocina preparando algo.

"Buenas noches, princesa. ¿No fuiste al ensayo?", pregunta mirándome, "¿Qué estabas haciendo? Te llamé varias veces y nada, hasta pensé que te había pasado algo. Abrí la puerta del baño, pero ni te diste cuenta. ¿Estabas jugando a los buceadores?", indaga con una sonrisa, "¿Forma parte del entrenamiento? ¿También tienen misiones subacuáticas?", prosigue, soltando una carcajada que me contagia.

Reír tiene la virtud de, por fin, hacerme relajar, los hombros se suavizan y el dolor en el pecho finalmente alivia. Pongo los platos sobre la encimera, mientras ella termina de preparar la pasta que está haciendo. Abro una botella de vino y vierto una pequeña cantidad en nuestras copas, extendiéndole una.

"¿Vino? ¿Hoy?"

"Lo estoy necesitando", antes mismo de que pregunte por qué, le cuento un resumen de mi día.

"No lo entiendo, no tiene sentido."

"Yo tampoco. Estoy harta de darle vueltas a la cabeza, tiene que haber una explicación lógica. Primero la historia de la prueba, ahora esto, ¿por qué? ¿Y por qué conmigo? Con los demás él tiene una actitud aparentemente normal.

"¿Crees que es gay?"

"¿Gay?", repito, agarrada por sorpresa por la pregunta "Siempre está metiéndose con todas las mujeres. Incluso ya escuché a alguien preguntarle algo sobre su novia"

"¿Y no te parece raro que si él tuviera una novia te pidiera que fueras con él a esa fiesta?"

Le doy el beneficio de la duda a Gloria, y durante un momento considero la posibilidad de lo que acaba de decir. "No, no lo creo. Camila lo conoce hace muchísimo tiempo. Además, eso no explica nada sobre la prueba. Es muy raro, él es uno de los mejores, no necesita copiar de mí ni de nadie."

"¿Vas a la fiesta?"

"Qué rayos de pregunta, ¡claro que no!"

"¿Crees que él se dio cuenta de lo que pasó?"

"¿Qué pasó dónde? ¿Qué quieres decir? ¿Crees que él está amenazando a Jacqueline?", de repente surgen en mi mente mil preguntas sin respuesta. ¿Será que Rafael se dio cuenta que yo estaba en el chalet? Aquella conversación sobre que nos hicimos más amigos, ¿en realidad era sobre Jacqueline?

"No sé, sólo me parece todo muy sin sentido."

"Sin sentido es que yo siga pensando que lo voy a lograr", concluyo poniendo en la boca un bocado de espagueti.

Capítulo 17

Miércoles 30 octubre

Jacqueline

Llego a CaixaForum mucho antes de la hora marcada. Afuera varios grupos ocupan las mesas aprovechando una tarde de sol de invierno, pero aquí dentro la sala está prácticamente vacía. Pido un café y me siento en una mesa frente a la puerta. ¿Cómo estará ella? En las fotografías parecía simplemente fabulosa. Una versión sofisticada de la joven rebelde de hace treinta años. Termino el café, miro el teléfono en busca de distracción, pero los minutos se empeñan en no pasar. Me abstraigo durante unos instantes mirando a dos mujeres y una niña que se sientan en una mesa del otro lado de la sala. ¿Serán una pareja? No deben tener más de treinta años, podríamos haber sido nosotras.

Cinco y cinco, ¿habrá desistido? No debería haber enviado el mensaje. Vuelvo a chequear el teléfono, nada. Súbitamente vibra en mi mano, mi corazón se dispara, y dejo caer el aparato sobre la mesa. Recuperándome del susto lo agarro y miro la pantalla, Grassi.

"¿Cómo estás? ¿Pasó algo?" Estuvimos juntos por la mañana, y esta tarde yo no tenía nada planeado.

"Disculpa que te interrumpa, pero con tantas cosas acabé por no confirmar tu presencia en la cena del día 9. ¿Vienes con tu marido?"

Cena, ¿qué cena?, pienso intentando rápidamente organizar mis pensamientos. Claro, la cena de gala con los mecenas del Programa. "Estoy de guardia", respondo de forma automática.

"No puedes, tienes que cambiar. Vuestra presencia es indispensable. Por favor, Jacqueline tenemos que conseguir financiamiento para el próximo año."

Él tiene razón, por más que yo deteste este tipo de eventos, sé que no podré dejar de estar presente. "Está bien. Voy a pedir el cambio, no debe haber problema."

"Invita a tu marido, me gustaría conocerlo."

"Tendrás que dejarlo para otra ocasión, a mi marido le disgustan estas cosas", digo con una pequeña carcajada, imaginándome entrar en la sala con Olga del brazo. Grassi no parece dispuesto a dejar caer el asunto e insiste hasta el punto de oírme decir a mí misma "Está bien, hablaré con él. Puedes contar con nosotros."

Me despido y cuelgo el teléfono, sin saber cómo voy a salir de esta confusión. Levanto la cabeza y me encuentro de frente con Anna, de pie parada delante de mí. De un salto me pongo también de pie, sin saber qué decir o qué hacer. Siento un mareo, dejo de oír el ruido de la sala y me quedo simplemente mirando el rostro que tan bien conozco. En un instante vuelve todo, los recuerdos, el olor, la adrenalina, las manos sudadas y el corazón latiendo.

"¿Cómo estás?" Con dos palabras su voz corta el silencio. Se acerca más y me besa en la mejilla. Un único beso, rápido, casi sin apoyar los labios.

"Bien. No te vi llegar", digo constatando lo obvio.

"Lo sé, estabas ocupada hablando de tu marido", afirma irónicamente, manteniendo el semblante serio, si no fuera por un hoyuelo en la mejilla que delata una sonrisa.

Suelto una carcajada, más para distender que otra cosa. "Era del hospital, va a haber una cena de gala, y me estaban preguntando si llevaba a mi marido. Militares, ¿ya sabes cómo es!"

"Don't ask, don't tell", afirma, esta vez con un aire triste.

"Parece ser la historia de mi vida", respondo levantándome. "Voy a buscarte un café, ¿o prefieres té?"

"Café..."

"Con azúcar y una gota de leche", completo no dejándola terminar.

Durante más de una hora hablamos sobre trabajo, viajes, cambios, sobre mi hermana, y sus padres. Hablamos sobre todo a nuestro alrededor, sin nunca hablar de nosotras.

"¿Por qué te fuiste?", pregunto de repente, bajando los ojos al suelo.

Anna toma mi mano posada distraídamente sobre la mesa. La intensidad del momento me obliga a encararla, la misma mirada que me hizo enamorarme perdidamente. "¿Por qué no quisiste que volviera?"

"Era demasiado tarde. Cuando escribiste yo estaba en Milán, iba para Nueva York, había decidido olvidarte."

"¿Lo conseguiste?"

"Te casaste, tuviste un hijo.", afirmo sin responder.

"Lucas. Tiene quince años."

"Lo sé, Carol me lo contó." Ya no recordaba cómo conseguíamos conversar horas y horas, sin nunca responder directamente a nada, como si nos dejáramos llevar en un juego de palabras, de pensamientos, sin necesitar hilo conductor para entendernos a la perfección.

"¿Por qué quisiste verme?", pregunta soltando mi mano.

"¿Por qué te fuiste?"

"Tuve miedo. Tu madre lo descubrió, se lo contó a mis padres. Eran tiempos diferentes. Ellos me convencieron de que arruinaría mi vida y la tuya, de que nunca lo íbamos a lograr. Me hicieron creer que estaban de nuestro lado, que me iban a proteger y al mismo tiempo protegerte a ti también. La propuesta me pareció buena, yo me alejaba durante un tiempo, iba a Bruselas, hacía la carrera que quería y después, cuando ambas termináramos podíamos hacer lo que quisiéramos."

"¿Por qué no me lo contaste?", interrumpo.

"Porque formaba parte del acuerdo.", responde bajito, suspirando, "Porque sabían que no ibas a quedar convencida, que ibas a luchar, y era más fácil vencerme a mí sola.", dice de forma áspera.

"Yo era ingenua, o simplemente cobarde. Creí que podía ser mejor así, después de tener la carrera conseguíamos trabajo e íbamos a vivir juntas, en cualquier lugar, lejos de aquí."

"¿No pensaste en lo que yo iba a sentir? ¿En lo que iba a pasar?"

"Ellos me dijeron que tú ya lo sabías, que tu madre había hablado contigo, y que habías aceptado. Yo lo creí, o quise creerlo."

"¿Estuviste sola?"

"¿Dónde?"

"En Bruselas."

"Sí, y después, no."

"¿Te enamoraste?"

Ella respira hondo, me mira a los ojos, y no huye a una respuesta directa "No. Lo intenté, de verdad lo intenté. Me divertí. Aprendí muchas cosas, pero no me enamoré. ¿Y tú? Fuiste para Milán."

"Fui. Tenía que salir de aquí. Después de la carrera ya no aguantaba más. Milán fue bueno."

"Tan bueno que no quisiste que fuera contigo.", profiere casi en un susurro, volviendo a poner mi mano entre las suyas.

"Iba para Nueva York", respondo como si la respuesta fuera suficiente por sí sola. "Por fin conseguía estar más de veinticuatro horas sin pensar en ti, Anna. ¿Tienes noción de cuántos años habían pasado?"

"Años en los que busqué una razón para mantenerme lejos. Primero mis padres, después la carrera, la profesión, las invitaciones, los premios. Te escribí al día siguiente de haber hecho las

pruebas de doctorado, estaba sola en casa ordenando papeles, ordenando la cabeza y pensé que había ganado ese derecho.", me mira, como si estuviera a la espera de algo.

"¿El derecho de qué?", acabo por proferir simplemente para romper el momento de silencio.

"De ser feliz."

"¿De verdad pensabas que podías ser feliz conmigo? ¿Pasados 15 años?"

"Unos meses después decidí ir yo a Milán."

"¿Fuiste a Milán? Nunca lo supe", me siento derecha en la silla. Necesito más un café. "¿Quieres café?"

"Té."

"Un té verde para las dos, por favor", pido al camarero.

"Tienes buena memoria", dice Anna esbozando una sonrisa, que denota por encima de todo tristeza. "Después de que me rechazaras, intenté olvidar, pero no fui capaz. Pensé que podríamos reencontrarnos y quién sabe... Sólo que no sabía que ya era demasiado tarde, que te habías quedado en Nueva York." La llegada de las tazas humeantes interrumpe la conversación. Anna pone dos cucharadas de azúcar dentro de la taza y revuelve metódicamente. "Conocí a Francesca."

Las sorpresas parecen no tener fin, por poco no me atraganto con el té caliente en la boca. Trago y toso varias veces antes de conseguir hablar. "¿Qué Francesca?"

"Tu' Francesca."

"¡No!"

"¡Sí! En determinados medios Milán no es tan grande. Una fiesta, amigas en común, y un día en medio de una conversación nos dimos cuenta de que te conocíamos ambas."

"¿Un día?" Mi estupefacción es tal que no consigo decir nada con sentido.

"En realidad fue una noche", responde dando una carcajada, que nos lleva a las lágrimas.

"No sé si hubiera sobrevivido sin Francesca."

"Es una mujer extraordinaria, sin duda. Fue ella quien me presentó a mi esposa. Lucas nació en Milán, pero enseguida nos mudamos de vuelta a Bruselas."

Terminamos de beber el té, mientras Anna me cuenta cómo fueron los primeros años de Lucas, con un tono, una sonrisa que no le conocía.

"¿Por qué volviste ahora? ¿Y Lucas, tu esposa, están aquí? ¿Qué hace ella?"

"Es física. Se quedaron en Bruselas. Ella no puede dejar el trabajo ahora y él tiene allá a todos sus amigos, a los 15 años es difícil."

"¿Pero entonces, por qué volviste?", cada vez entiendo menos.

"Tuve una invitación para un proyecto irrechazable. No puedo entrar en detalles, pero tenía que aceptar. Son seis meses, después vuelvo." Anna sacude la cabeza, en un gesto que le era característico cuando quería cambiar de tema, y que por lo visto permanece igual, "Basta de hablar de mí. Cuéntame un poco de ti."

"Imagino que estás bien informada, si hay algo que Francesca no es, es discreta.", afirmo guiñándole un ojo.

"Es verdad, fui sabiendo de ti por ella. No sé si tienes noción, pero ella está enamorada de ti." Anna cruza y descruza la pierna tocando con el pie en la mía, no sé si por casualidad, o con alguna intención.

"Francesca es una mujer de muchas pasiones.", respondo no evitando una sonrisa, al visualizar su imagen, inevitablemente con una copa de champán en la mano, en una de las muchas noches que pasamos en Milán.

"Sé que estuviste en Nueva York, que eras una verdadera estrella en la cirugía de trauma, que

volviste a Barcelona hace cinco años, durante la pandemia, y que estás vinculada a un proyecto de élite, en colaboración con un equipo militar, ¿es eso?"

"En resumen." Cuando voy a completar lo que acaba de decir, ella me interrumpe.

"También sé que estás en un matrimonio de conveniencia."

"¿Qué quieres decir con eso?" No consigo imaginar lo que Francesca le pueda haber dicho. Ella detesta literalmente mi relación con Olga, y no hace ningún esfuerzo por disimular.

"Olga, ¿no? El marido del que hablabas hace poco por teléfono, se llama Olga, ¿cierto?"

En este momento parece que el tiempo no pasó, el mismo entendimiento, la misma complicidad. Pero pasó, pasaron más de treinta años.

Anna mira el reloj, afuera está oscuro y ya no hay nadie en la terraza. Aquí dentro estamos sólo nosotras y los camareros que recogen las últimas cosas. "Creo que van a cerrar", dice mirando alrededor. "¿Quieres venir a mi casa? Está cerca, podemos ir a pie."

Capítulo 18

Jueves 31 octubre

Elizabeth

Exámenes, son exámenes, y en estos momentos siempre somos niños, pienso a medida que el capitán Grassi va haciendo preguntas. Estamos dispuestos en círculo y las preguntas son hechas por turnos. Mia parece nerviosa, balancea el lápiz de una mano a la otra, al mismo tiempo que muerde el labio.

Hasta ahora todos han correspondido, aunque yo creo que este sistema es muy injusto. Grassi está al mando y no hace ningún esfuerzo por disimular que es él quien ordena, para unos las preguntas son escandalosamente fáciles, mientras que para otros..., mi línea de pensamiento es interrumpida por la voz de Rafael, "¡Meyer! Meyer, ¿estás escuchando?"

"¿Qué pasa? ¿Me estás hablando a mí?" ¿A qué propósito se rompió el orden del círculo? ¿Qué me perdí?

"Meyer, eres del equipo de Mia", dice Grassi de forma elocuente, "Ella no parece capaz de responder, de hecho, salió de la sala, lo que imposibilita un nuevo intento." Miro alrededor y verifico que la silla de Mia ahora está vacía.

"¿Dónde está ella?"

"¿Dónde estás tú? Ella acaba de pedir para salir porque no se estaba sintiendo bien", aunque el tono de voz de Rafael sea neutro, no puedo dejar de notar un leve gesto de risa, un levantar de la comisura del labio.

"Creo que recuerdas que las reglas prevén que alguien del mismo equipo pueda intervenir. Si quieres responder puedes avanzar. De lo contrario Mia queda eliminada. Pero si fallas, ambas tienen que repetir la prueba la próxima semana.

"Creo que es mejor que dejes que sea sólo ella quien repita, la pregunta, que por cierto ni siquiera escuchaste, es clínica. No vas a saber responder. ¿Qué opinas, Camila? ¿Tú sabes la respuesta?", como siempre Rafael no da tregua.

"Por mí, que se las arregle sola. A partir de ahora cada uno por su cuenta", responde Camila sin dudar.

"No pueden estar hablando en serio, ¿van a dejar que Mia sea eliminada porque no se siente bien?"

"Es la vida real. Si en una situación extrema te sientes mal, y desistes, alguien va a pagar el precio. Una de las cosas más importantes que tienen que aprender aquí es a controlar las emociones, a controlar vuestro cuerpo y vuestra mente." Grassi mira sus anotaciones y después fija los ojos en los míos "¿Cómo es Meyer, quieres que repita la pregunta?"

Siento el corazón a saltos, si al menos hubiera estado con más atención, si supiera cuál era la pregunta y qué le pasó a Mia. Yo vi que ella no estaba bien, debería haber estado atenta. No puedo dejar que sea eliminada, no sin intentar. "Capitán Grassi, ¿puede repetir la pregunta?"

"¿Estás segura?"

Respiro profundamente sintiendo el peso del silencio sobre los hombros. "Sí."

"Pues muy bien, allá va."

Escucho la situación que Grassi describe y hago un esfuerzo por recordar todo lo que aprendí en otra vida, en otro yo. Respondo de la forma más directa que consigo, intentando no cometer errores graves. Tengo la noción de que estoy dando vueltas, pero continúo hablando ininterrumpidamente, hasta que Grassi me manda parar.

"Muy bien Meyer, lo conseguiste. Pueden avisar a Mia. A partir de mañana redefinimos los equipos. Nadie queda eliminado, felicitaciones."

Salgo lo más rápido que consigo, trayendo la chaqueta en el brazo arrastrándola por el suelo, y parte del contenido de la mochila, aún por guardar. Qué extraño, yo sé que no respondí a la pregunta, ni de cerca.

"¡Elizabeth, Elizabeth!", es la voz de Jacqueline. ¿Será que reconsideraron, y cambiaron de idea? Claro que si no estuviera embriagada por los nervios me habría dado cuenta inmediatamente de que ella no estaba dentro de la sala, y no habría dado tiempo suficiente para hablar con Grassi.

"Elizabeth, espera por favor."

Detengo la marcha y dejo caer varias hojas que tenía en equilibrio bajo el brazo. Cuando me agacho para recogerlas y finalmente guardar la mochila, siento su olor inconfundible junto a mí. En cuclillas recogiendo las hojas esparcidas parece tan más cercana, tan más humana. Se levanta al mismo tiempo que yo y me extiende las últimas cosas, tocando levemente mi mano.

"Necesito hablar contigo."

"¿Ahora?"

"Si no estás muy ocupada, ¡sí ahora!"

"Llegué a la conclusión de que tenías razón. No tenemos nada de qué hablar", respondo, sin valor para más.

Su expresión es triste, está pálida, con ojeras, pero por encima de todo tiene la mirada distante, lejos. "Yo necesito hablar contigo."

"Y yo necesito irme. Tengo un compromiso y no puedo, no quiero, llegar tarde."

"Qué novedad, Elizabeth Meyer llegando a tiempo, debe ser un compromiso importante, por lo menos más importante que nuestro Programa", Jacqueline sacude la cabeza y endereza los hombros, volviendo al tono irónico que le es característico. Sin darme oportunidad de decir nada más, da la espalda y se aleja.

§

Entro en el club más de veinte minutos antes de la hora del ensayo, y me quedo acostada en uno de los bancos de madera del vestuario. Boca arriba, cierro los ojos y me concentro en el sonido de la música que se oye a lo lejos. Despierto lentamente de un sueño profundo sintiendo el calor húmedo de un beso en los labios. Sin percibir dónde termina el sueño y comienza la realidad, me dejo besar saboreando un gusto dulce. "Kate", susurro cuando finalmente abro los ojos. Ella está de rodillas a mi lado, con la cabeza sobre la mía y las manos envolviendo mi rostro. "Para con eso", digo ya completamente despierta, sentándome y mirando alrededor.

"Estamos solas, ellas están afuera marcando los espacios en el escenario para la nueva coreografía."

"¿Nueva coreografía? ¿Qué nueva coreografía?"

"Si no te hubieras saltado el martes ya lo sabrías."

"¿Sabría qué?"

"Deja de hacer tantas preguntas, concéntrate y escucha." Poniéndose de pie, comienza a desvestirse, guardando paulatinamente la ropa en el casillero, hasta quedar apenas en bragas, frente a mí.

"¿Qué estás haciendo?" Su cuerpo me afecta, incluso ahora, incluso después de todo, y lo peor es que ella tiene perfecta noción de eso.

"Vistiéndome para el ensayo, deberías hacer lo mismo. ¿En qué estabas pensando?"

"En nada", respondo poniéndome de pie. "Al final ¿por qué vamos a cambiar de coreografía así de repente?"

"Tú sabes que yo no puedo continuar. Mis ensayos ya comenzaron y a partir de aquí es dedicación exclusiva."

Otra vez estas palabras "dedicación exclusiva". "¿Y entonces? ¿No habíamos decidido eliminar tu solo y mantener el resto?"

"Sí, pero eso fue antes de que tuviera una idea mucho mejor. Me acordé de que mi novia puede ocupar mi lugar en el grupo. Claro que ella no va a hacer lo mismo que yo, pero reformulamos el espectáculo, y queda..."

"No queda nada, nada de nada. Estás bromeando, sólo puede ser. Ella no sabe bailar, nunca participó en nada, finge que hace unas clases, pero es totalmente descoordinada." Poco a poco la irritación se apodera de mí, y dejo que el tono de mi voz se eleve.

"Ella es genial, tienes que ver. Nunca bailaste con ella", Kate se acerca e intenta agarrar mi brazo, tal vez para calmarme, pero el efecto es exactamente el opuesto. Me desvío y lanzo con fuerza la puerta del casillero que golpea con estruendo. Desequilibrada por mi brusco movimiento, Kate choca con la rodilla en el banco, soltando un grito de dolor.

"¡Nunca bailé con ella y nunca voy a bailar!", vociferó.

En el mismo instante las otras entran de golpe por el vestuario, aún a tiempo de oír mis palabras. "¿Estás bien, querida? ¿Qué está haciendo esta loca? Vayan a buscar hielo, rápido.", dice haciendo un gesto seco con la mano en dirección a dos de las más jóvenes, que salen apresuradas, probablemente para ir a buscar dicho hielo.

"Estoy genial, no te preocupes, va a ser sólo un moretón más, nada serio."

"Ella tiene que salir. Continúa atrás de ti, nunca va a aceptar que la dejaste y que estás conmigo. Ella no quiere bailar conmigo y yo me niego a bailar con ella."

Todo en esta chica me irrita, la voz chillona, los modales altivos y la arrogancia de quien se cree lo máximo.

Kate me mira, y enseguida baja los ojos al suelo. "Tal vez ella tenga razón, Beth. Es capaz de ser hora de que dejes el grupo", afirma sin rodeos, en voz baja.

"Está decidido, Elizabeth sale y nosotros retomamos lo que estábamos viendo ahora mismo afuera. Hasta va a quedar mejor", interviene con una sonrisa, dándole un beso provocativo a Kate, antes de correr otra vez hacia afuera, arrastrando a una de las otras por el brazo.

Percibiendo que el destino está trazado, aprovecho la llegada de la bolsa de hielo para salir también. Aún es muy temprano, las mesas están casi vacías, a excepción de una pareja mayor y de un grupo de tres personas sentadas en la barra. Me acerco y me sirvo yo misma un whisky puro. Antes de tener tiempo de dar siquiera un sorbo, vuelvo a oír llamar mi nombre.

"Elizabeth, ¿no me quieres servir uno a mí también?"

"¿¡Rafael!? ¿Qué estás haciendo aquí?" A pesar de la sorpresa y de la pregunta, hago lo que él me pide y le extiendo el vaso.

"¡Tenemos que hablar!"

"¡No, no tenemos! Yo no quiero hablar con nadie, y mucho menos hoy. ¡Ya hablé y ya escuché todo lo que podía en un solo día!", exclamo a gritos.

Sin hacer caso a mis palabras, me conduce a una de las mesas. "Es rápido", afirma cuando se sienta, "Sólo quiero tener la seguridad de que está todo ok para la fiesta. Es que el otro día me dejaste en duda, y a mí no me gusta tener dudas."

Bebo casi la mitad de lo que tengo en el vaso antes de responder, lo que me obliga a hacer una mueca, aparto un mechón de cabello que insiste en caer, y lo enfrento "No hay ninguna duda, yo no voy a esa fiesta contigo, y mucho menos como tu novia."

"Tal vez no hayas entendido la importancia del asunto. Tienes que ir, mi padre tiene que quedar convencido, todas las personas tienen que quedar convencidas. No tienes otra opción."

"Claro que tengo, puedo simplemente no ir", a pesar de que mi irritación no disminuye, al

contrario, mi voz suena ahora mucho más baja.

"Sería una pena que Jacqueline tuviera que dejar el Programa, ella es excelente, ¿no crees? ¡Una de las mejores!"

Me quedo con la garganta seca, y el whisky parece ser contraproducente. Ya no hay dudas, es una amenaza.

"No te va a costar tanto. Durante los próximos días, nos quedamos más juntos, todos van a empezar a comentar, sabes cómo les gusta meterse en la vida de los demás. A partir de mañana estamos en el mismo equipo..."

"¿Cómo lo sabes?", interrumpo. Teóricamente los equipos son aleatorios y sólo son divulgados el día de la distribución, ¿cómo puede él saber?

"No importa. Vamos a quedar juntos, lo que facilita las cosas. Va a ser un placer poder aprender contigo, y encima tenerte como novia, aunque sea de mentira." Rafael se levanta y esta vez no parece querer que lo acompañe. "Voy a dejar esta bebida por tu cuenta, al final tú eres la que tiene varios empleos", dice vistiéndose la chaqueta, antes de inclinarse y depositarme un beso en los labios.

Me quedo sentada sola, con el vaso vacío en la mano, durante un tiempo que no sé precisar, hasta sentir una mano posar sobre mi hombro. Espero que no sea Kate, pienso.

"¿¡Luiza!?" En un instante hago un esfuerzo por recordar qué día es hoy, jueves. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Seguramente, cuando decidí venir, no contaba con ver lo que acabo de presenciar."

"¿De qué estás hablando?", indago buscando ganar tiempo.

"Juegas en demasiados tableros, no vas a ganar siempre."

"No sé lo que viste, pero era Rafael, es mi compañero en el Programa."

"Claro que sí. Y te besa en la boca. Es el hijo de Pérez."

"¿Conoces a Rafael?"

"Al padre."

No puede ser. ¿Cómo es posible que el mundo sea tan pequeño? ¿De dónde conoce Luiza al padre de Rafael?

"Nunca me preguntaste nada sobre mi marido..."

"No es importante."

"No, por supuesto que no. Esta realidad no existe, al menos durante unos momentos. Una razón más para preguntarte, ¿qué estaba haciendo aquí el hijo de Pérez? ¿Qué sabe él?"

"¿De nosotros?", pregunto frunciendo el ceño.

"¿De quién más?", responde, mirándome fijamente.

Si ella supiera, hay mucho más que Rafael podría saber y de lo que yo debería preocuparme.

"Nada. Que yo sepa, Rafael no tiene ni idea de que existe un "nosotros", pero tampoco hubiera dicho nunca que te conoce, así que ya no sé nada. Tal vez tú puedas explicármelo. Empieza a parecer más una pesadilla terrible que solo un mal día", concluyo entre dientes.

"Mi marido es colega de su padre. Conozco a Rafael desde que era un niño, es verdad que hace años que no lo veía, pero está prácticamente igual. Era un chico listo, con una inteligencia emocional muy por encima de la media."

Capítulo 19

Sábado 2 noviembre

Jacqueline

"Te estábamos esperando ayer", comenta Antonio, intentando hábilmente sondearme sobre el tema que anticipa será sensible. Estoy segura de que Olga le contó sobre nuestra discusión.

"Lo sé", respondo lacónicamente, tratando de decidir si voy a tener o no esta conversación. Nos conocemos desde hace muchos años, vivíamos a solo unas casas de distancia, él fue compañero de Olga en el liceo, y yo, unos años más joven, iba al colegio. Cada uno siguió su camino y no nos vimos durante años, hasta que volví de Nueva York, compré esta casa y decidí vivir con Olga. Desde entonces, Antonio se convirtió no solo en una persona cercana, sino incluso íntima. No tengo dudas de que es amigo de ella, pero eso no quiere decir que yo no aproveche la parte que me corresponde.

"¿Pasó algo? ¿Se complicó en el hospital?"

Los demás ríen alto en la sala, alrededor de un juego de mesa. Cansada, y sin ánimo para unirme, salí al jardín con el pretexto de venir a ver a Ben, y me quedé aquí sentada mirando al vacío.

"Estoy bien, puedes volver al juego", afirmo de forma demasiado ruda.

"Puedo irme si quieres, pero no me engañas diciendo que estás bien."

Levanto la cabeza y lo miro. Sostiene una copa de vino en una mano y un cigarrillo en la otra, soltando el humo lentamente, en el frío de la noche. "Ayer no vine porque no tuve capacidad de enfrentar a Olga y sus cosas."

"Se le pasará. Ella es así."

"Estoy cansada. Cada vez que hablamos terminamos discutiendo. El tema no varía mucho, dinero, mi trabajo o mi ausencia. Pero cuando estoy aquí, ni siquiera se da cuenta. ¡Mira!", concluyo girando la cabeza hacia la puerta de vidrio que da a la sala.

"Carl ha sido un buen amigo. Le hace compañía, la escucha, es solo eso, no deberías tener celos."

"¿¡Celos!?", repito soltando una carcajada. "Yo nunca tengo celos, y menos de alguien como él". Me detengo un instante y reflexiono sobre lo que acabo de decir. Es verdad, nunca tengo celos porque nunca me gusta realmente nadie. Bruscamente me viene a la cabeza la imagen de Elizabeth primero besándose en el bar del hotel, luego sentada al lado de Rafael en la cafetería. Sacudo la cabeza como para disolver los recuerdos y vuelvo a fijar los ojos en Antonio.

"Creo que ustedes no están bien, y no es solo ahora." Suspende lo que iba a decir, como si hubiera recordado algo más importante, "¿Puedo hacerte una pregunta?"

"Si me traes otra copa de vino."

Él se ríe, "Ya has bebido bastante", comenta antes de dar media vuelta y regresar con una copa llena que me extiende. No dejo de notar que también llenó la suya. "¿Quieres un cigarrillo?", pregunta extendiéndome el paquete.

"No, no llego a tanto", bromeo. "¿Qué quieres saber?"

"¿Por qué estás con ella?"

"¿Con ella?" ¿Qué sabe él? Mi corazón se dispara y por su sonrisa deduzco que mi expresión refleja lo que me pasa por el alma.

"Con Olga. Mi pregunta era ¿por qué estás con Olga? Tal vez hice la pregunta equivocada," agrega con una carcajada.

No siendo una pregunta fácil, me hace sentir aliviada. "Creo que todos, incluso yo, sentimos la necesidad de estar con alguien. Ella es alegre, sin complicaciones, al menos la mayoría de las veces. No sé, cuando volví de Nueva York pensé que me haría bien estar por aquí, cerca de Carol, compré esta casa y eso nos acercó, una cosa llevó a la otra, y sin saber cómo pasaron

todos estos años. ¿Satisfecho?", pregunto bebiendo finalmente un poco de vino.

"Creo que ocupaste el espacio con la persona equivocada."

"No entendí, ¿qué espacio?"

"El espacio del 'amor'. Si lo ocupas con alguien a quien no amas, no te permites amar a otra persona."

No esperaba que Antonio dijera algo así. "No tengo madera para el amor."

"Ah, esa es una cosa para la que no se necesita madera, ni práctica, mucho menos conocimiento, solo ser, estar. Corriendo el riesgo de parecer una consulta, creo que hace mucho tiempo que no te permites ni ser ni estar."

"¡Gracias, doctor! No te sabía tan pródigo en el análisis de personas", digo riendo, haciéndolo reír también. "Ya que estamos analizando el amor, tengo un pedido que hacerte".

"¿En serio? Hasta me da miedo".

"No te preocupes." Me levanto para estirar las piernas, lo que hace que Ben, hasta aquí acostado debajo de la mesa, salte a mi alrededor, pidiendo caricias. Vuelvo a sentarme, esta vez en el escalón, con Ben casi en mi regazo. "Bueno, puede sonar un poco extraño lo que voy a pedir, pero necesitaba que fueras conmigo a una fiesta el próximo sábado. Es una fiesta de recaudación de fondos del Programa. Es un evento formal, lleno de gente con dinero, una cosa aburrida, pero importante. Necesitaba que vinieras como mi "marido"."

Antonio, que me seguía atentamente, sacudiendo levemente la cabeza, se atraganta cuando pronuncio las últimas palabras. Me levanto, agarro su copa y la pongo sobre la mesa. Él continúa tosiendo, lo que hace que Olga aparezca afuera, "¿Está todo bien?", nos mira, buscando explicaciones.

"Se atragantó con el vino", respondo, tirando de ella hacia mí y dándole un beso. Cuando me alejo y la miro, el asombro está bien patente en su rostro. Sonríe, se acerca y me besa otra vez. Vuelve a mirar a Antonio, que mientras tanto se recuperó, "¿Seguro que estás bien?"

"Sí, claro", responde, "Puedes volver al juego, a ver si por lo menos ganas."

"¿No vienes a jugar?", le pregunta viendo que hace rato ya terminó el cigarrillo.

"Ahora no, ya voy para allá."

Olga vuelve a entrar. Antonio no dice nada y me mira fijamente, esperando una explicación. De la forma más resumida posible, le hablo sobre el Programa, sobre Grassi, y su insistencia en conocer a mi "marido". Después de muchas preguntas y algunas carcajadas, consigo que acepte mi propuesta, será mi "marido" por una noche, siempre que Olga no se oponga a la farsa. Estoy segura de que le parecerá genial y se burlará de nosotros durante años.

Ya acostada, dejo la luz encendida y espero a que ella venga a la cama, lo que sucede minutos después. "¿De qué estabas hablando con Antonio? Parecía divertido, al menos se reía a carcajadas", se quita los pantalones del pijama y se acuesta a mi lado.

Le cuento mi propuesta, omitiendo algunos detalles, pero con los pormenores suficientes para hacerla llorar de risa. "Él dice que solo irá si tiene tu bendición."

"Pagaría por ver esa escena. Claro que puede ir contigo", dice al mismo tiempo que aún se seca los ojos. "No entiendo por qué te sometes a estas escenas. Ellos te necesitan a ti, ¿o me equivoco?", su semblante cambió, y la expresión se volvió seria.

"A veces, ni yo misma sé por qué." Apago la luz y me pego a su cuerpo. Paso la mano por sus rizos y dejo que se deslicen entre mis dedos como si los peinara. Olga se queda inmóvil, pero incluso en la oscuridad percibo que sonríe. La empujo ligeramente para que se dé vuelta y le hago un masaje en los hombros, bajando poco a poco a lo largo de la espalda, sobre la tela fina del pijama que lleva puesto. Como si fuera el gesto que se esperaba, se yergue ligeramente y se

lo quita. Apoyo los labios en su piel, y recorro el camino que tan bien conozco, tocando su cuerpo de arriba abajo y otra vez en el camino inverso, combinando besos y caricias.

§

Toco el timbre pasado pocos minutos de las ocho. Carol abre, y hoy no parece sorprendida por verme aquí a esta hora. Ya está completamente vestida y, con el pelo aún mojado goteando en el suéter, trae a la pequeña Amy en brazos. Es maravillosa, con sus colitas negras sujetas con grandes lazos azules, y una sonrisa que ilumina su pequeño rostro.

"¡Tía!", exclama, lanzándose a mis brazos.

"Qué bonito recibimiento. En esta casa se despiertan todos de madrugada", bromeo acogiéndola en un abrazo, pero apenas por un segundo, pues en cuanto se da cuenta de que Ben está detrás de mí, de inmediato salta literalmente al suelo. "Cuidado, te vas a caer", es todo lo que tengo tiempo de decir, antes de que desaparezca corriendo con Ben pisándole los talones, en un juego donde no se sabe exactamente quién corre detrás de quién.

Carol todavía riendo, se encamina a la cocina. "¿Café con leche?"

"Claro. ¿Cómo van los ensayos?"

"Perfectos. Ya no me acordaba cómo era. Ni sé cómo pude estar fuera tanto tiempo." Coloca dos tazas humeantes sobre la mesa y se sienta a mi lado. "La gente es fantástica y el espectáculo es de otro mundo..."

La interrumpo, "Entonces, ¿por qué esa sonrisa triste?"

"Nada", responde de inmediato forzando una sonrisa teatral, que se transforma en una carcajada, "¿Mejor?"

"Mucho", respondo, bebiendo la leche y calentándome las manos alrededor de la taza.

"Ahora solo estamos aquí en casa los fines de semana. Pero mira, allá en casa de mis suegros va mejor de lo que esperaba. Amy lo está adorando."

"Entonces, ¿qué pasa?"

"El servicio social marcó la visita." Carol pronuncia la frase despacio como si tuviera que procesar cada palabra.

"¿Y eso qué significa exactamente?"

"Que si creen que está todo bien, el proceso queda concluido y el tribunal decreta la adopción plena."

"¿Y? ¿Eso no es bueno?"

"Es genial, pero, si no quedan convencidos, pueden decidir prolongar la evaluación y volver dentro de seis meses."

"¿Cuándo es?"

"Dentro de algunas semanas."

"Y mientras tanto el espectáculo se estrena, ¿cierto?"

"No puedo desistir. Van a tener que entender que trabajar no es incompatible con tener tiempo para mi hija. Y te digo más, si mis suegros ayudan fantástico, pero si no, si no, voy a encontrar alternativa." Se detiene unos segundos para respirar, "Con o sin Thomas."

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Él es genial para abrir la boca y decir cómo hay que hacer todo, pero no está dispuesto a renunciar a nada él mismo. Muy bien, yo asumo sola."

"Calma, Carol. ¿No crees que estás exagerando?"

"Eso dicho por quien siempre tira todo por la borda cuando se enoja.", mientras termina la frase me arroja con un paño que está sobre la mesa, dando inicio a un juego de paño para allá y para acá, que nos hace reír a carcajadas. Atraída por el ruido, Amy vuelve corriendo, con Ben detrás.

"¿También puedo jugar?", pregunta, esforzándose por atrapar el paño.

"Claro que sí, es un juego de familia", respondo sin dejar de reír.

Cuando por fin nos cansamos de la distracción, el ambiente está más tranquilo.

"¿Hablaste con Anna?"

Estaba segura de que mi hermanita no iba a contener la curiosidad.

"De hecho estuvimos juntas", respondo sin agregar nada más.

"¿Juntas cómo? ¿Por casualidad? ¿Dónde? ¿Qué pasó?"

"¡Guau! No sabía que eras capaz de tantas preguntas de una sola vez. Juntas, juntas, en el café y en casa de ella."

"¿En casa de ella?"

"Y no pasó nada. Hablamos y hablamos. Había mucho para contar."

"¿Y?"

"¿Y qué?", devuelvo la pregunta de forma provocadora.

"¿Y ahora?"

"No sé. Quedamos en combinar algo. ¿Quieres venir?"

Capítulo 20

Domingo 3 noviembre

Elizabeth

"Fue la última", digo y repito para mí misma, con la mirada fija en el espejo y la cara roja marcada por las lágrimas. Fue la última.

Hicimos el espectáculo como de costumbre, la última actuación de Kate antes de dedicarse a espectáculos de verdad. Una ovación de pie para su despedida, una celebración en los camerinos. Todas riendo, mientras le desean felicidades y le hacen prometer que volverá, al menos como espectadora. Estoy segura de que sí, después de todo su novia pasará a ser la estrella. Después de nuestra discusión, Kate no perdió tiempo en inventar una historia sobre que yo había pedido salir. Algo relacionado con incompatibilidades con mi trabajo, falta de tiempo, en fin, argumentos vacíos, que las otras tragaron sin cuestionar, hasta porque en realidad les da igual que me vaya o me quede, mientras el espectáculo continúe y Kate no desaparezca por completo. Nadie se dio cuenta de que este fue también mi último espectáculo, no hubo aplausos para mí, ni abrazos, ni celebraciones.

Basta de tener pena de mí misma. ¡Basta!, pienso poniéndome de pie de un salto. Ya no queda nadie aquí, opto por no pasar por la sala del club, no me apetece hablar, y menos encontrarme con Luiza, o peor aún con Rafael. Tiemblo de frío cuando el aire helado de la calle me golpea la cara, y aprieto la chaqueta, y saco del bolsillo un gorro que me meto en la cabeza, hasta los ojos. Recorro unos cuantos metros, tampoco hay casi nadie por aquí, es tarde y hace demasiado frío. Debería ir a casa, pero no me apetece estar sola y Gloria solo vuelve de la galería sobre la una. Sin dejar de caminar, me encuentro en la puerta del hotel. Tal vez una copa de vino, al menos me caliento, medito, sin detenerme, atravesando la puerta y el vestíbulo, hasta el bar.

Aquí el movimiento es mucho mayor, los taburetes de la barra están todos ocupados, pero descubro una mesa vacía en uno de los rincones. Animada por el calor acogedor de la sala, me quito la chaqueta y el gorro, dejándolo sobre la mesa. No me parece que Marcus vaya a fijarse en mí en los próximos tiempos, no pasa nada, no tengo prisa. Cierro los ojos y apoyo la frente en las manos, dejándome mecer por la música.

Nunca más voy a bailar. La vida es implacable, enfrenté a mi madre para poder bailar, dejé el fútbol, mi casa, mi país, para poder bailar, para poder bailar con Kate, y ahora, ahora es Kate quien me encara y dice simplemente "basta, no te quiero más, ni en mi vida, ni en mi baile", ironías del destino. Creo que hoy mi madre sentiría un poco de sabor a victoria si me mirara. ¿Cómo estará? A lo largo de los años solo la vi de reojo en la televisión, parece bien, envejeció bien.

Levanto la cabeza, y sacudo el pelo hacia atrás. Debería cambiar el color de este mechón, medito, mientras sostengo algunos cabellos rosas entre los dedos. Para mi asombro veo que el gorro está en la silla encima de la chaqueta, y en su lugar ahora hay un vaso de whisky. Esta vez no miro alrededor. Deduzco que Marcus me ha visto y ha tenido la iniciativa. Por eso aprecio lugares donde nos conocen, lugares donde las palabras son dispensables. Voy bebiendo despacio y el calor del alcohol me acaricia el pecho. Era esto lo que necesitaba. ¿Cuándo se convirtió mi vida en esta confusión, y esta soledad? Vuelvo a sentir pena de mí, y dejo rodar una lágrima que aterriza encima de la mesa dejando la marca de una gota.

"¿Puedo?" Jacqueline está parada frente a mí, con un vaso en la mano, y sin esperar mi respuesta, ocupa una de las sillas libres del otro lado de la mesa. "¿Estás bien? ¿Estás llorando?"

Debería ser capaz de decir que está todo bien, pero la respuesta que sale de mi boca no es esa.
"No, no estoy bien. En algún momento me perdí, y ahora no soy capaz."

"¿Capaz de qué?"

"De encontrar el camino."

"¿Hacia dónde?", me pregunta inmediatamente.

"No sé."

"Ahí tienes tu respuesta, si no sabes adónde vas, cualquier camino sirve, cualquiera puede llevarte allí."

"¿Dónde?"

"Al lugar que buscas.", dice con una sonrisa tierna, que creo nunca le había visto.

Suelto una carcajada que se mezcla con las lágrimas que corren ahora de forma visible. Torpe me limpio la cara con la manga, y vuelvo a empujar el pelo, prendiéndolo detrás de las orejas.

"Disculpa."

"¿Quieres decirme qué pasa?"

"Creo que no, pero gracias." Aprovechando un cruce de miradas con Marcus, le hago señal para dos bebidas más. "Disculpa no haber querido hablar el jueves. Tal vez podamos hablar ahora."

Marcus se acerca, trae en una mano una bandeja con dos vasos y una llave, y en la otra el bolso y la chaqueta de Jacqueline.

"Pensé que podrías necesitarlas.", le dice, guiñándole un ojo.

Después de que él se aleje, y de guardar la llave dentro del bolso, ella se concentra en la bebida girando el vaso, de forma que el líquido casi se derrama. Bebe un trago antes de volver a hablar,

"Tal vez tengas razón. Tal vez no haya nada que decir." Antes de que yo pueda argumentar, es ella quien avanza "En realidad ni siquiera debería estar aquí contigo. Tú eres alumna y yo soy profesora, una mezcla que no combina con nada más."

"No lo sabíamos."

"Pero ahora lo sabemos."

"Ahora es tarde para cambiar lo que pasó. Es tarde para cambiar...", dejo la frase sin acabar, y miro fijamente el vaso como si buscara algo.

"¿Es tarde para cambiar qué?"

"Lo que siento", susurro de forma casi inaudible.

Jacqueline cambia de silla y se sienta junto a mí, tirando de mi mano hacia su regazo y sosteniéndola entre las suyas. "No se controlan los sentimientos, solo lo que hacemos con ellos."

"¿Estás hospedada aquí en el hotel?", pregunto esbozando una sonrisa.

"Por supuesto! ¿Subimos?" Profiere las palabras con una elocuencia que contrasta con la mano que se suelta de la mía y se desliza sobre mi muslo, debajo de la mesa.

"Depende de si controlamos los sentimientos o dejamos que ellos nos controlen."

"Diría que ambas somos mujeres a las que les gusta el control y les tienen pavor a los sentimientos, ¿me equivoco?", afirma, sin hacer amago de levantarse.

A medida que su mano me toca suavemente por encima de los vaqueros mi cuerpo se estremece. La tristeza desapareció como por arte de magia y dio lugar a un sentimiento difícil de describir. Solo sé que fui inundada por una ola de calor, por una energía creciente.

"¿Vamos?", cuestiono poniéndome de pie.

Jacqueline se levanta, no sin antes terminar el whisky que aún quedaba en el vaso. Cuando atravesamos la sala en dirección a la salida noto que Marcus nos sigue con la mirada y con una sonrisa. Me gusta él.

Caminamos a paso rápido y mantenemos la conversación a lo largo del camino. Recuerdo la

primera vez que hicimos este camino, parece que pasaron años. Ella abre la puerta, podría jurar que es la misma habitación, pero en realidad no me acuerdo del número.

Avanzo hasta el centro de la estancia, esta vez es más complicado, esta vez yo sé quién es ella, esta vez los sentimientos me estorban.

Creo que no soy la única que no sabe qué hacer. "¿Bebes algo más?" pregunta abriendo el minibar. "Un poco de todo.", declara cuando mira hacia el interior.

"¿Vino?"

"Todo menos vino. Pero nada que no se resuelva". Cierra la puerta de la nevera y coge el teléfono. Minutos después llaman a la puerta para entregar una botella de Chardonnay.

"Maravilloso", profiero dejando que el sabor dulce se esparza por mi boca.

Ella, sentada en el sofá, con la pierna apoyada en la mía, bebe el suyo lentamente. "¿Qué pasó con Mia? Noté que no estaba bien, pero a pesar de la insistencia, no me quiso decir nada."

"El capitán Grassi...", empiezo, callándome apresuradamente.

"Puedes decir, conozco a Grassi desde hace demasiado tiempo para sorprenderme."

"Grassi la humilló en la evaluación. Ella no aguantó y desistió. Quiso hacer lo mismo conmigo. Pero, que no se engañe, ¡yo no soy fácil de quebrar! Puede que quiera que me vaya, puede que no quiera mujeres en su bendito Programa y menos aún periodistas, u otros seres inferiores que no son médicos, ¡pero tendrá que ser él quien me eche!" Nunca había hablado con nadie sobre esto, y definitivamente hoy no es un buen día.

"Lo sé. Qué bueno que no es él quien manda en el Programa."

Ella se inclina hacia mí y, sin preámbulos o explicaciones, me besa. La impetuosidad del gesto no me da tiempo para dejar el vaso que rueda por el suelo, afortunadamente vacío. La lengua presiona mis labios entreabiertos, pasando por el espacio entre ellos para perderse en el interior de mi boca. El beso mezcla el sabor del vino con su propio gusto, el sabor a Jacqueline. Mi cuerpo se relaja completamente, los músculos se destensan, el cerebro deja de saltar entre pensamientos y por instantes todo lo que existe es su cuerpo sobre el mío, apoyados entre los cojines del sofá. Me acaricia la mejilla y tira suavemente de mi cabello rosa jugando con él. Se yergue lo suficiente para cubrir de besos mi rostro, siento su toque en el mentón, en los párpados, en la frente, en todas partes. Son besos tiernos, deliciosos, son besos románticos. Me besa el cuello, al mismo tiempo que intenta desabrochar los botones de mi camisa, a pesar de la dificultad impuesta por el suéter que está encima. Cuando apoya la boca en mi oreja mordiéndola, no consigo contener un gemido.

Ella se endereza y se posiciona sentada a mi lado, obsequiándome con una sonrisa que incluye cada uno de los músculos de su rostro. Cómo cambia cuando sonrío así. "Ven, allí estaremos más cómodas", dice sin dejar de sonreír, apuntando con la barbilla hacia la cama.

No necesito incentivos, me pongo de pie, y antes incluso de que ella se levante empiezo a desnudarme, primero el suéter, después la camisa, los pantalones, no me voy a acostar vestida. Me detengo un instante y la miro. No se movió, está sentada en el exacto mismo sitio y no desvía la mirada ni un milímetro. La sensación me excita mucho más de lo que podría anticipar. Quería ir hacia ella, besarla, desnudarla, pero no hago ni una cosa ni otra. Continúo desvestiéndome, ahora más lentamente, sin dejar de mirarla. Cuando me quito las medias paso la mano por las piernas, subiendo hasta el muslo, al mismo tiempo que fijo los ojos buscando ver el efecto en ella. Tiene el rostro ruborizado, y las manos firmemente posadas en las piernas.

"¿Te gusta?", pregunto provocándola aún más.

"No pares. Ahora que comenzaste ve hasta el final."

No tengo cómo huir, al final fui yo quien lanzó el desafío. Me desnudo completamente, hasta

quedarme solo con las bragas. Podría haber elegido mejor, pienso, constatando que tengo unas bragas de algodón negras que suelo usar debajo de la ropa de entrenamiento. Me acerco a ella, y dejo el vientre justo frente a ella, sin levantarse y sin decir nada más, pasa los brazos alrededor de mi cuerpo, y desliza las manos por mis nalgas. Apoya la frente soportando el peso de la cabeza, y aprovechando para besarme. Siento el contacto de la saliva caliente en mi piel, y las rodillas flaquear. Las manos avanzan hacia los muslos, pasan entre ellos, y me tocan tirando de mí cada vez más cerca. No sé exactamente qué pretende, pero dentro de muy poco voy a perderme en sus manos.

"Jacqueline, ¿no querías ir a la cama?", pregunto, intentando distraer mis sentidos, sin conseguir alejarme.

"No", es todo lo que me responde.

Sentada frente a mí, con las rodillas en el espacio entre mis piernas, las separa ligeramente, lo que hace que yo también tenga que separarlas. Inmediatamente sus manos intensifican el contacto. Una de ellas está apoyada sobre mi trasero tirando de mí cerca, mientras la otra se detiene a jugar con la tela de las bragas.

Siento las rodillas doblarse y los músculos de las piernas temblar, cada vez tengo más dificultad para quedarme de pie. "Para, por favor."

"¿O qué?", pregunta haciendo exactamente lo contrario.

"O entonces no voy a aguantar", susurro, sintiendo la respiración cada vez más acelerada.

"No aguantes."

"Para por favor, Jacqueline." Palabras sin sentido, abandono el control y dejo que mi cuerpo oscile hacia adelante y hacia atrás acompañando los movimientos de sus dedos, ahora profundamente dentro de mí. Me agarro a sus hombros y siento su boca contra el pecho.

"No pares. Eres tú quien está marcando el ritmo. ¿Te das cuenta? Eres tú quien lo está pidiendo." Su voz suena más ronca de lo habitual.

Dejo las rodillas flexionar y me siento sobre sus piernas manteniendo el espacio suficiente para que sus manos puedan proseguir el movimiento. El toque es muy intenso, la siento en todo el cuerpo, en lo más profundo de mí, la siento en mi alma. Inclino la cabeza, me agarro con ambas manos y la dejo hacer exactamente lo que quiere, exactamente lo que necesito. En este momento siento que no necesito controlar nada, mostrar nada y me abandono al placer más intenso que alguna vez sentí, sin vergüenza de demostrarlo.

Cuando por fin ella me toma en sus brazos, algo en mí cambió. Necesito sentirla, necesito ver su cuerpo, oír su placer. La tiro hacia arriba y la obligo a levantarse.

"Desnúdate, por favor", digo.

Aunque se ponga de pie, Jacqueline no esboza ninguna intención de hacer lo que le estoy pidiendo. Vuelvo a tomarla en mis brazos, y poco a poco, desabrocho la camisa, el botón y el cierre del pantalón. "Ven", insisto dándole la mano y tirando de ella hacia la cama.

Ella se deshace de la ropa, manteniendo las bragas y el sujetador, y se acuesta, volviendo a tirarme hacia sí en un beso lleno de deseo.

"¿No fue suficiente?", me pregunta cuando se aleja unos centímetros. Sin esperar la respuesta me besa en la boca, y antes de que yo tenga tiempo de darme cuenta de lo que está pasando, desliza los labios por mi cuerpo hasta enfocar toda la atención en el espacio entre mis piernas. Un único toque de su lengua es suficiente para llevarme hasta el fin, en una sucesión de espasmos que nada podría contener.

Nos quedamos lado a lado sin decir nada. Hay tantas preguntas que quisiera hacer y sin embargo no consigo pronunciar una única palabra. Me siento incapaz, incapaz de hablar, incapaz de

mover un solo músculo. La sensación de éxtasis perdura de una forma que nunca había experimentado. Es bueno estar aquí, demasiado bueno. A mi lado, Jacqueline respira de forma regular. Creo que se durmió. Es todo tan nuevo, tan irreal, y dentro de poco vamos a estar juntas, uniformadas, y la magia desaparece.

Capítulo 21

Lunes 4 noviembre

Jacqueline

Despierto aturdida sin tener noción inmediata de dónde estoy. Veo las luces reflejadas en la ventana, está oscuro afuera. Miro el reloj, cinco y cuarenta. Estiro el brazo sobre la cama, solo para constatar lo que ya anticipo, se fue. Mejor así. No sabría qué decir.

Me levanto, estiro las piernas y me pongo el albornoz que está a los pies de la cama. Tiene su olor, constato, apoyando la nariz en la tela e inspirando profundamente. Tal vez en otro contexto, en otro momento, podría ser diferente.

Me siento en el sofá, sin abrir la luz, y me concentro en la ventana. Poco a poco el movimiento de la calle aumenta, no tarda en amanecer. Tengo hambre. Llamo al servicio de habitación y encargo el desayuno. Son exactamente las seis cuando golpean suavemente la puerta para dejar sobre la mesa un plato de huevos revueltos, pan, croissants y dos vasos de café con leche. El joven simpático, con cara de sueño, profiere de forma automática, antes de salir "Buen provecho, y un óptimo día para ustedes".

Afortunadamente, Grassi hizo unos cambios y hoy y mañana no tengo clases, ni hospital, porque ya había cancelado los turnos. Podría volver a casa, pero la perspectiva de estar con Olga no me anima. El olor de los huevos se hace presente, aumentando mi apetito. Me levanto, agarro el teléfono que había dejado en la mesita de noche, y vuelvo a sentarme, empezando a saborear. Pasan unos buenos cinco minutos antes de hacer lo que iba a hacer, abrir los emails. Mensajes del hospital y uno más sobre la fiesta del próximo fin de semana, nada especial. En la esquina de la pantalla un sobre, indica que hay mensajes nuevos. ¿Será Elizabeth? Deberíamos hablar.

"Jack, me gustaría encontrarme contigo mañana. Creo que hay mucha cosa que quedó por decir." Solo ella y mi madre me tratan por Jack. La simple idea de volver a estar con Anna hace que mi corazón se dispare. Claro que hay mucha cosa para decir, y mucha cosa que nunca va a ser dicha porque el tiempo borra la urgencia de las palabras. ¿Mañana? Mañana es hoy, reflexiono confirmando la hora de envío del mensaje. Podría quedar con ella en mi apartamento, es mejor que no, nunca llevé a nadie allá, es un espacio seguro, solo mío. Considero llamarla, miro el reloj, es demasiado temprano. Deslizo el dedo hacia abajo para ver los otros mensajes, uno de Carol pidiendo que le telefonee y uno más de Anna "Ven a cenar a casa. 20:30. Sabes el camino."

§

Toco el timbre puntualmente a las ocho y treinta. Ella abre y me saluda con dos besos en la cara, extendiendo la mano para recibir la botella de vino que le entrego. Hoy me parece menos extraño estar aquí. El otro día no conseguía parar de mirar alrededor buscando señales, buscando a su mujer, a su hijo. ¿Seguirá gustándole las mismas cosas? Qué disparate, más de treinta años después a nadie le gusta las mismas cosas. La casa es bonita, pero un tanto despojada, parece un apartamento de hotel. Paredes blancas con fotografías de paisajes en blanco y negro, una mesa y una estantería de madera clara, y un sofá que ocupa la mayor parte de la sala. La cocina es diminuta, pero extraordinariamente ordenada.

"¿Quieres ver el resto?", pregunta percibiendo que estoy contemplando el espacio.

"Disculpa. No, no es necesario, estaba viendo si descubría de dónde son las fotografías.", miento.

"¿ ¿Todavía tomas fotos?"

"A veces. Poco. Cuando estuve en Estados Unidos tuve clases, fotografié con algunos de los mejores. Es extraordinario."

Continuamos ambas de pie en medio de la sala. "Ven, deja la chaqueta ahí en cualquier lado. Ven conmigo a la cocina, estoy terminando nuestra cena", dice tirando de mi brazo.

Abre la puerta del horno, y deja que se esparza un aroma divino. Me pasa la botella de vino, el sacacorchos y las copas. Y, sin ser necesarias explicaciones, hago lo que se supone.

"Un brindis", declara, alzando la copa, "Por las segundas oportunidades."

"Por las segundas oportunidades.", repito, sin saber exactamente a qué se refiere ella.

Hasta sentarnos a la mesa, la conversación fluye sobre temas tan banales como mundanos, llevándonos rápidamente a una segunda copa de vino. "Espero que te guste. Hace varios años que dejé de comer carne. Es una mezcla de champiñones y vegetales, sobre una cama de patata gratinada.", dice antes de poner el primer bocado en la boca.

"Parece bueno, y huele maravillosamente", respondo, poniendo también yo una generosa cantidad de comida en la boca. ¿Dejó de comer carne? ¿Aquella que decía que podía comer bistecs en todas las comidas, hoy es vegetariana? Hay realmente mucha cosa que no sé.

"¿Está bueno? El otro día, me harté de hablar, pero tú casi no dijiste nada. Es tu vez."

"Está genial", afirmo sin mentir, "Pregunta. ¿Qué quieres saber? Dame un poco más de vino y te cuento todo", termino, extendiéndole la copa y haciéndola reír.

"Me preguntaste si me había enamorado en Bruselas."

"Y tú dijiste que no."

"¿Y tú? ¿Te enamoraste?"

"¡No!", exclamo de forma automática. Anna vuelve a sonreír, y a hacerme recordar los tiempos en que una sonrisa exactamente igual era suficiente para dar inicio a un torrente de besos y quién sabe qué más. La memoria de los tiempos con ella, me trae sensaciones intensas, pasión, besos, muchas noches de sexo, el mejor de siempre. Y sin embargo, vistas las cosas con la crudeza de la distancia, no tuvimos tantas noches de sexo. Éramos chicas, viviendo en casa de los padres. Fuimos a acampar en unas vacaciones de Pascua, y esos quince días fueron los mejores de mi vida, descubriendo el amor y el placer de una forma que solo la pasión hace posible.

"¿No?" repite en tono de interrogación. "¿Y Francesca?"

"Pareces mi madre."

"¿Tu madre conoce a Francesca?" Su rostro refleja la admiración que siente y me provoca una carcajada.

"No. Pero, dice que yo tenía la 'mirada de enamorada' cuando estuve en Milán. Y como me oyó hablar de Francesca, asoció. Si de verdad quieres saber, recién el otro día me dijo eso, y dijo más, dijo que solo había visto esa mirada dos veces, una cuando estuve en Milán y otra cuando estaba contigo."

"¿Estás segura de que estás hablando de tu madre? ¿Ella te dijo eso? ¿El otro día?" Anna paró de comer y me mira.

"Mi madre, a veces, tiene momentos de una lucidez extrema, y dice cosas que nunca pensé oír. Pero basta. No quiero hablar sobre ella. Basta cuánto interfirió en nuestras vidas. Enferma, vieja, lúcida o menos lúcida la quiero tan lejos como sea posible.", concluyo irritada por estar pensando y hablando de mi madre. Bebo un sorbo de vino y vuelvo a llenar las copas. "Tal vez haya estado enamorada de Francesca, tal vez todavía lo esté, pero es diferente, ¡es 'Francesca'!"

"No sé si entiendo, pero creo que tampoco quiero entender", afirma poniendo otro bocado en la boca.

"¿Fuiste inmune a Francesca?", no resisto preguntar.

"No.", es la única palabra que profiere, antes de volver a insistir, "¿Y Olga?"

"Olga es cómoda. Animada, alegre, siempre en fiestas, muchos amigos, buena comida y mucho

vino."

"Parece la descripción de un programa de vacaciones", dice con ironía, sacudiendo la cabeza.

"¿Y tu mujer?"

"No es animada, ni alegre. ¡Es física! Le gusta estar sola. Dos o tres amigos, y conversaciones interminables sobre asuntos, por lo menos extraños."

"Parece una carta de rechazo", devuelvo con el mismo sarcasmo.

"Yo quería tener hijos y no quería estar sola. Francesca nos presentó en el momento justo. Lucas es fantástico y ella es una madre fabulosa, eso no hay cómo negarlo. ¿Café?", cuestiona, levantándose para recoger los platos.

Voy detrás de ella hacia la cocina, quedándome apoyada en la encimera mientras ella hace los cafés. "No nos salió particularmente bien esta historia de amores", constato, "Tú mejor, por lo menos tienes a Lucas".

"Nos estamos divorciando.", responde, extendiéndome la taza, mientras deposita una cucharada de azúcar y un chorrito de leche en la suya.

"¿En serio?"

"Lucas va a cumplir 16 años, yo estoy bien, es tiempo de que cada una siga su camino. Él se va a quedar viviendo con ella, se llevan bien y él no quiere irse de Bruselas."

"¿Y tú? ¿No dijiste que estabas aquí solo por unos meses?", me instalo en el sofá, y equilibrando la taza sobre las rodillas, sin dejar de pensar qué quiere decir con "yo estoy bien".

"Mi plan es volver a Milán, pero quién sabe..." En el camino de la cocina a la sala Anna se detiene para cambiar la música que se oye. Retira la taza vacía que tengo en el regazo y se sienta a mi lado, dejando que nuestras rodillas se toquen.

"¿Te acuerdas?", pregunta cuando se oye nuestra canción.

Siento su olor, el calor de la piel de su rostro junto al mío, y casi instantáneamente el toque de sus labios. No hay cómo evitarlo. Paso los brazos a su alrededor y la tiro hacia mí, tomándola en un beso profundo, en un reencuentro de sabores y emociones. Siento su lengua en el interior de mi boca y la atrapo entre los labios. Ella se suelta y muerde los míos. La canción que estaba sonando dio lugar a otra también nuestra vieja compañera, es como si hubiéramos sido transportadas en el tiempo. Paso las manos sobre su suéter y lo tiro hacia arriba, haciendo lo mismo con la camiseta que tiene debajo. La cubro de besos, deslizo las manos sobre su cuerpo y dejo que se retuerza, mientras murmura palabras sueltas junto a mi oreja. Interrumpiendo mi dominio, me besa con ímpetu, entrelaza los dedos en los míos y sujeta mis manos. Ambas desnudas de la cintura para arriba, solo cubiertas por los sujetadores, nos miramos como reconociendo un sitio que solía ser nuestro.

"¿Quieres conocer el resto de la casa?", dice extendiéndome la mano, con una sonrisa llena de segundas intenciones.

El cuarto es igual al resto de la casa, simple y de buen gusto. Una cama en el centro, mesitas de noche, un televisor, y nada más. Esta vez ninguna de las dos vacila, nos desnudamos y nos acostamos lado a lado. Me estremezco con la diferencia de temperatura provocada por el contacto con las sábanas. Ella lo nota y tira del edredón hacia arriba, al mismo tiempo que apoya su cuerpo al mío diciendo "Así calientas más rápido." Pasa el pie desnudo sobre mis piernas, "¿Te acuerdas?" Sus manos vuelven a acariciarme recorriendo mis hombros, los brazos y el pecho. Pasa dos dedos por debajo de la tela del sujetador y aprieta ligeramente mi pezón, para luego doblarse y dar un beso en el mismo sitio.

Me desvío repentinamente, alejándome un poco. No es momento para vacilar, no es momento para reflexionar, y sin embargo, la imagen de Elizabeth anoche en la cama del hotel, insiste en

hacerse presente, al punto de que ya no la consigo ignorar.

"¿Qué pasó? ¿Estás bien?", pregunta Anna, a quien no le pasó desapercibido mi movimiento.

"Claro, ¿cómo podría no estarlo?" Antes de darle tiempo para más preguntas me doy vuelta de forma a quedar encima, le agarro ambas muñecas con las manos como si fueran pulseras "Podría atarte aquí", afirmo en tono de broma.

"No sería la primera vez", me devuelve.

Le suelto los brazos y dejo que mis dedos se deslicen a lo largo de su piel. Le desabrocho el sujetador y lo tiro hacia el lado, probablemente al piso. Cómo me gustaba quedarme mirándola, desnuda, acostada en el piso de nuestra tienda. "Eres hermosa", susurro, pasando un dedo alrededor de cada uno de los pezones. Noto la presencia de una línea de cicatriz debajo del pezón izquierdo, pero no digo nada.

Cierro los ojos y me dejo llevar entregada al placer que estoy sintiendo. La imagen del cabello rubio de Elizabeth vuelve a cruzar mi mente, el sonido de su placer, el grito no contenido del orgasmo que no consiguió evitar, todo aquí al mismo tiempo es demasiado para poder continuar. Tomo cariñosamente la mano de Anna y subo las bragas. "Creo que estamos yendo demasiado rápido." Inmediatamente ella me mira buscando una explicación. "Disculpa, me dejé llevar. Es difícil contenerse."

"¿Por qué tienes que contener algo? No entiendo."

"Disculpa. Yo quiero, tú sabes que quiero, pero tenemos que ir más despacio." No es eso, yo sé, pero ¿qué otra explicación le puedo dar?

Ella vuelve a abrazarme, agarra mi cabello entre los dedos y me besa en un leve toque de labios, "Tenemos todo el tiempo."

Capítulo 22

Sábado 9 noviembre

Elizabeth

Entramos en la sala lado a lado, después de haberme negado firmemente a entrar de la mano. Todo tiene un límite. Rafael está en su ambiente, de traje negro sobre un suéter también negro, con el cabello peinado hacia atrás, parece aún más un galán de cine. Después de pasar días convenciéndome de traer un vestido, no tuvo otra opción que aceptar que viniese con un traje de pantalón beis y chaqueta cruzada, que deja presumir no tener nada debajo, aunque no sea verdad. En el corto camino hasta el bar, son varias las personas que se dirigen a nosotros. No conozco a ninguna, pero él distribuye saludos y sonrisas.

"¡Hijo!" Doy un salto hacia atrás, asustada con la voz a mis espaldas. Un hombre mayor se dirige a Rafael acogiéndolo en sus brazos.

"Papá", retorna, reforzando lo obvio.

Entonces este es el poderoso doctor Pérez, ahora que miro mejor me acuerdo de haberlo visto ya.

"¿No vas a presentarnos?", pregunta, fijando la mirada en mí, más propiamente en mi escote.

"Claro papá, es Elizabeth. Ya te había hablado de ella.", Rafael aprovecha el momento y pasa el brazo alrededor de mi cintura.

Cuando me saluda, el padre de Rafael no se cohíbe en dejar la mano sobre mi espalda, tocándome ligeramente sobre las nalgas. Qué asco, pienso, cerrando los ojos con fuerza para aguantar y no salir corriendo inmediatamente de aquí para afuera. Cuando, un instante después, los reabro me encuentro con la mirada de Jacqueline. Está de pie del otro lado de la sala, acompañada por Grassi y por un hombre que nunca vi, pero que la trata con bastante intimidad. Me aparto hacia el lado, liberándome no solo del saludo del padre de Rafael sino del brazo de este último. "Necesito una bebida", digo.

No pareciendo tener nada más que hacer, ni nadie más con quien hablar, el padre de Rafael continúa haciendo preguntas. Rafael va respondiendo como si todo tuviera sentido, como si estuviéramos, de hecho, hablando de nuestra vida, de nuestra relación. De la nada, me da un beso tan inesperado como previsible. Su padre nos mira y sonríe, inmediatamente desvío la mirada al fondo de la sala, Jacqueline no sonríe, pero nos encara directamente.

"Hace cuanto tiempo, no te veía", suena a mi lado una voz masculina, que se dirige al padre de Rafael.

"¿Cómo estás? ¿Cuántos años!" responde, saludando al hombre con un abrazo. Abre espacio para que el amigo se acerque, "Rafael, mi hijo, ¿te acuerdas de él?"

"Claro, tiene la misma cara que tenía de niño.", afirma el otro obsequiando también a Rafael con un abrazo.

"La novia, la linda Elizabeth.", continúa, poniendo la mano sobre mi hombro.

"Linda, sin duda.", comenta extendiéndome la mano. "Luiza, ven aquí. ¡Mira a quién me encontré!"

Antes de darme vuelta y encontrarme con ella, consigo anticipar lo que va a pasar, el mundo es demasiado pequeño, las coincidencias existen, y hoy definitivamente no es mi noche.

Durante la cena todo transcurre con mayor normalidad, nos sentamos junto a Camila, a Mia y a otros colegas del programa y, afortunadamente, bien lejos del padre de Rafael, de Grassi y de Jacqueline. A pesar de agradecer la distancia, no consigo dejar de mirarla, por el rabillo del ojo, intentando controlar cada movimiento. ¿Quién será el hombre que está con ella? ¿Será casada? Nunca hablamos sobre eso, es más nunca hablamos sobre nada, pero siempre asumí que no.

"Ahora que estamos solos", dice Camila riendo, girando la cabeza de un lado a otro, "¿quieren

explicarme qué historia es esta de andar por ahí agarraditos como dos palomitas? ¿Qué rayos está pasando?"

Sin responder Rafael encoge los hombros y me besa. No correspondo, pero tampoco lo aparto. Una vez más Jacqueline está mirando, y por cierto su padre también. Me doy cuenta de que comenta algo que hace que Grassi suelte una carcajada y levante la copa en el aire en nuestra dirección.

Después de la cena los grupos vuelven a dividirse y a distribuirse por la sala. Rafael insiste en que bailemos. "Está yendo bien", me dice junto al oído, moviéndose lentamente al ritmo de la música.

"Si tú lo dices", llevo una mano a la frente para apartar el mechón de costumbre y sigo el ritmo de la balada que se oye.

"Mi padre, te adora. Jacqueline está en alza. Hasta Grassi parece divertido."

"¿Quién es el hombre que está con ella?", pregunto no conteniendo la curiosidad.

"Nunca lo vi, tal vez sea el marido", responde de forma descomprometida. "¿No sabías que ella está casada?"

"No, no lo sabía, pero eso tampoco interesa. No tengo nada que ver con su vida. Que se exploten. Estoy harta de este Programa." Me detengo de forma súbita, me doy la vuelta, y avanzo hacia el jardín. A excepción de tres personas que fuman, el espacio está desierto, probablemente fruto del frío que se siente.

"Ven adentro, te va a hacer mal." Rafael pone el brazo sobre mis hombros, lo que atenúa un poco el hielo. "Vamos a beber algo más fuerte." Me da la mano y me encamina hacia la zona del bar.

Pedimos dos cafés y dos gins. El café me ayuda a calentar, y el primer sorbo de gin hace el resto. Ya me siento mejor.

"Tú eres una de las mejores de este Programa."

"¿Qué estás diciendo? ¿Bebiste demasiado, fue?", pregunto entrecerrando los ojos. Su semblante está espantosamente serio, por momentos parece una persona de confianza, alguien con quien se puede hablar.

"Tú eres genial. Tienes todo lo que el Programa busca. Consigo imaginarte en misiones, incluso en las condiciones más extremas. Haciendo fotografía, reportaje, y hasta, hasta... A veces parece que también eres médica."

"Y lo soy", respondo sin contenerme, tapando la boca con la mano.

"¿Lo eres? ¿Eres médica?" Su aire incrédulo me hace dar una carcajada.

"Al final no estás tan bien informado como piensas.", ganando tiempo para pensar cómo salir de la situación.

"Mentiste en la postulación", profiere, poniendo la copa vacía de vuelta encima de la barra.

"No mentí, solo omití."

"Había un proceso de postulación para médicos y otro para periodistas, no se supone que postules como periodista y seas médica."

"No decía en ningún lado que estaba prohibido", replico.

"Ganaste ventaja con eso."

"Tal vez, ¿y qué? Quieren los mejores, ¿no?"

"Wow, no te conocía este lado. Recuérdame nunca invitarte a jugar fútbol", ironiza, no dejándome percibir cuán inocente es el comentario.

"¿Y tú? ¿Qué escondes?"

"Nada, soy tan transparente como el gin que tienes en la copa", profiere solemnemente, soltando una carcajada al mirar el líquido rosa, fruto del agua tónica que el barman depositó en mi copa.

Esta vez río también. "¿No me vas a decir el porqué de todos estos disparates? Primero la prueba, ahora esto, tienes que estar escondiendo algo."

Somos interrumpidos por la llegada de su padre, acompañado por Grassi, por Jacqueline y por el hombre que está con ella.

"Rafael, ¿qué estás escondiendo?", le pregunta el padre, que atrapa en el aire mis últimas palabras. "Con una mujer como esta tienes que portarte en condiciones", una vez más un coro de carcajadas, al cual Jacqueline responde con una sonrisa amarilla. "Se conocen todos, ¿cierto?" El padre de Rafael actúa como si fuera el anfitrión y nadie lo contradice.

El único en reaccionar es Rafael, que se dirige al hombre que está al lado de Jacqueline, "Creo que no fuimos presentados, Rafael Pérez", dice extendiéndole la mano.

"Tu padre ya había hecho los honores", responde, apretándole la mano "Antonio, marido de Jacqueline."

Mi corazón da un salto, y por un instante veo todo dando vueltas. No puedo desmayarme, no ahora, no aquí.

"¿Estás bien Elizabeth?", pregunta Grassi, sujetándome el brazo y poniendo los dedos sobre mi pulso en un gesto automático "Te pusiste pálida, de repente."

"No, no es nada. Debo haber bebido un poco de más." Me levanto y corro hasta el baño. Felizmente no hay nadie. Cierro la puerta detrás de mí, y vomito, sintiendo espasmos violentos cada vez que el líquido sale a borbotones por mi boca. Me limpio los labios con un poco de papel, y me siento en el piso, con las piernas dobladas, comprimiendo las rodillas contra el pecho. Siento un sabor amargo, la nariz goteando y los ojos ardiendo, pero nada de eso me incomoda tanto como el aprieto que siento en el pecho. Respiro profundamente una y otra vez, expirando lentamente, en el intento de recuperar algún control. Cuando finalmente abro la puerta, Mia está esperándome, apoyada en el lavabo.

"¿Estás bien? La doctora Brun me mandó a buscarte, dice que te sentiste mal.", viene junto a mí y me toma de la mano en un gesto cariñoso.

"Debe haber sido el gin. Ya estoy mejor. Déjame lavarme la cara y volvemos allá afuera", paso a los hechos mis palabras.

Mia no parece tener prisa en volver, "¿Tenías idea de que ella estaba casada?" Dándose cuenta de mi sorpresa, me explica en pocas palabras cómo su madre y Jacqueline se conocían, culminando con: "Me cuesta creer, después de todo lo que oí a mi mamá decir, que Jacqueline esté casada con un hombre."

"¿Qué quieres decir con eso?"

"Que siempre asumí que era lesbiana. Pero hoy anda por ahí con el marido, no consigo dejar de pensar que hay algo que no encaja."

"Por lo que estás diciendo tu mamá la conoció hace más de quince años, mucha cosa puede haber cambiado, no sabes", afirmo evitando pensar demasiado en su comentario.

Volvemos junto a Rafael que se sentó con Grassi, Jacqueline y Antonio, Camila y dos médicos más que están en el Programa. Giro la cabeza alrededor de la sala buscando a su padre, pero no lo vislumbro. Rafael me dirige una sonrisa, separa la silla a su lado para que me siente, y pone la mano sobre la mía, encima de la mesa. No sé por qué están todos casi en silencio, ni por qué miran hacia el escenario por ahora vacío. Como respondiendo a mis dudas, las luces disminuyen, y el padre de Rafael surge dirigiéndose hacia el micrófono, al son de una ovación.

"¡Gracias! Gracias a toda la organización, no solo por el día de hoy, sino por el magnífico Programa que está llevando a cabo. En representación de todos los que apoyan el Programa me corresponde decir algunas palabras. Voy a ser breve e intentar no aburriros.", hace una pausa

teatral, mientras un foco de luz atraviesa la sala ahora en la oscuridad, iluminando a su vez cada una de las mesas. En el instante en que la nuestra queda iluminada puedo ver los ojos de Jacqueline posados en la mano de Rafael sobre la mía.

"Todos saben lo difícil que fue reunir condiciones para poder llevar a cabo este Programa, que, por primera vez, une esfuerzos militares y civiles. Vamos a tener el Centro de Trauma Complejo más diferenciado de Europa. Como saben nuestra misión es tratar situaciones de trauma de alto impacto, sobre todo relacionados con accidentes y con el deporte de alta competición. Además del Centro aquí en Barcelona, vamos a tener equipos que actuarán en escenarios extremos, donde sea necesario."

Durante un lapso de tiempo dejo de oírlo, en la sala el silencio es profundo, como si nadie siquiera osara respirar. Dijo equipos en plural, ¿será un error? Por lo que yo sé solo se iba a constituir un equipo de élite, y solo para misiones en el espacio europeo. Era lo que estaba escrito en la información inicial y lo que recuerdo haber oído a Grassi proferir en nuestro primer día.

"¿Estás bien?", me pregunta Rafael junto al oído, apretando levemente mi mano.

Asiento con la cabeza y vuelvo a enfocarme en el discurso.

"Los resultados que nos fueron transmitidos relativos a este primer mes de trabajo son fantásticos. Parece que la elección de los candidatos fue acertada y tenemos dificultad en decidir quién quedará al final. Mi papel en este proyecto no es estar con ustedes, ni integrar el equipo clínico, por mucho que me gustara, ya no tengo edad para eso. Pero la edad ayuda en otro tipo de misiones, y es con enorme orgullo que hoy anuncio que conseguimos apoyos que nos permitirán extender las fronteras de nuestras misiones por todo el mundo, y financiar el Centro durante al menos cinco años."

Incluso antes de que él profiera las últimas palabras, el aplauso se vuelve audible, expandiéndose progresivamente a toda la sala y haciendo que muchos se levanten de las sillas para una ovación de pie.

"Fue difícil, no lo voy a negar, y tuvimos que aceptar diversas condiciones, pero lo logramos. Hoy tengo el honor de compartir con ustedes algunos de los nombres que posibilitan que estemos aquí." El padre de Rafael hace una pausa y en la pantalla detrás de él pasan nombres de empresas, de personas y algunas fotografías. Reconozco a un senador republicano del ala más conservadora del partido, en Estados Unidos, algunas compañías farmacéuticas, una empresa promotora de deporte de alta competición de los Emiratos, y una empresa italiana de tecnología. En medio de imágenes de tantos hombres, me llama la atención la fotografía de una mujer. Poco a poco me voy cuestionando sobre el significado de todo esto. ¿Será que Rafael ya lo sabía?

Capítulo 23

Sábado 9 noviembre/ Domingo 10 noviembre

Jacqueline

Ver la imagen de Francesca en medio de los mecenas es, como mínimo, inesperado. Hablamos muchas veces sobre este Programa y en realidad fue ella quien me convenció de que debía aceptar la propuesta, ¿cómo es que nunca me dijo nada? Trago en seco, pero no doy muestras de mi incomodidad. Al final, a eso se resume la noche "incomodidad".

Cuando el padre de Rafael vuelve a nuestra mesa está visiblemente entusiasmado, además de parecer ya haber bebido más de lo que sería prudente. "¡Estamos en la cima! ¡Los mejores de entre los mejores!", exclama elevando en el aire su copa de champán. "Tuvimos que hacer concesiones, es cierto, pero no nos vamos a poder quejar de falta de financiamiento."

"¿Qué concesiones exactamente?", no consigo evitar preguntar, aunque sepa que era mejor haberme quedado callada.

"Querida doctora Brun, muchos aún prefieren ver hombres en estas posiciones, ya sabe cómo es. Misiones, locales riesgosos, decisiones difíciles, tiene que concordar que los hombres son mejores en esas cosas."

Voy a responder, pero solo trago en seco una vez más.

"No, no me interprete mal, no estoy diciendo que no hay lugar para todos, solo que tenemos que ser estratégicos en nuestras opciones."

"¿Cuántos equipos de élite, al final?", se entromete Grassi.

"Por lo menos dos, uno para Europa y Medio Oriente, y otro para América. Quién sabe en el futuro."

Aguanto algunos minutos más antes de despedirme alegando compromisos mañana temprano.

"¿Quieres que te deje en el apartamento?", me pregunta Antonio, sin mencionar nada de lo que pasó allá adentro.

"Creo que voy contigo. Le dije a Olga que no iba, pero después de esta noche me va a hacer bien. Mañana, quiero decir más tarde", enmiendo, mirando el reloj que marca ya casi las tres de la mañana, "Regreso en tren."

Hacemos el viaje en silencio. Antonio me deja en la puerta, yo le agradezco y me quedo viendo el carro avanzar hasta que las luces desaparecen al final de la calle. Atravieso el portón, en esta época del año Ben duerme en la cocina, mejor así si no iba a despertar a todo el mundo. Giro la llave en la cerradura y entro en la sala. Como era de esperar las luces están apagadas. Olga ya debe estar durmiendo, aunque hayan venido a cenar, ya deben haberse ido hace horas, medito, notando que hay platos encima del lavaplatos.

Me detengo en la cocina para beber agua, y subo la escalera de dos en dos. A medida que me acerco a la puerta del cuarto oigo voces en sordina, un ruido que deduzco sea del televisor. Es siempre la misma cosa, se duerme y deja el televisor prendido toda la noche. Abro la puerta, el espacio está iluminado por la pantalla donde los personajes se embarcan en lo que parece ser una discusión profunda. Antes de apagar miro hacia la cama. El corazón casi se me sale por la boca, doy un salto, apoyándome en la cómoda para no caer y me quedo apoyada en la pared, no consiguiendo emitir ningún sonido. Acostados en la cama, semi descubiertos, Olga y Carl duermen profundamente. Respiro una y otra vez hasta recuperar la lucidez. Me dan ganas de gritar, huir, golpearlos, y todo lo que hago es dar media vuelta, cerrando despacio la puerta detrás de mí, dejando el televisor prendido dentro del cuarto.

Me siento en el sofá de la sala, sin saber qué hacer o adónde ir. Ni siquiera tengo carro, medito, sacudiendo la cabeza con fuerza, para luego esconder la cara entre las manos, apoyando los

codos en las rodillas. No consigo llorar. Son las cuatro y veinte, hoy es domingo, el primer tren es recién a las nueve. Agarro uno de los abrigos más calientes que estaba guardado en el armario aquí abajo, cambio los zapatos por unos tenis y vuelvo a salir. Camino sin destino por las calles desiertas del barrio durante más de dos horas. Faltan quince para las siete cuando me detengo frente a la casa de mi madre. La luz en la ventana de la cocina denota que ya hay movimiento. Seguramente van a encontrar extraño, pero de verdad necesito un café. Sin alternativa y probablemente nublada por la noche pasada en vela atravieso el jardín y golpeo la puerta de madera con los nudillos.

Oigo pasos y luego enseguida una de las señoras que cuida a mi madre abre la puerta, sin disimular su sorpresa. "¿Está todo bien, doctora? ¿Pasó algo? Entre, parece helada, tiene los labios morados. Siéntese aquí en la cocina y beba un café, acabo de hacer para su madre."

Hago exactamente lo que me dice, sin preocuparme en responder a sus preguntas, en realidad, ella tampoco parece preocupada en obtener respuestas. Mi madre está sentada en la cocina, con una taza de café y una tostada. "Buenos días", profiere, mirándome como si fuera lo más normal que yo esté aquí a esta hora. "Siéntate y come. Estás pálida. ¿Estás enferma? ¿Sabes si tu padre ya despertó?"

Es bueno olvidarnos de la realidad, y creer que todo es como antes, pero no lo es. "Estoy bien. Nada que un café con leche no resuelva", respondo haciendo como si no hubiera oído el resto.

De forma hábil la señora que me abrió la puerta se retira, bajo el pretexto de aprovechar mi presencia para ir a bañarse.

"No necesitas quedarte con esa cara, yo sé que tu padre ya murió, pero me gusta pensar que aún está con nosotros."

Respiro hondo, cada vez la conversación me parece más extraña. "Estuve con Anna", digo sin contexto.

"¿Y por qué no tienes aquel brillo en los ojos?" A pesar de la rareza de la pregunta, no deja de tener su razón.

"El tiempo pasó. Hubo momentos en que todo me parecía igual, y otros en que sentía que estaba con una extraña. No conseguí. No conseguí sentir."

"¿Fue el tiempo, o esa otra chica de la que me hablaste? ¿Puedes darme más café?", continúa en el mismo tono, extendiéndome la taza.

Es desconcertante. "¿Quién, Elizabeth? No, no tiene nada que ver. No veía a Anna hace más de treinta años, las personas cambian y los sentimientos también."

"Hay una historia que nunca te conté. Cuando tenías seis años, yo me enamoré perdidamente de un amigo nuestro. Él estaba casado, yo también. No tenía dudas de que era el amor de mi vida, y puedo decir que él sentía lo mismo. Estuvimos juntos algunas veces, hasta que tu padre descubrió y le contó a la mujer de él. Yo no me separé de tu padre, ni él de su mujer. Dejamos de vernos, y seguimos la vida. Años más tarde él se divorció, pero no me buscó. Cuando tu padre murió, yo tampoco lo busqué. Pasaron más de treinta años, antes de que volviéramos a encontrarnos. Conversamos, nos besamos, dormimos juntos, pero la magia había desaparecido. La realidad nunca está a la altura de las memorias, menos aún de memorias que cultivamos durante tanto tiempo. No hay cómo recuperar, no hay cómo volver atrás, en el mejor de los casos puedes volver a enamorarte de esa nueva persona que al final acabas de conocer, pero es todo."

Oigo a mi madre hablar como si se tratara de un sueño del que no quiero despertar. Su mirada intensa, sus manos alrededor de la taza, la profundidad de cada palabra, todo tiene su toque de irreal, y al mismo tiempo es como si contara mi propia historia, como si revelara el capítulo final de un libro que aún no leí.

"Creo que ya te enamoraste y todavía no te diste cuenta. Ahora por favor ¿puedes ir allá adentro a ver si tu padre aún va a tardar mucho? El café se va a enfriar, y sabes cómo le gusta bien caliente."

Empujo la silla hacia atrás y hago lo que me pide. En el pasillo encuentro a la señora, que claramente está aquí haciendo tiempo para no interrumpirnos. "Gracias. Creo que me tengo que ir", digo simplemente, no sin darle un abrazo antes de salir.

En la calle el movimiento aumentó considerablemente, miro el reloj, ocho y media, tengo que apresurarme si quiero tomar el tren.

Me duermo así que me recuesto en el asiento y despierto justo a tiempo de salir en mi estación. Llego al apartamento exhausta, pero inexplicablemente calma. Me acuesto vestida encima de la cama, cierro los ojos y pienso en la fiesta, en las palabras del padre de Rafael, en la fotografía de Francesca, en Carl acostado en mi cama, en mi madre, en Elizabeth besando a Rafael, en la cara de ella cuando Antonio se presentó como mi marido, y no dejo de sonreír. Cuando despierto el Sol ya brilla con poca intensidad. Me muero de hambre. Agarro el teléfono, aun antes de levantarme, tengo que llamar a Francesca, pero, antes de tener tiempo de llamar, surge un mensaje "¿Cómo estuvo la fiesta? ¿Está bien, Jack?"

Empiezo a escribir una respuesta, pero desisto y la llamo "¿Quieres salir a comer algo?", pregunto así que Anna contesta.

"Buenas tardes para ti también. ¿Estás despertando o es impresión mía?"

"Más o menos. Me duele la cabeza."

"Suele pasar cuando se bebe de más", responde riendo. "Ven hasta acá, yo te preparo algo para comer y te doy un analgésico."

Después de un sándwich, un té caliente y una pastilla, me siento mucho mejor. Quiero compartir con ella mis últimas veinticuatro horas, pero ni sé por dónde empezar. De forma sucinta le describo la fiesta, omitiendo todo lo que tiene que ver con Elizabeth y enfocando el tema en los mecenas y en Francesca, a quien al final aún no llamé.

"No entiendo la sorpresa. Eres demasiado ingenua.", es el comentario ante mis palabras.

"¿Cómo así? ¿Qué quieres decir? ¿Tú conoces el Programa? ¿Sabes de algo que yo no sé?"

"Tal vez. Pero lo que yo sé, o dejo de saber no es relevante. ¿Por qué tú formas parte del Programa?"

La pregunta me agarra desprevenida, "Porque me invitaron."

"Cierto. Pero ¿quién te invitó? ¿Y por qué?"

"Grassi.", intento reconstituir lo que pasó en aquella época. Fue hace más o menos seis meses. Cuando volví de Nueva York me quedé trabajando en el Hospital Central y, pensándolo bien, no estaba haciendo nada relevante en esta área. "No sé por qué. Ya no nos veíamos hacía años. Tal vez supo de mi trabajo en Nueva York. No sé, nunca le pregunté. Él me invitó, me explicó el proyecto y yo pensé que era perfecto. No tengo expectativas de quedar en las misiones de élite, pero tal vez me ofrezcan un lugar en el nuevo Centro. Si no, vale por la experiencia."

Anna continúa mirándome sin decir nada.

"¿Crees que fue Francesca? Yo hablé con ella sobre esto, pero no pensé que supiera de nada", me cuestiono más para mí misma que para ella.

"No sé, puede ser. Tal vez ella pensó que no estabas bien en el Central. ¿Por qué no le preguntas?"

"No voy a aceptar un lugar ganado por lobby", afirmo perentoriamente sacudiendo la cabeza.

"Eso es bueno para ese Rafael y para su familia, no para mí."

"Aunque no aceptes, te arriesgas a ser preterida, por otro lobby, piensa en eso."

Estoy demasiado cansada para poder continuar esta conversación. Mañana llamo a Francesca, tengo que entender qué está pasando. "Cambiano completamente de tema, todavía no te conté una cosa importante, Olga está con Carl.", disparo.

"¿Cómo así, 'está con Carl'? ¿Quién es Carl?", se endereza en el sofá, y se gira de frente hacia mí, cruzando las piernas sobre el asiento.

"Un colega de ella, un profesor allá de la escuela. Ayer acabé volviendo de aventón con Antonio. Cuando llegué a casa, de madrugada, entré al cuarto y ellos estaban allá, abrazados durmiendo en mi cama. ¿Te alcanza para definir 'estar' o necesitas más?"

Anna se acerca a mí, y extiende la manta que tiene encima del regazo, sobre nuestras rodillas.

"Mejor así, vuelve todo más claro. ¿Hablaste con ella? ¿Qué vas a hacer?"

"No. Entré y salí y ellos no me vieron. Voy a divorciarme de un matrimonio que nunca existió, al menos en el papel. Ahora vamos a quedar las dos divorciadas", digo riendo, abrazándola.

El rostro de ella pegado al mío, la fragancia de su perfume, las manos en su cabello, es lo suficiente para ser invadida por una ola de deseo. Tal vez mi madre tenga razón, tal vez yo me pueda enamorar otra vez. La beso y ella corresponde, una y otra vez. Paso los dedos sobre su camisa, pero, en un gesto delicado ella agarra mi mano, no permitiéndome continuar.

"Despacio, sin prisa, tú misma lo dijiste. Hoy es día de beber té, conversar, cenar en pijama y tal vez una película más tarde. ¿Entendido?"

"Entendido", respondo dándole un beso en los labios.

"¿Puedo hacerte una pregunta? Respondes solo si quieres."

"Claro", ¿qué será lo que viene?

"Durante todos estos años ¿te entregaste verdaderamente a alguien?", habla pausadamente y sujeta mi mano, no permitiendo que me aleje.

Inesperado, es todo lo que consigo pensar. Podría mentir, al final estuve con muchas mujeres, estoy casada con Olga, "No, creo que no. Es decir, hubo un momento, en Milán."

"Francesca consigue lo que nadie más se atreve." Cada vez me convengo más de que Anna conoce a Francesca tal vez incluso mejor que yo. "¿Y Olga?"

"Olga no tiene nada que ver, ya te dije, un matrimonio de conveniencia, y ahora va a ser un divorcio lleno de inconveniencias", suelto una carcajada y esta vez me aparto hacia el lado agarrando un cojín que aprieto contra mí. "¿Y tú? ¿Y tu mujer?"

"Tuvimos momentos. Nuestra vida no fue fácil, otro día te cuento."

Capítulo 24

Lunes 11 de noviembre

Elizabeth

"Ayer no atendiste el teléfono en todo el día", Rafael se sienta a mi lado e inmediatamente coloca su mano sobre mi pierna.

"¿Quieres parar?", le digo, lanzándole una mirada furiosa y apartando su mano. "La fiesta se acabó, tu padre no está aquí, puedes parar."

"No quiero parar. Me gusta ser tu novio", vuelve a poner la mano en el mismo sitio y suelta una carcajada, inclina la cabeza y me da un beso en el cuello.

Debajo de la silla siento una patada de Mia, que está sentada al otro lado. Frente a nosotros, inmóvil y en silencio, está Jacqueline.

"Si ya terminaron, podemos empezar", el tono es cortante, pero nada que se compare con la mirada que me alcanza. "Hoy la sesión es ligera, ejercicios de confianza y soporte vital básico para aquellos que no son médicos. Divídanse en parejas. Tú, Meyer, puedes quedarte con Pérez, creo que les va a gustar."

No entiendo qué quiere decir, pero no me atrevo a cuestionar. Nos dispersamos por la sala y comenzamos con ejercicios simples, parecidos a los muchos que hice en danza, simetría, espejos, coordinación. Los juegos nos ocupan durante más de una hora. Ella tenía razón, la sesión es ligera y poco a poco me voy relajando.

"Último ejercicio, Mia y Camila, pueden acercarse al frente", por primera vez desde que empezamos, Jacqueline no ejemplifica el ejercicio y en su lugar le pide a Mia que lo haga. Ya hice esto cientos de veces, un paso al frente, manos al lado del cuerpo, ojos cerrados, y nos dejamos caer hacia atrás, sabiendo que nuestra pareja está ahí para sostenernos. Asumo mi posición, miro por encima del hombro confirmando el lugar de Rafael, y cuando escucho mi nombre, me dejo caer. En el último momento doblo la pierna izquierda y doy un paso atrás.

"Meyer, no es así. Pies juntos y caída. ¿No confías en él?", Jacqueline avanza hasta cerca de mí, demasiado cerca. Mi corazón se acelera al mismo tiempo que inhalo, lo que me hace sentir aún más el aroma de su perfume.

"Claro", vuelvo a la posición y lo intento otra vez. Una, otra, y otra más, intento más de diez veces, sin nunca lograr dejarme caer. A nuestro alrededor se formó un círculo con todos los demás, alentados por los comentarios jocosos de Jacqueline, lo que hace la situación cada vez más difícil. Poco a poco, Rafael, que intentaba relajarme, también está furioso.

"Pérez, parece que Meyer no confía en ti. Es un punto negativo para ambos. Imaginen, si estamos en una situación crítica, no puede haber dudas, pasos en falso. Quien está con nosotros puede y va a salvarnos la vida cuando sea necesario, y tenemos que confiarle la nuestra. Lo que ustedes mostraron es que son un equipo condenado al fracaso, pueden ser técnicamente fantásticos, pero no tienen confianza. Yo personalmente no querría estar con ninguno de los dos en terreno. Vamos a cambiar." Jacqueline llama a un colega para hacer pareja conmigo y pone a Rafael con Camila. Son ellos quienes comienzan y ella se deja caer una y otra vez, invierten los lugares y también él se lanza hacia atrás con los ojos cerrados sin la mínima vacilación.

"Otra pareja para Pérez, por favor". Uno a uno, los otros miembros del grupo alternan de posición con Rafael atajando su caída y dejándose caer en sus brazos.

"Parece que trabajar con Pérez es seguro. Ahora tú, Meyer, ¿es sólo con él que tienes problemas de confianza?". Me mira y se encoge de hombros, en un gesto que no sé cómo descifrar. Está enojada y ni siquiera hace un esfuerzo por no demostrarlo, pero ¿por qué?

Vuelvo a la misma posición, y esta vez ni siquiera miro por encima del hombro. Cierro los ojos y

finjo que estoy en el club y que es Kate quien está detrás de mí, pero en el último momento vuelvo a abortar la caída dando un paso atrás.

"Suficiente. Meyer, no puedo darte una nota positiva. Avanzamos al SVB. Vas a hacer el ejercicio con Pérez, él hace de víctima y tú maniobras de reanimación. Al lado tienes un simulador para hacer las compresiones, pero la primera parte hasta que coloques las manos en posición, la haces con Pérez. ¿Leíste el manual?"

"Claro, doctora Brun", respondo como si estuviera en la escuela.

Rafael se acuesta en el piso inmóvil en su papel de víctima. Me arrodillo a su lado, verificando la respiración y el pulso. Respetando el ejercicio grito lo más alto que puedo "¡Ayuda! ¡Ayuda! Necesito ayuda, no respira y no tiene pulso." Hasta aquí sé que seguí exactamente las reglas del manual. Me doblo sobre él, y coloco las manos sobre su pecho, sin obviamente hacer compresiones.

"Las manos no están en el lugar correcto. Tal vez sea mejor que expongas el tórax y veas lo que estás haciendo." Jacqueline camina de un lado al otro a nuestro alrededor, poniéndome cada vez más nerviosa, si es que eso aún es posible.

Yo ya hice varios cursos de soporte vital básico e incluso uno de soporte avanzado, y sé que en una situación de calle no se suele desvestir a la víctima, pero también sé que quien manda aquí es ella. Abro la bata y desabrocho los botones de la camisa de Rafael, volviendo a colocar las manos, ahora directamente sobre la piel.

"¿Cuántas compresiones?"

"Treinta".

"¿Y después?"

"Respiración".

"Entonces hazlo."

¿Cómo que lo haga? Cambio de posición y coloco la boca a unos centímetros de la suya, como si fuera a hacer el movimiento sin ejecutarlo. Detrás de mí, Jacqueline coloca la mano sobre mi cabeza obligándome a descender y con eso pegar la boca a la de Rafael.

"Dije que hicieras el ejercicio, no que fingieras. Después de tantos besos en la fiesta, ¿tienes prurito en hacer un ejercicio de respiración?" Se aleja de nosotros, mientras un murmullo se esparce por la sala.

Como si nada extraordinario hubiera pasado, Jacqueline orienta el resto de los ejercicios, alternando entre role-play, con algunas bocas pegadas, y entrenamiento de compresión torácica en el simulador.

Salgo de la sala en cuanto la oigo decir que la sesión terminó, pero me quedo parada en el pasillo a pocos metros de la puerta. Jacqueline sale con Mia unos minutos después, trayendo el maniquí de simulación. Cuando pasan frente a mí doy un paso adelante, "¿Puedo hablar con usted, doctora Brun?"

"Mia, por favor, guarda el maniquí." Asintiendo con la cabeza Mia continúa su camino, dejándonos a solas. "¿Qué quieres, Meyer?"

"Tenemos que hablar."

"No, no tenemos. No hay nada que decir."

"Yo no salgo con Rafael."

"No tengo nada que ver con eso. Sal con quien quieras. Besa a quien quieras, pero si quieres llegar al final de este Programa vas a tener que hacerlo mejor, mucho mejor." Me mira, pero soy incapaz de decir algo. "Si ya terminamos, tengo mucho que hacer." Me quedo aquí parada en medio del pasillo viéndola alejarse, hasta que pasa la puerta del fondo.

"Nunca te vi así, por favor, dime qué pasó", en cuclillas frente a mí, Gloria intenta en vano calmarme. Cuando llegué a casa me senté en el sofá sin siquiera quitarme el abrigo y me quedé aquí, sin noción del tiempo, hasta que ella entró. "Cálmate, agarra el vaso, bebe un poco", toma mi mano con la suya y me obliga a sostener el vaso. Me doy cuenta de que estoy temblando por la simple dificultad en beber el agua. Poco a poco, trago sorbo a sorbo, modificando con eso la cadencia de la respiración.

"¡No aguanto más! ¡Para mí es suficiente!", exclamo casi a los gritos.

"¿Qué pasó? ¿Estás hablando del Programa? ¿De Kate?" Gloria me ayuda a enderezarme, quita la almohada a la que estoy agarrada y me quita literalmente el abrigo.

"No volví a ver a Kate, ni quiero", respondo.

"Entonces, si no es ella, es el Programa. ¿Qué hizo Rafael esta vez?"

"Ojalá fuera eso."

"¿Jacqueline?", intenta adivinar.

"Me humilló. ¿Sabes lo que es ser literalmente burlada frente a todos?", en breves palabras algo inconexas, pero suficientes, le cuento lo que pasó.

"No lo creo, ¿te empujó contra él? ¿Se besaron?"

"No exactamente, respiración boca a boca no es un beso, pero no tenía por qué ser así. Ella estaba enojada, y ni siquiera entiendo por qué. No tenía derecho. No lo tenía", vuelven a caerme lágrimas por la cara, más de furia que de tristeza.

"No voy a volver, nunca más."

"No es el momento para que tomes esa decisión. Ven, vamos a cenar. Si mañana por la mañana todavía quieres desistir, entonces no seré yo quien te convenza de lo contrario."

Pizzas son siempre la comida de estas ocasiones. Gloria prepara jugos de naranja en vasos altos, y pone dos generosas rebanadas de pizza de pepperoni frente a mí. No tenía hambre, pensaba incluso que sería incapaz de comer lo que fuera, pero en cuanto miro el plato, siento agua en la boca.

"Comer es un buen remedio", bromeo después de servirme otra rebanada. "Me siento mejor."

"¿Fue sólo Jacqueline?", insiste mirándome, intentando interpretar alguna señal.

"Me acordé de todo lo que pasó con mi madre. Primero la furia, los gritos y las amenazas, después las constantes humillaciones, todo era motivo para cuestionarme. En realidad yo no quise salir de casa, no tuve otra alternativa."

"Pasó tanto tiempo, deberías intentar hablar con ella."

"¿Y decir qué? ¿Que Kate me dejó, que ya no bailo, y que por ahora ni siquiera tengo trabajo? Bonita conversación." Perdí el hambre, aparto el plato a un lado, y voy al refrigerador a buscar una cerveza.

"No deberías beber", afirma sin gran convicción, levantándose también de la mesa. "Si vas a desistir del Programa tienes que tener un plan. ¿La propuesta de la revista todavía se mantiene?"

"Creo que no, pasó tanto tiempo, yo nunca llegué a rechazar formalmente, fui postergando y dejaron de presionar, deben haber encontrado otra solución."

Me acuesto exhausta, pero no logro dormir, siempre que cierro los ojos escucho a Jacqueline a los gritos en mi cabeza. No consigo dejar de pensar que se puso así por haberme visto con Rafael en la fiesta. Pero ella estaba con su marido. No tiene sentido. Nada de esto tiene sentido.

El celular vibra en la mesa de noche, me siento en la cama y enciendo la luz. Un mensaje de Luiza "¿Dónde te metiste ayer? ¿Por qué no estabas en el club? Me quedé esperándote."

"Dejé de bailar", escribo, y enseguida complemento "Me gustó conocer a tu marido."

"A él también le gustó conocerte."

Qué rayos, qué quiere decir esto, ¿está bromeando conmigo? ¡Hoy no! "¿Estás bromeando? ¿Te parece gracioso?"

"Ni en sueños. ¿Cuándo nos vemos? Si ya no bailas, no necesito ir al club, mejor así. ¿En el hotel, el próximo sábado?" No respondo y llega otro mensaje "Rafael es un encanto, felicitaciones."

Luiza y su marido, Jacqueline y su marido, yo y Rafael, todo parece una locura, o soy yo la que está fuera de mí, como solía decir mi madre. Hace tiempo que no escucho a nadie repetir esa expresión.

Agarro el teléfono y llamo a casa.

"¿Papá?"

"¿Beth? ¿Pasó algo?"

"Está todo bien. Necesitaba oír tu voz."

"No llamas hace casi un año, ¿y hoy a las once de la noche quieres oír mi voz? ¿Estás bien? ¿Pasó algo?"

No sé qué decir, empiezo a arrepentirme de haber llamado. Sin pensar declaro "Quería hablar con mamá."

"¿Quieres hablar con mamá?" Mi padre va haciendo las preguntas cada vez en un tono más incrédulo. Lo entiendo, esta llamada mía no debe tener ningún sentido.

"Beth, no sé qué pasó, pero estoy seguro de que algo pasó. Tu madre no está aquí, está de pasantía. Pero si realmente quieres hablar con ella, tal vez sea mejor que vengas a casa, después de todos estos años no es una conversación para tener por teléfono, no si va en serio. También te digo, si esto es sólo una cosa del momento, unas copas de más, entonces por favor no la busques."

"¿Ella está bien?"

"Tan bien como lo ha estado en los últimos años."

Capítulo 25

Miércoles 13 de noviembre

Jacqueline

Pasan de las ocho y media y Elizabeth sigue sin aparecer, no puedo esperar más, reflexiono irritada mientras agoto lo que puedo hacer antes de empezar los entrenamientos de simulación. Los grupos están completos, a excepción de Mia que no tiene pareja.

Estamos en la sala central del centro de simulación, sentados en círculo. Ya expliqué, en detalle, cada uno de los ejercicios, intentando ocupar el tiempo. Veo sus miradas curiosas, a nuestro alrededor varias salas permanecen con las puertas cerradas, cada una de ellas con una hoja pegada con sólo un código QR.

"Ok, no vamos a perder más tiempo, pueden avanzar a sus escenarios. Cuando lleguen a su puerta lean el código con el celular, lean la información que les va a aparecer, entren en la sala y actúen lo mejor posible. Dentro de media hora van a oír una alarma y, no importa lo que estén haciendo, lo sueltan todo y vuelven aquí. ¿Alguna duda?"

Se levantan como movidos por resortes y nadie dice nada, a excepción de Mia que permanece sentada. Después de que todos los demás entran en las salas, ella se sienta en la silla a mi lado, "Elizabeth no está retrasada, dejó el Programa."

"¿Cómo que dejó el Programa?", indago, levantando el tono de voz. "¿Pasó algo con Grassi?"

"Que yo sepa no. Ella estuvo aquí ayer, a la hora del almuerzo, habló primero con Rafael y después conmigo. Estaba rara, parecía enferma, muy pálida, creo que incluso más delgada. No quiso decirme por qué no iba a continuar, y por más que insistí no dio ninguna explicación razonable, fue diciendo cosas sueltas, en realidad con muy poco sentido. Que estaba cansada, que necesitaba volver a tener trabajo y ganar dinero, que nunca iba a conseguir ser seleccionada, en fin, no entendí. Claro que la razón tiene que ser otra." Mia habla sin parar, y durante unos minutos no intervengo. ¿Cómo es que Elizabeth salió del Programa sin hablar conmigo?

"Mia, espera, déjame intentar entender qué pasa. Elige la sala que quieras y quédate como observadora. Ya vuelvo." Sin pensarlo dos veces camino por el largo pasillo, atravesando hacia el lado del hospital militar, hasta el despacho de Grassi. Golpeo dos veces, y sin esperar la invitación, abro la puerta.

"Jacqueline, qué sorpresa", dice, apagando apresuradamente lo que sea que estaba viendo en la computadora, antes de levantarse en mi dirección. "¿Pasó algo en la simulación? Iba a estar con ustedes en un rato"

"No. Está todo bien, están haciendo el primer ejercicio. ¿Qué pasó con Elizabeth Meyer?", pregunto sin rodeos.

"Desistió. Ayer bien temprano vino a verme y dijo que quería desistir. No me sorprende, no tenía capacidad para esto. Desde el primer día pensé que no iba a lograrlo, tú sabes lo que yo pienso de esta historia de tener que admitir periodistas. No tienen madera, no están preparados, peor aún cuando son chicas, cualquier cosa las impresiona."

Doy la espalda y salgo sin molestarme en responderle.

"Jacqueline, espera. ¿A dónde vas? ¿Estás bien?" Grassi salió al pasillo, pero afortunadamente no viene tras de mí. A paso largo me alejo sin dejar de sentirme intimidada por el número de personas con uniformes militares a mi alrededor.

Reingreso exactamente en el momento en que suena la alarma que da por terminado el ejercicio. Me siento en la misma silla donde estaba anteriormente y cruzo la pierna. En pocos segundos todos vuelven a sus lugares, a excepción del grupo de Rafael y Camila, que por lo que entiendo, ahora también incluye a Mia, que sólo se unen a nosotros casi cinco minutos después de la señal.

Permanezco callada hasta que se sientan y nadie osa decir absolutamente nada.

"¿No saben cumplir órdenes?"

"Disculpe Jacqueline, estábamos..."

No dejo que Rafael concluya, "Doctora Brun siempre que estemos aquí. Y no tenían que estar haciendo nada. Suena la alarma y ustedes vienen a sus lugares, es una orden simple. Tan simple que cualquier niño entendería. Si no logran siquiera cumplir esto, no están en condiciones de estar aquí."

"Doctora Brun", interviene Mia delicadamente, "La culpa fue mía, yo entré tarde en la sala y ellos estaban intentando explicarme lo que habían hecho al inicio del ejercicio, fue sólo eso."

"¿Sólo eso?", vocifera. "Me gustaría saber si estuviera aquí el capitán Grassi, si Pérez iba a desobedecer una orden. De lo que veo ustedes no tienen condiciones para estar aquí, mucho menos para aspirar a entrar en misiones. ¿Quién estaba coordinando el grupo?", pregunto sabiendo perfectamente quién era.

"Yo. Era yo, doctora Brun", responde Rafael poniéndose de pie.

"Entonces si eras tú, puedes salir, por hoy estás dispensado. Camila, haz pareja con Mia. Pueden avanzar al siguiente escenario, hacemos la discusión de ambos cuando terminen."

Quedamos sólo yo y Rafael frente a frente, cada uno en su silla.

"¿Está bien, doctora Brun? ¿Puedo ayudar en algo?", pregunta cínicamente.

"En realidad puedes, puedes desaparecer de mi vista."

Ya es media tarde cuando doy por terminada la sesión. Por sus caras percibo lo exhaustos que están, y lo hambrientos que deben estar. Me quedo sentada aquí. No voy a poder tragar nada, tal vez sopa, considero. Ante esa hipótesis decido ir al bar, no quiero cruzarme con ellos en la cantina. Curioso, reflexiono mientras camino, Grassi finalmente no apareció, tanto mejor. Sentada en la barra voy poniendo las cucharadas metódicamente en la boca una tras otra, sin darme cuenta de lo que estoy comiendo. Sostengo el celular y le escribo un mensaje a Carol, hace varios días que no hablo con ella. ¿Cómo estarán yendo los ensayos, y más importante, cómo estará sobreviviendo a los suegros?

Así que envío el texto, ella me llama, "¡Hola! Ni imaginas, esto aquí es una locura. Una locura buena, es decir. Pero antes de eso, ¿cómo estás?"

"Hace cuánto tiempo que no oía esa voz", respondo riendo, "Asumo que va bien."

"Más que bien, soberbio. No sé cómo pude estar lejos tanto tiempo. Y la nueva bailarina, es fantástica. Qué bueno que se unió a nosotros. Imagina, no bailaba en una compañía hace años."

"Genial, qué bueno que va bien", constato, más para interrumpirla, de forma que pueda al menos respirar. "¿Y Amy? ¿Y tus suegros?"

"También genial, se entienden de maravilla, ellos la ocupan y ella no les da un minuto de sosiego. Todos ganan."

"Ya veo", confirmo sin entusiasmo.

"Thomas está otra vez afuera. Llega justo para Navidad y no estará aquí en mi estreno."

"No pareces triste." El teléfono da señal de un mensaje, y luego de otro.

"Ni tengo tiempo para pensar en eso. ¿Y tú, hiciste las paces con Olga?"

Carol no tiene idea de lo que pasó, pero tampoco es ahora que se lo voy a contar. Además de Anna no se lo conté a nadie. Hablé con Olga por teléfono muy rápidamente e hice de cuenta que no había pasado nada, por ahora necesito que sea así. La señal de mensaje me dejó ansiosa, ¿será ella? Con dos o tres frases más termino la conversación con Carol, prometiendo ir a su casa el fin de semana.

"Jack, ¿quieres cenar hoy?", "Me gustaría conocer tu apartamento."

Cenar con Anna es una buena idea, pienso, no asumiendo la decepción que siento de que no sea Elizabeth. ¿Cómo podría? Ella ni siquiera tiene mi número.

Anna toca el timbre a la hora acordada. Pedí comida de un restaurante tailandés, puse la mesa en la cocina y abrí una botella de una reserva de Prosecco di Valdobbiadene.

"¿Queriendo recordar Milán?", pregunta con un levantar de cejas cuando lleva la copa a la boca.

"Tal vez queriendo nuevos recuerdos italianos", respondo riendo, inclinándome sobre la mesa, y pegando mis labios a los suyos, "Tu sabor mezclado con el vino."

"Tienes mala cara, ¿pasó algo?"

"Nada importante, cosas del Programa", afirmo cambiando inmediatamente de tema, "¿Sabes que eres la primera persona que invito a este apartamento?"

"¿En serio? Un lugar perfecto para una noche de placer, y tú nunca trajiste a nadie aquí."

"A nadie mismo, ni a Olga. Claro que ella ya vino, no es eso, pero nunca nos quedamos a dormir aquí." Siempre consideré este como mi último refugio, sólo mío, sin otros olores, otras memorias, un espacio totalmente seguro, totalmente controlado.

"Disculpa haber sugerido venir aquí, no sabía".

"No tienes por qué disculparte. Yo quiero estar contigo aquí."

Terminamos de cenar y pasamos a la sala. Nos sentamos en la alfombra, disponiendo varios almohadones a nuestro alrededor, las copas de vino en el piso, y una música elegida para recordar.

"Tienes buena memoria", afirma Anna acercándose más y apoyando la cabeza en mis piernas.

"¿Debo deducir que tienes otras intenciones?"

"¿No crees en coincidencias verdad? Escuchamos esto casi todas las noches durante las vacaciones en que fuimos a acampar, ¿te acuerdas?"

"No podría olvidarlo."

Recostadas, Anna se mueve para poder mirarme de frente, sonrío y me da un beso. "Nunca me preguntaste cómo nació Lucas."

"Dijiste que habías ido a Milán, que Francesca te presentó a tu mujer, no sé, no se me ocurrió", digo casi como pidiendo disculpas.

Ella suelta una pequeña carcajada y sacude la cabeza desviando el cabello que le cae sobre los ojos. "Francesca salvó mi vida. Acepté trabajar en Milán y la conocí poco después en una fiesta."

"Las fiestas de Francesca".

"¡Exactamente! Tú sabes. Conversamos esa noche y varias otras que siguieron. Poco a poco nos hicimos amigas."

"¿Amigas?"

"De todas las palabras que podría usar para describir lo que somos, o lo que fuimos, esa es la más importante", responde riendo, encogiéndose de hombros. "Francesca sabía que yo quería mucho tener un hijo, pero no podía embarazarme. Gill estaba embarazada, y sola. Nos presentó y el resto, el resto fue el destino. Anduvo bien, muy bien incluso, pero ahora llegó a su fin."

"No sé qué decirte".

"No digas nada."

Miro su pecho y paso el dedo sobre la fina cicatriz que se vislumbra, "¿Estás bien?"

"Según los médicos, curada."

"¿Por qué no me contaste antes?"

"Porque ibas a mirarme diferente. Yo quería volver a estar contigo, pero quería tener la seguridad de que no lo harías por las razones equivocadas."

Capítulo 26

Jueves 14 de noviembre

Elizabeth

No sé por qué acepté venir. Miro el reloj, pasaron cinco minutos desde la última vez. Contemplo la calle a través del vidrio, y finalmente veo a Camila, a paso apresurado.

"Disculpa, ¿todo bien? Hace un frío afuera", habla atropelladamente mientras se quita el abrigo y la bufanda y se instala frente a mí, pidiendo un chocolate caliente y un croissant.

"No pasa nada", miento, "No tengo nada que hacer realmente."

"No puedes desistir del Programa", comienza yendo directo al grano. "No tiene sentido. Ellos son brutos con todos, así es como funciona, no puedes dejar que eso te afecte, no es nada personal."

"Tal vez, pero para mí es personal, y sobrepasó aquello con lo que puedo lidiar. La decisión está tomada, no vale la pena que intentes convencerme de lo contrario", pido también otro café y caliento las manos alrededor de la taza, como siempre hago. Me gusta más el calor de la taza que el propio café.

"No voy a intentar convencerte, sólo quería entender. ¿Qué pasó? ¿Fue el capitán Grassi? ¿Fue Rafael? No puedes hacerle caso, él es así", Camila se apoya hacia atrás en la silla y se quita los guantes para poder agarrar el croissant, enseguida le da un enorme mordisco que le impide hablar, "Estoy hambrienta, aún no almorcé", profiere cuando logra tragar.

"Ya sé, 'es así, pero es un genio en el quirófano'. No alcanza, alguien tiene que decirle que crezca, que respete a los demás."

Después de devorar el croissant y beber la mitad del chocolate, logra continuar "A Rafa le gustas y te respeta. Él me dijo que intentó llamarte mil veces, pero no atiendes."

"¿Qué más te dijo? ¿Que me chantajeó, que me acosó? ¿O que es muy amigo mío y todo no pasa de un intercambio de favores?"

"¿De qué estás hablando?", parece genuinamente sorprendida, "Pensé que habían empezado a salir, y que habían discutido. ¿No estaban juntos en la fiesta? Si no lo estaban, disimularon muy bien, toda la gente pensó que sí."

"Nunca estuvimos juntos y nunca lo estaremos. ¡Yo soy lesbiana! Y aunque no lo fuera, jamás andaría con un tipo como él." Una chica sentada dos mesas a nuestro lado gira la cabeza en mi dirección, y me doy cuenta de que estoy hablando demasiado alto. Escondo la cara entre las manos y respiro profundamente, antes de echar el cabello hacia atrás y volver a encarar a Camila.

"¿Entiendo cada vez menos, si no te gusta por qué estaban besándose en la fiesta? E incluso en las clases están siempre juntos, secreteándose. Creo que hasta la doctora Brun se alteró un poco con eso. O entonces..." Camila suspende la frase, como incómoda por el pensamiento que se le ocurre. No dice nada más y finge concentrarse en el chocolate que aún queda en el vaso.

"¿Tienes algo con ella?", pregunta abruptamente, mirándome fijamente.

Me atraganto con el café que tengo en la boca, de tal forma que tengo que levantarme y buscar un vaso de agua. Vuelvo a la mesa, y la mirada de Camila sigue clavada en mí. Ante mi silencio, prosigue, "Dentro del tipo 'no tiene ningún sentido', esa historia siempre podría tener más sentido. Dime, ¿saliste del Programa porque andas con ella?", entrecierra los ojos y frunce el ceño.

Abro la boca para responder, pero la cierro enseguida, interrumpida por la llegada de Rafael.

"¿Qué estás haciendo aquí?", pregunta Camila poniéndose de pie, sin ocultar su irritación.

"Tengo que hablar con ella", afirma perentoriamente tirando de una silla y sentándose como si

hubiera sido invitado.

"Cada vez estás más idiota. El error fue mío que te dije que había quedado en venir aquí. Ella no quiere hablar contigo, y en este momento yo tampoco. Vete, Rafael, ya ninguno de nosotros tiene edad ni paciencia para estos juegos tuyos", Camila vuelve a sentarse, pero no cambia el tono irritado.

Lo miro, por primera vez Rafael parece cansado. Está pálido, ojos hundidos de quien no duerme hace días, y un esbozo de sonrisa que no hace más que acentuar la profunda tristeza que tiene reflejada en el rostro. A pesar de los esfuerzos de Camila, él no parece dispuesto a irse.

Incapaz de quedarme callada acabo por pronunciar, "¿Para qué todo esto? Todo es genial, tienes todo lo que se puede querer, y aun así..."

"Disculpa el cliché, pero las apariencias engañan. No se sobrevive sin concesiones, aprendí eso incluso antes de aprender a hablar. A lo largo del tiempo me volví especialista."

"Sigo sin entender."

"No es fácil la convivencia con mi padre. Nunca lo fue, pero después que mi madre se fue empeoró." No sé de qué está hablando, pero no es el momento de preguntar. Por la expresión del rostro de Camila, que se suavizó, deduzco que ella conoce la historia.

"Yo tengo que conseguir salir de aquí, y la neuro es un mundo muy pequeño, si él se opone, no me aceptan en ninguna parte. La posibilidad de formar parte de la misión..."

El mozo nos interrumpe para preguntar si queremos algo más y Rafael aprovecha el momento para levantarse e ir al mostrador con el pretexto de ir a elegir.

"Me parece perfecto, él quiere estar en la misión, el padre manda en el Programa, y como extra él es excelente en lo que hace", afirmo mirando a Camila. "Empieza a irritarme la pose de víctima."

"No sé exactamente qué pasó, pero la madre se fue cuando él estaba en la facultad. Ya no se llevaba bien con el padre, pero en esa época empeoró mucho." Rafael vuelve rápidamente a sentarse, y Camila no agrega nada más. "Los voy a dejar", declara poniéndose de pie. "Creo que tienen que hablar y yo no hago falta en esta conversación."

Ni yo ni él intentamos detenerla. En realidad ahora soy yo quien quiere hablar con él y decirle unas cuantas cosas que tengo atoradas en la garganta. Por la pose, él está esperando eso mismo, y no me hago de rogar, "¿Qué necesidad tienes de amenazar con que vas a acusar a Jacqueline, qué ganas con eso? El Programa pierde, todos pierden", respiro hondo, "Lo que realmente creo, es que eres un niño mimado, acostumbrado a conseguir todo lo que quiere, y que no mira los medios para lograr los fines, no me vengas con esa historia de concesiones, nunca te vi ceder en nada. Arruinaste las oportunidades de Paul, hiciste que yo saliera..."

"Es más complicado de lo que crees."

"¿Y me lo vas a contar? ¿O esta conversación es pura pérdida de tiempo?"

"Necesito que vuelvas al Programa", la afirmación es solemne y da lugar a una pausa, esperando mi reacción.

"¿Y?", pregunto encogiéndome de hombros.

"Y, ya hablé con Grassi, está dispuesto a olvidar lo que pasó y a recibirme de vuelta." Rafael pone la mano en mi rodilla y me aparto de forma ostensiva cruzando la pierna en sentido contrario. Es impresionante el descaro de este tipo, "Estás loco, enloqueciste de vez. No voy a volver. Además ya encontré trabajo y voy a empezar la semana que viene", miento.

"Vas a tener que decir que no. Tómate esta semana y la próxima, descansa, y después vuelves. No tienes que hacer ni decir nada, yo me encargo de todo, sólo tienes que aparecer. Y ya que estamos, si puedes llega a tiempo", suelta una carcajada y se mete en la boca un bocado del pastel que mientras tanto trajeron a la mesa.

Sacudo el cabello y me paso la mano por la frente buscando un mínimo de serenidad que me permita seguir sentada aquí. Por más que me apetezca levantarme y correr hacia la puerta, hay algo en su tono que no me lo permite.

"Escucha, tú no me conoces. Estuvimos juntos unas cuantas semanas en este maldito Programa, tú eres genial, vas a conseguir lo que sea que tanto quieres y no me necesitas para nada de eso. Así que, por favor, déjame en paz, sigue tu vida y olvídame", las palabras son medidas cautelosamente y dichas en un tono exageradamente lento, como si él tuviera dificultad en comprender.

"Entiendo que estés molesta, y no puedo explicarte ahora mis razones, pero tampoco importa. Vuelves, haces el Programa hasta el final, y estoy seguro de que vas a tener un lugar en la misión o en el Centro, ¿no era eso lo que querías?"

Quería, quería más que nada, hace unos meses, pienso. Ahora, ahora todo es diferente, no sé lo que quiero, pero estoy segura de que no puedo volver a encarar a Jacqueline.

"No voy a volver", afirmo poniéndome de pie y vistiéndome la chaqueta de cuero que estaba sobre la silla.

Él me agarra del brazo, y me mira fríamente "Vas a estar ahí dentro de dos semanas, o vas a acabar haciendo que Jacqueline salga."

No entiendo lo que quiere decir, ¿es una constatación o una amenaza? "Escucha, yo no le hago ninguna falta al Programa, deja a Jacqueline en paz."

"Ella no puede abandonar el Programa o si no..."

"¿O si no qué? ¿Tu padre se enoja?", vuelvo a sentarme, tal vez lo mejor sea llevar esta conversación hasta el final, Rafael mira al piso y parece estar cediendo.

"O si no el Programa se acaba. Uno de los principales financiadores exige la presencia de Jacqueline. ¿Crees que ella habría sido invitada si no fuera por eso? Todo estaba bien, ella es discreta, siempre lo fue, hasta que tú te metiste en esto todo estaba bajo control."

"Te das cuenta de que lo que estás diciendo no tiene ningún sentido, ¿verdad? Voy a beber algo, puede ser que ayude, ¿quieres?" Él niega sacudiendo vehementemente la cabeza, y yo pido una cerveza.

"Es mejor que lo sepas, tal vez así, aceptes lo que te estoy pidiendo. Vas a salir ganando, ganando y mucho. Es simple, algunos de los financiadores no aceptarían nunca tener a alguien como Jacqueline en el Programa, de la misma forma que no aceptan ese tipo de candidatos, por eso tenemos que ser discretos. Claro que no podíamos preguntarle eso a las personas en el formulario de postulación, lo que hizo que tú y Paul fueran admitidos. Con él fue fácil, bastaron algunas conversaciones para entender dónde tenía más dificultad y listo, un examen bien hecho, fue todo lo necesario. En cuanto a ti las cosas fueron diferentes, tú eres buena, muy buena. Pedirte las respuestas, fingir que me habías dejado copiar era un arma pequeña que podía tener contra ti en caso de que fuera necesario. Después, me facilitaste la vida, bailabas en un club, mentiste en la postulación, parecía que me querías dar razones y argumentos para que te pudieran echar, sólo que ya era tarde, ella estaba enamorada de ti."

"¿Enamorada de mí? ¿Jacqueline?", suelto una carcajada, pero Rafael no me acompaña.

"Ayer, cuando se dio cuenta que habías desistido, se quedó completamente trastornada. Le gritó a todo el mundo, me descompuso, al punto de echarme de la sesión. Tengo casi la certeza de que se está preparando para dejar el Programa."

"Genial para todos, ¿no? Al final no quieren personas como nosotros", las palabras cortan el aire. A pesar del sarcasmo, no logro pronunciarlas sin sentirme agredida, humillada.

"No, parece que no estoy siendo lo suficientemente claro. Ya te dije, uno de los grandes

financiadores exige la presencia de Jacqueline. Si ella sale, el financiamiento es retirado, el Programa se acaba y el CTC también. ¿Entiendes? Tienes que volver. Yo doy un aviso mañana y tú estás de vuelta en dos semanas. Jacqueline continúa y todos salimos ganando." Hago una mueca y emito un sonido que no llega a ser una palabra, pero Rafael no me deja hablar "No digas que no. Yo puedo garantizarte un lugar en la misión de élite. Es eso lo que quieres, ¿no? Pues es eso lo que vas a tener."

"¿Por qué? ¿Por qué te sometes a esto?"

"También tengo garantizado mi lugar. Intercambio de favores entre amigos."

Capítulo 27

Viernes 15 de noviembre

Jacqueline

"¿Qué pasa? ¿Por qué me llamaste pidiendo no invitar a nadie a cenar? Ya tenía todo arreglado. Además, casi no hablaste conmigo en toda la semana, y ahora, esto. Estás rara, más rara de lo normal." Olga está de espaldas a mí, terminando algo que tiene sobre la placa de la cocina. Huele bien, pienso, volviendo a enfocarme, intentando no distraerme.

"¿Carl está bien?"

"¿A propósito de qué quieres saber de Carl? Está genial. Finalmente, todo resuelto con aquella chica de la escuela. ¿Sabes que tuvo que responder en un proceso? Afortunadamente nuestra abogada fue excelente, y quedó todo archivado. Es increíble de lo que estas chicas son capaces."

'Nuestra abogada', no dejo de constatar. Debe ser por eso que necesitaba dinero, así tiene sentido. "Qué bueno para él."

Nos sentamos a comer y durante la comida no hago más que responder con monosílabos permitiendo que ella se haga cargo de la conversación. Habla de la escuela, de Antonio, de proyectos para un viaje con un grupo de profesores, y claro, de Carl.

Sin poder contenerme más tiempo disparo, "Te vi con él".

"¿Con quién?", pregunta sin darle importancia.

"Con Carl. ¿Quieres contarme algo?"

"¿De qué estás hablando? ¡Hoy estás imposible! Creo que no es de hoy. Ese maldito Programa sólo empeoró las cosas, si no estás bien dilo de una vez, no vengas con esas conversaciones que nadie entiende, o al menos que yo no entiendo. Deja eso para tus amigas inteligentes, sabes que yo soy muy básica", suelta una carcajada estridente, se levanta y lleva los platos a la cocina. Es su forma de terminar una conversación que no le interesa. Si no me equivoco, va a volver con el postre, darme un beso y preguntarme si quiero café, todo con aire de esposa dedicada.

Reingresa en la sala con una torta en una mano y dos cafés en equilibrio en la otra. Pone los platos en la mesa, da la vuelta y me besa en los labios. "Es torta de naranja. Traje los cafés. ¿Quieres comer en el sofá?"

"¡Basta Olga! Para, por favor", digo a los gritos. La sorpresa surte efecto y ella se detiene, incluso antes de volver a sentarse. Me mira, y tengo la sensación de que por un instante se pone lívida, pero casi de inmediato recupera el color en el rostro, y se sienta.

"Yo los vi juntos. Volví a casa la noche de la fiesta, y los vi juntos en nuestra cama." Las palabras brotan sin que tenga tiempo de reflexionar sobre ellas. No son las más elocuentes, ni las que yo habría elegido si hubiera meditado, pero son la más pura verdad.

Sin responder, ella agarra la taza, revuelve el café y se lo bebe de una sola vez.

"¿Hace cuánto tiempo?", es lo que se me ocurre preguntar, como si eso tuviera alguna importancia.

"Poco. No es nada importante. ¿Me vas a decir que no has tenido tus aventuras?", la actitud me sorprende. Me levanto sin tocar el café y camino de un lado al otro, sin saber qué decir. "Puedes hacer de cuenta que no viste nada. Ya te dije, no es importante. Seguimos con nuestra vida como siempre hicimos. Vamos Jacqueline, no es la primera y no será la última", viene hasta cerca de mí y extiende los brazos.

Instintivamente estiro la mano contra su hombro no dejándola acercarse. "Creo que llegamos al final, Olga. No estamos bien, probablemente nunca lo estuvimos, es tiempo de que cada una siga su camino." Viéndolo bien, las palabras me salen con una tranquilidad que no refleja lo que siento, ¿en mi cama?

Ella vuelve a sentarse a la mesa, y se sirve una copa de vino. "Si crees que me vas a decir que me vaya de casa y continúe mi vida, estás muy equivocada", el tono se alteró y la expresión también. Creo que al final ella está más preparada para esta conversación de lo que yo podía anticipar.

"Yo tengo mis derechos."

"¿Qué derechos? No te dije que te fueras de casa."

"Pero ibas a decirlo, ¿o no?"

"Recuerdas que la casa es mía, ¿verdad? Podemos acordar un plazo, hasta que encuentres algo, no hay prisa."

"Hablé con la abogada, incluso sin estar legalmente casadas, vivimos juntas hace años, tengo mis derechos."

No puedo creer, ¿habló con la abogada, preparó esto, y yo caí como una pata? "¡Sólo puedes estar bromeando! Fui yo quien compró la casa, fui yo quien pagó todo, ¿qué derechos crees que tienes? ¿Quién es esa estrella de la abogacía?"

"La abogada de Carl."

"¡Claro! Entonces ¿es un plan de a dos?", ya no logro quedarme quieta. Quería salir por la puerta y nunca más volver a mirar su cara, ¿cómo es posible? Una persona con quien viví años. "¿Qué quieres? ¡Vamos! Si ya te encargaste de todo, si ya te informaste de todo, ¡vamos, di qué es lo que quieres!"

"Mitad de la casa y una pensión alimenticia, tú sabes que ganas mucho más que yo, es justo. No quiero nada del apartamento del centro, puedes quedártelo. Estoy segura de que no vas a querer que todos tus coleguitas sepan que me dejaste sin nada."

Sin contestar, cruzo la sala y golpeo la puerta de la calle con estruendo. Ya afuera me doy cuenta de que hace un frío y que no tengo abrigo. Abro el portón para dejar salir a Ben, y recorro el camino hasta la casa de mi hermana casi corriendo, no sólo por el frío, sino porque la rabia me empuja. Me detengo en la puerta, pero adentro todo está oscuro, claro que sí, está en la casa de los suegros. Agarro el teléfono y le llamo. Ven aquí. Me siento en la silla del porche y dejo que Ben suba cerca de mí, siempre es una forma de mantenerme caliente. Sin pensarlo dos veces vuelvo a agarrar el teléfono y llamo a Francesca que me atiende al primer tono.

"Querida, qué bueno oír tu voz. ¿Cómo sabías que te extrañaba?" Francesca es siempre la misma, la más seductora, la más leal de las amigas.

"Te necesito." En un resumen de los acontecimientos, le cuento mi conversación con Olga, no sin mencionar la fiesta y todo lo que pasó.

"Calma. Un asunto a la vez", comienza, en una voz ronca y pausada que siempre tiene cuando habla de temas serios. "¡Me alegro!"

"¿De qué?", interrumpo, "No veo nada de qué alegrarse en todo esto."

"Ya era más que tiempo para que terminaras con ese matrimonio que nunca debió existir. Mándame los documentos de la casa, del apartamento y de Ben."

"¿De Ben? ¿De qué estás hablando?", a veces creo que nuestras conversaciones no tienen ningún sentido, pero siempre fue así, ella piensa demasiado rápido, incluso para mí.

"Deduzco que te importe un bledo esa casa donde ella vive, aunque sea tuya, pero que quieras quedarte con el apartamento y con Ben. Pues bien, los abogados le van a hacer llegar el lunes un acuerdo para que firme. Estoy segura de que no va ni a pestañear. Dale la casa por completo, con eso ella se olvida de la pensión y nunca más te molesta. Querida, si lo quieres mucho, yo misma te regalo otra casa, de preferencia bien lejos de esa mujer."

"¿De verdad harías eso?"

"¿Qué, regalarte una casa?"

Suelto una carcajada, cuando oigo su risa del otro lado del teléfono, "No, claro que no. ¿Les pides a los abogados y te encargas de eso?"

"Ya se está encargando, Alexis está aquí conmigo y escuchó parte de nuestra conversación, te está mandando un beso y dice que te llama el lunes, puedes olvidarte de este asunto."

¡Impresionante!

"Me estabas hablando de la fiesta del Programa, estoy desilusionada, ni una foto, ni nada. ¿Qué te pusiste?", vuelvo a oírla reír, y murmura algo que no logro entender, creo que estaba hablando con otra persona, tal vez con Alexis.

"¡Puedes parar! ¿Por qué no me dijiste que financias el Programa?"

"Porque no lo financio."

"Claro, lo financia tu empresa, es lo mismo."

"Muy diferente. Por eso nunca serás una mujer de negocios. Deberías estar aquí, no imaginas el champán que están sirviendo ahora mismo. Por cierto, ¿ya te dije que está confirmada mi ida allá?"

Francesca no permite que la conversación continúe y cuelga casi enseguida. Agarro a Ben, y lo aprieto contra el pecho, creo que hasta él tiene frío. Sabiendo que tengo que esperar al menos diez minutos más, agarro otra vez el teléfono, y esta vez llamo a Anna.

Todavía tengo el celular en la mano cuando Carol estaciona el auto, saliendo, corriendo en mi dirección.

"¿Estás bien? Estás helada. Levántate, entra", dice al mismo tiempo que abre la puerta y me empuja adentro. "Voy a prender la calefacción, ven a la cocina, necesitas un té, tienes los labios morados".

Ben entró detrás de mí y se posicionó sabiamente al lado de la calefacción, con la cabeza entre las patas y los ojos fijos en nosotras. Cubierta por la manta de lana que ella fue a buscar y con una taza de té humeante en las manos logro finalmente recuperarme y poco a poco le cuento lo que pasó.

"Un día tienes que presentarme a Francesca", es todo lo que profiere después de que hablé más de quince minutos seguidos.

"Va a ser más pronto de lo que imaginas, acaba de decirme que viene a Barcelona."

"¿Estás segura de que no quieres dormir acá?"

"No, ya te dije, Anna debe estar por llegar, voy con ella. Durante la semana, cuando Olga esté en la escuela, vengo a buscar el auto y mis cosas". Finalmente dejo de sentir frío y me levanto yendo cerca de Ben que se durmió plácidamente. "Cuando me vaya puedes sólo dejarlo en casa? Basta con que abras el portón. Es mejor así, cuando esté todo resuelto lo llevo al apartamento, pobrecito va a sentir la diferencia."

Entro en el auto de Anna como si fuera algo habitual. Sin decir nada, apoyo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos, mientras ella grita un último adiós a Carol, e invierte la marcha. Hacemos gran parte del viaje calladas, al son de una lista de reproducción que podría ser mía. Ya estamos entrando en la ciudad cuando ella pregunta: "¿Quieres ir a tu casa o a la mía?"

Sentadas en el sofá de la sala del apartamento agarro sus manos entre las mías, "¡Gracias!"

"Gracias por confiar en mí", me responde apretando mis manos. "Tu hermana está diferente, no sé qué es, parece con más energía."

"El encanto del trabajo. Está animada con el estreno. No la veía así hace años. Espero que las cosas con la Seguridad Social salgan bien, me irrita pensar que las apariencias son más importantes que todo lo demás."

"No lo son, a la hora de la verdad, lo que cuenta son otras cosas". No estoy segura de saber

exactamente a qué se refiere, pero acepto la respuesta, encajándola en mi propia realidad.

"¿Duermes acá?", avanzo, poniendo su mano junto a los labios y besando la palma.

"Duermo. Pero quiero hablar contigo."

"¿Hablar? Pensé que querías otras cosas, pero podemos hablar", digo, arrancándole una sonrisa.

"Podemos hacer todas las cosas que quieras, pero antes tenemos que hablar. Basta de malentendidos entre nosotras, no tenemos el lujo del tiempo, y no nos podemos permitir no decir todo, ¿no crees?"

"Claro, ¿quieres hablar exactamente de qué? No se puede decir que esta noche no haya hablado ya bastante", continúo con una risa medio sarcástica que traduce mi incomodidad.

"Adoré estar contigo, adoré sentir todo aquello que sentí. Fue..."

"Extraordinario", concluyo.

"Sí, fue extraordinario. Pero..."

"Pero, no es igual. No es lo mismo que teníamos a los dieciocho años, no es igual a lo que construimos en nuestras memorias todos estos años."

"No, no lo es". Anna me mira de una forma diferente a todas las que le conozco, una mirada tierna y al mismo tiempo madura, libre. "Yo te amo, un amor de toda la vida, un primer amor..."

"Pero ya no es mágico", vuelvo a terminar la frase.

Le describo aquello que mi madre me contó en nuestra última conversación, al mismo tiempo que la jalo hacia mí, dejando que se acueste con la cabeza apoyada en mi regazo.

"Tu madre mejoró con la edad, lástima que no tuviera la misma lucidez cuando éramos chicas. Si aceptamos eso, tal vez podamos tenerlo todo. Una amistad pautaada por algunos momentos de placer, ¿qué te parece?"

"Curioso que uses la palabra lucidez para definir a una persona con demencia."

Capítulo 28

Sábado 23 noviembre

Elizabeth

La sala por sí sola ya es deslumbrante, plateas de sillas rojas, palcos, y un escenario tan grandioso como intimidante. Es en momentos como este que me doy cuenta que por más que me guste bailar, nunca querría estar ahí. Me acurruco en el terciopelo que cubre el asiento y miro alrededor. Falta media hora y las personas empiezan a llenar la sala. Si no fuera por la insistencia de Gloria, no habría venido. No tiene sentido, recién llegué ayer, estoy exhausta y harta de todo. Este viaje no debía haber sucedido, o tal vez era inevitable, pero al mismo tiempo reconozco que ella tiene razón, fueron muchos años al lado de Kate para ahora perderme su regreso. No deja de ser admirable, volver tantos años después, si al menos Kate consiguiera transponer para el amor un poco de lo que es como bailarina, la pasión, el coraje y, por sobre todo, la total dedicación.

"¿Ya viste quién se acaba de sentar?", pregunta Gloria haciendo un gesto que me hace mirar a la izquierda. Unas cuantas filas delante de nosotras, muy cerca del escenario, está la novia de Kate, acompañada de otras dos de las chicas que bailaban con nosotras.

"Espero que lo aprovechen bastante, por lo que oí decir ya se pelearon todas en el club, no sé cuánto tiempo va a durar." Miro de forma ostensiva en sentido opuesto, intentando no perturbarme con los recuerdos que insisten en ocupar mi mente. Estoy aquí para divertirme, para ver un espectáculo de ballet, y es eso lo que voy a hacer, me digo a mí misma.

"Olvídalo, ni sé por qué te hice notar eso. Ignóralas, no merecen ni un minuto de tu atención. ¿Me vas a contar lo que pasó en la casa de tus padres? Ayer te dejé dormir, pero hoy has estado evitando el tema todo el día. Sabes que vas a tener que hablar, tarde o temprano, ¿verdad?", ríe y me da una palmadita cariñosa en el brazo.

"Es un capítulo cerrado en mi vida." Aparto el cabello que me cae sobre la frente, sonriendo cuando veo el mechón de cabello azul deslizarse frente a los ojos. Necesitaba cambiar algo.

"Perdí tiempo, y dinero." Antes de poder continuar, las luces de la sala empiezan a disminuir y se hace oír una señal sonora, en cinco minutos el espectáculo va a comenzar.

"Dime sólo una cosa que me está dejando angustiada, después hablamos del resto, ¿vas a volver al Programa?"

"No sé", respondo sin mirarla. "Es una decisión imposible, no quiero volver, tengo que volver, y al final seguro que voy a acabar siendo excluida. No me van a dejar llegar al final. Lástima no haberme dado cuenta de eso antes de empezar."

"Aunque no llegues al final, ya valió la pena, encontraste a Jacqueline." Impresionante como Gloria siempre tiene la frase certera en estos momentos.

"Fue más un profundo desencuentro, quieres decir. Otra pérdida de tiempo." Los lugares están prácticamente todos ocupados, incluyendo los palcos. Parpadeo buscando adaptarme a la poca luminosidad de la sala, por momentos tengo la sensación de ver a Jacqueline sentada en uno de los palcos centrales. ¿Será? Nunca supe que le gustaba el ballet, pero en realidad nunca supe nada en absoluto.

Así que la pieza comienza me olvido de todo a mi alrededor y embarco en un viaje de ensueño por entre los bailarines, los saltos, las poses imposibles que desafían los límites del cuerpo. Pasó una hora que pareció cinco minutos cuando las luces se encienden para el intervalo.

"¡Magnífico! Kate volvió en su mejor forma. Es verdad que yo nunca la había visto bailar así, pero a mí me pareció perfecta." Gloria me arrastra para afuera de la sala, alegando que necesita estirar las piernas. Al pasar entre las personas que se mueven, miro hacia arriba, pero el palco está vacío.

"También la encontré genial. No sé si confía totalmente en la rodilla, a veces me da la sensación de que se protege, pero debe ser sólo mi miedo hablando." El aire fresco me hace bien, y me siento con más energía. Debería salir más con Gloria.

"Al final no me respondiste, ¿ya decidiste qué vas a hacer?", insiste encendiendo un cigarrillo.

"Tienes que dejar de fumar."

"Cuando la exposición termine, lo dejo. ¡Lo prometo!", levanta la mano en mi dirección y cruza dos dedos.

"¿Cuánto falta?"

"Poco, muy poco. Tengo la sensación de que nunca vamos a tener todo listo a tiempo."

"¿Y el fotógrafo? Aquel..."

Sin dejarme terminar, "Lo sé, ahora cuando decimos "el fotógrafo" siempre es él. ¿Crees que la agente nos informó que en vez de dos fotografías va a enviar cuatro? Nunca nadie las vio, y va a ser así hasta la víspera de la inauguración. Pero hay más, también informó que va a estar presente, imagina, viene especialmente."

"Debe ir a todas las exposiciones."

"¿Tú crees? Ni pensar. No logro entender cómo conseguimos que quisiera exponer en nuestra galería, pero no importa. Tengo que concentrarme en tener todo listo a tiempo", ríe y apaga el cigarrillo. "No sé si te diste cuenta, pero sigo sin mi respuesta, ¿qué vas a hacer?"

Avanzamos rápidamente hacia nuestros lugares y en el momento en que nos sentamos las luces se apagan por completo. No fui salvada por la campana, sino por la oscuridad, medito sin dejar de sonreír.

La segunda parte es aún mejor que la primera. La participación de Kate es mayor y la belleza de sus saltos inigualable, ya ni me acordaba. Las lágrimas me corren por el rostro cuando me levanto para aplaudir. Después de más de cinco minutos de ovación y vueltas al escenario, finalmente las personas empiezan a dispersarse.

"Cambié de idea", digo agarrando el brazo de Gloria y desviándola hacia el costado, para dar espacio a las personas que pasan. "Vamos al brindis. No importa lo que pasó, tengo que hablar con Kate, tengo que felicitarla."

"Bueno, ya estaba viendo que nunca ibas a llegar a esa conclusión", como si sólo estuviera esperando mis palabras, da media vuelta y se encamina hacia la puerta que nos conduce a los bastidores.

Una pequeña fiesta está montada en una de las salas detrás del escenario. Los brindis y el olor a champán se mezclan con gritos, risas y lágrimas. En medio de un grupo de bailarines, muchos todavía en maillot, Kate posa para una fotografía más. Cuando su mirada se cruza con la mía me hace señas, haciendo un gesto para que me acerque.

"Qué bueno que viniste, te extraño", me murmura al oído, envolviéndome en un abrazo. "Quiero presentarte a una persona, que tienes que conocer", sin darme tiempo de decir absolutamente nada, me arrastra hasta cerca de una mujer que se deshace entre abrazos y felicitaciones. "Carol, esta es Beth. Beth, esta es la responsable por todo lo que acabas de ver."

"Felicitaciones, estuvo fantástico. De hecho, fantástico es poco, hace mucho tiempo que no veía nada tan bueno." Carol sonríe y se sonroja como si yo fuera la primera en elogiarla esta noche. Parece una persona adorable.

"Beth, la famosa Beth. Kate ya me habló varias veces de ti. La jugadora de la selección alemana que cambió el fútbol por la danza. ¿Todavía bailas?"

Por primera vez desde hace muchos años, no sé qué responder a esta pregunta, pero acabo por no tener necesidad de hacerlo.

"Carol, ¡felicitaciones! Ahora entiendo lo que decías, ¡realmente tenías que volver!"

Dejo que el sonido de la voz haga eco en mi cabeza antes de darme vuelta, Jacqueline. La sorpresa de ella no es menor que la mía, de tal forma que se queda parada a medio camino, ya con los brazos extendidos en dirección a Carol.

Carol no se da cuenta de nada y la toma en sus brazos. "Jacqueline, Anna, qué bueno que les gustó. Déjenme hacer las presentaciones, Kate, que vieron bailar, Beth una amiga y..."

"Gloria", completo, dejando que todas se saluden, antes de yo misma hacerlo también. ¿Quién es esta Anna? El otro día, el marido, hoy una mujer, Jacqueline no deja de impresionarme, no siempre por los mejores motivos.

"Vamos, únense a nosotras, tenemos una mesa allá dentro, vamos a aprovechar y comer algo, al final nosotras no cenamos."

"Me alegra saber que hoy tienes hambre", dice Jacqueline, mirando con ternura a Carol.

"Dicen que el éxito tiene ese efecto", responde riendo, llevándonos tras ella hasta la otra sala.

Caminamos en fila, unas detrás de las otras, y sin que me dé cuenta, Jacqueline está a mi lado, se acerca aún más y susurra, "Tenemos que hablar. Te espero en el bar mañana a las nueve y media."

El recorrido es corto y el espanto me impide responder. Me quedo sentada al lado de Anna, y dejo que Gloria se instale al lado de Jacqueline. En menos que nada ya conversan como si se conocieran desde hace mucho tiempo. Intentando no hacerme notar voy escuchando lo que dicen. Por momentos pensé que podrían estar hablando de mí, qué idiota, ¿por qué lo harían?

"Vas a estrenar la exposición, tengo que ir, adoro la fotografía." No parece la misma Jacqueline, está más ligera, más suelta. "Cuando estuve en Nueva York conocí a algunos de los mejores."

"Fotografiaste con ellos", interviene Anna, tomándole la mano, y depositándole un beso, "Jack fotografía muy bien."

"Eres mi invitada para la inauguración. ¿Nunca expusiste?", interviene de inmediato Gloria, no perdiendo la oportunidad, "¿Qué tipo de fotografía haces?"

"Personas", la respuesta es lacónica y Jacqueline no parece que va a añadir nada más. Lleva la copa de champán a la boca y bebe un sorbo, antes de levantarla "Un brindis por las cosas bellas." Gloria hace tintinear la copa y agrega, "Me gustaría ver."

"Eso es una imposibilidad", replica Anna, "Nunca deja a nadie ver, creo que fotografía sólo para ella misma, un verdadero desperdicio."

"Quién sabe si uno de estos días no expongo en tu galería, tengo que hablar con mi agente", Jacqueline se recuesta hacia atrás en la silla y suelta una carcajada.

"¿Tienes agente?", pregunta Gloria, con cara de quien no entendió si el comentario debe ser tomado en serio.

"Claro que no, estaba bromeando. Soy médica", afirma como si fuera la justificación más obvia.

"Lo sé, ortopedista", no se contiene Gloria.

"Clro que lo sabes", la frase es dicha entre dientes, pero lo suficientemente alto para que yo la oiga.

"¿También eres bailarina?" Demoro un minuto en darme cuenta de que Anna se dirige a mí.

"No, soy periodista."

"¿Cómo que no?", interviene Kate. "Ella baila conmigo hace años. Hasta que empecé aquí, bailábamos en aquel club en el centro, junto al Paseo de Gracia, ¿sabes cuál es? Nuestro grupo todavía baila los fines de semana, tienen que ir allá."

"Y tú, Anna, ¿eres médica?", necesito cambiar el curso de esta conversación tan rápido como sea posible, y aun así ya voy tarde.

"No, soy bióloga. La médica es ella", agarra otra vez la mano de Jacqueline y vuelve a llevarla a los labios, depositando un beso. "De niñas pensábamos que íbamos a ser ambas médicas y trabajar juntas por el mundo. No fue exactamente lo que pasó, yo pasé los últimos muchos años en Múnich, pero aquí estamos. Basta de hablar de trabajo, no sé por qué, pero desde que te vi creo que conozco tu cara de algún lado."

"¿En Múnich?", me inclino hacia adelante, agarro el vaso y vuelvo a llenarlo.

"Sí, ¿por qué?"

"Yo nací en Múnich", afirmo, mirando por el rabillo del ojo a Jacqueline que sigue atentamente la conversación.

"¿Cómo es tu nombre completo?"

"Elizabeth Meyer", vuelvo a espiar a Jacqueline. Sentada al lado de Gloria, que ahora conversa animadamente con Carol, tiene los codos apoyados en la mesa y el mentón sobre las manos.

"Es eso, Meyer. Alison Meyer. Eres igual a ella", Anna hace un gesto de victoria con la mano como si hubiera ganado algo.

"Es mi madre, ¿la conoces?", claro que la conoce, pero ¿qué voy a decir?

"Muy bien. Gill, mi mujer, es amiga de ella. ¿Cómo es que nunca nos cruzamos?"

"Me fui de Múnich hace mucho tiempo y digamos que nuestra relación no es la mejor", mientras respondo voy intentando procesar la información. Anna está casada con una mujer que es amiga de mi madre, si no fuera conmigo diría que es ficción.

"Vi fotos tuyas, jugabas al fútbol, fuiste a la selección, ¿cierto? Eras chica, unos veinte años, ¿no?"

"Diecisiete."

§

No estamos en condiciones de conducir por lo que dejamos el auto en el estacionamiento y seguimos a pie, va a ser por lo menos una hora de camino, pero nos hace bien. Después de largos minutos en que ninguna de nosotras dice nada, es Gloria quien rompe el silencio.

"¿Quién es esa Anna? ¿No te pareció que pasaba algo entre ella y 'tu' Jacqueline?"

"No es 'mi' Jacqueline, no tiene nada de mío ni nunca lo va a tener", respondo irritada acelerando el paso. "Claro que pasa algo. ¿No las oíste? Vinieron juntas, ¿quieres que te haga un dibujo? No tengo idea de quién es, aparentemente está casada, pero la otra no estaba aquí, ¿verdad?"

"Calma, chica, no es conmigo con quien tienes que estar enojada."

"No estoy enojada", avanzo cada vez más rápido, hasta que Gloria se queda atrás por no poder acompañarme. Me detengo unos metros más adelante y espero que me alcance. "Disculpa, es verdad, estoy enojada, pero no es contigo." Por más que no quiera no logro evitar contarle lo que pasó con Jacqueline. "¿Puedes creer el descaro? Después de todo, me dice que tenemos que hablar, y marca el día y la hora como si yo estuviera a disposición. Tienes razón en una cosa..."

"¿Sólo en una?", me provoca.

"Elijo siempre a las personas equivocadas."

"Yo nunca dije eso", afirma agarrándome del brazo para hacerme parar. "Kate te hace mal. Nunca me oíste decir una palabra sobre Jacqueline, de hecho, adoré hablar con ella. Es simpática y entiende un montón sobre fotografía, más que mucha gente del área. Espero de verdad que vaya a la inauguración."

Capítulo 29

Sábado 23 noviembre

Jacqueline

"Tu hermana es extraordinaria. Nunca tuve la oportunidad de conocerla bien, me gustaría conversar más con ella, la coreografía es de lo mejor que he visto", acostada en el sofá de mi sala, tapada con la manta a cuadros hasta el cuello, Anna no parece interesada en hablar de otra cosa que no sea el espectáculo. Me recuesto hacia atrás en mi silla favorita, y voy respondiendo con monosílabos. "Adoré a Gloria. ¿Ya la conocías?"

"No."

"Deberíamos convencer a Carol de organizar una cena, o algo así. ¿No crees? Gloria trabaja con fotografía, a ti te encanta, podría ser un grupo simpático. La que me pareció menos interesante es esa Kate, la bailarina. Siempre callada, mandándole indirectas a Beth, una prima dona", cambia de posición, se apoya en el codo y me mira con una sonrisa pícaro, que le conozco desde siempre. "¿Y Beth? ¿Tienes algo para contarme?"

La pregunta me agarra desprevenida, no conseguí parar de pensar en ella desde que salimos del teatro. Lo último que esperaba era verla allí hoy. Tengo que lograr parar con esto, no entiendo por qué me incomoda tanto, es una chica, mucho más joven, de otro mundo, ¿qué me pasa? En una realidad paralela oigo la voz de mi madre en nuestra última conversación, sacudo la cabeza, y hago un esfuerzo para concentrarme en Anna, "¿Elizabeth? ¿Qué pasa con ella? Es mi alumna en el Programa, o lo era, porque por lo visto desistió. Qué coincidencia habernos encontrado."

"En serio Jack, sabes que soy yo la que está aquí, ¿verdad? ¿Elizabeth es tu alumna? ¿Sólo tu alumna?"

"Todavía no entendí a dónde quieres llegar", respondo, aprovechando para levantarme. "Voy a buscar una cerveza, ¿quieres algo?"

"Té. Basta de alcohol, voy a hacer té para nosotras", de un salto Anna se pone de pie, deja la manta caer al piso, y entra en la cocina como si fuera suya. "Siéntate ahí, yo hago el té. Puedes empezar a hablar."

Hago lo que ella ordena sin contestar, "No sé qué quieres que te diga."

"Yo vi las miradas entre ustedes, vi la forma en que 'tú' la miras. No necesito nada más para saber que pasa algo. No sé si te das cuenta, pero tu expresión cambia cuando ella habla, cuando te mira. ¿Qué rayos pasa entre ustedes? Gill es amiga de su madre."

"Te oí diciéndole eso, aparentemente hasta tú ya estuviste en la casa de sus padres. Conoces mejor a Elizabeth que yo", respondo, levantándome y dirigiéndome al armario para sacar un vaso. "Olvídate del té, necesito una copa de vino." Ignoro su encogimiento de hombros y la mirada reprobatoria y me sirvo una cantidad generosa de vino tinto.

Con la taza de té entre las manos, Anna pasa por detrás de mi silla antes de sentarse del otro lado de la mesa de la cocina, y me hace una caricia cariñosa en los hombros. "Los padres de ella viven en Múnich, Gill es amiga de su madre."

"Ya dijiste eso."

"Calma, estás ansiosa", dice irónicamente. "Tanta curiosidad por saber más sobre los padres de una alumna, una alumna que incluso ya desistió del curso, qué profesora dedicada te volviste."

Me bebo el vino que tengo en el vaso, "Me acosté con ella. Me acosté con ella antes de saber que era alumna del Programa. Listo, ahora ya sabes."

"¡Wow! Parece historia de película, se acuestan juntas y al día siguiente descubren que están juntas en el Programa. ¿Qué piensan tus amigos militares de esa historia? ¿Deben estar contentos!", la ironía siempre fue una de las marcas de Anna, y el tiempo no hizo más que

perfeccionarla.

"No seas tonta", no pienso asumir que no se trató sólo de una noche. "¿Me vas a contar lo que sabes o no?"

"Deduzco que no hayan tenido tiempo de conversar", riendo, pone dos cucharadas de azúcar en el té y revuelve, disfrutando literalmente la situación. "Muy bien, aquí va lo que sé de la triste historia de tu amante. La madre de Beth fue una de las mejores jugadoras de fútbol de la selección alemana, por lo que entendí en las entrelíneas nunca dichas, quedó embarazada y no tuvo coraje de interrumpir el embarazo. Tuvo la niña, convencida de que unos meses después volvería, pero la historia no fue esa. Nunca más retomó la forma, y cuando volvió a jugar no era la misma. Todavía intentó durante casi dos años, pero no volvió a ser convocada. Por lo que Gill decía, había un resentimiento, una especie de culpa que recaía sobre Elizabeth. La madre se volvió entrenadora y Beth empezó a jugar, y, no sé si por suerte o por azar, jugaba bien. Fue convocada a las selecciones y ganó varios premios, hasta el día que decidió dejarlo todo para dedicarse a la danza", Anna para para poder beber el té, y yo vuelvo a llenar el vaso.

"¿Y después?"

"Por lo que Gill contaba, no fue sólo a la danza a lo que Beth quiso dedicarse, estaba Kate, la bailarina, la prima dona. Beth se fue de casa para bailar y para quedarse con ella. La madre nunca la perdonó. Ella entró en medicina, se recibió, por lo que sé con excelentes notas, pero después de eso se fue de casa y vino a Barcelona detrás de Kate."

No logro asimilar tanta información, ¿Elizabeth era jugadora de fútbol? ¿Es médica? ¿Salía con Kate, que ahora es bailarina en el espectáculo de Carol? Es demasiado.

"Bueno, ahora ya sabes. La madre de Beth nunca habla del asunto, y más allá de unas fotos que tiene en la sala es como si no existiera", Anna suspira y se levanta, "Ven, vamos a la sala, estoy segura de que tienes mucho para contarme, no pienses que voy a dejar esto así."

Volvemos a los mismos lugares donde estábamos, "No sé qué decir. Es verdad, la vi por mero azar en un bar de hotel, y como en tantas otras veces, con otras mujeres, le ofrecí una bebida. La noche terminó en la habitación, y..."

"Y, ¿ella no era una mujer como las otras?"

"No, no lo era. No me preguntes por qué, ya me hice esa misma pregunta un millón de veces y sigo sin tener una respuesta. Unos días después me la encuentro en el Programa, ¿te imaginas el susto que me llevé? El capitán Grassi de un lado y Elizabeth del otro. Ella fue discreta y fingió que no me conocía, pero es difícil."

"¿No volviste a estar con ella?" Es certera, y lo sabe. Parpadea varias veces, de forma provocativa, y me mira sonriendo, sin decir nada más.

"En la montaña." En pocas palabras le cuento lo que pasó en la capacitación, cómo Rafael golpeó nuestra puerta y yo me vine casi huyendo.

"¿La dejaste ahí sola, sin una palabra, sin una explicación?"

Dicho así, no es bonito. Pensé que tenía que salir de ahí, no había nada que decir, la situación no tenía cómo ser explicada, pero no pensé en lo que Elizabeth podría sentir cuando se diera cuenta de mi ausencia.

"¿Estás enamorada?"

"¿Qué? Claro que no. Ella es mucho más joven que yo, es mi alumna, no puedo..."

"No te pregunté si podías, además, ella ya no es tu alumna. Te pregunté si estabas enamorada de ella."

"Quiero estar contigo, me gusta lo que tenemos juntas, es nuestra oportunidad", siento las lágrimas asomar a mis ojos y en un gesto mecánico las limpio con el dorso de la mano.

Anna viene hacia mí y se sienta en mi regazo besándome en la boca. Siento el calor de su lengua y la suavidad de sus labios. "Nadie nunca va a cambiar lo que tenemos. Treinta años no fueron suficientes, la fuerza de tu madre, de mis padres, kilómetros de distancia, otras mujeres y otros orgasmos, pero Jack, lo que tenemos ahora no es pasión, lo sé, y tú también lo sabes. Tú eres la mujer de mi vida, y nada va a cambiar eso, pero eso no impide que te enamores o que yo me enamore."

"Parece que estoy escuchando a Francesca."

"Aprendí con la mejor." Me abraza y apoya la nariz en mi cuello, dejando que el calor de su respiración y el olor del perfume de su cabello me invadan. "¿Estás enamorada de ella?", vuelve a preguntar.

"Creo que sí", susurro, como vencida por la fuerza de una evidencia que no puedo seguir negando.

"¿Qué vas a hacer?"

"No sé. Ella desistió del Programa y no me dijo nada." A pesar de todo lo que ya conté no me siento capaz de compartir con Anna nuestra última noche en el hotel. "Allá en el teatro le pedí que se encontrara conmigo mañana, tenemos que hablar, pero no sé si irá."

"¿Pediste u ordenaste?", sonrío, es obvio que Anna escuchó lo que le dije a Elizabeth. "Tal vez tenga que repensar mejor lo que te estaba diciendo sobre que la hermana organice una cena", suelta una carcajada y vuelve a ponerse de pie. "Voy a dormir acá", afirma como si fuera la constatación más obvia. "Pero una cosa es cierta, quiero volver a hablar con Gloria, ¿crees que sería muy raro aparecer por la galería?"

Ya acostadas, a oscuras, vuelvo a la conversación sin ningún preámbulo. "Elizabeth sale con Rafael, si los hubieras visto en la fiesta del Programa. Además, ya la vi más de una vez con una mujer mayor, que por casualidad también estaba en la fiesta. No sé qué pasa, pero como mínimo es un buen lío. La primera vez que la vi, estaba discutiendo con esa mujer, en el bar del hotel, después de eso las vi otra vez besándose. Al mismo tiempo, anda de la mano con Rafael, ¿no viste cómo la trataba el padre de él?"

"¿En la fiesta en la que tú apareciste con tu marido?", suelta una carcajada y pasa la pierna por encima de las mías, en un gesto que no me es indiferente. "Cuántas vocaciones de actriz se perdieron."

"Tú sabes por qué tenía que ir con Antonio. Realmente quería lograr que me nombraran para una de las misiones, tener un marido es lo mínimo en la lista de requisitos."

Capítulo 30

Domingo 24 noviembre

Elizabeth

Todo en mi cabeza dice que no venga, y aun así, me encuentro caminando por la calle en dirección al hotel. Paso por la puerta del club y desacelero el paso. Podría entrar, pero ¿para qué? ¿Para constatar lo que ya sé? Pienso en Luiza, no atendí ninguna de las llamadas, pero tarde o temprano voy a tener que hablar con ella, nuestro encuentro en la fiesta fue como mínimo singular, Luiza, su marido, el padre de Rafael, todos juntos desafiando mi sanidad mental. Hace demasiado frío para quedarme aquí parada en la calle, medito después de estar unos minutos detenida del otro lado de la calle. Cruzo la avenida distraídamente y avanzo hacia la puerta.

Entro al bar y levanto la cabeza buscándola. Nunca había estado aquí tan temprano, miro el reloj, diez y veinte. En realidad estoy atrasada, aun así, es temprano. La mayoría de las mesas están ocupadas y el ajetreo en la barra mantiene a Marcus abrumado. Por más que miro alrededor, no vislumbro a Jacqueline en ninguna parte. ¿Será que desistió? ¿Todavía no llegó? ¿Se fue? No tengo cómo saber, no debería haber venido. En el bolsillo del abrigo el celular suena. Debe ser ella, es lo primero que pienso. ¡Disparate! Ella nunca me llamó, ni siquiera sé si tiene mi número.

"¿Gloria? ¿Está todo bien?"

"Más o menos, me olvidé la llave. ¿Dónde estás?"

"En el hotel", respondo no muy alto.

"¿En serio? Después de que ayer juraste que no ibas, después de que dijiste que ella quería controlar tu vida, que era arrogante, fría, y unas cuantas cosas más que ni voy a reproducir, ¿estás en el hotel?", Gloria no me va a ahorrar, por eso lo mejor es escuchar sin decir nada.

"Tienes que decidir lo que quieres. Eres tú quien va a acabar lastimada. No es que yo no esté aquí para limpiar tus lágrimas, pero vamos, Beth, ya era hora de que pensaras en ser feliz."

"¿Quieres que vaya a casa para abrirte la puerta?", interrumpo, saliendo del bar y caminando hacia la entrada.

"Claro que no. Voy para allá y me das las llaves. ¿Ya estás con ella?"

"No. En realidad, ella no está aquí. No sé si desistió, si se fue..."

"¿A qué hora era?"

"A las nueve y media."

"Ya pasó más de una hora."

"Sí, pero yo recién llegué." Tal vez realmente se haya ido, reflexiono.

"Quédate ahí, bebe algo que ya voy."

Si alguien estuviera mirándome pensaría que estoy loca. Doy otra vez media vuelta y hago el camino en sentido contrario. Vuelvo a entrar al bar y todo está más o menos igual. Paso entre un grupo de personas que está de pie en medio de la sala y elijo una de las mesas con ventana a la calle. Pasan cerca de veinte minutos hasta que vislumbro a Gloria.

"¿Qué estás tomando? Estoy helada."

Lo primero que hago es darle mis llaves. "Cuando yo llegue, vas a tener que abrirme la puerta."

"No creo que eso pase tan pronto. ¿No llegó?", al mismo tiempo hace señas en dirección a la barra y pide una cerveza. Nunca la vi beber otra cosa que no fuera cerveza o una copa de champán.

Quien trae la bebida es la misma chica que me atendió, Marcus está tan ocupado que dudo que siquiera me haya visto.

"¿Ya sabes lo que le vas a decir?"

"¿A quién?", pregunto para ganar tiempo, no teniendo respuesta.

"¡En serio! ¡Habla en serio! ¿Qué viniste a hacer aquí?"

"Probablemente nada, beber una copa. No sé lo que le voy a decir si por casualidad llego a encontrarla, pero una cosa sé, no podemos seguir así."

Gloria termina rápidamente la cerveza y se levanta inmediatamente. "Tengo que irme. Tengo aún tantas cosas que poner en orden, está cada vez más cerca, y cada día parece que hay más cosas por hacer que el día anterior. Tengo mis dudas de que vaya a estar listo a tiempo. No te dije, pero esta tarde llegó una imagen de una de las fotos más, es increíble."

Me quedo sola y hago rodar lo que queda de los hielos, oyendo el sonido seco contra el vidrio del vaso.

"¿El 'pink' se volvió 'blue'? La voz de Marcus suena a mis espaldas haciéndome saltar de la silla. Lo saludo con una sonrisa "Ya era tiempo de cambiar, de hecho por lo visto es tiempo de cambiar muchas cosas en mi vida."

"Ella estuvo aquí esperándote."

Mi corazón se dispara, no sé por qué, pero quise creer que Jacqueline estaba atrasada, y que entraría por la puerta en cualquier momento. No es racional, lo sé, ella no se atrasa. "¿Se fue?"

"No puedes jugar, no con ella", él se sienta a mi lado y me mira a los ojos, sin dejar dudas de que habla en serio.

"¿Qué quieres decir con eso?"

"La conozco hace años, todas las semanas, muchas veces más de una vez por semana, ella se sienta en mi barra y bebe un whisky. En noches y madrugadas complicadas nos volvimos cercanos, nos hicimos amigos. Su forma distante e inalcanzable la protege de volver a ser lastimada. Contigo fue diferente."

"¿Diferente de qué?", termino el whisky y miro en dirección a la barra para pedir otro.

"Un agua", profiere Marcus en dirección a la colega, sin darme tiempo a contrariarlo.

"A lo largo de los años vi a Jacqueline interesarse por muchas mujeres. Nunca le fue difícil conseguir exactamente lo que pretendía. Una noche y nunca más. Escuché los lamentos de muchas cuando en vano buscaban a Jacqueline días después. Me acuerdo del día en que me preguntó si te conocía. Le dije que no, cuando de hecho ya te había visto aquí varias veces acompañada de aquella amiga tuya."

"Luiza", interrumpo.

"Luiza. La misma Luiza que durante la semana cena en el restaurante del hotel con el marido, y me mira de reojo esperando que la farsa continúe. Pero hubo algo en el tono de Jacqueline, en la mirada, que me hizo decir que nunca te había visto. No la lastimes, por favor."

No sé qué responderle, ¿como si yo tuviera algún poder para lastimar a Jacqueline? Después de todo lo que ella me dijo, después de todo lo que hizo, ¿yo, yo la puedo lastimar? "¿Se fue? ¿Dijo algo?"

"Sube. Ella está en la habitación. Ve con calma, ella te va a necesitar. Espera un poquito, ya vengo." Se levanta y vuelve minutos después trayendo en la mano la llave de una habitación.

Debería irme, reflexiono ya en el pasillo, o tal vez sea realmente necesario tener una conversación y terminar con todo esto. No logro dejar de pensar en lo que Marcus acaba de decir, no conozco a la Jacqueline que él describe.

Me detengo frente a la puerta, es la misma habitación donde estuvimos juntas. Apoyo el oído en la madera con la esperanza de oír algo, sólo silencio. Respiro hondo, aparto el cabello de la cara con la mano y con los nudillos golpeo suavemente. Una vez más nada, silencio. Qué extraño, ¿se habrá dormido? Miro la llave que tengo en la mano, y oigo en mi mente las palabras de Marcus

"Ella te va a necesitar". Movida por un arranque de coraje, abro la puerta. Las luces están apagadas, pero el brillo de la ventana es suficiente para distinguirla en la oscuridad. Está sentada en un rincón del sofá, descalza, con jeans, rodillas flexionadas y un vaso en una de las manos.

"Jacqueline, ¿puedo entrar?", sin esperar respuesta avanzo hasta junto a ella y me arrodillo a su lado. En el piso hay por lo menos cuatro pequeñas botellas vacías. "Dame el vaso", extendiendo el brazo para agarrarlo, pero ella lo agarra con fuerza, se lo lleva a la boca y de un trago vacía lo que sea que tuviera dentro. "Tienes que parar de beber. Creo que ya es suficiente por hoy", afirmo delicadamente, logrando quitarle el vaso y apoyándolo en la mesa de apoyo. Me levanto y me siento en el sofá. Intento acercarme más, pero sus rodillas me impiden el paso, y ella no parece dispuesta a desviarlas. Cuando apoyo la mano en su brazo siento la fuerza de la contracción muscular. Está rígida e inmóvil. Súbitamente se levanta y corre en dirección al baño, inmediatamente voy detrás. Vomita incluso antes de lograr posicionarse sobre el inodoro, dejando un rastro agrio en el piso. Indiferente, le sostengo el cabello y le coloco la mano en la frente, intentando darle algún alivio.

De vuelta a la habitación, se sienta en la cama. "Vete. Por favor, ¡vete!"

Jamás la dejaré aquí en estas circunstancias. "Déjame ayudarte a acostarte. Quítate los jeans, estarás más cómoda. ¿Quieres un vaso de agua?"

"¡Vete!", repite, esta vez casi a los gritos.

De pie, al lado de la cama, la envuelvo en un abrazo. En un primer momento intenta alejarme y casi me lastima, poco a poco, permite que jale su cuerpo contra el mío, dejando que la frente se apoye sobre mi pecho. Después de un momento en que ninguna de nosotras se mueve, es ella quien pasa los brazos a mi alrededor, agarrándose a mí con la fuerza con que nos agarramos a una tabla de salvación, y solloza copiosamente. Lloro convulsivamente, en un torrente de lágrimas que me alcanzan incluso a través de la tela de la camisa. Me siento en la cama y dejo que apoye la cabeza en mi regazo, permitiéndole llorar todo lo que necesite. No sé cuánto tiempo pasa hasta que se calma.

"No te vayas", pronuncia entre dientes, agarrando mi mano, "No te vayas."

"No pienso ir a ningún lado. Tal vez sólo hasta allí, para ir a buscarte agua." La ayudo a quitarse los jeans y a acostarse cómodamente, posicionando varias almohadas detrás de su cabeza. Después de obligarla a beber un vaso de agua, me descalzo y me quito también mis pantalones, me acuesto del otro lado de la cama, y enciendo la luz de la mesa de noche. No parece la misma Jacqueline. La mujer que está a mi lado no tiene nada de fuerte o elocuente, está pálida, casi transparente, una aureola oscura alrededor de los ojos, y el semblante más triste que recuerdo haber visto. "¿Un poco mejor?"

"Tenemos que hablar."

"¿Ahora?", este no es el momento.

Jacqueline se inclina hacia mí y me besa. Con delicadeza, me desvío de su contacto.

"¿No quieres?"

"Quiero. Quiero más de lo que puedes imaginar, pero no así, no contigo en ese estado. Si cuando estés sobria me quieres, soy tuya, pero no así." Ella vuelve a acostarse sobre las almohadas y me mira espantada. Parpadea y se refriega los ojos con el dorso de la mano. "Duerme. Necesitas descansar. No te preocupes, cuando despiertes voy a estar aquí."

Me despierto sin saber qué hora es. Me apoyo en el codo y levanto la cabeza. Al fondo la luz brilla por la rendija de la puerta del baño. Espero que no esté vomitando otra vez. Antes de tener tiempo para más pensamientos, ella abre la puerta. Por lo que logro ver a contraluz, parece mucho mejor.

"Disculpa, no quería despertarte."

Enciendo la luz. Se quitó el resto de la ropa que tenía puesta y viste ahora una camisa a rayas lila que la cubre hasta medio muslo. Recuperó el color y los ojos están ligeramente menos hinchados, aunque claramente marcados por las lágrimas. "¿Te sientes bien? ¿Quieres comer algo?"

"Chocolate."

Sin contenerme suelto una carcajada. "Debe haber en el minibar." Después de encontrar lo que busco, le extiendo un cuadradito y pongo otro en mi boca. "Buena elección."

"¿Tienes sueño?"

"No." En realidad, aunque sólo hayamos dormido dos horas estoy completamente despierta.

"Te debo una disculpa y una explicación."

"No me debes nada. No son necesarias disculpas", creo en lo que le estoy diciendo, y por eso mismo, dejo en el aire la posibilidad de una explicación.

"Tú fuiste el encuentro improbable, la fantasía que se vuelve realidad, quebraste mis barreras incluso antes de que tuviera tiempo de erigirlas, y mira que soy buena, muy buena, montando mis defensas. Duraron años, atravesaron fronteras, y pocas veces flaquearon."

Sentada sobre el colchón, con la espalda derecha y las piernas cruzadas, Jacqueline no desvía la mirada ni un centímetro mientras habla.

"Esa noche, la primera vez que estuvimos juntas, algo cambió dentro de mí. Yo no me entrego a nadie. Sé cómo dar placer, y modestia aparte creo que hasta soy buena en lo que hago, pero es eso. Esa noche, por algunos momentos me rendí a ti, me entregué en tus manos, me perdí en tu cuerpo. Cuando te derretiste en mis brazos, mi orgasmo acompañó al tuyo. Esa persona no soy yo, o no lo era."

Capítulo 31

Domingo 24 noviembre

Jacqueline

Sin ser capaz de contenerme por más tiempo, me inclino en su dirección, la aprieto entre los brazos y la beso, poniendo en el beso todo lo que estoy sintiendo en este momento. Esta vez no me aparta, siento su lengua, su sabor, juego mordiéndola levemente en el labio, permitiendo que sus manos invadan con avidez mi cuerpo.

La emoción que siento es como si fuera la primera vez que estamos juntas. Siento el calor de su cuerpo a través de la tela fina de la camiseta que tiene puesta. Estiro la pierna y deslizo el pie a través de su piel desnuda hasta el muslo. Elizabeth se recuesta hacia atrás en la almohada, estira los brazos detrás de la cabeza y me mira. Tiene magia en la mirada, una ternura inmensa y el brillo de la excitación. Sin decir nada disfruto de este cuerpo que deseo más que nada en este momento. Paso la mano a lo largo de la cara interna de su brazo, viniendo desde la punta de los dedos hasta el hombro, riendo cuando se eriza. Por debajo de la camiseta puedo sentir sus pezones y toco cada uno de ellos, haciendo círculos con los dedos, antes de presionarlos con fuerza. A cada movimiento su cuerpo se estremece, pero no cambia de posición. Si ella supiera cómo me excita tenerla así, completamente rendida, a mi merced, tal vez lo sepa.

Giro y quedo con el cuerpo sobre el de ella. Dejo que me bese en el cuello, que me agarre el cabello entre los dedos. Me yergo ligeramente, lo suficiente para poder volver a besarla. Con las dos manos jalo su camiseta hacia arriba y desabrocho el sujetador. Percibiendo que no voy a lograr llevar la tarea hasta el final, es ella quien se deshace de la ropa, quedando sólo en bragas. Tiene un cuerpo lindo, un cuerpo de bailarina, no puedo evitar pensar.

Durante varios minutos deslizo los dedos por sus costillas, por el vientre, alrededor del ombligo, subiendo otra vez, encajo los senos en las manos, volviendo a sentir la dureza de los pezones. Sustituyo el toque por besos, y con los labios hago muchas veces el mismo camino, dejando un rastro caliente y mojado en todo su cuerpo. Incapaz de mantenerse quieta, ella mueve la cadera buscando aumentar el contacto con mi cuerpo, y deja escapar un gemido ronco que no hace más que aumentar mis ganas e intensificar mi beso.

"Soy tuya, haz lo que quieras", murmura junto a mi oído. Las palabras me excitan hasta el límite de lo imposible, en este preciso momento, tengo la sensación de que no voy a poder controlar un orgasmo, me concentro, contraigo los músculos y respiro hasta recuperar un mínimo de control sobre mí misma.

"Date vuelta", ordeno, dándole espacio para que pueda hacer lo que estoy pidiendo.

Tiene una espalda perfecta, desciendo, tocándola con los labios desde la nuca hasta el elástico de las bragas, dejando las manos apenas apoyadas sobre sus nalgas, sin moverlas. Siento su cuerpo contra el colchón, y anticipo lo que busca.

"Para. ¿Tienes prisa?", tengo la boca seca, y me paso la lengua por los labios.

"Tócame."

"¿Aquí?", pregunto, desviando la tela de las bragas y tocando el interior de sus muslos. Está tan excitada como sería de prever, pero aun así, la constatación real, en la punta de mis dedos, transforma mi deseo elevándolo a otro nivel.

"No pares, por favor, no pares."

Dejo que los dedos se deslicen, en un ritmo particularmente lento. Ella dobla ligeramente las rodillas debajo de sí, lo que hace que su cadera se eleve, dejándola completamente expuesta. Sin saber cómo, logro quitarle las bragas y las dejo caer al piso. Mirar su cuerpo en esta posición, completamente desnudo, es demasiado para mí, toco mi propio cuerpo y soy recorrida por varias

olas de placer sin intentar impedir las. Me concentro en ella y exploro el interior de su cuerpo, aprendiendo más a cada movimiento, hasta saber exactamente dónde presionar para volverla loca. Prolongo lo más que puedo el momento, hasta que se vuelve insostenible. En un grito ella se retuerce, apretando más y más mi mano, hasta dejarse desfallecer sobre la sábana con un último gemido de placer.

Elizabeth es la primera en interrumpir el silencio, "Creo que te debo varias explicaciones."

"No tienes que explicar nada." Quisiera que este momento no terminara nunca, que pudiéramos quedarnos aquí acostadas en la oscuridad sin ser necesaria ninguna palabra, ninguna explicación. Los cuerpos, completamente relajados, no permiten movimientos, por lo que permanecemos ambas quietas, con los ojos fijos en el techo. Estiro el brazo y agarro el celular, cuatro y veinte. Suspiro profundamente, por suerte todavía falta mucho para amanecer, pulso la tecla lateral y dejo que la música que había estado escuchando antes de que ella llegara suene bajito. La mano me toca el rostro, en una caricia. La sostengo con la mía y apoyo los labios.

"Jacqueline, hay cosas sobre mí que no sabes. Quiero contártelas. O mejor no quiero, pero tengo que hacerlo."

"¿Por qué?" Podríamos simplemente quedarnos así, pienso.

"Tú misma lo dijiste, tenemos que hablar. Me hablaste de tu historia con Anna, no imaginas lo importante que fue. Lo mínimo que puedo hacer es darte un poco de mí, si es que quieres escuchar."

Me enderezo y la miro a los ojos, "Claro que quiero escuchar, pero no quiero que te sientas obligada. Tengo algo para decirte antes de que hables, Anna me habló de tu madre."

"Cierto", profiere con un suspiro triste "Ella es amiga de mi madre."

"No exactamente, Gill es amiga de tu madre. Eso tampoco importa nada, lo que te quería decir es que sé que te fuiste de casa, que dejaste de jugar, y..."

"Y mi madre nunca más quiso hablar conmigo."

"¿Lo intentaste?"

"No sé. A veces creo que sí, otras que no lo intenté lo suficiente. Sea como fuere no habría hecho diferencia. Ella nunca me va a perdonar, y yo..."

"¿Tú qué?" Gracioso, cómo este hábito de dejar las frases inacabadas me afecta, me da un deseo súbito de abrazarla, de protegerla.

"Yo no habría hecho diferente incluso si volviera atrás. No me gusta jugar. Juego bien, pero no me gusta. Nadie logra entenderlo."

"¿Y la carrera?"

"¿Qué carrera?", por instantes veo miedo en su expresión.

"Aquella que hace que una periodista sepa lo que es una rotura del ligamento cruzado anterior, aquella que te hizo avanzar en la nieve sin dudar, diagnosticar un brazo roto en los simuladores, y tener siempre chocolates en el bolsillo para cualquier eventualidad", concluyo riendo.

"Es verdad, fue la última cosa que hice para intentar ser lo que mis padres querían que fuera."

"¿Tú no querías?", su mirada está distante, fija en un punto en la pared oscura.

"No sé, nunca conseguí saber si me gustaba, si tenía que gustarme, o si lo detestaba porque era lo que ellos querían. Cuando terminé, ella ni siquiera me felicitó, no fue a la ceremonia de graduación, nunca dijo nada, como si no hubiera pasado. Me juré a mí misma que no volvería a pensar en medicina, nunca más."

"Pero pensaste. Piensas en cada situación. Yo fui testigo. Está ahí, no puedes evitarlo, ya no son ellos, eres tú. Tal vez la solución no sea olvidar sino lo contrario." Me siento recorriendo arenas movedizas, pero no me quedaría bien conmigo misma si no se lo dijera.

"Cuando vine a Barcelona me inscribí en un curso de periodismo. Adoré y adoré todavía más todo lo que tenía que ver con fotoperiodismo. Kate consiguió trabajo en un club y logró que yo también bailara allá. Lo que yo ganaba no alcanzaba para pagar los gastos, pero ella ayudaba, hasta...", otra frase inacabada, pero esta vez yo sé la respuesta, hasta que se enamoró de otra persona.

"Cuando Kate me dejó, no sabía qué hacer. Seguí bailando con ella por falta de opción. No era fácil, casi estuve por volver a casa, pero ¿qué iba a decir? ¿Y si nadie me abría la puerta? El destino tiene vueltas extrañas, y un día me puso enfrente a Gloria. Yo entré en la galería, exhausta, sin lugar a donde ir, seguía viviendo en la casa de Kate, y conviviendo diariamente con su nueva pasión. Me detuve frente a una imagen de una mujer que sonreía mirando a un bebé, sentada en medio de escombros, nunca me voy a olvidar de las palabras de Gloria "Nos hace bien relativizar." Compartir el apartamento con ella fue como haber encontrado una nueva familia."

"Anna quedó muy impresionada con Gloria", intervengo.

"¿En serio?", el asombro en la cara de Elizabeth es tan genuino que yo misma quedo perpleja.

"¿Ella anda con alguien?"

"No, no es eso, sólo no esperaba ese comentario. Pensé que..."

Completo la frase "Que yo estaba con Anna. No lo estoy, no de la forma que estás pensando. Yo adoro a Anna. Ella se está separando. Tal vez podamos combinar una cena."

"Tal vez", responde sin convicción. "¿Y Antonio?"

"Una farsa, para poder ir a aquella fiesta, a veces yo también hago lo que los demás esperan que haga", profiero con una sonrisa, "¿Y tú? ¿Rafael?", ya que este es el momento de revelaciones decido arriesgar.

"Rafael es un idiota, cree que el mundo existe para servirlo, nunca conocí a nadie así. No te voy a contar ahora, no hoy."

"¿No salen?", insisto.

"¿Qué? ¡No! Digamos que él me chantajeó y yo cedí. Me vio bailar en el club, me amenazó. Me vio en tu cabaña. ¡Es un mierda!"

"¿Y la mujer del bar?", hago la pregunta en un tono ligero que en nada corresponde a lo que estoy sintiendo. No sé por qué, pero creo que esta es la pregunta definitiva.

"Luiza."

"Lo sé, hablé con ella y con su marido en la fiesta", respondo prontamente. "¡Aquella fiesta fue un pozo de sorpresas!"

"¿Qué quieres que te diga? Tú lo viste." Elizabeth se sienta en la cama con las piernas cruzadas, y enciende la luz de la lámpara. No digo una sola palabra y, con mi silencio, la fuerzo a continuar. "Luiza va regularmente al club. Un matrimonio de fachada. Deseos y placeres que se pueden comprar." Una lágrima le baja por la mejilla. Con un dedo la limpio, bajando la caricia hasta el cuello. "Yo podía darle lo que ella quería, lo que necesitaba, y ella..."

"Ella permitió que pudieras hacer la carrera", concluyo una vez más.

Elizabeth se inclina como sólo una bailarina puede hacer, dobla el tronco hacia adelante, y esconde la cara. "Nunca más vas a mirarme de la misma forma", tengo que hacer un esfuerzo para entender las palabras ahogadas por la almohada.

La frase me hace recordar otra casi igual proferida por Anna. ¿Cuántas cosas pueden cambiar para siempre la forma en que miramos a alguien?

Mientras termino de vestirme para cenar pienso en la conversación que tuvimos el domingo. No volvimos a estar juntas. La llamé, y para mi asombro, aceptó, sin dudar, marcar una cena con Gloria, Carol y Anna. Ahora que llegó el momento, ya no me parece una idea tan buena. Aquel día, conversamos hasta la mañana, hablamos del pasado, y huimos del presente. Desayunamos juntas y yo salí primero, sin compromisos, sin planes, sin un después.

Cuando entro al restaurante ya están las tres sentadas y conversan animadamente. Así que me uno percibo que el tema gira en torno a Gloria y la exposición de fotografía que está preparando.

"Ustedes no van a creer, pero creo que 'el' fotógrafo es una mujer."

"¿Por qué dices eso?", Elizabeth la mira y se encoge de hombros "¿Habló contigo? ¿Ya conoces a la figura misteriosa?" Me quedo en silencio y aprovecho para observarla, con un suéter de cuello alto negro, jeans, y el cabello recogido con una pinza no sólo parece más joven sino más alegre. Tiene las mangas arremangadas y deja ver el tatuaje que tiene en el brazo, '...5,6,7,8!', sonrío sin que nadie se dé cuenta.

"Gloria, muéstrale a Jacqueline, muéstrale las imágenes que tienes", pide Anna agarrando mi brazo con entusiasmo, mientras Gloria me extiende el aparato.

"Son fantásticas", comento, "¿Van a estar en la exposición? ¿Por qué dices que es una mujer? Confieso que ya había visto las imágenes, pero por lo que entendí, todos pensaban que era un hombre."

Gloria está visiblemente satisfecha, y dice con emoción, "Intercambié unos emails con su agente, ya ni sé si es él o ella, y en cierto momento, uno de los emails traía un mensaje abajo, estoy segura de que era del propio fotógrafo. No estaba firmado, sólo tenía una 'J.', es lo mismo que está en la esquina de las fotos. No me pregunten por qué, pero era una mujer la que estaba escribiendo."

"Hombre o mujer, las fotografías son extraordinarias. Es todo, la luz, el arte, el mensaje. Cada imagen dice más sobre discriminación que mil palabras, religión, color, edad, creo que sólo falla en una cosa...", Elizabeth hace una pausa y yo no la dejo terminar la frase.

"¿En qué?"

"Las mujeres son todas lindas, y flacas...", esta vez es la llegada del mozo lo que interrumpe la conversación.

"Hablando de mujeres lindas y flacas, ¿qué tal si pedimos?", dice Anna riendo, "Yo no soy ni linda, ni flaca, pero estoy muerta de hambre", Gloria y yo nos unimos a sus carcajadas.

"¿De qué se están riendo?", con la confusión ni siquiera notamos la llegada de Carol, que me envuelve en un abrazo.

"No podías tener una llegada más oportuna, hablábamos de personas flacas."

"Y de personas como yo, siempre con hambre", agrega Anna.

"Elizabeth estaba argumentando que hay discriminación contra mujeres que no son flacas."

"Es verdad, pero también hay discriminación contra las mujeres flacas." Miro a Carol, se siguen viendo los huesos a través del escote de la camisa, pero es innegable que tiene mejor aspecto.

"¿Alguna noticia de los servicios sociales?", pregunto cambiando el rumbo de la conversación.

Antes de que Carol pueda responderme, Anna interviene, dando inicio a una conversación sobre hijos, adopciones y prejuicios, que dura hasta el postre.

"Que se jodan mis suegros, ellos y sus prejuicios. Si quieren ayudar genial, si no, no hay nada que yo pueda hacer, no voy a dejar de trabajar, no puedo, no es justo para mí ni para Amy, espero sinceramente que la asistente social entienda eso."

Capítulo 32

Martes 10 diciembre

Elizabeth

Estoy en medio del entrenamiento cuando el teléfono suena. No atiendo quienquiera que sea, tendrá que esperar. A pesar de mi decisión, el teléfono vuelve a sonar una y otra vez. Irritada con la insistencia, interrumpo lo que estoy haciendo y agarro el aparato sin siquiera ver quién es.

"Beth", es la voz de Kate, está llorando, mi corazón se dispara, pasó algo.

"¿Estás bien? ¿Qué pasó?"

"Ven conmigo, ¡por favor! Te necesito."

"¿Dónde estás?"

Llego al hospital menos de una hora después. Cuando cruzo la puerta de la sala de espera del servicio de urgencias veo a Carol. "¿Qué pasó? ¿Dónde está ella?"

"Allá dentro, fue a hacerse exámenes. Se cayó. Estábamos en el ensayo, ella saltó y cuando hizo el aterrizaje la pierna falló, la rodilla se dobló, cuando me di cuenta ella estaba en el piso retorciéndose de dolor. No sabía qué hacer, querían llamar al médico que nos da apoyo, pero yo llamé a Jacqueline", Carol camina de un lado al otro, frotándose las manos en los pantalones, sin ocultar el nerviosismo.

"¿Jacqueline está con ella?", inhalo profundamente, al menos eso, no podría estar en mejores manos.

En ese mismo momento surge en la entrada del pasillo una enfermera que se dirige a nosotras, "¿Alguna de las señoras es Elizabeth Meyer?" "¿Puede venir conmigo, por favor?", dice, cuando me identifico.

Kate está acostada en una camilla ya con la pierna inmovilizada, vistiendo todavía la parte de arriba del maillot. "Qué bueno que estás aquí."

"Vas a estar bien", es todo lo que logro decir cuando me acerco para un abrazo. Ella me jala y me da un beso en los labios.

"Elizabeth", la voz inconfundible de Jacqueline se hace oír, no había notado que estaba en la sala. "Ya le dije a Kate que va a tener que ser operada, tiene una rotura completa del ligamento lateral externo, y una lesión en el menisco."

"No voy a volver a bailar, Beth", al contrario de lo habitual, la voz de Kate suena frágil, casi un lamento.

"Todo a su tiempo", interviene Jacqueline "Todo a su tiempo."

§

Viernes 13 diciembre

La cirugía fue un éxito, pero Kate está insoportable. La novia nunca está presente, nunca la vi aquí. Por lo que entendí no consigue estar en hospitales. Yo, al contrario, pasé los últimos días en esta habitación sentada a su lado. La revista que me quería contratar marcó una entrevista, tal vez el empleo todavía esté disponible. Si no es eso tengo que inventar rápidamente otra solución, el dinero guardado no va a alcanzar para mucho más, y no voy a quedarme viviendo a costa de Gloria.

"¿Realmente no vas a volver a bailar?", en los últimos días Kate ha insistido en esta tónica.

"Yo no, me cambiaste por tu novia, ¿te acuerdas? Pero tú vas a volver", respondo cansada de la misma conversación.

"Disculpa." Si esta fuera la peor cosa que Kate ya me hizo, debería pedirme disculpas por tantas

otras, pero eso ahora no importa.

"La semana que viene empiezas la fisioterapia, y en nada vuelves", respondo ignorando su pedido de disculpas.

"Tal vez vuelva, o tal vez no, pero el espectáculo tiene que continuar."

Con la lesión de Kate, el teatro interrumpió las presentaciones durante una semana.

"Carol va a encontrar a alguien."

"Tal vez no sea necesario buscar."

"¿Cómo así? ¿Ya hay alguien para sustituirte?"

"¡Tú!"

"¿Qué? ¿Yo?", pregunto levantando la voz.

"Carol estuvo aquí anoche, vino con Jacqueline. Está devastada, no hay nadie que pueda hacer mi parte, el presupuesto es bajo, y ella necesita que el espectáculo sea un éxito, es su regreso, es su reputación. Si la vieras, estaba mucho peor que yo. Le sugerí que hablara contigo. Tú ya entrenaste todos esos movimientos, es parecido a lo que hacíamos en el espectáculo que teníamos en el club, no este último, sino el otro de antes, ¿te acuerdas? ¿Qué hora es?", pregunta de la nada.

"Casi las tres", respondo mirando el reloj.

"Carol viene para acá, debe estar por llegar. Por favor, ve con ella y haz una audición."

Vuelvo al hospital, quería hablar con Kate y darle las novedades en primera mano, pero cuando entro en la habitación, ella está profundamente dormida, la televisión encendida en un canal de música y todas las luces prendidas. Apago la televisión y las luces, le doy un beso leve en la frente y salgo.

"¡Beth!", me giro sorprendida por oír llamar mi nombre.

"¡Anna!"

"Disculpa no quería asustarte, vine a ver a Jacqueline y me iba a despedir de Kate, antes de irme", camino en su dirección y la saludo con dos besos.

"Está durmiendo. ¿Quieres beber algo? ¿Un café, en el bar?", no sé qué se me pasa por la cabeza para hacer la propuesta, pero ya está.

"Claro, pero podríamos cambiar el bar por el café aquí enfrente, siempre es más simpático", sonrío y avanza a mi lado, agarrándome del brazo con una cercanía inesperada.

Sentadas frente a frente, no con un café, sino con un té humeante frente a nosotras, le cuento lo que pasó en la audición con Carol.

"Ella es una persona increíble, lástima que haya dejado de bailar. O tal vez no, tal vez ser coreógrafa sea su verdadera vocación. Espero que el proceso de adopción termine pronto, esta situación la desgasta cada día", Anna interrumpe lo que está diciendo, y tengo la sensación de ver lágrimas en sus ojos.

"Tienes un hijo, ¿verdad?"

"Lucas", me extiende el teléfono y me muestra una foto de ella misma con un joven rubio de rizos sonriendo con el brazo sobre sus hombros. "Está en Múnich con Gill."

"Cuando te separes ¿con quién se va a quedar?" inmediatamente me doy cuenta de que fui inconveniente, yo y esta manía de hablar sin pensar. "Disculpa. Jacqueline me comentó que tú y Gill se iban a separar. Disculpa, no tengo nada que ver con eso."

"No tienes por qué disculparte, es verdad. Lucas se queda con ella. Quiero convencerme de que es lo más obvio, él tiene la escuela, los amigos, todo allá, pero..."

Esta vez soy yo quien concluye la frase de otra persona "Pero crees que él prefiere a la otra madre."

"Fue ella quien estuvo embarazada."

"Tú estuviste ahí desde siempre."

"Es verdad, y él siempre dice que se parece mucho más a mí que a ella. Veremos. ¿Y tú?"

No entiendo el ámbito de la pregunta, recién estuvimos más de media hora hablando sobre mí. "¿Yo qué?"

"Es mi turno de pedir disculpas, pero voy a preguntar igual, si no quieres no respondas, ¿tú y tu madre?"

"Conoces a mi madre, ¿verdad? Entonces sabes que no hay nada que hacer. Ella siguió su vida como pudo y yo seguí la mía, son caminos que no se encuentran, hay demasiado dolor. Vamos a cambiar de tema", digo desviando mi mechón azul detrás de la oreja, "¿Jacqueline está bien? Hace más de una semana que no la veo." No resisto oírla hablar sobre Jacqueline.

Anna me mira, tiene una intensidad casi perturbadora en la mirada, bebe un poco de su té y no parece interesada en responder. "Jack es la mujer más excepcional con la que me he cruzado. No hay un día en que no me cuestione si nuestro destino podría haber sido diferente", inspira profundamente y suelta el aire despacio, "Pero no lo fue. Hicimos elecciones, y la mía fue renunciar a ella", vuelve a mirarme fijamente, "No hagas lo mismo."

§

Domingo 15 diciembre

Es la primera vez que voy a estar con ella durante el día, sin ser en clases u hospitales, medito, mientras espero que Jacqueline llegue. La conversación con Anna me hizo pensar en aquello que siempre evité, desde mi primer encuentro con Jacqueline, el futuro. Sin darme tiempo para más divagaciones, la veo entrar.

"Hace frío", profiere sentándose a mi lado, sin quitarse el abrigo y sin saludarme.

Miro a través del plástico que rodea la terraza, y veo el mar en su verde de invierno, ondulando mecánicamente frente a nosotras. La arena de la playa vacía tiene un color más anaranjado fruto de los rayos de sol que pasan entre las nubes. "Frío, pero lindo", respondo sin saber cómo continuar.

"Kate está genial, debe salir mañana."

"Gracias."

"¿Gracias por qué? ¿Por hacer mi trabajo?"

"No, por estar aquí." Sostengo su mano sobre el tablero de la mesa, lo que hace que me mire, por primera vez desde que se sentó.

Por un momento deja nuestras manos juntas, pero enseguida retira la suya, "No podemos continuar. Tú estás con Kate, con Luiza, con Rafael, puedes estar con todos, yo no soy nadie para juzgarte, pero no consigo formar parte de eso."

Jacqueline se levanta y yo, como movida por un resorte, me pongo de pie. "Espera, por favor, no te vayas", ella me mira y después mira hacia afuera a la línea del horizonte, y vuelve a sentarse. "Yo no estoy con Kate. Sé que la viste besarme, ella es así, cree que le pertenezco, que voy a estar siempre disponible, y tenía razón, lo estuve, durante todos estos años bastaba que chasqueara los dedos, pero se terminó. Kate forma parte de mi vida, de lo que soy, pero no estamos juntas. Creo que me entiendes más de lo que quieres admitir. En cuanto al resto, no es justo que digas eso, nunca estuve con Rafael, y Luiza, Luiza..."

"Disculpa, no sé por qué dije eso. Te vi con Kate, y ella no para de hablar de ti."

"¿Celos?", me arriesgo a reír.

"No tengo celos, nunca", responde, sin ocultar una sonrisa. "Es muy temprano para un whisky,

¿tal vez un café?", la veo suspirar, los hombros caen, y me doy cuenta de que está relajando. "Anna pasó por mi casa, y me contó vuestra conversación." Qué rápido corren las noticias, no logro dejar de pensar. "¿Debo darte la enhorabuena? ¿Realmente vas a dejar el Programa?"

"Acepté la invitación de tu hermana para participar en el espectáculo, me quedo con el papel de Kate, aunque Carol lo haya modificado para que sea más corto, y bastante más fácil. Me encanta bailar, y encima me pagan por eso."

La llegada de los cafés y las tostadas interrumpe la conversación durante algunos minutos.

"No me respondiste", insiste aún masticando.

"No voy a volver, no puedo. Pero no dejé de pensar en lo que me dijiste sobre medicina."

"Elizabeth", presiento que no me va a gustar lo que me va a decir, "Yo no consigo. En otro momento, en otras circunstancias nuestra historia podría ser otra, pero ahora, yo no consigo."

"Pero...", Jacqueline no me deja hablar.

"Sé lo que vas a decir, yo siento lo mismo, no puedes tener dudas de eso, no puedes tener dudas de lo que vivimos en aquel cuarto, pero yo no puedo, no lo consigo. Tal vez un día, tal vez nos encontremos por ahí, pero por favor no me busques."

Me quedo viéndola alejarse sin intentar detenerla, sin argumentar.

Capítulo 33

Jueves 19 diciembre

Jacqueline

Me pongo el abrigo y veo mi imagen reflejada en el espejo. Anna debe estar tocando el timbre. Cuando llegamos a la galería veo inmediatamente a Gloria, que nos hace señas desde el fondo de la sala, abriéndose camino hacia nosotras entre los muchos invitados ya presentes.

"Está increíble", dice Anna, dándole un abrazo. Intercepto una sonrisa cómplice, y también sonrío, estas dos se han estado encontrando casi a diario.

Arrastrándonos literalmente tras ella, Gloria va al encuentro de la curadora, que insiste en mostrarnos cada detalle. Nos detenemos en una pared donde brillan algunas fotografías de Gloria, y escuchamos una explicación pormenorizada sobre cada una de ellas. Podría quedarme aquí el resto de la noche, es fascinante.

Veo el asombro reflejado en el rostro de Anna, que súbitamente interrumpe la explicación que estamos oyendo, sin contenerse "¡Francesca!", profiere en un grito alegre, corriendo hacia la puerta.

Después de algunas explicaciones y muchas disculpas, también me uno a ellas. No es que esté sorprendida, yo sabía que ella venía, pero no nos vemos hace mucho tiempo. Nada ha cambiado, es de esas mujeres que hace detener todo lo demás, que hace girar todas las cabezas, callar todas las voces, y en realidad ni sabría decir por qué.

Me toma en sus brazos y sin preámbulos me besa en los labios. "J., querida, ¡qué nostalgia!", mantiene el brazo alrededor de mi cintura a medida que avanzamos por la sala. Unos metros más adelante, parada con una copa en la mano, Elizabeth. Tiene los labios ligeramente entreabiertos, y el cabello recogido atrás, peinado con gel. Por la expresión deduzco que haya visto la entrada efusiva de Francesca. Opto por fingir que no la vi y avanzo. La sala está cada vez más llena, esta exposición está causando furor.

Anna me jala hacia un rincón, abandonando a Francesca a los encantos de Gloria. "¿Ya viste quién está allí?", apunta discretamente hacia un grupo de personas. Están lejos, y en un primer momento, no los reconozco, pero luego identifico primero a Grassi con alguien que deduzco que es su mujer, y justo al lado, nada más y nada menos que Rafael, su padre, Luiza y su marido. Era todo lo que no necesitaba esta noche.

Indiferente a mis angustias, Francesca se une a nosotras, "¿Qué tal a Ben le está gustando el apartamento?"

Quien responde es Anna "Le encanta. Tomó la cocina como suya, y es el rey. No te imaginas, ya es el bicho más popular de la calle. ¡Que lo diga yo! El otro día salí con él, y hubo más gente interesante hablándome que en la mayoría de las fiestas a las que voy", suelta una carcajada tan característica.

"Alexis fue incansable. Agradécele de mi parte", afirmo solemnemente mirando a Francesca.

"¡Ya le agradecí!", responde sin agregar nada más.

Las miro a ella y luego a Anna, y las tres reímos a carcajadas, Francesca siempre será Francesca.

"Tengo algo que decirte, que todavía no sabes", si fuera sólo una cosa, pienso, "¿Te acuerdas de la historia que me contaste de la chica que salió de la escuela por causa de Carl? Te pareció extraño y me dejaste la duda. Le conté lo que sabía a Alexis, y ella puso su máquina de información a funcionar. Nunca entendí cómo logra tanta información, debe ser generosa en las recompensas", reímos otra vez, "Lo cierto es que descubrió a la chica y habló con ella. Había pruebas de que él realmente hacía comentarios racistas, y no fue sólo con esa chica. Al final reunió testimonios de más de una decena de jóvenes, incluso de la escuela donde él estuvo antes

de esta. Carl está suspendido y corre el riesgo de ir preso. Alexis es un hueso duro de roer, no descansó hasta que no abrió un proceso criminal, está empeñada en hacer de todo esto una historia que sirva de ejemplo. Tú sabes que no me gusta Olga", Francesca se gira hacia mí y deposita un beso en mis labios, "No logro entender cómo podías estar con ella."

"Es pasado."

"Y ya no era sin tiempo. Pero, aun así, incluso no gustándome ella, no le deseaba estar metida en esta confusión. También está suspendida. Una cosa tengo segura, se va a mantener bien lejos de ti. Pero, basta de hablar de cosas tristes, ¿cuéntenme cómo están ustedes? Es bueno verlas juntas." Francesca es pródiga en pasar de unas conversaciones a otras, sin ninguna pausa, es una película continua, que rueda a la velocidad de sus propias ideas. "Anna me habló de alguien que logró perturbarte, J."

"No lo puedo creer", digo dándole una palmada en el brazo a Anna, que se dobla, fingiendo estar adolorida, mientras se ríe perdidamente.

"¿Pensaste que iba a guardar ese secreto, de ella? ¡Nunca! No quiero a Francesca en mi contra, jamás."

"Chicas, paren, se entienden después como quieran, ahora ¿quieren hacer el favor de explicarme quién es ella? Estoy curiosa."

"Allí", dice Anna, apuntando con el mentón en dirección a Elizabeth. "¿Ves allí, de negro, con el cabello azul? Es el rayo que alcanzó el corazón de Jack. Ella dice que no, que sólo fue una aventura. Le dijo a la desgraciada que no la quería ver más, mira si puede, ¡pobre!"

"Entonces el caso es serio", responde Francesca, mirando discretamente en dirección a Elizabeth. Podría jurar que ella tenía los ojos puestos en nosotras, pero no me arriesgo a levantar otra vez la cabeza para confirmar.

Cerca de las fotografías del famoso fotógrafo misterioso, cuatro imágenes de mujeres en blanco y negro en poses sensuales, sin revelar nada a los sentidos y deslumbrando la imaginación, Elizabeth conversa con Gloria.

"¿Ya se sabe de quién son?", indaga Anna, disimulando una sonrisa.

"Creo que no", respondo avanzando unos pasos para conseguir oír lo que dicen, sin que ellas me vean.

Percibo que Gloria discurre sobre sus varias teorías relativas a la identidad del fotógrafo, pero yo dejo de escucharla, cuando capto en el aire una frase proferida por Elizabeth, "Extraña esa nueva fotografía, casi me hace creer en coincidencias." Su mirada está fija en la imagen de dos mujeres acostadas lado a lado, con los brazos entrelazados sobre la cabeza haciéndose caricias en el cabello una a la otra, de tal forma que los rostros quedan escondidos por los codos doblados. Una de ellas tiene un cuerpo perfecto, escultural y la otra un cuerpo obeso, la fotografía no oculta los pliegues flácidos del vientre y de los muslos, en una realidad tan cruda que se vuelve bella.

"Estas cosas son importantes, mucho más de lo que podemos anticipar. Cuando miro no logro dejar de pensar en Junior", a pesar de estar hablando bajo, la voz de Grassi es perfectamente perceptible. Nunca anticiparía que él podría admirar este tipo de arte.

"Afortunadamente él siempre tuvo apoyo para hacer todo lo que quiso. ¿Te acuerdas de él de niño, de las primeras veces que habló con nosotros? ¿Crees que se siente discriminado?" aunque nunca la haya visto antes, es sin duda la mujer de Grassi.

"Creo que sí, y me incomoda no ser capaz de hacer más por mi hijo." Sin que yo lo espere, Grassi se da vuelta y queda frente a mí "Jacqueline, qué sorpresa, no sabía que venías." Mira a la mujer a su lado, que me dirige una sonrisa, "Mi mujer. Esta es Jacqueline de quien tanto hablo, la mejor", afirma mirando ora a ella ora a mí, haciendo las presentaciones.

Gloria se acerca a nosotros y sonríe de forma cómplice a Anna, que se aleja tras ella, dejándome entregada a Grassi y a la sorpresa de aquella revelación.

La noche ya va larga cuando en un escenario improvisado Francesca pide la palabra.

"Muchos de ustedes me conocen, por razones diferentes en contextos también muy distintos, lo que pocos saben es que esta noche estoy aquí en una misión muy especial, tengo el placer de representar a la persona que tomó las fotografías que todos están comentando, para decir bien, para decir mal, pero no hubo nadie indiferente, esa es nuestra misión."

Se hace oír un coro de aplausos, de tal forma ruidoso que obliga a Francesca a interrumpir lo que está diciendo.

"Como agente, no puedo estar más contenta. Las fotografías están todas vendidas, puedo anunciar que esta va para el Centro Georges Pompidou", dice apuntando a la fotografía de las dos mujeres con velos islámicos, "Esta para Nueva York, y esta para la Fundación que presido en Italia. La última fotografía de esta serie, va para una coleccionista particular, que prefiere mantener el anonimato." termina apuntando a la fotografía de la mujer obesa."

Una vez más la sala casi se viene abajo, con los aplausos.

"Ya sería extraordinario todo lo que les dije, pero tengo aún algo más para compartir con ustedes, fueron divulgados los premios de fotografía del festival de Chicago, y la fotografía ganadora del premio del jurado es esta", Francesca tiene lágrimas en los ojos cuando vuelve a levantar el brazo para apuntar a la fotografía.

Paso el dorso de la mano por la cara, intentando disimular las lágrimas que corren. A mi lado, Anna aprieta mi brazo, del otro lado de la sala, los ojos de Elizabeth encuentran los míos.

Capítulo 34

Jueves 19 diciembre

Elizabeth

Cuando Francesca termina su discurso la sala es invadida por una atmósfera increíble. Los grupos vuelven a dispersarse, pero nadie consigue hablar de otra cosa. Sólo cuando la vi allí, frente a todo el mundo, es que me di cuenta, que ella es la misma mujer que fue presentada como mecenas del Programa, la italiana, magnate de la tecnología. Como si las piezas encajaran todas de una sola vez, el rompecabezas queda completo en mi cabeza. Las palabras de Rafael, la necesidad de mantener a Jacqueline en el Programa, su padre hablando de concesiones, todo tiene sentido. Esta es la amiga de Milán.

Después de rodar entre unos y otros finalmente veo a Francesca encaminarse hacia el balcón. Viendo que nadie la acompaña acelero el paso.

Apoyada en la barandilla con un cigarrillo entre los dedos, suelta una nube de humo, y sin voltearse dice "Me estaba preguntando cuándo vendrías", se gira y me encara, besándome en la mejilla.

"Deduzco que no sean necesarias presentaciones", me llevo la mano a la frente para apartar el cabello de forma automática, sin recordar que está sujeto con gel. "Disculpe aparecer así, pero tengo algo que necesito decirle", suspiro profundamente intentando ganar coraje, ahora es tarde para arrepentimientos. De la forma más coherente que consigo reproduzco todo aquello que Rafael me dijo, sin omitir mis recelos de que Jacqueline acabe perjudicada con todo lo que pasó. "No retire el apoyo al Programa. Jacqueline no va a salir sólo porque yo salí, esto es la vida de ella, el sueño de ella", concluyo exhausta.

"Tal vez", dice, como si una palabra fuera la respuesta que se espera tras mi largo monólogo. "Tienes razón, es la vida de ella, pero no es el sueño." Saca otro cigarrillo de un paquete fino, de color dorado, que parece hecho a propósito para ella, y me lo extiende "¿Quieres?"

Acepto, por la simple incapacidad de rechazar.

"Entiendo lo que J. vio en ti.", la frase es corta, y ella no parece creer que necesite dar ninguna otra explicación. Sin decir nada más, apaga el cigarrillo casi entero, y vuelve adentro, dejándome clavada al piso.

Me siento mucho más ligera, parece que retiré el peso del mundo de encima de los hombros. Llegó la hora de actuar, es mi turno de dejar el mundo un poco mejor, inhalo profundamente y suelto una última bocanada de humo, antes de yo también entrar en la sala. En línea recta, atravieso por entre los presentes hasta llegar junto al grupo en el que se incluyen Grassi, Rafael, su padre, Luiza y su marido, y algunas otras personas que no conozco. Curiosamente, o tal vez no, todavía no nos habíamos cruzado esta noche. Sin parar a pensar avanzo en dirección a Luiza y la beso en la boca, agarrándola por la cintura. "Querida, hace cuánto tiempo, qué bueno encontrarte aquí. ¿Cuándo nos encontramos? ¿Esta semana? ¿En el hotel?" El silencio a nuestro alrededor es glacial. "Disculpen, una vieja amiga que no veía hace mucho tiempo. Espero no haber interrumpido vuestra conversación." Sin que nadie tenga capacidad de reaccionar, doy media vuelta y me alejo con una sonrisa. Francesca está parada al lado de Jacqueline y contemplan la escena, también ellas con una sonrisa. Me acerco, "¿Quieres venir?", pregunto poniendo la mano en el brazo de Jacqueline.

"J., después de esto no tienes cómo negarte. Hablamos mañana," responde Francesca como si la pregunta se dirigiera a ella, "Si puedes", agrega riendo.

"Anna...", Francesca no la deja terminar la frase.

"Yo me encargo, si es que ella necesita", gira la cabeza y nos hace acompañar su mirada con la

nuestra, sentadas en uno de los sofás, Anna y Gloria riendo a carcajadas, con la mano de una posada sobre la de la otra.

Salimos juntas, sin despedirnos de nadie más. "¿A dónde vamos? ¿Tomamos un taxi al hotel?", me siento inundada de una confianza que no pensé que existiera. Quiero estar con ella, y no voy a dejar de luchar por eso, hasta el día en que sea ella quien me diga que no me quiere. No que no puede, que no debe, sino que no quiere, hasta entonces voy a hacer lo que esté a mi alcance para mostrarle que puede ser una buena idea, la mejor idea.

"No quiero ir al hotel, tengo una idea mejor." Sin explicar lo que tiene en mente empieza a caminar, recorreremos varias manzanas, hasta parar frente a la puerta de un edificio antiguo. "¿Subimos?"

El apartamento es acogedor, una versión suave de la propia Jacqueline. Es fácil identificar trazos de ella en los muebles, en las fotografías y en los cuadros dispuestos en las paredes, es la representación de su lado más cálido, pienso, a pesar de no tener gran posibilidad de contemplar el espacio dado el entusiasmo de Ben con mi visita. Me arrodillo en la alfombra, y sumerjo las manos en su pelaje suave, apoyando la cabeza, podría quedarme aquí para siempre, pero hoy los planes son otros.

Jacqueline, que había desaparecido hacia adentro, retorna a la sala, vistiendo unos jeans y una camisa. Los pies descalzos le dan un toque de fragilidad que me hace pensar en la noche del hotel, en sus lágrimas, en su desesperación. No volvimos a hablar sobre eso, de hecho ni sobre eso, ni sobre casi nada, esa es nuestra historia, sexo, pasión, y pocas palabras.

"¡Felicitaciones!", profiero sonriendo.

"Felicitaciones, ¿por qué?" pregunta frunciendo el ceño.

"¡Por el premio!"

La sorpresa en su rostro es casi inmediatamente reemplazada por una sonrisa cómplice. Se encoge de hombros, y se sienta en el piso a mi lado.

"¿Cuántos secretos más?", jalo los almohadones que están en el sofá hacia el piso y me instalo cómodamente.

"¿Quieres beber algo?", pregunta poniéndose de pie.

Me levanto también, quedando otra vez sentada y le agarro el brazo, "Hoy, no. Hoy es sin ayudas. Bebimos champán, y basta." Ella no parece tener ganas de discutir. La jalo hacia abajo y nos instalamos acostadas en la alfombra con Ben junto a nuestros pies. "El otro día, en aquella noche en el hotel..."

"No quiero hablar sobre eso, por favor, puedes olvidarlo", giro el rostro en dirección a la ventana. Paso el brazo por encima de su pecho, intentando mostrarle que estoy aquí para ella.

"Tenemos que hablar. ¿Cuántas veces haces aquello?"

"¿Qué? ¿Llorar en los brazos de alguien? ¡Nunca!"

"No, beber hasta caer."

"Muchas. A veces necesito olvidar todo, para poder volver al día siguiente. Marcus es un buen amigo."

"No lo dudo. Pero no entiendo", no completo y dejo que haya un momento de silencio. La estrategia surte efecto y ella se voltea hacia mí. Tiene el rostro suave y la respiración calma.

"¿Qué es lo que no entiendes?"

"¿Qué es lo que quieres a toda costa olvidar?"

"Una vida llena de mentiras, una obra de teatro que nunca termina."

"Tienes que darme el descuento de haber entrado en la sala ya después del intervalo." Mis palabras le arrancan una carcajada que distiende un poco el ambiente.

"¿Qué quieres saber?"

"Todo. Todo mismo, especialmente aquello que no quieres contar."

"¿Ya pensaste en hacer el internado en psiquiatría?"

"Muchas veces", la respuesta es dada en tono de broma, pero no podría ser más en serio.

"Aquella noche dijiste algo que no conseguí olvidar, pero no logro entender."

"¿Sólo una cosa?", ironiza.

"Dijiste que no te entregas a nadie. Que la persona que habías sido cuando estuviste conmigo no eras tú."

"Tal vez esas sean mis mejores actuaciones."

"Déjame contarte una historia, la primera vez que Luiza me besó, no sabía qué hacer, quería huir y al mismo tiempo quería quedarme. Era tan diferente de todo lo que había experimentado con Kate. Me acuerdo que estábamos detrás del escenario, en los vestuarios, ya tarde, ella había ido hasta allá como hacía muchas veces, pero ese día fue más lejos. Sentía los labios en los míos y no conseguí parar de pensar, yo nunca voy a conseguir, nunca voy a conseguir entregarme a esta mujer. Unos días más tarde me invitó a ir con ella al hotel, dejé que las cosas sucedieran y poco después estábamos en una habitación. Aquella noche, esa mujer, casi desconocida, se entregó a mí de una forma tan plena, que quebró mis barreras. En aquel momento ella me confiaba su cuerpo, su alma, la tomé como mía y me entregué a su placer, que se volvió mío también. Luiza forma parte de mi pasado, pero me enseñó mucho."

"Tal vez nuestras historias sean parecidas, yo tuve muchas Luizas, muchas mujeres que se entregaron a mí, que tuvieron placer en mis brazos, creo que la diferencia es que yo nunca conseguí entregarme a ninguna de ellas. Siempre que lo intento, la imagen de Anna se atraviesa y con ella el dolor de su partida, y listo, se acaba ahí."

"Dijiste que ya no te podía alcanzar."

"Lo dije, y es verdad."

"También dijiste que ella era el mejor remedio, pero no me explicaste, ¿remedio para qué?", sé perfectamente que estoy estirando la cuerda. Mi corazón late descompasado, afortunadamente Ben se durmió y su respiración profunda me da un punto de tranquilidad.

Me apoyo en el codo para poder desabrocharle la camisa con la otra mano, bajo un poco más y abro los botones de los pantalones, tocando con la punta de los dedos en el interior. Ella no lo facilita, pero tampoco me lo impide. Termino lo que estoy haciendo, dejándola sólo en bragas y sostén. Me descalzo, pero no me desnudo, y vuelvo a acostarme en el piso. Sin tocarla recorro cada centímetro con los ojos, sintiendo la excitación apoderarse de cada una de nosotras. La beso delicadamente, apoyo los labios en los suyos y poco a poco introduzco la lengua entre ellos, sintiendo su sabor. Jacqueline gira el cuerpo sobre el mío, sin dejar de besarme y jala mi suéter, intentando quitármelo. La ayudo a completar la misión y tiro el suéter lejos. Inmediatamente pone las manos en mis pantalones "Desvístete", pide como si fuera lo obvio a hacer.

"No." Hago que nuestros cuerpos giren otra vez y quedo acostada sobre ella. Paso los dedos en la parte interna de sus brazos, del codo a la muñeca, y posiciono ambos estirados al lado de su cabeza. La suelto, pero ella no se desvía de la posición. Fijo la mirada en la suya, una sonrisa es todo lo que necesito para saber que este es el camino correcto. Me deslizo por su cuerpo besándola en el cuello, sobre la línea de los hombros, en el pecho. Sin oposición, abro el sostén y expongo ambos pezones tomándolos en mi boca. Debajo de mí siento su cuerpo estremecerse a cada movimiento, miro hacia arriba, y sonrío al ver que los brazos continúan en la misma posición. Paso las manos por su vientre y dibujo círculos de besos alrededor del ombligo.

"Date vuelta", digo bajito. Durante lo que me parece una eternidad ella no se mueve, soy

atravesada por una onda de pánico, sobrepasé el límite. Trayéndome de vuelta a la realidad, siento su cuerpo girar debajo de mí. En esta posición ella no me consigue ver, tiene la cabeza acostada sobre una de las almohadas y el rostro en dirección a la ventana, aunque lo más probable sea que tenga los ojos cerrados. Recorro su espalda de la misma forma que antes acaricié su pecho, mezclo caricias con besos, dejo que la lengua se deslice dejando un rastro mojado, que inmediatamente toco con mi propio cuerpo, dejando que mis pezones recorran su piel. Es inevitable tocarle las piernas, los muslos y subir hasta la pelvis, rodeando la tela de las bragas. Cada vez es más difícil contener lo que siento. Respiro hondo, un segundo antes de ponerme de pie para poder desvestirme. Jacqueline vuelve a girarse, y fija los ojos en mi cuerpo, desnudo frente a ella. Las pupilas están dilatadas y hay un brillo de lujuria en su mirada. Sin desviar los ojos se quita las bragas, quedando también ella desnuda. Separa las rodillas sin decir absolutamente nada. Me posiciono entre sus piernas y la toco por primera vez.

"¡Beth!", mi nombre mezclado con su gemido es casi demasiado. Intensifico los movimientos, exploro las sensaciones y la dejo sentir cada momento.

"Beth, ¡no voy a aguantar!"

Capítulo 35

Epílogo

Jacqueline

Ella atiende al primer tono, hay cosas que nunca cambian.

"J., ¿cómo sabías que te iba a llamar pronto?", oír la voz de Francesca es suficiente para hacerme sonreír.

"Me lo imaginé. Ya no hay cómo esconderlo, ¿verdad?"

"¿Quieres esconder a aquella que es considerada una de las personas del año? ¿Estás loca? ¿Más loca de lo que siempre fuiste? ¿Tienes noción del valor de cada una de aquellas fotografías?", Francesca hace preguntas una tras otra, apenas por el simple placer de oírme replicar.

"Bueno, si es así, yo voy a Nueva York." afirmo riendo como si hubiera sido difícil convencerme. "Traje de gala, discursos y sonrisas para las cámaras, todo a lo que tenemos derecho."

Oigo un ruido intenso, y no logro entender lo que ella está diciendo. "Jack, Jack, ¿estás escuchando?", la voz de Anna suena del otro lado de la línea.

"¿Qué estás haciendo ahí?"

"Eso no importa nada, ¡vamos a Nueva York! ¡Finalmente la mejor fotógrafa del mundo va a tener el reconocimiento que merece! Gloria está aquí mandándote besos."

Sin darme oportunidad de decir nada, me doy cuenta de que Anna ya no está al teléfono, y oigo de nuevo la voz de Francesca.

"Disculpa, pero ella me arrancó el teléfono de la mano."

"¿Cómo están ellas?"

"Genial. Gloria ya conoció al equipo de la Fundación, creo que va a ir maravillosamente. Anna extraña a Lucas, pero está bien. Él viene a Milán en las vacaciones, y todo acabará por encajar. ¿Y tú? ¿Qué tal va nuestro Programa?"

"Terminando. Seis meses pasan en un abrir y cerrar de ojos. Grassi siempre igual a sí mismo, pero las salidas de Rafael y Elizabeth dejaron marcas. Qué bueno. Hay cosas que tienen que ser habladas, el grupo se volvió más sólido, crecimos todos, yo incluida."

"Sin concesiones."

"Sin concesiones", respondo riendo, "Ahora eres tú quien paga, eres tú quien manda", concluyo con otra carcajada. "Hablando en serio, Mia parte hacia Venezuela, la semana que viene. Un brindis a nuestra primera misión."

"No sé si tienes un vaso en la mano, pero yo le doy un sorbo a mi champán por ti también", responde Francesca sin dudar.

"El CTC está abierto y va a estar funcionando en 6 meses. Sólo espero que los próximos seis meses no sean tan agitados como los últimos."

"¿Es una queja?"

"No, para nada. Sólo una reflexión de alguien que encontró la paz que buscaba."

"Hablando de paz, ¿cómo está Elizabeth?"

"Elizabeth no para un instante. El espectáculo es un éxito, y Beth se volvió la mano derecha de Carol, insustituible. Fue admitida en el internado de psiquiatría, empieza el próximo año. Vas a tener oportunidad de saber todas las novedades por boca de ella, vamos juntas a Nueva York."

"¿Juntas?"

"Puedes prepararte para las primeras páginas de los tabloides", es todo lo que profiero riendo.

"Te enamoraste, J."

[fin]

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Acerca de la autora](#)

[Libros en esta serie](#)



@maggymcandrew

Acerca del autor

Maggy McAndrew



Maggy McAndrew es médica, madre de cinco hijos y una apasionada escritora afincada en Lisboa. Con un diverso portafolio que incluye publicaciones científicas y cautivadoras obras de ficción, el verdadero amor de Maggy reside en crear desgarradoras novelas de romance lésbico. Basándose en su amplia experiencia en el campo de la medicina y en entornos académicos, entreteje hábilmente "rebanadas de la vida diaria" con las complejidades de la dinámica hospitalaria y universitaria.

La perspectiva única de Maggy y su aguda comprensión de las relaciones humanas le permiten crear historias auténticas y emocionalmente resonantes que muestran las alegrías, desafíos y triunfos de las mujeres que aman a las mujeres. Sus novelas ofrecen una representación poderosa y sin disculpas del amor lésbico en todas sus formas.

Para mantenerse en contacto con Maggy y recibir ofertas exclusivas, extractos gratuitos de sus próximas obras y las últimas noticias sobre su trayectoria como escritora, por favor, escríbale a maggy.mcandrew@gmail.com. Ella valora la oportunidad de interactuar con sus lectores y agradece cualquier comentario, opinión o pregunta que pueda tener.

Autora de
VERDADES NO DICHAS
PASIONES IMPREVISTAS

@maggymcandrew

Libros en esta serie

Sphere España

La serie Sphere incluye un conjunto de novelas lésbicas con historias independientes ambientadas en la actualidad, que reflejan la realidad de varias mujeres lesbianas en el entorno médico y universitario.

El punto de unión de estas historias es la existencia de la "Sphere."

La "Sphere" es un grupo formado por mujeres, en su mayoría lesbianas, de toda Europa. Fue fundado en Francia, en la década de 1920, por una estadounidense que, durante su estancia en París, formó un grupo compuesto por mujeres prominentes en diversas áreas de las artes y las ciencias, que se reunían para discutir asuntos profesionales, conversar o, en algunas ocasiones, para poder tener relaciones en un espacio seguro. El secreto del grupo se mantenía por la necesidad de cada uno de sus miembros de proteger su propia identidad. Con el paso del tiempo, el grupo se fue ampliando y pasó a contar con mujeres notables en varios ámbitos, y sobre todo con muchas mujeres en puestos de poder, tanto a nivel económico como político. Los miembros del grupo se ayudan entre sí, intercambian influencias y mantienen el propósito original de promover espacios seguros para mujeres lesbianas.

Verdades No Dichas

En los pasillos del Hospital Central, dos brillantes doctoras se encuentran en una colisión con el destino. Olivia, la nueva directora clínica del hospital, está decidida a adoptar un enfoque más compasivo en su liderazgo, incluso mientras navega por los desafíos de un matrimonio asfixiante y una relación íntima y secreta con una mujer poderosa. Julia, una renombrada cirujana cardiorrácica, no podría ser más crítica con respecto a la visión de Olivia, pero sus acaloradas discusiones despiertan una innegable atracción.

A medida que las vidas de Olivia y Julia se entrelazan cada vez más, deben enfrentar los secretos, deseos y traiciones que amenazan con consumirlas. Desde el quirófano hasta sus casas, su pasión empuja los límites de su rivalidad y pone a prueba sus corazones.

Camila, la esposa de Julia, lidia con sus propios demonios, que nos llegan a través de sus conversaciones con su psiquiatra.

A través de los relatos en primera persona de Olivia y Camila, los lectores se sumergen en un mundo de relaciones complejas, luchas personales y la búsqueda de la identidad y la felicidad.

"Verdades No Dichas" es una cautivadora historia de amor, ambición y caminos inesperados que nos llevan a nuestro verdadero yo. Sumérgete en las crudas emociones y las íntimas revelaciones de Olivia, Julia y Camila, mientras navegan por las complejidades de sus relaciones, carreras y el poder transformador del amor en todas sus formas.

Prepárate para una poderosa historia de corazones rotos y lazos inquebrantables que nos unen.

"Verdades No Dichas" es una lectura obligatoria para quienes creen en la resiliencia del corazón humano y en la valentía de abrazar el amor, incluso en circunstancias difíciles.

Pasiones Imprevistas

En un mundo donde el amor verdadero parece imposible, Simone, una brillante filósofa, se encuentra consumida por el dolor tras la pérdida de su gran amor, Lisa. Sumida en un océano de recuerdos, busca consuelo en las palabras, creyendo que solo a través de la escritura podrá liberar las pasiones ocultas que arden en su interior.

Pero el destino tiene otros planes cuando Nicola, una seductora profesora italiana con un pasado misterioso, irrumpe en su vida como un torbellino de deseo. A pesar de sus reservas, Simone se ve irresistiblemente atraída por el magnetismo de Nicola, y juntas se embarcan en un viaje de pasión desenfadada que desafiará todo lo que Simone creía saber sobre el amor y el placer.

Mientras tanto, Carmen, la mejor amiga de Simone, se encuentra atrapada en su propia encrucijada cuando conoce a Emily, una joven médica cuya pasión cruda y honesta despierta deseos que Carmen nunca supo que existían. A medida que se sumergen en un romance secreto, las líneas entre el amor y la amistad y la comienzan a desdibujarse.

En esta novela sensual y apasionante, Maggy McAndrew explora los rincones del deseo femenino con una prosa arrebatadora y sensual. "Pasiones Imprevistas" es un testimonio del poder transformador de la pasión y una celebración del amor lésbico en todas sus formas. Prepárate para un viaje erótico y emocional que te dejará sin aliento y deseando más.